



El café
se
enfrió

James A.

El café
se
enfrió

JAMES A.

EL CAFÉ SE ENFRIÓ

© James A.

Primera edición: noviembre 2019

Corrección: Anabel Pinedo

Maquetación: Carolina Vivas

Diseño de portada: Dana Rivera

Edición de vídeos profesionales: Pilar AC
jameseros30@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las condiciones establecidas en las leyes está expresamente prohibido copiar, transcribir, almacenar, alterar o reproducir el contenido de esta obra sin permiso del autor.

Para mis dos mujeres que llevan el mismo nombre.
Para mi madre y abuela.





—¡Mesero! —gritó Charles en la cafetería del centro, eran pasadas de las once cuando llegó ahí, algo ebrio, pero no pudieron decirle que no, ya que era un cliente que siempre iba. Un cliente regular.

—Dígame, señor.

—¡Sírvame un café amargo! Para que me haga olvidar su ausencia —pidió el escritor con la voz ronca y los ojos empañados, el mesero con lástima anotó su orden—, uno a medias para que me haga ver la realidad y uno frío para que pueda contar cómo me rompieron el corazón.

EPÍGRAFE

Conocí a un escritor de alas rotas.

Con el corazón hecho pedazos y con una bebé en sus brazos.

*Un hombre lleno de cicatrices que aún llevaba su espada y escudo para
luchar.*

*Conocí a un hombre hecho de versos, capaz de vencer a la bestia más
grande*

para proteger a su hija.

ÍNDICE

CAPÍTULO UNO: EL PRÍNCIPE QUE PERDIÓ A SU PRINCESA

CAPÍTULO DOS: MALÉFICA Y EL PRÍNCIPE

CAPÍTULO TRES: LA HISTORIA QUE NO QUIERE RECORDAR

CAPÍTULO CUATRO: EL PRÍNCIPE HERIDO

CAPÍTULO CINCO: SIEMPRE TARDE

CAPÍTULO SEIS: EL PRÍNCIPE PERDIDO

CAPÍTULO SIETE: LA BRUJA DEL CUENTO

CAPÍTULO OCHO: AMOR PARA EL PRÍNCIPE

CAPÍTULO NUEVE: EL PRÍNCIPE PERDIÓ LA BATALLA

CAPÍTULO DIEZ: LAS CUERDAS DEL PRÍNCIPE

CAPÍTULO ONCE: LOS PRÍNCIPES TAMBIÉN LLORAN

CAPÍTULO DOCE: PERDIDO EN EL BOSQUE

CAPÍTULO TRECE: ¿CÓMO DECIR ADIÓS?

CAPÍTULO CATORCE: GOTAS DE AMOR

CAPÍTULO QUINCE: CANTA CORAZÓN

CAPÍTULO DIECISÉIS: DESPIERTA MI PRÍNCIPE

CAPÍTULO DIECISIETE: LOS CUENTOS TIENEN FINALES

CAPÍTULO DIECIOCHO: TUS LABIOS SOBRE LA CICATRIZ

CAPÍTULO DIECINUEVE: EL REFUGIO DEL REY

CAPÍTULO VEINTE: EL PRINCIPE QUE NO QUERÍA CORONA

CAPÍTULO VEINTIUNO: MÁS ALTO, CHARS

CAPÍTULO VEINTIDOS: NO PUEDES ESCAPAR DE ELLOS

CAPÍTULO VEINTITRÉS: ¿QUÉ NOS ESTÁ PASANDO?

CAPÍTULO VEINTICUATRO: NO ME QUITES A MI ÁNGEL

CAPÍTULO VEINTICINCO: LA LUNA SONRÍE Y EL ESCRITOR LLORA

CAPÍTULO VEINTISÉIS: MI ALMA, MI ALBA

CAPÍTULO VEINTISIETE: ELLA NO AMA

CAPÍTULO VEINTIOCHO: LO SIENTO

CAPÍTULO VEINTINUEVE: EL PRÍNCIPE NO TIENE FINAL FELIZ

CAPÍTULO TREINTA: EL PRÍNCIPE ESTÁ SUFRIENDO

CAPÍTULO TREINTA Y UNO: LA RAZÓN DE VIVIR

CAPÍTULO TREINTA Y DOS: ELLA SOLO QUIERE IR A CASA

CAPÍTULO TREINTA Y TRES: EL PRÍNCIPE SIGUE LLORANDO

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO: NO PUEDO SACARTE DE MI CABEZA

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO: CUENTOS PARA AURORA POR CHARLYM.

[CAPITULO TREINTA Y SEIS: UNA TAZA DE CAFÉ PARA ESTE FRÍO CORAZÓN](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y SIETE: EL CAFÉ SE ENFRIÓ](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[BIOGRAFÍA DEL AUTOR](#)

CAPÍTULO UNO: EL PRÍNCIPE QUE PERDIÓ A SU PRINCESA



Los pueblos pequeños y llenos de árboles parecían ese mundo encantado con el que sueñas de niño, ahí donde eres el guerrero que puede derrotar a la bestia más temible, donde eres el rey que protegerá a su pueblo con uñas y dientes. Esos árboles viejos que se elevaban, dejando que los escalaras y te creyeras el dueño del mundo.

Ese lugar que sanaba tu corazón, que hacía que las heridas se cerraran por completo y solo dejara espacio para reír a carcajadas, para andar descalzo y metido en el agua creyéndote el dios de los mares. El lugar donde la comida de tu abuela sanaba los regaños de tu madre, donde los mejores días eran en familia y amigos.

Cuando visitaba el pueblo de sus padres, era visitar el paraíso. La naturaleza te hacía olvidar todos los problemas y su gente te hacía bailar, te hacía reír y ser feliz. Era una de las razones por las que solía ir en verano, pero esta vez ni la naturaleza y mucho menos su gente, aligeró el dolor que sentía.

—¿Qué pasa con mi niño? Tu madre me dijo que no querías venir este verano —inquirió su abuela Gloria viéndolo con aquellos preciosos ojos cafés, al escucharla Chars dejó la maleta en la puerta y con una sonrisa en los labios corrió hacia los brazos de su abuela, de su mami Yoya.

Él envolvió sus manos alrededor de su pequeño y frágil cuerpo, enterró su rostro en su cuello inhalando el aroma a café, menestra y abuelita. Ella era una mujer fuerte, una de sus mujeres que tanto amaba. Su cabello rizado y corto la hacía ver más hermosa, él era el único nieto que tenía los mismos rizos, pero de diferente color, los de ella eran negros y los suyos claros por su padre.

Diana, Paul y Oliver se unieron y mimaron a mamá Yoya, mientras ella reía encantada de tener a sus únicos cuatro nietos en su casa. Para la anciana era una felicidad enorme tener a los pequeños hijos de su hija, tenerlos ahí desde que nacieron era todo lo que ella pedía.

El trote del burro les avisó que el abuelo Carlos había llegado, y ellos corrieron a la puerta viendo a su abuelo, de cabeza blanca y piel oscura, bajar del burro con media sonrisa. Siempre sonriendo, siempre alto e imparable. Un abuelo fuerte que ellos habían tenido como un segundo padre. Aquel que amaba a su pequeña nieta y la trataba como su princesita, Diana era la luz de sus ojos y sus nietos eran los caballeros que protegería para siempre. El anciano rio cuando su nieta se lanzó a sus brazos y Carlos besó sus mejillas causando la risa en sus nietos.

—¡Papi Juan, tu barba pica! —Se quejó Diana mientras su abuelo entraba a la casa con su nieta al costado. Le sonrió a su esposa y ella entre dientes le dijo “*viejo loco*”. Ellos así se llevaban, él la molestaba y la abuela lo pellizcaba soltándole una que otra frase sarcástica.

Oliver ayudó a desmontar el burro y a las seis de la tarde todos se sentaron en la puerta con su taza de café y pan caliente. Oliver hablaba con su abuelo sobre comprar unos caballos y dejarlos ahí con ellos, ya que había estado trabajando al terminar las clases y había conseguido el dinero para poder comprar un par al hermano de su abuelo.

Diana estaba sentada con la cabeza recostada en las piernas de su abuela mientras le acariciaba

con ternura, Paul estaba acostado en la estera viendo el cielo envuelto en nubes negras que avisaba que pronto llovería y Chars tomaba fotos alrededor sonriendo emocionado de pasar las vacaciones ahí. Aunque el dolor de la ruptura con Zoe aún seguía presente y taladraba de a poco su pecho, pero en esos momentos el café caliente y su familia eran la medicina para cualquier mal. Volver al lugar donde se es feliz, calma un corazón herido que pide a gritos un amor perdido.

A las nueve de la noche todos entraron porque las primeras gotas de lluvia cayeron sobre sus cabezas. Riendo los hombres ayudaron a envolver las esteras y las guardaron en el corral para que no se mojaran, sacaron las colchas y todos se sentaron en la sala viendo televisión mientras los abuelos se retiraban a su habitación agotados. A pesar de que su abuela se quedó un poco más de tiempo con ellos, ella amaba tener bulla en casa, por lo general siempre estaba silenciosa y los extrañaba mucho.

Cuando la película estaba por terminar el celular de Chars sonó, sus hermanos lo empujaron para que le bajara el volumen. Él riendo se apartó de ellos y sacó el móvil yendo directamente a mensajería, cuando abrió el mensaje se extrañó al ver que no conocía el número, bajó la mirada y su cuerpo tembló.

Desconocido 10:58 pm.

Me enteré que has llegado al pueblo. Los chismes corren más rápido cuando se trata de los hermanos Maldonado. Necesitamos vernos, hablar de muchas cosas. ¿Puedes venir, por favor? Te espero pasando el puente. Ven, Chars.

Zoe.

—Debo salir urgente.

—¿Qué dices? ¿Has visto la hora, Chars? ¡Son casi las once! —Oliver se puso de pie y Diana lo imitó mientras que Paul estaba más dormido que despierto. Los dos hermanos mayores miraron fijamente al serrano, quien nervioso miraba hacia la puerta de salida.

—El Monte no es Piura o Paíta, hermano. Lo sabes. Aquí es tranquilo, no hay asesinatos; no hay robos, no se conoce eso en este pueblo. Iré y vuelvo pronto.

—Vas con ella, ¿no? —Diana preguntó cuando lo vio tomar su chaqueta y encima ponerse un impermeable de plástico para no mojarse, él asintió tomando las llaves y ambos hermanos lo siguieron—. Ya hemos hablado, Charly, hemos hablado de esto. Esa mujer no te hace bien. No vayas con ella, rubio.

—Debo ir, algo me dice que debo ir. Por favor, no me detengan. Prometo no caer ante sus palabras —mintió y ambos hermanos asintieron poco convencidos. Chars tiró del gorro de plástico y sacó la bicicleta que estaba ahí, vio que llovía más fuerte y con una mueca en los labios se subió y manejó en dirección a donde ella lo había citado.

Más de una vez se había caído porque había muchos huecos en la pista, la lluvia estaba muy fuerte y el usar lentes no era buena opción, apenas podía ver. Minutos después pasó el puente y se detuvo bajo un árbol que escasamente lograba cubrirlo, sacudió su ropa y esperó por largos minutos e incluso la llamó, mas ella no contestaba. Molesto, decepcionado y sintiéndose un completo idiota, se subió a la bicicleta queriendo regresar a su casa y darse un baño. Cuando iba a empezar a pedalear, un ruido lo hizo detenerse. Su cuerpo se tensó y su corazón golpeó con rapidez, cerró los ojos y volvió a escuchar el llanto de un bebé, él se bajó con rapidez sin importar dejar caer la bicicleta y siguió el lloriqueo. Se sorprendió cuando vio una pequeña canasta escondida entre escombros para que no le cayera agua. El miedo lo embargó al ver a un bebé recién nacido envuelto en sábanas y con las mejillas rojas. ¿Qué clase de madre podría dejar a un bebé en plena lluvia?

—¿Quién es tu mami, bebé? —susurró estirando su mano para rozar sus dedos por las mejillas

frías del bebé, el pequeño se calmó y Chars sonrió cuando buscó su dedo para mamar de él, seguro tenía hambre. Pobrecillo. Su celular sonó y con rapidez aceptó la llamada y lo puso contra su oreja—. ¿Zoe? ¿Dónde estás?

—Perdón. Perdón, Chars.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me pides perdón? ¿Por haber terminado conmigo? ¡Ya han pasado meses! —Quiso mostrarse indiferente, aunque por dentro la herida se abiera con solo escuchar su voz.

—¿Ya encontraste a la niña?

—¿Tú sabes quién es la madre? ¡Está lloviendo! ¿Cómo se le ocurre dejar a un bebé aquí?

—Hay una carta ahí, Chars. Encontrarás las respuestas. —La voz de ella se quebró y el corazón de él se aceleró ante sus palabras—. Serás un gran padre.

Y cortó. Él mantuvo el celular pegado a su oreja y negó soltando una risa amarga, negó repetidas veces sintiendo su cuerpo rígido y los ojos aguados. Ni siquiera sabía en qué momento se había puesto a llorar ahí, en plena lluvia y con un bebé. Él perplejo, dejó el celular a un lado y buscó en la canasta la carta que ella decía, cuando la encontró la mantuvo en sus manos, la abrió con lentitud escuchando los gritos del bebé, pero ahora su atención estaba en la carta.

Mi querido Chars.

Hace meses me preguntaste cuánto duraría mi amor por ti y te dije que años, te reíste porque sabías que mi amor duraría días. Y ahora puedo comprenderlo, tú no eres ambicioso, quieres ser un profesor y ya, pero yo quiero ser diseñadora, la mejor. No puedes darme lo que mi padre me da, y tampoco puedo darle amor a un bebé que vino a arruinarme el futuro.

No la quiero, ahí la tienes, y si tampoco la quieres; puedes regalarla.

Releyó la nota, una y otra vez y se sorprendió por lo fría que podía ser. ¿Quién puede abandonar a su hija, incluso sugerir en regalarla? ¡Nadie! Ninguna madre tendría el corazón para abandonar a un bebé que no tiene la culpa. No, la culpa la tenía él por haber fijado sus ojos en una persona como Zoe. Cerró los ojos y ya no pudo contener las lágrimas, las ganas de gritar y pedirle que volviera. ¡Era un masoquista! Lloró por su partida, lloró por sus palabras y por el bebé que también lloraba envuelta en sábanas en plena lluvia, lloró porque no sabía qué hacer, porque no sabía qué pasaría después. ¿Qué le había hecho él a ella? ¿Por qué le estaba haciendo tanto daño? Siempre había sido un hombre afable, respetuoso y honesto, ¿por qué le estaba sucediendo eso?

Él se puso de pie y tiró del impermeable dejando que el agua se filtrara y terminara mojando todo su cuerpo, luego se dejó caer al suelo temblando de frío y de dolor. Culminó en el suelo llorando para tratar de calmar su sufrimiento hasta que un carro se detuvo frente a él, no miró, tampoco se movió, no lo hizo hasta que unos brazos lo envolvieron y luego unas suaves caricias conocidas lo sacaron de aquella burbuja en la que se había metido. Su abuelo lo miró con pena y el muchacho terminó enterrando el rostro en su pecho, sus hermanos tomaron al bebé en brazos y la envolvieron para que la lluvia no la mojara. Rápidamente subieron al carro, Chars llorando con la frente pegada al vidrio y Oliver sosteniendo al bebé, mientras Diana leía la carta que Zoe le había dejado.

—A veces Dios nos pone pruebas, Chars. Pone pruebas a las personas más fuertes —susurró con tristeza al ver el estado de su nieto. Él entró sucio a la casa, con los ojos hinchados y las gafas rotas, su abuela se levantó asustada y fue hasta él mientras Paul se quedó de pie con la taza de café en sus manos mirando aquella misma escena hace meses atrás cuando ella lo dejó—. Ve a darte un baño de agua caliente, te cambias y vienes. Tienes una hija, Charles. Y ahora ella necesita de ti.

Chars salió de los brazos de su abuela y se giró viendo a la niña en los brazos de su hermana. Ya no lloraba. Él temblando caminó hacia ella y miró su rostro enrojecido, su ceño fruncido y su boquita entreabierta. Ella era su hija, su hija, su niña. Suya. ¿Qué debía hacer ahora? Él solo tenía veinte años.

—Ve, cariño. Nosotros la cambiaremos y cuidaremos de la nena, ¿sí? —Su abuela susurró y él asintió alejándose de ahí, Paul lo siguió para ayudarlo y en el camino ninguno habló—. Tus padres se volverán locos cuando se enteren.

—Más nuestra madre, ella lo va a matar —susurró Diana sosteniendo en sus manos a su sobrina, la bebé se removió y su abuela le dijo que la recostara en el sillón en tanto ella iba en busca de ropa que tenía de ellos cuando eran pequeños. También mandó a Oliver que fuera por pañales a la tienda de la esquina, que ya su abuelo había llamado para que le atendieran.

Diana se quitó la ropa mojada y ya con la seca se acercó viendo a su abuela cambiar al bebé, que tenía los ojos entreabiertos y en su boca un chupón. La pequeña movía sus manitos y piernitas cuando la abuela la llenaba de besos, estaba más que claro que apenas tenía unos días de nacida, y también estaba claro que ella no había recibido muestras de amor. El abuelo se sentó a su lado y pasó sus dedos rasposos por las mejillas de la niña y ella frunció más el ceño para después soltar el chupón y ponerse a llorar.

—Paul, trae el biberón. —El menor de los hermanos asintió corriendo hacia la cocina viendo como su hermano, ahora padre, entraba con el cabello húmedo y sin lentes. Su rostro estaba tenso y sus ojos aún aguados. Diana le tendió una chompa y Charles le agradeció, Paul volvió con el biberón—. Sostén a tu hija, cariño. Vamos siéntate.

—Pero yo no sé mami, yo... —Su voz se quebró y todos sintieron pena por él. La abuela le señaló la silla y el muchacho se sentó abriendo lentamente los brazos, la abuela colocó con cuidado al bebé y Chars la sostuvo mientras la miraba, lo increíble fue que ella se calmó. Entre

tanto dolor, el rubio encontró una pequeña luz. Su abuela le tendió el biberón y él lo tomó con cuidado, lo acercó a la boca del bebé y ella rápidamente se prendió de la teta del biberón. Estaba hambrienta.

—¿Cómo la llamarás? —inquirió su hermana mayor, Chars no apartó la mirada de su hija, viéndola cerrar los ojos con lentitud y casi terminar de tomar su leche. Sonrió cuando ella empujó sus pies hacia sus manos y él con cuidado rozó sus dedos por esos pies tan pequeñitos—. ¿Chars?

—Aurora —murmuró viendo el pequeño rostro del bebé—. Aurora Zoy Maldonado Terranoba.

—¿Estás seguro? —Diana inquirió por el segundo nombre, él asintió sonriendo después de esa larga noche—. Ella es preciosa, hermano.

—Lo es —Le dio la razón retirando el biberón de su boca, la bebé apretó sus manitos y su padre sonrió—. Ella es muy bonita.

—Es preciosa —respondió su abuela tomándola con suavidad en sus brazos, la ubicó en su pecho y golpeó su espalda con suavidad para que ella pudiera sacar los gases y así fue. Ya dormida volvió a dejarla en los brazos de su nieto que la veía con admiración—. Todos debemos descansar y, en especial, ustedes dos. Mañana debes llevarla al hospital, Chars. Deben revisarla y debes asentarla como tu hija, cariño.

—Mamá, me va a matar —dijo y se levantó con cuidado sosteniéndola en sus brazos. Subió las escaleras con sus hermanos y abuelos detrás de él. La depositó en la cama y vio cómo su pecho subía y bajaba, él sonrió quitándose los zapatos y se recostó en la cama a su lado.

Esa noche no pudo dormir, no solo porque imaginó muchos escenarios, era porque en todos, sus padres lo botaban a la calle.

CAPÍTULO DOS: MALÉFICA Y EL PRÍNCIPE



—Ella estará bien, hermano —señaló Oliver golpeando su hombro, al ver a su hermano en el suelo con las piernas encogidas. La madrugada fue horrible, de las peores, Aurora se puso mal y él desesperado no sabía qué hacer, sus abuelos se levantaron ante sus gritos y dos horas después se encontraban en el centro de salud del pueblo esperando noticias, noticias de que su niña estuviera bien.

Un amigo de su abuelo se había encargado de hacer los documentos para asentar a Aurora como su hija, el hombre había ido al centro de salud a las cinco de la mañana diciéndole que él lo ayudaría en todo, que haría todo porque esa niña quedara registrada como hija suya. Solo de él, pero al final había necesitado que como madre apareciera el nombre de la abuela de la niña, al menos como registro.

—Cariño. —Chars levantó la mirada y asintió tomando la taza de café que su abuela le había tendido, se puso de pie y dio un sorbo mientras sus hermanos estaban a su lado esperando noticias. Cuando se asomó el doctor, amigo de su abuelo, todos se acercaron hacia él—. ¿Cómo está mi pequeña, doctor?

—Ella está mejor, aunque venía con temperatura alta, pero se le pudo bajar —explicó con seriedad—. Ella tiene un problema. ¿Quién es el papá?

—Soy yo, Aurora es mi hija, ¿qué sucede con ella?

—La bebé tiene algunos problemas respiratorios, Charles —indicó y Chars tembló—. La fiebre ha bajado mucho y ahora está siendo revisada, es muy pequeña para poder pasar esto. Ella debió ser traída al centro ni bien nació e incluso la partera debió decirle a la madre. ¡Eso es negligencia!

—Yo... yo no supe de su existencia hasta hace unas horas —susurró con la voz ronca. Ella había llegado a él de manera tempestiva, pero no quería que se la arrancaran de sus brazos—. ¿Puedo verla?

El doctor miró a Carlos Terranova y el anciano le hizo señas, ya luego le contaría, ahora lo primordial era la salud de su bisnieta.

—Ven conmigo. —Él asintió y lo siguió. Se detuvieron en una habitación amplia donde había más bebés, pero solo su hija estaba conectada a unos cables, ella llevaba solo pañales, movía sus piernas y manos con molestia, no quería estar ahí. Pobrecilla—. Ella estará bien, te lo prometo.

—Por favor, yo la necesito en mi vida. Tiene que ponerse bien —tartamudeó y el doctor sintió lastima, en los últimos meses eran casos que se repetían, no obstante, como el de Chars pocos. Siempre venían jóvenes embarazadas temiendo criar a sus hijos solas, todas llorando y los padres atrás con la mirada de decepción. El rubio silbó y ella dejó de moverse y a los minutos empezó a llorar, una enfermera entró y trató de calmarla—. Es mi hija, mi bebé.

—Lo es.

Pasaron la mañana ahí, Chars inquieto y sacando cuentas, quería saber si el dinero que traía le alcanzaría para pagar. Debía comprar ropa, pañales, medicina, leche y todo lo que ella necesitaba. Eran las tres de la tarde, cuando su abuela volvió con el almuerzo para todos. Comieron en silencio hasta que se escucharon gritos y luego vieron a sus padres detenerse frente a ellos. Ambos preocupados.

—¿Qué pasó? ¿Quién se puso mal? ¿Cuando llegué me dijeron que estaban en el centro de salud! —gritó su madre llorando mientras su esposo la sostenía para que no se cayera. Sus cuatro hijos se pusieron de pie, al igual que los padres de ella—. ¿Qué pasó? ¿Otra vez te duele la cabeza, Chars? ¿Te dije que debíamos sacarte una tomografía!

—Estoy bien, mamá. Estamos bien —trató de tranquilizarse mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Ellos se quedaron en silencio confundidos y él les hizo señas para que ellos se sentaran y pudiera hablar—. ¿Pueden sentarse, por favor?

—Me están asustando —confesó Andrés, miró a su hijo mayor y él negó evitando su mirada. Sus padres se mantuvieron sentados y mirando a Chars que había empezado a sollozar y ocultar su rostro. Él solo era un niño, un niño que debía de cuidar de un bebé—. ¿Hijo?

—Hace unos meses me preguntaste qué me sucedía, cómo alguien que brillaba se apagó y dejó de vivir —dijo con la voz ronca pasando sus dedos por los rizos claros que caían en su frente. Su madre se preocupó más y quiso hablar, pero su esposo no la dejó—. Conocí el amor aquí, me enamoré y sufrí, tal y como lo dicen los libros. Sin embargo, se olvidaron mencionar que ese dolor no se va, nunca se termina de ir. Ella se fue, llevándose mi brillo y las ganas de luchar. Se llevó mi corazón, dejándome sin vida. Meses después vuelve, ella vuelve a quitarme el aliento y el poco brillo que había recuperado en estos meses, vuelve para calarse entre mis huesos y hacerme ver lo infeliz que alguien puede ser al no ser correspondido.

—No te estoy entendiendo, hijo. No sé qué tiene que ver eso con que estén aquí.

—De ese amor nació una bebé —señaló y sus padres se quedaron sorprendidos y lentamente su rostro se transformó en una máscara fría y llena de decepción—. Ella está aquí, mi hija está aquí.

—¿Cómo pudiste hacernos esto, Charles? ¡¿Cómo te sentaste en nuestra mesa y no dijiste que habías embarazado a alguien?! ¡Así no te eduqué! —Su madre gritó poniéndose de pie para estampar su mano en la mejilla de él. Sus hermanos se pusieron de pie al igual que sus abuelos. Todo quedó en silencio hasta que ella se echó a llorar—. Estoy muy decepcionada de ti, Charles. No sabes cuánto.

Sorangel no lo dejó continuar y mucho menos su padre, no le dejaron decir que él no sabía, que no sabía de la existencia de su hija hasta el día de anterior, pero con la mirada que le dedicaron, lo hicieron callar.

—Ya hablaremos, Charles. Lo haremos pronto —siseó su padre molesto siguiendo a su madre que se había alejado envuelta en llanto. Chars se quedó de pie sin moverse, sin siquiera levantar la mirada mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. ¿Qué haría ahora? ¿Cómo debía sacar adelante a una niña que necesitaba todas las atenciones?

—Ella te apoyará, cariño. Ahora debes preocuparte por tu hija —asintió caminando hacia donde estaba su hija, se quedó ahí por horas observándola. Fueron días difíciles, noches largas y mañanas llenas de tortura hasta que nuevamente la pusieron en sus brazos y sus ojitos se fijaron en él. Chars la sostuvo en sus brazos y se inclinó besando su frente con dulzura.

—Mi bebé. Mía —le dijo rozando sus labios en su frente, la pequeña se removió entre sus brazos y Diana sacó la cámara capturando el momento—. Voy a protegerte de todos, de todo aquel que quiera hacerte daño.

—Las cosas van a mejorar, cariño y estaremos ahí ayudándote —lo consoló su abuela

sonriendo a la bebé que los miraba con curiosidad—. Por ahora estarás en casa hasta que podamos solucionar las cosas con tus padres. Ellos la amarán.

—Nosotros ya amamos a nuestra sobrina. —Oliver y Paul sonrieron inclinándose para besar las mejillas de la bebé que los tenía capturados—. Nunca había visto un bebé más hermoso que ella.

Charles le dio la razón, Aurora era el regalo que no pidió y que tampoco merecía.

CAPÍTULO TRES: LA HISTORIA QUE NO QUIERE RECORDAR



—Ya pagué en el banco para la inscripción de la universidad. Padre quiere saber si seguirás yendo. —Chars levantó la mirada hacia su hermano mayor que estaba de pie frente a él.

Chars se puso una playera vieja y unos pantalones rotos, se colocó las zapatillas que había comprado la semana pasada y el gorro con visera que había encontrado en la habitación de su abuelo. Hacía ya un mes que Oliver había regresado a la ciudad porque debía trabajar y aparte debía de avanzar con algunos trabajos que tendría en la universidad próximamente. Diana y Paul se había quedado disfrutando de las vacaciones y él estaba trabajando con los Rivera, ahí su abuelo le había conseguido trabajo y también con los Morales para tener dinero extra.

Sus padres no le hablaban, las cosas iban de mal en peor. Él había viajado a Piura a congelar su beca en la universidad por un año completo, había hablado con sus profesores y ellos lo habían entendido, más él siendo un alumno inteligente y responsable. Pero nada iba bien, la falta de dinero lo hacía sentirse perdido incluso cuando sus abuelos lo ayudaban, él no podía seguir abusando de ellos, se sentía tan mal y en momentos así, las palabras de Zoe hacían eco.

—He congelado la beca en la nacional, Oliver —contestó saliendo de la habitación. El desayuno estaba listo para todos y él caminó hacia Aurora que estaba acostada en el mueble rodeada de almohadas, ella al verlo movió sus piernas y manos en su dirección y pujó. Él riendo, con cuidado, la tomó en sus brazos y besó su frente con dulzura—. Buenos días, brujita. ¿Qué haces levantada tan temprano?

—Ha sentido cuando te fuiste —contestó su abuela entrando con un biberón de leche caliente para la princesa. Y era cierto, a las cinco de la mañana lo habían llamado para matar un carnero, y ya ganaba más de cincuenta soles, que le quedaba para la leche y pañales de su hija—. A ver, dámela, amor.

—No te preocupes, mami. Yo puedo —dijo sentándose con cuidado y colocando a su hija en su regazo. Aurora molesta se quitó el gorro rosa dejando sus ondas claras apuntando a varias direcciones, los tíos de ella rieron al verla molesta—. Ya, cariño. Nada de gorros.

—¿Estás seguro, Chars? Te vas a retrasar un año en la universidad. —Su hermano señaló y Chars asintió torciendo la boca, tomó el biberón y se lo acercó a la boca. Aurora se prendió de la teta del biberón y él sonrió. Su brujita. No estaba siendo fácil, quería darle más, merecía mucho más de lo que él le daba, tal vez al final de cuentas Zoe tenía razón; él era alguien patético que no podría darles lo que ellas merecían—. Aurora puede quedarse con alguien, así no descuidas los estudios.

—No, Oliver, no puedo. En abril empezaré a trabajar en el mercado y en la tarde estaré en un restaurante hasta las nueve de la noche. La paga es buena y podré mantener a mi hija que es lo que importa ahora.

—Chars...

—Tu hermano ya no es un niño, Oliver. Ahora él debe pensar en Aurora —lo cortó su abuela y él asintió viendo a su hermano, aquel que tenía magia en las manos, se encontraba cayendo en un pozo profundo. La llegada de la princesa a la vida de ellos había sido mágica, pero también había traído muchas responsabilidades a su hermano menor y aunque sonara feo: la niña le estaba arruinando el futuro.

—¿Iremos a la chacra, abuelo? —Diana se inclinó tomando una tostada del plato, su abuelo le sonrió con ternura—. ¡Bien, llevaremos a Aurora!

—No, es muy pequeña, Diana. Ella se quedará acá.

—¿No irás? —inquirió Oliver. Desde que sus padres se enteraron de la existencia de la niña, estaban molestos y decepcionados, pero no por ella, ya que constantemente le pedían fotos a Diana y la exhibían como su hermosa nieta, sino estaban decepcionados de Chars.

—Tengo que trabajar —contestó retirando el biberón vacío, con cuidado la acercó a su pecho y golpeó su espalda para que ella sacara los gases.

—Creí que los abuelos te estaban ayudando —señaló confundido cuando vio a sus abuelos ir en dirección a la cocina.

—Me dan techo y comida, pero la leche, los pañales y la medicina de Aurora es otra cosa —masculló agotado de escuchar a su hermano, ¿no se daba cuenta? Él ya no era alguien libre, alguien que podía hacer lo que quisiera, ya no. Se inclinó hacia su hija y besó su frente sonriendo—. En unas horas vengo, brujita. Te portas bien con la mami Yoya y los tíos.

Ella lo miraba curiosa y él sonrió depositándola en el mueble, la rodeó con almohadas, volvió a besar su frente para después alejarse y tomar otro polo del mueble. Le tendió los cincuenta soles a su abuela para los pañales y leche, y se despidió subiéndose a la bicicleta hasta la casa de los Rivera. Luke era el hijo mayor de la familia, era él quien se hacía cargo de la chacra y el ganado que tenían ellos. Desde el inicio le había tendido una mano y lo había entendido con respecto a su hija, ya que era viudo y tenía un hijo pequeño, Henry.

—¿Y la brujita? —Sonrió Luke viendo a su hijo Henry correr atrás de su tío que reía correteando a las gallinas—. Gonzalo me dijo que habías ido a matar un carnero, yo ya compré unos kilos de carne.

—Sí, me regaló algo de sangre. Estaba viendo a su hija, es muy hermosa.

—Tiene la edad de la tuya, Olivia. Gonzalo también te dará trabajo, no hay que desesperarse, hermano. —Chars asintió colocándose el gorro sobre los rizos dorados, entró a la casa y saludó a los hermanos y padres de su amigo. Fue directo al corral y Luke le señaló todos los mangos que debía entregar—. Son varias cajas, hermano, así que debes de ir en burro. Todos ya están pagados, solo está para entregar.

—Entonces iré a sacar la carreta.

—Perfecto, ve que yo preparo al burro. —Chars asintió corriendo hacia la carrera de madera para sacarla. Cuando salió Luke le hizo señas y entre ambos unieron la carreta con el burro. El rubio golpeó el lomo del burro Pedro y le sonrió—. ¿Le has comprado la medicina?

—Me falta la mitad para comprarla —respondió Chars subiendo las cajas de mango y de ciruela en la carrera del burro. Amarró las cajas con la carreta y cuando todo estuvo listo se subió tomando las riendas del burro.

—Ve, luego que termines me das el alcance en la chacra para ir por carrizo y más fruta.

—Claro, jefe. —Sonrió abiertamente tirando de las correas del burro para ponerse en marcha. El reloj apuntaba las nueve de la mañana, un domingo donde todos estaban haciendo sus compras y las cevicheras eran el inicio de un domingo ocioso. El sol estaba en su punto, quemando y agotando la poca fuerza que el rubio tenía, pero agradeció tener a Pedro en su compañía.

Las primeras horas las pasó de casa en casa, dejando los pedidos, recogiendo algún dinero que debían y terminó en el Portón, un pequeño pueblo vecino de El Monte. La última caja fue a la familia joven Mendoza, él sonrió al ver a Marco salir con el dinero y los mellizos corriendo detrás de él. Eran niños preciosos.

—Creí que vendrías temprano, manudo —señaló tomando la caja de mango, la dejó en el suelo y Chars se bajó tomando en sus brazos a su hija Bianca de cuatro años—. ¿Cómo está tu hija?

—Mucho mejor, mucho mejor. —Chars contestó besando las mejillas de la niña—. Bianca, cada vez está más hermosa, y Marco todo un travieso.

—Crecen rápido —señaló con una sonrisa en los labios viendo a los mellizos correr detrás de su hermana mayor Dafne—. Estuve averiguando cumpa, pero no hay noticias. No hay una Zoe ni tampoco es familiar de alguien. Lo siento.

—No hay problema, era difícil encontrarla y ahora más —confesó viendo la hora, eran pasadas las dos de la tarde—. ¿Quieres tamales mañana? La señora María me ha mandado a avisar junto con pedidos.

—Vaya, tú sí que eres mil oficios —bromeó viendo como el rubio sacaba una hoja y apuntaba su nombre con los tamales de maíz pelado que quería—. Pero ven temprano, cumpa. Mañana los angelitos deben ir temprano a clase.

—Mañana salgo a las cinco, hoy porque tenía que pelar un carnero donde Gonzalo, pero mañana normal —finalizó, Marcos sonrió y tomó la caja caminando a su casa de regreso. Chars miró a las dos hijas de él y se sintió orgulloso, su hija sería una hermosa niña.

Chars miró la carreta vacía y dio un sorbo de la botella de agua que había comprado en el camino, la dejó en su lugar y tiró de las riendas de Pedro para girarse y regresar al pueblo, para después tomar el camino hacia las chacras. El burro iba lento, así que se permitió recostarse y entrecerrar los ojos mientras pasaba por la pista. Saludó a unos amigos que había hecho. No había sido fácil. No. Ponerse en los zapatos de un padre había sido lo más difícil, trabajar en chacras, vendiendo tamales u otras cosas había sido más complicado. Él toda su vida había trabajado en librerías o en pequeños hoteles, pero esa vida era muy dura para alguien sin experiencia. Sin embargo, era lo que debía hacer por Aurora. Lo bueno era que le habían abierto las puertas para darle trabajo, para ayudarlo y le habían brindado una amistad sincera y segura.

Chars bostezó tirando de las riendas del burro para que fuera más lento ya que a esas horas regresaban burros y caballos de la chacra con sus respectivos dueños. Él saludó a algunos ancianos y siguió su marcha hasta que se detuvo en la chacra de los Rivera, la más grande después de la de Gonzalo. Eran las dos familias con más poder en el pueblo. Él se bajó y le quitó la carreta al burro para que pudiera comer algo y tomar agua del río que estaba cerca. Se quitó el gorro y sacudió sus rizos para volvérselo a poner y sonreír a Luke que estaba con Arturo renegando.

—Creí que demorarías, manudo. —Arturo le lanzó una botella de agua y él lo agradeció dando un sorbo largo, después sacó el dinero que le habían dado de algunos que debían. Luke le sonrió y sin contarle lo guardó.

—¿No lo vas a contar?

—¿Por qué? En este pueblo nadie roba, nadie mata y todos se ayudan —contestó el hombre sentándose en el suelo mientras Arturo guardaba el mango y la ciruela en las cajas que ellos habían traído—. Ten, hermano.

—¿Y eso? —Chars tomó el sobre y lo abrió viendo el dinero dentro de este, se sorprendió y Luke rio al ver su cara—. ¿Luke?

—Es mi pago por tu trabajo, cumpa. Tu nena necesita la medicina.

—Pero deberías pagarme el domingo.

—Solo recibe el dinero, manudo, y ya. —Se carcajeó Arturo viendo la cara de Chars, incluso pudo ver sus ojos aguados y lo entendió. Arturo y Chars eran de la misma edad y podía entender su situación, claro que la entendía, aunque no estuviera en sus zapatos. A diferencia del rubio, era mujeriego e irresponsable, no se imaginaba tener un bebé que dependiera de él.

—Gracias, Luke. No sabes lo que esto significa para mí.

—Vamos, cumpa. Tú debes volver a ver a tu brujita y yo a mi guerrero. —Sonrió poniéndose de pie para poner las cajas de fruta en la carreta de Chars mientras que el carrizo y plantas para los animales fueron puestos en la carrera de Luke que llevaba el burro mientras que Arturo andaba en caballo. Los tres se subieron y tiraron de las cuerdas en dirección al pueblo y a su casa.

Pasadas las cuatro de la tarde, él llegó a su casa. Estaba quemado y sucio, sus hermanos bromearon por su rostro rojo a causa del sol mientras que Aurora se removía en los brazos de Oliver al escuchar la voz de su padre. Él se fue a bañar y regresó a almorzar sosteniendo a su hija en sus brazos, a su bonita hermosa.

—Te gusta, ¿eh? —inquirió Chars rozando sus dedos por la pequeña nariz llena de pecas. Diana le había puesto un vestido blanco y fresco, sus pies pequeñitos y rosados estaban ya sin medias y él en cada oportunidad besándolos—. Aurora, mi Aurora.

Después de eso se fue al corral sentándose en el suelo con su hija en su regazo, sus hermanos reían pellizcándose mientras Chars disfrutaba del airecito, del canto de las aves y de ver a los animales de sus abuelos andar de un lado a otro, incluso escuchar gritar al burro cada vez que una gallina estaba cerca. Era un escandaloso, por eso su abuelo le había puesto *Ardiloso*.

—¡Mamá y papá están aquí! —exclamó Diana entrando al corral donde estaba Chars sentado bajo el árbol de limas. Sus abuelos se pusieron de pie para seguir a su nieta y los tres hermanos los imitaron, pero Chars fue el último en llegar. Miles de emociones le embargaban y entre ellas el miedo y tristeza. Él sostuvo a su hija y besó su frente mientras dejaba caer el gorro rosa en su cabeza y ella con malestar se lo quitaba. Llegó hasta la puerta viendo a Diana colgando del brazo de su padre y a Paul abrazando a su madre.

—Hola Chars —saludó Sorangel acercándose, él asintió y forzó una sonrisa atrayendo a su hija a su pecho, y esa acción no pasó desapercibida para la familia—. No voy a lastimar al bebé, Charles, ¿cómo crees eso?

—Lo siento.

—¿Cómo se llama mi nieta? —preguntó Andrés con los ojos brillosos acercándose con una sonrisa en los labios, Chars bajó la mirada a Aurora que se movía en sus brazos y pujaba molesta—. Parece que tiene carácter.

—¡Sí! —Rio Diana viendo a su sobrina quejarse molesta porque no tenía la atención de su padre—. Se molesta si no le dan atención. Es bellísima.

—¿Estás seguro de que es tu hija, Charles?

—Es mi hija —masculló entre dientes y todos se quedaron en silencio.

—¿Le has hecho una prueba?

—Es mi hija, me lo dice mi corazón. Es mi niña —siseó retrocediendo y su madre se avergonzó—. Si vas a decir esas cosas, por favor, aléjate madre. Aurora es mi hija.

—No quise decir eso, hijo. Lo siento. —Ella se acercó y envolvió sus brazos alrededor del cuerpo de su hijo tratando de no aplastar a su nieta. Chars luchó con las lágrimas que se asomaban, sin embargo, terminó forzando una sonrisa—. ¿Cómo se llama?

—Aurora Zoy Maldonado Terranova —contestó y Andrés estiró los brazos hacia la bebé, Aurora arrugó su nariz y Chars con cuidado se la entregó—. Toma su cabecita, papá. No la voyas

a soltar.

—Claro que sí, hijo. —Rio su padre viendo a su primera nieta, su nieta hermosa—. Se te olvida que tengo cuatro hijos y que ellos han sido bebés también.

—Lo siento. —Se volvió a disculpar avergonzado, y es que para él su hija era una muñeca de cristal, y quería evitar que se hiciera daño—. Esto es muy nuevo para mí y la abuela me está enseñando.

Su madre sonrió forzada, le hubiera gustado ser ella quien ayudara a sus hijos, aunque siempre pensó que sería Oliver quien le daría nietos primero, y en unos años más. Pero las cosas estaban, y aunque no estaba feliz del todo, tenía que fingir por la estabilidad de su hijo.

—Es preciosa, hijo, es hermosa —comentó Andrés con lágrimas en los ojos viendo a su nieta que lo miraba con curiosidad. Él rozó sus dedos por la pequeña manta de rizos claros que ella tenía. Igual como cuando Charles nació, molesto y con una manta de rizos dorados como él, su serranita.

—Lo sé. Es hermosa.

—Ella estará feliz en este hogar. —El abuelo Carlos golpeó la espalda de su yerno que sostenía al bebé de su nieto—. Este bebé cuenta con su padre y su familia, necesita mucho amor.

—Y ella lo tendrá. Claro que lo tendrá —contestó Chars con suavidad.



Charles abrió los ojos de golpe y miró el libro en su regazo, una sonrisa tiró de sus labios recordando el sueño que había tenido, más bien un recuerdo de la llegada de Aurora a su vida. El rubio se llevó las manos a su pecho, sintiendo su corazón latir con rapidez, con emoción.

—¿Qué soñabas? —inquirió Alejandra pasando sus dedos por los hombros duros y desnudos de Chars. Él se giró y le sonrió atrayéndola a sus brazos—. Debió ser algo muy bonito para que estés tan feliz.

—Y lo fue, claro que lo fue —contestó besando los labios de su novia, ella rio sentándose encima de él—. Soñé con mi hija pequeña y nuestros primeros meses en el pueblo. Fueron tantas personas que me ayudaron, preciosa. Tantas que me brindaron una mano y sin ellos no hubiera salido adelante con Aurora.

—Eres un buen padre, Charly. El mejor. —Ella suspiró y lo abrazó enterrando su rostro en el cuello de Chars, él olía a especias y café, siempre ese olor. Tenían un par de meses juntos y todo marchaba bien, tan bien como ambos lo querían. Lo había conocido entre los pasillos de la universidad, lo investigó y supo que daba clases de literatura en la facultad de educación, mientras que ella estudiaba ciencias de la comunicación, muy lejos de él—. Ella debe saber que la amas mucho.

—Se lo digo desde hace diez años, preciosa. Desde que llegó a mi vida se lo digo —contestó viendo la hora en el reloj, hizo una mueca y giró dejando a Alejandra en la cama y bajándose desnudo con rapidez—. Tengo que volar, preciosa. Tengo que ir por ella al colegio ya que son los últimos días.

—Ve, mi escritor. ¿Te veré mañana? —Envolvió la sábana alrededor de su cuerpo y lo siguió hasta el baño, él se metió bajo la regadera y los rizos dorados cayeron en su frente y sus ojos brillaron aún más. Él era muy atractivo, aunque lo negara constantemente. Sus tatuajes, sus pecas y aquellos lunares en sus hombros aumentaban su belleza, pero tal parecía que Charles era inseguro con eso. Aquella mujer no solo le había roto el corazón—. ¿Chars?

—Sí, preciosa. Claro que sí. —Se giró y le sonrió abiertamente pasando sus dedos por la manta de rizos. Se bañó con rapidez y salió para vestirse mientras veía la hora en el reloj que estaba colgando en la pared de la habitación de ella.

Alejandra siguió sus movimientos, sus muecas al ponerse los zapatos o aquella frescura al guardar la corbata en los bolsillos de los pantalones azules y dejar los primeros botones de su camisa abiertos, dejando ver los pequeños vellos de su pecho que se asomaban, nada desagradables, todo lo contrario. Observó los lentes caer en el puente de su nariz y como él los regresaba a su lugar, vio como pasaba el peine por la manta de rizos y nuevamente guardaba el peine en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Me voy, nena. Espero te vaya bien en la radio. —Se inclinó rozando sus labios contra su frente, Alejandra suspiró y cerró los ojos sonriendo al verlo alejarse con elegancia y con una sonrisa en los labios.

Chars sacó el móvil, vio la hora para después guardarlo y bajar las escaleras velozmente en dirección a su carro. Subió y encendió la radio dejando que la voz de Matt Forbes inundara el interior del automóvil. Encendió el carro y lo puso en marcha en dirección al colegio de su hija.

Alejandra era su novia, un secreto para su hija, pero no para su familia, era una muchacha preciosa e inteligente que lo había cautivado desde que se acercó a preguntarle la hora. Nunca olvidaría ese día, como tampoco cuando le confesó que viajaría a España para seguir estudiando. ¿Que si la quería? Ale había removido sentimientos que él creía muertos, había llegado a su vida llenándola de colores al igual que su hija, pero ya tenía una vida y ahora ella debía de buscar su camino, y si sus destinos estaban preparados para volverse a encontrar: lo harían.

Él sonrió cuando vio salir a los primeros niños, bajó del carro y se recostó esperando que su brujita saliera en su búsqueda, cuando la vio cruzar, él sonrió satisfecho, feliz y lleno de dicha. Su hija era lo mejor que le había pasado, era todo lo que no había pedido y no merecía, no obstante, la tenía, la tenía a su lado. Se alejó y estiró sus brazos al verla correr hacia él riendo, cuando se tiró a sus brazos la levantó y la llenó de besos en todo el rostro escuchando su risa y quejas porque sus amigos del colegio la estaban viendo.

No le importaba. Claro que no. Para el rubio, su hija seguía siendo la pequeña brujita que había sostenido en sus brazos, seguía siendo su bebé. Suya.

—¿No puedo abrazar a mi bebé? —Aurora sonrió negando repetidas veces cuando Chars la dejó en el suelo y él se puso a su altura pasando sus dedos por algunas ondas que caían en su frente. La niña estiró sus manos y las pasó por su rostro—. ¿Qué tal las clases?

—Muy bien, la profesora de matemáticas dice que debes ayudarme con las divisiones papá, sigo fallando ahí —se quejó arrugando su nariz pecosa, él se inclinó y dejó un beso en esta.

—Lo que pasa es que papá es un bruto en las matemáticas, tesoro —señaló tomando su mochila para ponerla en el asiento de atrás. Ella volvió arrugar su nariz y él abrió la puerta del copiloto para que entrara al auto—. Falta poco y vacaciones, tesoro. Así que tío Oliver puede ayudarte con los números. ¿Qué tal en comunicación?

—AD papi, dice la profesora que mi cuento es muy bonito —contestó colocándose el cinturón, él cerró la puerta y rodeó el carro subiéndose al asiento y poniéndose el cinturón. Aurora se estiró para poner música y tomar su tambor que estaba en la parte trasera—. Y en arte dice el profe que voy muy bien.

—Eres una nerd, Aurora. —Chars señaló burlón poniendo el carro en marcha.

—Como tú, papá. Soy como tú. —Ella rio cuando su papá soltó una carcajada estruendosa.

CAPÍTULO CUATRO: EL PRÍNCIPE HERIDO

Ale 4:20 pm.

Lamento haber cancelado nuestra salida, amor. El trabajo me llevó más horas de lo planeado.

Chars 4:23 pm.

No hay problema, muñeca. Cuídate. Te quiero.

Él soltó el aire contenido y guardó la comida que había preparado para el almuerzo con Ale. Lo mismo hizo con el vino y terminó tomándose la copa que se había servido. Tiró de la corbata gris y desabrochó la camisa blanca para después subir las escaleras hacia su habitación y despojarse de su ropa. Se recostó en la cama y sonrió viendo las fotografías alrededor de su habitación, todas donde estaba con su hija, desde que llegó a su vida hasta ahora. Se inclinó tomando la fotografía del primer año de su hija, el mismo donde toda su familia lo había ayudado, el mismo donde se estaba agotando y perdiendo la fuerza para seguir luchando por ella.

Tomó con cuidado una de las fotos en particular, admiró el rostro rojo de su hija y sus ojos cansados, pero con una sonrisa que brillaba como el mismo sol de ese día. Podía recordar los intensos días soleados de esa temporada, no podía salir a la calle sin volver de mal humor. Sin embargo, todo mal humor se iba cuando estaba cerca de su hija, ni los días que eran tan cansados de esa época, ni las peleas podían opacar sus minutos con su nenita.

Charles sonrió cuando las manitas de su hija se aferraron en su camisa blanca, apenas estaban saliendo sus primeros dienteitos, mas ella estaba encantada de regalar sonrisas y cautivar a todo aquel que la mirara. Ella era una coqueta. Él, como todos, cayó a sus pies y terminó besando su frente, ganándose una mueca y un chillido de parte de ella. Envolvió su mano alrededor de su pequeño cuerpo y la atrajo a su pecho empezando a moverse por la habitación para calmar su llanto y que su madre no entrara molesta. Cuando le molestaba algo, Aurora se ponía caprichosa y solo él podía calmar su malestar, cantándole o simplemente besando sus mejillas.

Un año. Aurora había cumplido un año y toda su familia había puesto pequeñas cosas para que se pudiera celebrar, a pesar de que él estaba pasando por una situación económica lamentable. Trabajar en el mercado no le dejaba dinero en su bolsillo. Aurora necesitaba medicina: cuidados, ropa, pañales y leche, ¿de dónde debía sacar ese dinero diario? Agregándole a eso, tuvo que vender su computadora para poder pagar unas medicinas que ella necesitaba, y más cuando ese año regresaría a la universidad. Su familia no sabía nada y era mejor así, él debía hacerse un hombre de bien para su hija.

—Ya, amor. Ya no llores —susurró bajo pasando sus labios por su frente, la rodeó y la volvió a pegar a su pecho, hasta que poco a poco se fue calmando su llanto y luego se convirtió en un balbuceo travieso. La separó de su pecho encontrándose con aquellos ojitos claros, se inclinó besando su frente y después la dejó en la carriola que había pertenecido a una prima suya y que ella se la había obsequiado tan pronto se enteraron de que él era padre.

Aurora muchas veces había estado utilizando ropa usada al igual que él, los juguetes, el cochecito y el andador eran donados, y él agradecía que su familia lo apoyara. Sus hermanos y

padres habían querido apoyarlo con dinero, pero Chars sabía que aceptarles no sería bueno. Debía cubrir con los gastos de su niña y suyos. Había entendido que muchas veces había cosas que a la familia no se le decía.

—Solo voy a cambiarme, Aurora. Estoy aquí, amor —señaló agotado, pasando sus dedos por sus rizos cortos, el bebé frunció la nariz y los ojos se aguaron en señal que en cualquier momento rompería en llanto, él se apresuró y la tomó en sus brazos meciéndola con lentitud para calmar su llanto.

Chars estaba agotado, cansado y sin fuerzas. Los días se estaban convirtiendo en un completo infierno y cuando regresaba a casa era el paraíso, su pedacito personal. Tenía cursos que rendir en la Universidad, reunir dinero para pagar muchas cosas que debía. Trabajaba en la mañana de seis a una de la tarde, a las dos de la tarde tenía que estar en la universidad para llevar algunos cursos adelantados y a las diez de la noche apenas llegaba a casa y la única que lograba que él sacara fuerzas era su hija, su pequeña dormida en su cama después de que su madre o hermana se quedaban cuidándola. Él ya se estaba dando por vencido, ya no podía avanzar y tenía miedo, miedo de caer y no levantarse.

—Ve a bañarte y a cambiarte, yo la cuidaré —dijo una voz ronca y Chars agradeció de ver a su padre de pie en la puerta de su habitación, él sonrió y se la tendió, la pequeña rápidamente se aferró a la camisa del abuelo—. Ve, hijo.

Tomó las cosas y salió de la habitación en dirección al baño principal, entró de inmediato y se despojó de la ropa sucia y vieja que utilizaba cuando iba al mercado. Cerró los ojos pasando sus dedos por sus hombros calmando el dolor que sentía ahí a causa del estrés que tenía, sacudió su cabeza cuando las primeras gotas de agua caliente cayeron en sus hombros y lo relajaron. Hacía mucho tiempo que no se bañaba con agua caliente.

Cuando regresó a Piura vio el rostro de decepción de sus padres y aunque ellos fueron muy cariñosos con su nieta, con él todo cambió, pudo escuchar el corazón de ambos romperse por las consecuencias de sus actos. Su madre era distante al igual que su padre, pero constantemente se hacía cargo de Aurora. Ella no tenía la culpa de los errores de sus padres. Las cosas empeoraron cuando dejó de hacerse cargo de la niña y una mañana encontró las maletas afuera, así como a sus padres molestos, diciéndole que tenía que hacerse cargo, que ya no era un niño; ahora era padre de una niña por la que debía velar. Ahí todo desmejoró y en más de una ocasión quiso lanzar la toalla, dando a la niña en adopción. Él era joven y no sabía nada sobre el cuidado de una niña que pedía leche a cada minuto. En El Monte había tenido la ayuda de sus abuelos, su mamá Yoya lo auxiliaba en cada paso, pero acá era difícil. Claro que lo era. No era sano ver a sus hermanos avanzar y él estar estancado.

Cerró el grifo y salió envuelto en una toalla blanca. Sacudió su cabello y suspiró tratando de relajarse y no colapsar ahí, desnudo y en el cumpleaños de su hija. Buscó sus pantalones y se los puso con rapidez, al escuchar pisadas afuera del cuarto, tomó la camisa y maldijo viendo que estaba rota de las axilas, creyó haberla cosido la noche anterior.

—¿Mamá? ¿Dónde están los hilos? —preguntó saliendo del baño, se sentó en el sillón colocándose las medias negras y los zapatos del mismo color, los únicos que tenía para sus prácticas y momentos especiales. Hace dos años él no tenía problemas con la ropa, mucho menos con zapatos pelados o ropa remangada, ¿qué había cambiado? El hecho de que tuvo que madurar con rapidez—, ¿Diana?

—¡En el cuarto de Oliver! —gritaron desde el primer piso, Chars resopló pasando el trapo húmedo por los zapatos. Sacudió el pantalón y se apresuró a entrar a la habitación de su hermano mayor, tomó el hilo blanco con la aguja y se puso a coser la camisa.

—¿Ahora eres costurero? —bromeó su hermano entrando, Chars hizo una mueca viéndolo bien vestido y con un gran regalo en sus manos. Él apenas había tenido dinero para comprarle una muñeca. Este mes las cuentas eran mayores y Chars había tenido que pedir prestado para pagar la habitación que alquilaba—. Deja ahí eso, hermano. Toma una camisa y unos zapatos de mi ropero.

—¿Qué pasa con esta? A mí me gusta —siseó cansado y tomaba los lentes de pasta gruesa para dejarlos caer en el puente de su nariz. Oliver negó caminando hasta el ropero para sacar una camisa blanca, unos pantalones azules y unos zapatos negros. Chars se colocó su camisa e hizo una mueca viendo que esta era todo menos blanca—, soy un desastre, ni lavar bien sé.

—Esa ropa la usas mucho, hermano. Es normal que se gaste.

—Papá me la compró para la graduación de Paul en el colegio —susurró bajo mientras se dejaba caer en la cama. Pasó las manos por su rostro y ahogó un sollozo al sentir el peso en sus hombros, al sentirse consumido y perdido. Ya no sabía qué dirección estaba tomando su vida, ya no sabía qué estaba haciendo bien o mal—. Ya no sé qué hacer, hermano. Estoy agotado y sin fuerzas. Parece que la vida se está encargando de darme la mayor lección de mi vida y yo no soy lo suficiente fuerte para poder ganar esta carrera.

—No te dejes caer, Chars. No lo hagas ahora. Estás a un paso de la victoria, has recorrido tanto y ya te quieres rendir. Recuerda que en la meta te espera una bebida hermosa que te necesita. No te rindas ahora, no lo hagas, aunque las cosas se pongan difíciles, por favor, no cedas.

—Hay cuentas que pagar, Aurora necesita chequeos con el doctor, debo pagar en la Universidad, debo tener para su ropa, su leche y para nuestra comida. ¡Ya no puedo, hermano! —exclamó ahogado y dejándose caer al suelo ocultando su rostro entre la almohada. Oliver se inclinó envolviéndolo en sus brazos como lo hacía cuando estaba pequeño. Dejó que su hermano llorara y sacara todo lo que llevaba dentro, todo lo que se había negado a contar—. Aurora merece más que esto, Aurora merece una cuna de oro y la atención de todos.

Charles abrió los ojos sintiendo el dolor en su pecho, aquel dolor que lo había agarrado con fuerza, podía saborear aún el dolor de la caída y también recordar que su pequeña olía a vainilla ese día. Pasó los dedos por sus mejillas que ahora estaban humedecidas, últimamente no hacía más que recordar y tal vez estaba bien, desde la llegada de su hija se había marcado un antes y un después, un nuevo comienzo, duro pero un buen comienzo. Recordaba muy bien esa época, esa que quemó su pecho y lo hizo caer muchas veces, sin embargo, también recordaba que se había levantado, había sacado fuerzas y tomado su hija en sus brazos para hacerla feliz. Chars se puso de pie quitándose la ropa para entrar a la ducha y darse un baño rápido, sin darse cuenta habían pasado muchas horas y debía estar listo para ir con su familia.

Salió de la ducha e hizo una mueca cuando pasó el peine por la manta de rizos dorados que tenía, aunque la semana pasada se los había cortado parecía que estos crecían con rapidez. Mordió su labio y terminó usando una crema para mantenerlos en su lugar y lejos de su frente. Cuando los rizos dejaron de molestarlo tomó la rasuradora y la pasó por su quijada con lentitud, eliminando la barba por la cual su hija se quejaba cada vez que él intentaba darle un beso o hacerle cosquillas. Cuando estuvo listo, se lavó el rostro y se alejó del espejo sosteniendo la toalla que rodeaba su cadera, miró sobre su hombro y sonrió al observar que su baño había durado más de una hora.

¿Hace cuánto se tomaba tanto tiempo en el baño? Ya ni se acordaba. Con una hija de diez años, escribiendo la mayor parte de su tiempo y dictando clases en la universidad; él no tenía mucho tiempo, que digamos. Ese día había aprovechado ya que Aurora estaba en casa de sus padres desde temprano y había tomado el día libre en la Universidad para mimarse como se debía.

Salió del baño moviéndose con lentitud ante la música que sonaba en la pequeña habitación,

Michael Bublé sonaba en los altavoces y él encantado se dejaba llevar por la letra. Se detuvo observando el vino que Oliver le había regalado hacía unas semanas, aún tenía la nota de: *Sé feliz, peludo*, pero él no había tenido la ocasión para saborearlo.

—Sigue teniendo buen gusto para escoger vinos —murmuró en tono ronco caminando hasta el ropero para sacar un bóxer negro y las medias, que luego se puso junto con los pantalones de vestir negro y la camisa blanca. Caminó descalzo hasta el espejo poniéndose con cuidado el chaleco gris encima, para posteriormente calzarse los zapatos que descansaban cerca. Dejó la chaqueta para el final y terminó de arreglar su cabello y guardó algunas prendas en la maleta pequeña, ya que la suya y la de su hija estaban listas desde el día anterior. Dejó todo en la cama y cuando iba por algunas cosas de higiene personal, el móvil sonó y en seguida supo que era Maléfica.

—¿Qué pasa, Maléfica? —preguntó arrugando la nariz, ante la quinta llamada de su madre, guardó las llaves en su bolsillo y tomó el saco poniéndoselo con lentitud esperando a que su madre contestara de una vez por todas.

—¿Dónde estás, hijo? Aurora ya está dormida en la cama de Oliver —explicó su madre y Chars sonrió negando, en tanto tomaba el maletín pequeño para salir de su habitación y dirigirse a la salida de la casa. Recogió algunas muñecas que yacían en el suelo y las metió en la caja dorada que estaba cerca de la puerta de la salida, ahí donde su hija las guardaba cuando no quería subir hasta su habitación—, se nos hará tarde.

—Salí tarde de la reunión, madre. Sabes cómo son esas cosas —respondió después de unos segundos cerrando la puerta de la casa, para luego entrar en el auto. Acomodó la maleta en la parte de atrás junto con la pequeña donde estaban los juguetes de su hija y algunos dulces que había comprado para ella—, ahora estoy subiendo al auto, en unos minutos estoy allá.

—Te creeré, Chars, y es solo porque te amo.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—Dale un beso de mi parte y dile que ya voy de camino —dijo y escuchó la risa de su madre y segundos después cortó la llamada. Encendió la radio e ingresó uno de los discos de Ben E. King. Dejó que sonara en los altavoces y le diera un poco de tranquilidad.

Cuando estacionó, escuchó los gritos alrededor y sonrió satisfecho al sentir aquel calor que solo los fines de semana podía disfrutar. Al terminar la carrera, le fue difícil tener un hogar propio, sobre todo al tener una niña que requería miles de cuidados. Él era profesor en un colegio nacional y la paga no era buena, apenas alcanzaba para los gastos de Aurora y para sus pasajes.

Él era el tercero y su hermano menor lo apoyó mucho con el cuidado de Aurora. Cuando debía estudiar para los exámenes, le era imposible cuidarla mientras lloraba, había reprobado materias y en más de una ocasión Aurora había enfermado. Él debía de ser responsable, porque era madre y padre a la vez. Con los años, la situación fue empeorando, también económica y casi no podía verla, por lo que renunció. Rindió un examen para poder enseñar en una Universidad y ahí todo mejoró. Continuó escribiendo y aunque esta vez no fue tan difícil como las primeras veces, si le preguntaran cuánto tiempo esperó para ver uno de sus libros publicados en físico, haría una mueca y contaría con sus dedos los años que esperó para que le dieran una oportunidad.

Al llegar el primer cheque, lo primero que hizo fue alquilar una casa y comprar ropa para su hija. Aún recuerda los ojos brillantes de su hija, al ver que dejarían de vivir en un pequeño cuarto para vivir en una casa, una suya. Ella era su mayor felicidad y él haría todo por ella.

Los años pasaron, y pasó de ser un profesor mediocre de colegio a convertirse en un profesor de la Universidad, con libros publicado bajo el seudónimo de *Charly M.* Quería mantenerse con

bajo perfil, aparte de que era mucho mejor. Siempre que sus amigos le preguntaban por qué había tomado esa decisión, solo sonreía y respondía que fue una de las mejores decisiones. Aurora con diez años estaba en un buen colegio, él podía estar muchas horas con ella e ir a las actividades del colegio, lo más importante: ella era feliz, feliz a su lado.

Sin embargo, Aurora siempre necesitaría de su mamá, aunque su padre fuera su superhéroe. Había tratado de no sacar el tema de Zoe y muchas veces le había mentado a su hija con respecto a su madre para que no sufriera. ¿Él la recordaba? Los primeros tres años acudía al mismo lugar con la esperanza de recibirla con los brazos abiertos y formar la familia que Aurora añoraba tanto. Ahora las cosas eran distintas. Él era un hombre maduro y con una vida estable que le había costado mucho, ya no necesitaba de una muchacha egoísta que quisiera hacerse cargo de su hija, Aurora tenía su amor y el de su familia y no necesitaba más.

Sacudió la cabeza con molestia al tenerla entre sus recuerdos, odiaba sentirse vulnerable y que ella ocupara parte de sus pensamientos. Lo odiaba. Cerró la puerta y abrió la puerta trasera bajando la bolsa donde estaban los juguetes de su hija junto con algunas golosinas, echó una rápida mirada alrededor encontrándose con los autos de sus hermanos, que estaban llenos para partir al pueblo de sus abuelos.

Entró por la puerta trasera y sonrió al ver a todos corriendo de un lado a otro, sus sobrinos gritaron su nombre y él les entregó alguna golosina para después verlos correr lejos de él.

—¡Hermano! —exclamó Oliver llegando hasta él para tenderle una copa de vino, Chars negó dejando la bolsa en el sillón—. Creí que no vendrías, hasta que Aurora se quejó diciendo que ella no se iría sin su papi.

—Igualita al padre —señaló burlón Paul llegando a su lado para sentarse, mientras Chars tomaba la copa que le entregaba su hermano mayor. Chars dio un sorbo observando a su cuñada Kim jugando a las cartas con Rodrigo, el hijo de Oliver. Escuchó las risitas de Luis, uno de los hijos de Diana, que era sostenido por su padre quien pasaba la barba por el cuello del pequeño.

—¡Chars! —gritó su madre llegando hasta él para besar su frente y arreglar algunos rizos dorados que caían allí. El aludido arrugó la nariz y se puso de pie envolviéndola en sus brazos—. ¡Ya es hora! ¡Cada uno con su respectiva pareja menos Paul que irá con Chars!

—¡Mamá! ¿Y el jugo de manzana de Lucas? —Chars atrajo a Diana cuando se acercó moviendo las manos, ella le sonrió y siguió a su madre que le repetía dónde lo había dejado y quejándose porque ella nunca encontraba nada. Fabián reía en el sillón sosteniendo a Lucas en su regazo haciéndole caballito. Charles saludó a su cuñado sintiendo pena por él, su hermana a veces llegaba a ser un dolor de cabeza y sumándole dos niños que físicamente eran iguales a él, pero tenían el mismo carácter de su madre.

—Aurora está en la que era tu habitación, Chars.

El escritor asintió subiendo las escaleras de dos en dos, abrió la puerta y sonrió al ver a su pequeña envuelta entre sus sábanas azules sosteniendo un libro. Caminó despacio sentándose en la esquina, observando su cabello claro esparcido en la almohada y como sus pequeños labios estaban entreabiertos provocando un ruidito tierno. Él se inclinó pasando la nariz por su cuello causando su risa.

—Papá —dijo con voz ronca por las largas horas que estuvo dormida. Estiró sus brazos enredándolas alrededor de su cuello y él la atrajo abrazándola con fuerza. Le cantó, mas ella no se movió y supo que se había dormido—. ¿Dónde está mamá, papá?

Escuchó su sollozo y él apretó sus labios, atrayéndola con mayor fuerza para cargarla y acercarla a su pecho, pasó los dedos por su cabello, acomodándolo para ponerle la gorra de lana que yacía en el suelo. A los segundos volvió hacer ruidos y supo que se había dormido

nuevamente.

—No lo sé, amor, y lo siento tanto —le dijo bajito dejándola nuevamente en la cama. Ella se removió y le colocó su peluche para que lo abrazara. Se puso de pie pasando los dedos por su cabello y luego terminó sentándose frente a ella cuidando de sus sueños, como lo hacía cuando era bebé.

¿Cómo no quererla? ¿Por qué abandonarla? Zoe había sido muy tonta, ella se había perdido la oportunidad de tener en su vida a una niña adorable, tierna e inteligente. Una niña preciosa que se ganaba el corazón de todo aquel que la conociera. Pero más tonta había sido por romper su corazón, si Chars la amaba con todas sus fuerzas y él estaba seguro de que nadie la amaría con aquella intensidad. Sí, tal vez los primeros años hubieran sido difíciles, no obstante, al final ella hubiera tenido la vida de reina que tanto añoraba y él ahora no tuviera el corazón roto.

—Duerme, princesa. Duerme que papá se pondrá su armadura para protegerte de las pesadillas —arrulló pasando sus dedos por las mejillas rojas de su hija.

Después de un rato, tuvo que levantarla ya que viajarían al pueblo. Aurora pasó todo el trayecto dormida y unas horas más tarde, llegaron a la casa de sus abuelos que los recibieron emocionados. Eran ellos con más arrugas, más cansados que antes, pero con aquel brillo único que tenían. Chars abrazó por largo rato a su abuela, acariciando la manta de risos, y besando su mejilla. Se permitió estar en sus brazos hasta que su madre llegó pidiéndole que fuera a despertar a Aurora para que comiera.

CAPÍTULO CINCO: SIEMPRE TARDE



—¿La extrañas? —Chars levantó la mirada y se encontró con los ojos claros de Diana que estaba recostada en la pared. Su hermana hace unos años había decidido que odiaba el color de su piel y ahora lucía una melena roja que hasta la hacía ver más hermosa. Chars con lentitud se puso de pie y caminó de regreso al sillón, viendo a su hija dormir. Con cuidado, su hermana entró a la habitación y se sentó a su lado envolviendo su brazo alrededor de los hombros de su hermano mayor—. He visto tu mirada en estos años, ese miedo que te embarga.

—Todos solemos tener miedo, Diana. Es normal, ¿no lo crees? —Se inclinó besando los nudillos de ella y la aludida sonrió viendo a su sobrina dormir plácidamente. ¿En qué momento creció?—. Yo tengo miedo de que vuelva y me la arranque de los brazos.

—No lo hará, ella la abandonó.

—Ella volverá cuando su sueño se vea interrumpido por los recuerdos, a veces tengo ganas de alejar ese pasado que me atormenta —Chars confesó—. Parecía un ángel cuando la conocí, y sin pensar que ella sería quien me haría el hombre más infeliz después.

—¿Cómo era ella? —Cerró los ojos y trató de respirar con normalidad, pero incluso las cosas más pequeñas le hacían recordarla, como con tan solo ver los ojos vivaces de su hija, que eran iguales a los de su madre.

Fue en uno de esos veranos donde su familia volvía al pueblo en donde creció su madre. En ese mismo pueblo donde estaban sus abuelos consentidores y eran felices. La casa de su abuela era grande pero no contaba con muchas habitaciones ya que solo habían tenido una hija, por ende, los cuatro hermanos siempre estaban peleando por la habitación. Su abuelo había hecho dos habitaciones, una para su nieta y otra para sus tres nietos. En ella había un camarote y una cama que resultaba muy cómoda, por lo que siempre hacían una competencia para ver quién se adueñaba de la cama. Paul nunca ganó, así que nunca pudo dormir en esa cama. Posteriormente, el abuelo construyó más habitaciones al ver cómo su familia crecía y pasaban las vacaciones en su cálida casa.

El último invierno que estuvo ahí fue cuando la conoció a ella. Solía recorrer la plaza hasta la pequeña cafetería donde atendían los viejos Eufenios. Un café delicioso junto con un Champú de piña o empanadas que te hacían suspirar. Era un lugar acogedor y siempre estaba lleno e incluso con los años tuvieron que ampliar el local, colocando sillas afuera y cerrándolo para evitar el frío del invierno a sus clientes.

¿Quién le negaría un café a esa tierna señora?

Nadie.

Fue un viernes a las tres de la tarde, Oliver y Paul estaban en las chacras de sus abuelos y él había decidido ayudar a su tío —hermano de su abuelo—, a hacer esteras. Cuando se había

desocupado, había ido a la cafetería y había estado por horas con la taza de café vacía, viendo cómo los padres vigilaban a sus hijos de cerca o cómo los jóvenes secreteaban entre sí y señalaban a la persona que le gustaba, hasta que la vio, en ese momento supo que ella sería la causante de su próxima cicatriz. Era hermosa, la manera en que sus ojos brillaban y que discretamente bajaba la cabeza con timidez. Chars podía saber que le incomodaba estar rodeada de muchas personas al ver como refregaba sus manos por sus muslos con rapidez.

Ella se cayó al suelo y las parejas que estaban cerca solo se rieron y nadie la ayudó a ponerse de pie. Chars dejó la taza y salió corriendo para ayudarla. Ella se mantuvo avergonzada entre sus brazos y aunque tratara de ser amable, ella simplemente lo rechazaba. No dijo nada y regresó a su mesa pidiendo otra taza de café. A los minutos, ella regresó a su lado, se sentó con la cafetera en mano y dijo:

—Te invito una taza de café por ayudarme. —Y su voz, su voz fue una melodía que él jamás había podido olvidar. Ella tenía unos bonitos ojos, así como el cabello oscuro y rizado. Ella era preciosa tanto como destructiva.

Él nunca supo que aquellas palabras taladrarían en lo más profundo de su ser y que años después le seguirían afectando. Había entrado a su vida por tropiezos y había huido con mucha facilidad y sin mirar atrás. Siempre terminaba recordando esas palabras que lo ahogaban y que le hacían plantearse en formar una familia para su hija y para él.

¿Es que nunca lo dejaría en paz? ¿No era suficiente el daño que le había hecho ya?

Después de ese encuentro vinieron muchos más y todos cómplices, ella hablaba sobre libros y él la escuchaba con devoción. Se amaban con locura y Chars la marcaba como suya, tomando su alma para venerarla hasta el último día. Él le había prometido presentarles a sus padres y ella simplemente le había dicho que no, que apenas tenía dieciséis años, ¿qué pensarían sus padres? Un joven de veinte años con una muchacha, seguramente iría directamente a la cárcel y el muchacho lo creyó. Como un tonto enamorado le ofreció su corazón y ella lo rompió, y luego de eso Chars ya no supo qué hacer.

Cuando él tuvo en sus manos a la pequeña, se preguntó tantas veces, ¿por qué? Él conocía muchas madres jóvenes que se habían hecho cargo de sus hijos, aun cuando la sociedad las atacaba sin piedad. Sí, tal vez ambos eran jóvenes, sin embargo, él la hubiera apoyado. Ellos juntos hubieran salido adelante por el bienestar de la niña, de su hija. Al pensar en eso, él no podía olvidar las palabras que ella le había dicho, lo que le hacía sentir rabia y rencor por la persona que tanto amó. A la mujer de su vida.

—¿Qué cómo era ella? —Él forzó una sonrisa viendo a su hija dormir—. Era hermosa.

—Aurora es hermosa —dijo una voz ronca a su espalda y Chars sacudió la cabeza saliendo de sus pensamientos. Se había quedado por un buen rato observando a Aurora dormir entre las sábanas de la cama y Diana a su lado esperando una respuesta. La habitación había cambiado mucho, de ser una para hombres había sido adaptada con colores y peluches por todos lados—. Es tan inteligente y curiosa que me sorprende por su edad.

—Lo es, supongo que lo sacó de mí.

—¿Y de su madre? —inquirió Oliver y Chars gruñó dejando caer los lentes en la punta de su nariz, pasó los dedos por su cabello provocando que la manta de rizados se moviera con violencia—. No puedes seguir ocultando y manteniendo en secreto su identidad. Aurora es una niña muy inteligente y dudo que siga creyendo que su madre está estudiando lejos de aquí.

Oliver en los últimos años había tratado de saber quién era la madre de Aurora, y aunque toda la familia había respetado su decisión; él no lo hacía. Quería saber dónde estaba ella, quería saber la verdadera historia que solo Diana y Chars parecían conocer. Su hermano menor no merecía eso,

él era quien menos merecía tanto dolor.

—Es lo mejor para mi hija, y yo como padre, sé que decisiones debo tomar.

—¿A costa de qué? —siseó en tono alto y Chars le miró con molestia. Tomó la chaqueta que estaba en el viejo sillón de cuero y se la puso saliendo de la habitación, seguido de sus dos hermanos, y el tercero venía con los puños y la quijada apretada—. Has logrado mucho, hermano, de eso no hay duda. Has sacado a una niña adelante y te has convertido en un gran novelista; pero hay más en esta vida. Han pasado los años y no he visto que te enamores, pero sí que suspires con tristeza. ¿Qué pasó realmente?

Chars gruñó sintiendo sus manos temblar, su corazón golpear desbocado y los miedos tomarlo sin piedad. No otra vez, no ahora, no cuando todo parecía ir bien.

—Oliver debes respetar la decisión de Chars —pidió Diana halando a su hermano mayor al ver a Chars apretar los labios y tensar la quijada. No otra vez, no ese Chars violento.

—¡Me dejó, carajo! —gritó enfurecido viéndolo fijamente, Oliver abrió la boca para volverla a cerrar—. Les dije que ella había sido alejada pero no fue así, ella me dijo que era muy joven para ser madre y que yo tenía una carrera mediocre. ¡Puedo entenderlo! Ella era muy joven, Oliver. Era una niña y yo pude terminar en la cárcel.

—¿Qué edad tenía?

—Dieciséis años y yo veinte, pude ir a la cárcel por eso. Ella terminó dejándome a Aurora bajo el frío sin importar si enfermaba o si yo no acudía al lugar, ¿qué hubiera sucedido con mi hija?

—Hija de... —vociferó enfurecido pasando las manos por su cabello lacio y largo que estaba atado a una coleta que terminó en el suelo por el movimiento—, ¿cuál es su nombre?

—Zoe, y no sé si ese es su nombre, Oliver. No me mires así, estaba tan enamorado que obvié todo y creí sus mentiras.

—Hay hombres que abandonan a una mujer embarazada, pero una mujer que lo haga es..., no encuentro las palabras para definir a alguien que abandona a su hija. ¡Hasta las perras son mejores madres!

—¡Basta! ¡Basta ya que estoy cansado de esto! —explotó Chars cerrando los ojos y llevándose los dedos a su pecho al sentir esa incomodidad—. Querías una respuesta, pues ahí la tienes, deja de joder y escarbar el pasado. Estoy cansado de que hagas eso, Oliver.

—Pero...

—¡Que te calles! —gritó levantando la mano y cerrándola. Todo quedó en silencio y Oliver se sorprendió al ver su puño en el aire, casi yendo directo a su cara. ¿Qué diablos estaba sucediendo?

—¿Papá?

Ambos se callaron al escuchar la voz suave de la pequeña, Oliver rápidamente se acercó, pasando las manos por los hombros de su sobrina que se tallaba los ojos. Era una niña curiosa, inteligente y pícara. Siempre se robaba la atención de ellos y haciéndolos caer rendidos a sus pies. Pequeña terremoto. Chars apretó el puente de su nariz y forzó una sonrisa al igual que sus hermanos, Oliver con muchas preguntas y Diana con pánico.

—¿Tienes hambre, ratoncito? —preguntó Oliver pasando las yemas de sus dedos por su rostro causando que ella cerrara los ojos y abriera sus labios—. La abuela está preparando un rico pollo con papas, ¿quieres?

—Tío, ya no soy una bebé. Debes dejar de decirme así —se quejó y Oliver se puso a su altura frunciendo el ceño mientras ella pasaba sus dedos por el escaso cabello de su tío, ya que constantemente se lo estaba cortando—, me avergüenzas frente a mis amigos.

—¿Entonces por qué permites que Paul te diga osita? —inquirió achinando los ojos. Chars negó golpeando el puente de su nariz ante aquella situación, sus hermanos morían de amor por su hija, él los había convertido en los segundos padres de ella.

—Porque él prometió disfrazarse de princesa para la fiesta de Halloween.

—¡Eso es traición! —lloriqueó Paul apareciendo por el pasillo. Chars sacó un cigarrillo de regaliz y se lo llevó a la boca viendo aquella escena con diversión—. ¡No debías decirle, osita!

—¡Por el cautivo, señores! —exclamó Chars tomando la mano de su hija para entrelazar sus dedos—. Aurora ya los midió y los tiene en la palma de su mano.

Los tíos la observaron y ella soltó una carcajada escondiendo su rostro en la espalda de su padre, mientras ambos hermanos negaban.

—No debías decirle eso, ahora ya no tendré a mis dos princesas —murmuró causando que él soltara una carcajada para después atraerla a sus brazos y llenarla de besos—. ¿Saldremos hoy?

—¿Quieres que salgamos?

—Yo siempre quiero salir contigo, papá. ¿Debo enviarte una invitación a tu trabajo? —preguntó frunciendo sus labios. La última chica que él había llevado a casa, Aurora la había rechazado y había hecho de todo para que los planes de estar con ella se echaran a perder. Aurora era celosa, casi igual o más que Charles—. Solo los dos.

—Entonces ve y cámbiate, amor. Te espero abajo.

Aurora asintió besando su mejilla para después perderse dentro de la habitación. Chars sonrió observándola y Oliver golpeó su espalda diciendo que estaba perdido por su hija. Que cuando ella tuviera novio, él estaría con escopeta y eso era cierto. Bajó las escaleras con dirección al armario para sacar una bufanda y gorros para ambos, cuando se giró se encontró con su madre y abuela.

—Hijo, dile a la niña que baje para que coma —dijo su madre llegando hasta él para besarlo, Chars curvó sus labios y negó—, ¿sigue dormida? Debió ser el viaje.

—Es dormilona como el padre —señaló su abuelo causando la risa en todos y Chars volvió a negar—. Mi niñita bella le ha dicho a Oliver que quiere que yo le regale unas ovejitas.

—Yo hasta le tengo dos pollitos. —Su abuela Yoya sonrió besando las mejillas de Chars, él se inclinó besando su frente—. Qué guapo estás, mi niño.

—Tú estás hermosa, mucha chica para el abuelo Carlos —bromeó causando la risa en su abuelo y en los demás—. Saldré con mi hija eso es todo, ¿no puedo salir con mi niña?

—¡Claro que sí, Chars! ¿Qué dices? —preguntó su padre acercándose para golpear su hombro con suavidad. Al escuchar un grito, él sonrió sabiendo que su hija venía en los brazos de Paul. Agradecía que su hija tuviera el amor de toda su familia, lo agradecía tanto.

—Despídete de todos, se nos hace tarde.

Aurora asintió estirando sus brazos hacia todos para recibir besos y buena suerte. Chars sonrió viéndola moverse entre la cocina para llegar a todos y cómo le regalaban sonrisas sinceras. Al ella girarse, él se inclinó poniéndole el gorro de lana rojo que hacía juego con su chaqueta. Ella sonrió enredando su mano alrededor de la suya y juntos salieron de la casa.



La cafetería seguía igual que hacía años, la diferencia es que había más clientes y más personas que atendían, además que la habían pintado recientemente. Salió del auto sosteniendo la mano de su hija, mientras ella le contaba sobre su clase pasada y que el profesor le había puesto veinte en el curso de arte. Chars se detuvo y le dijo que entrara y buscara una mesa, por lo que su hija de inmediato lo hizo. Rodeó la cafetería observando la plaza vacía y el lugar que fue favorito de ambos, de él y de Zoe, permanecía oculto y desocupado. Metió las manos dentro de su pantalón y

una sonrisa triste se instaló en su rostro.

—¿Qué haces buscándola, Chars? —preguntó con amargura—. No te dañes más, amigo.

Se giró y sonrió al ver el puesto de flores de siempre, por lo que caminó hasta este y se detuvo para comprar una rosa. Luego entró a la cafetería sintiendo el aroma envolverlo y trayendo paz, sin embargo, también traía recuerdos. Muchos conocidos lo saludaron y se sorprendieron cuando les dijo que su hija estaba ahí. Lo felicitaron, pero hicieron aquella pregunta que tanto le incomodaba, «¿Y la afortunada?» y él, como siempre, le contestaba «En el trabajo», una respuesta que con el tiempo salía más natural.

—Cumpa, ¿qué haces aquí, galán? —Chars soltó una ronca carcajada cuando vio a Marcos con una taza de café en sus manos, él se acercó y lo abrazó de inmediato—. Mira que has cambiado la ropa rota por buenos trajes, vaya eh.

—Me va bien, amigo. Todo marcha bien —contestó con media sonrisa en los labios—. ¿Cómo estás tú? ¿Y los niños?

—Dafne ya no es una niña, amigo. Ya es una señorita que me tiene con los ojos abiertos ante cualquier mocoso que se le acerca —hizo una mueca y él rio—. Los mellizos están grandes, en el colegio y ahora Angelita está embarazada de otra nena.

—Amigo, tú sí que vas a sufrir.

—¿Y la brujita? —Él señaló hacia donde estaba su hija, Marcos esbozó una sonrisa, viéndola sentada y sostener la carta. Era una niña preciosa—. Está hermosa, hermano. Me gustaría quedarme a platicar, pero lo haremos después, ahora debo volver al trabajo. Salúdame a tus hermanos y espero nos veamos estos días.

—Dale, amigo. Cuídate y salúdame a tus niños. —Marcos asintió saliendo de la cafetería con una sonrisa en los labios, Chars se abrió paso hasta sentarse frente a su hija, le tendió la rosa y ella abrió los ojos y sus mejillas enrojecieron. Él esbozó una sonrisa y su hija terminó lanzándose a sus brazos para llenarlo de besos.

—Te amo, papá. Te amo mucho. —Chars sonrió pasando los dedos por su cabello. Aurora esbozó una sonrisa sacando de su cartera, un cuaderno con figuras para después observarlo—. Eres más guapo que Thor y eso que para mí el dios del trueno es el más guapo del mundo.

—¿Ah, sí?

—Ya lo escuchaste, papá. No voy a repetirlo o tu ego crecerá.

—Eres muy traviesa. ¿Quién te ha enseñado eso?

—Tío Alex —murmuró bajito refiriéndose a su padrino y buen amigo de su padre. Aurora pidió café con leche, torta de chocolate y vainilla. Ella agitaba las manos, por lo que la vieja Eufenios salió y se acercó con una sonrisa hacia ellos.

—¡Pero si es ricitos de oro!

—¡Señora Eufenios, yo soy Charles! —exclamó divertido, al ser envuelto en los brazos de la anciana. Ella olía a café y a pan, una deliciosa combinación—. Quiero presentarle a mi hija, Aurora.

—Hola, soy Aurora —se presentó ella robándole una sonrisa a la anciana que besó su mejilla.

—Es muy hermosa tu hija, Charles.

—Lo sé —respondió. En seguida, le trajo su pedido y se despidió. Él se sentó y la observaba mientras fruncía la nariz pecosa cuando daba sorbos al café caliente. Él no pudo evitarlo y soltó una carcajada. Luego comenzó a darle muchos besos, por lo que ella lo alejó y le decía que no debía besarla en público, que ella era una niña grande. Para Chars seguía siendo su bebé y no dudó en estrecharla en sus brazos hasta que su celular sonó interrumpiéndolo. Maldijo al ver que era su editora con la cual había hablado que no lo llamara porque estaría de viaje y no quería ser

interrumpido. Besó la frente de su hija y la sujetó mientras contestaba.

—¿Cómo estás, Lidia? ¿Qué pasó? —contestó notando la mirada curiosa de su hija.

—¡Charles! ¿Dónde estás? Te marqué y no contestaste.

—Te dije que no llamas. Estoy de vacaciones con mi familia y ahora interrumpes una taza de café con la mujer de mi vida.

—Cariño, lo siento. Si no fuera importante, no te llamaría —señaló con voz mimosa y él blanqueó los ojos con molestia, no la interrumpió y ella añadió—. Mi sobrina cumple años mañana y es una gran fanática tuya.

—¿Y?

—Quiere conocerte y se lo prometí, Charles. Es un gran favor que te lo devolveré.

—No puedo, sabes muy bien que no puedo. Decidí mantener bajo perfil por eso, es mejor que le regales otra cosa.

—Charles, por favor —rogó y él miró a su hija que le veía fijamente para que cortara la llamada—. ¡Por favor!

—Estoy en El Monte, ven mañana y nos vemos. ¿Cómo es que se llama ella?

—Ivana Ortega, es una joven lindísima. ¿El Monte? ¡Vaya, qué casualidad!

—¿Casualidad?

—Ivana, hace algunos años, pasó las vacaciones allá. También estuvo en los pueblos vecinos. Era joven pero nunca olvidará ese lugar.

—Bueno, mañana quedamos —murmuró observando el rostro desencajado de su hija. Aurora había recogido su cabello en una coleta y estaba cruzada de brazos viendo por la ventana, él siguió la mirada viendo como un grupo de jóvenes reían mientras una niña estaba detenida observándolos.

Inmediatamente los recuerdos volaron a la primera vez que la vio, o a las siguientes, donde él la espero con anhelo queriendo robarle una sonrisa de esos bonitos labios. Quería tener su atención y él no sabía cómo hacerlo, para tener veinte años siempre había sido un hombre seguro de sí mismo y un *no* de parte de Zoe, lo había confundido.

¿*Nadie te había dicho no, colorado? Pues acostúmbrate*, le había respondido ella cuando la había invitado a salir. No se había rendido y en la última semana la había acosado hasta obtener el deseado *Sí, Chars*. Qué feliz había sido. Se había sentido en el paraíso sin saber que, ella era la misma diabla que decoraba el camino del infierno con flores.

—Dijiste que no traerías trabajo acá, papá —se quejó su hija trayéndolo nuevamente a la realidad. Él sacudió la cabeza, la observó apretar sus labios y luego resoplar molesta—. Volviste a mentir.

—Amor, no. Claro que no —se inclinó pasando sus dedos por la frente de ella donde se marcaban tres líneas. Ella se alejó tratando de parecer molesta—, es algo rápido, un favor y ya está. Recuerda que este año he cambiado mi horario en la universidad, así en la tarde estamos juntos.

—¿Lo prometes?

—¿Cuándo te he engañado?

—¿Quieres la lista corta o larga? —inquirió soltando una risita, Chars achinó los ojos y la atrajo a sus brazos llenándola de besos.

CAPÍTULO SEIS: EL PRÍNCIPE PERDIDO



De: Alejandra Merino.

Para: Charles E Maldonado.

Asunto: Preguntas.

Cariño mío, sé que es tu momento con tu nena, pero la entrevista se publicará el próximo lunes y hay una pregunta que dejé pasar. ¿Crees que puedas responderla?

De: Charles E Maldonado.

Para: Alejandra Merino.

Asunto: Soy todo tuyo.

Cariño mío.

Adelante. Aurora duerme, puedes preguntarme.

¿Cómo va todo? ¿Crees que pueda ser el primero en leerlo?

De: Alejandra Merino.

Para: Charles E Maldonado.

Asunto: ¡Te quiero!

Claro que sí.

Bien, ahí va la pregunta: Como fieles lectores, sabemos que fue muy difícil para ti poder publicar tus libros, en una de las entrevistas que diste hace unos años dijiste que la primera vez que llevaste un manuscrito a una editorial te fue muy mal. ¿Puedes contarnos?

Chars apretó los labios viendo la laptop que tenía en sus piernas, miró cómo su hija dormía a su lado. Él volvió a fijar sus ojos en la pantalla y releyó lo que ella había escrito. No supo por cuánto tiempo estuvo frente a la laptop, releyendo lo que Ale le había escrito. Cerró los ojos. Fue un día gris, no solo porque lo rechazaron, sino porque su hija estaba internada en el hospital. Jadeó bajito y negó recordando la voz de aquel hombre.

—Es terrible amigo, tienes que corregirla —dijo el viejo dejando a un lado el manuscrito y lanzándole una mirada de desprecio a él. Chars tiró de la chaqueta que solía ser negra, tratando de ocultar que la camisa que llevaba estaba parchada. El viejo se puso de pie sirviéndose una copa del mejor trago que se encontraba en el mini-bar ignorando las suplicas de él—, aparte, ¿quién leería algo así? ¿Sabes qué tiene más peso actualmente? Las novelas juveniles, aquellas donde hay un triángulo amoroso. Nosotros como editorial necesitamos saber que la historia será comprada.

—¿Pesa más la cantidad que la calidad? —inquirió con el ceño fruncido, rechazando con un gesto el vaso de licor que el viejo le tendía. En respuesta él se encogió de hombros.

—Esta editorial no se mantiene por caridad, muchacho —explicó tendiéndole el manuscrito que Chars había enviado. Esta era la quinta vez que había mandado su libro a las editoriales de su país y todas le habían dicho *no*. Él había puesto todo su dinero y tiempo para que se hiciera posible su sueño, pero ahora que Aurora se encontraba hospitalizada por problemas respiratorios, nuevamente—. Tienes palo, amigo, éditala y tal vez en un par de años estés listo.

—¡No puedo esperar un par de años! ¡Llevo más de tres años escribiendo esta historia y usted dice que la calidad no importa!

—Yo no he dicho eso.

—Le estoy entregando algo nuevo, algo diferente, señor —musitó agotado pasando los dedos por su cabello. ¿Qué haría ahora? Había vendido algunas cosas para poder comprar una computadora con la tonta esperanza de que se publicara su libro y de ahí tendría algo de dinero para pagar las medicinas de su hija. En esos momentos, él no quería publicar porque lo anhelaba, quería publicar porque lo necesitaba—, y usted solo lo rechaza.

—Sigue escribiendo, eres joven. ¿Por qué tanto apuro?

—Gracias, señor Vargas —finalizó seco tomando el manuscrito para meterlo dentro de su mochila y salir de inmediato de ese lugar. Pasó sus dedos por los rizos dorados aguantando las ganas de gritar y lanzar todo, estaba agotado y decepcionado de su país, cada vez la pobreza y la sociedad corrupta se llevaba la esencia de lo que Perú era.

Apretó los puños, giró y vio que nadie lo observaba; él golpeó con fuerza la pared, jadeó y trató de normalizar su respiración. Apretó los ojos sintiendo todo el dolor irse con lentitud y segundos después sintió un leve cosquilleo en sus nudillos. Vio que estaban pelados y sangrando, de inmediato sacó de su mochila una playera y la amarró para ocultar su mano. Nuevamente estaba cayendo, nuevamente se estaba perdiendo. Por un momento creyó que lo tenía controlado, qué equivocado estaba. Él siempre había sido un muchacho pacífico y ahora él no lograba comprender sus estados de ánimos ni sus reacciones cuando estaba molesto.

Volvió a colgar la mochila en su hombro y caminó unas cuadras donde debía tomar el autobús que lo dejaría en el mercado. Esperó unos segundos hasta que apareció en su visión. Sacó el móvil y se puso los audífonos mientras subía. Se sentó al final junto a la ventana, cerrando de inmediato los ojos ante el cansancio que sentía en ese momento. Llevaba días en que solo dormía un par de horas. Tenía miedo de que Aurora sufriera otro ataque y él no supiera qué hacer. Agradecía el hecho de que su familia estuviera con ella, él apenas podía dedicarle unas horas, ya que vender en el mercado ocupaba todo su tiempo. Aurora, unas noches antes, había tenido un ataque respiratorio, se ahogaba, su pequeña niña estaba enferma, ella estaba luchando por respirar y él no había podido hacer mucho por ella. No sabía qué hacer. Se suponía que debía protegerla y estaba haciendo todo lo contrario.

La canción se detuvo y Chars confundido bajó los ojos al móvil viendo que estaba entrando una llamada, hizo una mueca y deslizó el dedo para aceptar.

—Hermano, ¿dónde estás? —inquirió su hermano mayor—. El doctor quiere hablar contigo.

—Hablen ustedes con él —pidió envidiando la situación de su hermano, recién graduado, una carrera decente, en un lugar cómodo y sin pasar hambre—, estoy en el mercado. Hoy la verdura y la fruta pagan más.

Ironizó lo último bajando del autobús, para caminar en dirección al puesto que atendía. Saludó con la cabeza a algunos conocidos y abrió la pequeña tienda, mientras sacaba la verdura y fruta que en la madrugada había recibido, puso el mantel escuchando a su hermano hablar, mientras él trataba de vender dos kilos de manzana y uno de papa.

—¿Chars? ¿Me escuchas?

—¿Dónde estabas hace una hora, Oliver? —preguntó recibiendo el dinero de la joven que le había comprado la fruta. Guardó con rapidez empezando a limpiar alrededor, esperando la respuesta de su hermano.

—En un desayuno con mis colegas.

—¿Sabes qué desayuné? —Al no tener respuesta, él prosiguió con el tono de voz gélido—; un vaso de jugo y una manzana. ¿Sabes desde cuándo no me alcanza para un buen almuerzo? Desde hace semanas. Sí, sé que debo hacerme responsable y que mis padres aún no me perdonan el hecho de haberme convertido en padre tan joven, pero no es justo. Mientras todos se gradúan, yo estoy vendiendo verdura en el mercado y con mi hija hospitalizada. Hace días que no veo sus ojos y tampoco escucho sus balbuceos llamándome.

—Chars...

—Habla con el doctor, Oliver. Yo no puedo ir. Necesito el dinero para su medicina y para su comida. Dame un respiro, hermano, por favor —rogó, para después cortar la llamada y guardar el celular en el bolsillo delantero de sus desgastados pantalones.

Vender en el mercado no era tan malo, lo que lo mataba era el hecho de ganar tan poco y no poder ver a su hija. A las ocho de la noche, cerró el puesto con el frío calando sus huesos, por el viento gélido de esa época. Esperó que llegara el autobús, para luego descender en el hospital donde estaba su niña, recorrió el pasillo bostezando y engañando al estómago con fruta. Hizo una mueca al ver su ropa cochina y cómo algunos doctores lo miraban.

—¡Señor Chars! —dijo una voz suave y él se detuvo. El doctor le lanzó una rápida mirada, aunque no hizo muecas—. ¿Cómo está? Parece cansado y con pocas horas de dormir.

—Estoy bien, es solo que recién salgo de trabajar —se excusó siguiéndolo. A lo lejos pudo ver a su madre y a Oliver charlar, mientras Diana estaba hablando con la enfermera, al verlo, le sonrieron y él solo asintió—. ¿Cómo está mi hija?

—Fuera de peligro, señor Maldonado. Ahora está mejor, lo que sí le digo es que necesita la medicina. Ya le dije a la enfermera cuáles son, por lo que ella le podrá informar —explicó viendo la mirada cansada del joven padre. Comprendía al muchacho, se ponía en sus zapatos—. Debe descansar. Su hija lo necesita sano, Chars.

—Estoy bien, solo necesito dormir un poco más. —Forzó una sonrisa metiendo sus manos dentro de los bolsillos delanteros, el doctor lo miró y segundos después asintió haciéndole señas para que lo siguiera a la habitación de la niña—. ¿Puedo verla?

—Por supuesto —contestó, y Chars se apresuró a entrar. Sonrió cuando vio a su pequeña de tres años. Ella estaba recostada con los ojitos cerrados y el cabello esparcido por la almohada, se sentó a su lado y sonrió observándola fijamente.

—No me rendiré, amor. No lo haré, tú me necesitas.

—¿Qué tal te fue? —Oliver entró a la habitación y se sentó en el sillón donde había algunas fresadas que Diana había preparado porque se imaginaba que Chars se quedaría nuevamente. El mayor de los hermanos miró a Chars, verlo descuidado le dio mucha pena, después de la conversación que habían tenido, se había quedado pensando. Sentía tanta tristeza, la situación de su familia nunca fue de abundancia, pero nunca se fue a la cama con hambre. El mayor de los hermanos estaba seguro de que Chars no había comido en todo el día, así que había mandado a Paul por algo ligero para el rubio.

—Rechazado, otra vez. El cuento no es lo que ellos esperan. —Chars pasó los dedos por su cabello, recostándose en la silla. Se quitó los lentes y los limpió para después dejarlos caer en el puente de su nariz—. Creo que no es lo mío. Debo ser un profesor y ya, ¿no?

—Tú no eres conformista y mucho menos te das por vencido, Charles —lo regañó. La puerta se

volvió a abrir y entró Paul sonriendo con unos depósitos y un termo, los ojos de Chars brillaron cuando Oliver le sirvió un vaso de leche y se la tendió, él con rapidez la tomó y dio un largo sorbo—. ¿Desde cuándo no comes?

—Sí como.

—No hablo de frutas o ceviche, hablo de comida, Charly.

—Pues... —resopló dejando la taza vacía en la mesita de cristal que estaba frente a ellos. Paul se sentó al lado de Oliver y observó el rostro cansado de su hermano—. La semana pasada comí en casa. Ya sabes, ella hizo arroz con pollo.

—Eso no es vida, debiste quedarte en casa —lo regañó Oliver y Chars lo miró fijamente—. ¿Has ido a tus citas con el psicólogo?

—Mis padres ya hacían muecas ante cualquier cosa, ya les estorbaba, hermano —omitió decirle lo que había escuchado cuando pensaban que no lo hacía. Su padre estaba quejándose de los gastos y su madre diciendo que Charles ya debía madurar—. No iré. Las citas son caras y ese dinero lo necesito. No estoy loco, hermano.

—Nadie dijo que lo estabas, Charly, pero deberías ir.

—Chars, debes ir, hermano. —Paul habló rompiendo el silencio incómodo que se había formado—. Podemos ayudarte con el dinero.

—Quiero hacerlo con mis propios medios. Agradezco toda su ayuda, mas no pueden seguir dándome dinero o ayudándome con los gastos de mi hija. No pueden.

Chars apretó los labios y escribió con rapidez la respuesta a la pregunta de Ale para después excusarse con que Aurora se había despertado. Dejó la laptop a un lado y miró a su hija dormir con tranquilidad, su nariz arrugada dejando ante él aquellas bonitas constelaciones. Él no entendía por qué últimamente los recuerdos parecían querer hacer pedazos la estabilidad que había logrado con los años. Chars no lograba comprenderlo.

Paciencia. Solía pedir en voz baja cuando el mundo se derrumbaba encima de él.

Hace cuatro meses había publicado el último libro de su trilogía "*Sueños de otoño*". Libros que habían sido aceptados y que tenían buenas críticas. Su editora le había pedido el avance del libro que él había mantenido en secreto, un libro que se había rehusado a mostrar incluso a sus dos mejores amigos: Alex y Artemis, quienes eran los primeros en leer lo que Charly M escribía. Alexander solía decirle que tal vez temía que todos leyeran aquella historia que había mantenido bajo llave, que temía ser descubierto y aunque él lo negará sabía perfectamente que su amigo tenía razón. Tanta razón.

El café se enfrió relataba su mayor aventura, el sentimiento más doloroso y teniendo como protagonista a un Chars de veinte años, ilusionado por encontrar el amor, un Chars que actualmente no existía. Aquel muchacho era dulce y lleno de vida, el nuevo Charles era desconfiado y algunas veces orgulloso, él no tenía miedo que los demás conocieran su historia, él tenía miedo de que ella regresara a su vida y que le arrancara a su mayor tesoro.

—¡Charles! —gritaron tras la puerta y él volvió a presionar sus dedos contra el puente de su nariz resoplando con molestia. Miró el reloj que apuntaba pasadas las diez de la mañana. Él se había levantado a las cinco y media para poder escribir—. Carajo, Chars. Levántate.

Él se puso de pie, poniéndose nuevamente los lentes y se giró observando que Aurora todavía dormía plácidamente apretando el libro contra su pecho. Él se acercó pasando los dedos por su rostro para después acostarse a su lado y ser envuelto por sus pequeños brazos. Ella elevó su rostro, sin embargo, no abrió sus ojos y él pudo embelesarse con aquellas pecas que tenía alrededor de su nariz y sus mejillas, las cuales besó mientras escuchaba su risa suave.

Su nena.

La atrajo aferrándola a su cuerpo con miedo de perderla, la sostuvo mientras ella mantenía su rostro sereno y su mentón pegado a su pecho y sus manitos sujetaban con fuerza su playera de dormir.

—Siempre haces eso —apuntó ella abriendo esos bonitos ojos claros que lo tenían capturado, Chars arqueó las cejas y la miró confundido—. Me miras la nariz y luego la besas haciendo que despierte, papá.

—¿No puedo mimar a mi nena? —inquirió celoso, atrayéndola mientras sus labios hacían sonidos contra sus hombros, provocando en ella carcajadas y él la acompañó gustoso—. Ve a cambiarte, amor. Hoy iremos a la chacra.

—¡Sí! ¡Chacra y caballos, papá! —chilló poniéndose de pie en la cama, agitando sus manos mientras saltaba. Chars sonrió escondiendo su rostro en la almohada mientras reía—, ¿Mamá Yoya? ¡Espera! ¿Iras tú? ¡Pero detestas los mosquitos!

—Sobreviviré, cariño.

Chars se bajó de la cama seguido de su hija que llevaba un pijama polar color celeste. Él la cargó sentándola en el lavamanos mientras le tendía el cepillo y ella se lo metía a la boca, Chars sonrió llenando de espuma su quijada para empezar a rasurarla.



—Por favor, dime que no irás con esa ropa al río —señaló su hermano cuando él bajó las escaleras con unos pantalones desgastados y una camisa que había arremangado a sus codos. Al escuchar a su hermano se giró sosteniendo en sus manos una manzana mientras toda su familia lo observaba—. Todos llevamos ropa fresca y corta.

Él se encogió sentándose mientras observaba el celular con el último mensaje de su editora.

Lidia Ortega 11:20am.

Ya estoy viajando, en media hora estamos ahí, cariño.

—Tengo una reunión con mi editora en media hora —explicó poniéndose los lentes oscuros para después esbozar una sonrisa insolente—. ¡Yo no tengo la culpa! Ella me llamó pidiéndome un favor.

—¡Prometiste no traer el trabajo a casa, hijo! —gritó molesta su madre y Oliver sonrió lanzándole un trapo sucio causando la risa en el aludido—. ¿Demora mucho?

—No lo creo, llevaré ropa en el auto y los alcanzo allá —contestó observando el celular con un mensaje de su editora, rodó los ojos y se puso de pie tomando las llaves de la mesa—. Estaré en una hora ahí, no se terminen la comida. Madre cuida de Aurora, la última vez tuvo que llevar aquel yeso en la pierna por varias semanas y no quiero una niña caprichuda nuevamente.

—No seas tan protector, Chars. La nena está con su familia y nadie la cuidará mejor que nosotros —explicó el abuelo Carlos golpeando su hombro con suavidad, Chars asintió sabiendo que tenía razón, su hija en mejores manos no podía estar.

Los pasos en las escaleras los hicieron girar y fruncir el ceño. Aurora bajaba las escaleras con un vestido blanco y encima una chaqueta negra, tras de ella venía Diana encogiéndose de hombros. Chars volvió los ojos a su hija observando sus bonitos ojos.

—Pequeño gusano, así no se va a las chacras, ¿es qué ya olvidaste el año pasado? —inquirió Paul observándola de arriba abajo—. Dios, es igual a su padre.

—Ya lo sé, tío Paul. No soy tonta, pero acompañaré a papá —contestó caminando hasta él para tomar su mano y entrelazarla—. Él prometió no separarse de mí, así que no lo dejaré ir.

Todos soltaron una carcajada en respuesta y Chars negó poniéndose a su altura para verla fijamente, la niña esbozó una sonrisa y él sonrió atrayéndola a sus brazos.

—Eres terrible, terroncito.

En respuesta, la niña le sacó la lengua y repitió que no le dijera así. Ella lo odiaba y él le ponía apodosos para ver su nariz fruncir y cómo cruzaba los brazos, molesta. Sonreía encantado viéndola refunfuñar por lo gruñona que podía resultar ser.

Y aunque su madre no estuvo de acuerdo, terminó aceptando por la mirada de Chars. Veinte minutos después, ella estaba controlando la radio mientras él manejaba en dirección a la cafetería. En ocasiones, giraba su rostro para observar el ceño fruncido de su nena o cómo frotaba su nariz repetidas veces, hecho que le parecía algo tierno. Estacionó el auto y lo rodeó abriendo la puerta para que su hija bajara, la cerró y entrelazó sus dedos caminando hasta la cafetería.

Al ser domingo en la mañana el lugar estaba repleto de parejas y amigos hablando animadamente mientras una música de Calí y Dante sonaba alrededor, volviendo el lugar más sosegado. La niña se puso de puntillas buscando algo mientras él trataba de buscar a su editora. Cuando la halló, hizo una mueca caminando hacia ella. Se detuvo y Lidia se levantó sonriéndole para después fijar sus ojos en ella.

—¿Y esta hermosura?

—Es el amor de mi vida —contestó viendo a su hija, Aurora en respuesta esbozó una sonrisa coqueta.

—Cuando decías eso creí que era tu novia. Nunca me dijiste que tenías una hija, cariño.

—Nunca lo preguntaste —siseó aclarando su garganta, Chars le hizo señas a su hija para que se sentara junto a la ventana y ella asintió—. Lidia, ella es mi hija Aurora. Nena, ella es mi editora.

—Mucho gusto, señora Lidia. —Su nena estiró su mano y Lidia esbozó una sonrisa tomándola con dulzura.

—Ella es adorable, ¿y su mamá?

—No vine aquí para hablar sobre mi vida privada, ¿dónde está tu sobrina? Debo irme porque tengo un compromiso con mi familia.

—Tranquilo, Charles. Ella está... en el baño —tartamudeó, evitando los ojos de él. Los ojos del escritor eran demasiado oscuros, su hija podría enfrentarlos, pero el resto del mundo no. Sus ojos, la forma en la que miraba, te advertía que no se debía jugar con él—. ¡Ahí viene!

—Lamento la demora, pero el baño estaba ocupado —se excusó una voz suave, Chars frunció el ceño y se puso de pie—. Hola, soy Iva...

—Ivana, él es Charly M, el escritor que tanto admiras —señaló Lidia, Chars tuvo que parpadear dos veces para ver a la mujer que tenía frente a él. No supo en qué momento apretó con tanta fuerza la copa de agua, que terminó quebrándose en sus manos. Él palideció y ella lo reconoció.

Si Charles hubiera sabido que la sobrina de su editora era la mujer que lo había roto, si se hubiera hecho una idea del dolor que le ocasionaría: él le habría dicho que no, ahora mismo estaría en el río con su familia viendo a su hija nadar, viendo a su hija reír a carcajadas en los brazos de sus tíos. Pero no. Había aceptado y ahí estaba ella, aquellos grandes ojos observándolo.

Zoe.

Ella estaba frente a él con los ojos abiertos y la piel enrojecida. El rubio apretó los labios, quitándose los lentes y haciendo caso omiso a los gritos de su hija respecto a su mano herida, también hizo caso omiso cuando el viejo de la cafetería vino preguntarle si algo sucedía. Pero sí, escuchó cuando ella dijo:

—¡Dios mío, Chars!

Él se dejó caer en la silla y vendó su mano herida con la servilleta de tela blanca, mientras sentía el zumbido en su cabeza. Apretó los labios y estiró los brazos tratando de relajarse, tenía que hacerlo rápidamente porque Aurora había palidecido y su respiración era entrecortada. El

escritor se giró dejándose caer al suelo de rodillas, miró a su hija que tenía las manos en su cuello y él con desesperación la miró.

—Vamos, nena. Estira tus piernas y deja caer tu cabeza. Sí, eso... amor —tartamudeó, y su hija hizo lo que él pidió. Chars pasó sus dedos por la espalda de su hija para que ella pudiera tranquilizarse. Pasaron unos minutos que le parecieron horas, hasta que ella lentamente se levantó más tranquila—. Vamos, amor. Respira. Eso, cariño, eso.

Cuando Aurora ya pudo respirar con normalidad, él la ayudó a levantarse y tomó su mano. La mano cortada de él latía al igual que su cabeza, no obstante, debía salir de ahí, lo más rápido posible. Él tenía la mano herida con la voz de ella retumbando en su cabeza.

CAPÍTULO SIETE: LA BRUJA DEL CUENTO



—¿Papá? ¿Quién es ella? —Chars giró su rostro viendo las lágrimas en las mejillas de su hija. Él bajó la mirada a su mano herida y luego cerró los ojos, mientras la pregunta de Aurora se repetía en su cabeza, una y otra vez.

Sintió el tic en la cabeza, el dolor había aumentado y podía sentir ambas manos temblando. Ya no solo escuchaba a su hija a lo lejos, sino también a ella. Aquella mujer que lo había roto, le preguntaba cómo estaba, que se sentara y tomara todo con tranquilidad.

Chars con tan solo verla, al solo escucharla, volvieron los recuerdos más amargos, los más dolorosos. Aún podía recordar el sabor amargo que le quedó aquel día donde ella se fue de su vida, donde le rompió el corazón. Aquella tarde había manejado por horas en el pueblo vecino, utilizando la vieja camioneta de su abuelo, para conseguir sandías ya que esa noche velarían a los bisabuelos y tíos que habían fallecidos. Había pasado un día en familia. Esa tarde cuando estaban alistando todo para la noche, él se excusó llevando una chaqueta en dirección a la cafetería donde se encontraría con ella. Con su chica.

Se quitó el gorro y sacudió los rizos que estaban llenos de tierra por haber ido en el caballo de su abuelo, para ahorrar tiempo. Saludó a la señora Eufenios y se sentó en la esquina pidiendo dos tazas de café y dos panes franceses calientes. La esperó por varios minutos hasta que vio su melena negra asomarse. Él se puso de pie y cuando ella estuvo cerca, la atrajo a su cuerpo estampando sus labios contra los de ella. No se había dado cuenta cuánto la extrañaba hasta que la joven se alejó con media sonrisa.

—Te extrañé, bonita —cuchicheó afable rozando sus dedos contra las mejillas de ella. Zoe sonrió y se sentó sin decir nada. Él confundido tomó su mano—. ¿Qué pasa? ¿Te preocupa algo?

—Tenemos que hablar.

—Me estás asustando, cariño. ¿Qué sucede? ¿Hice algo que te molestara? —inquirió pasando los dedos por su cabello al sentir los rizos caer en su frente, debía cortar su cabello o realmente parecería ricitos de oro.

—Las cosas no van bien, Chars, y los dos lo sabemos —señaló cansada, enterrando sus dedos finos en el cabello rizado oscuro. Chars la miró fijamente sosteniendo con fuerza la taza de café.

¿Por qué? ¿Por qué quería terminar con él ahora cuando las cosas marchaban tan bien?

—Estoy aburrida de este lugar, cansada de esta rutina y tú me cansas —añadió sincera—. Eres un chico estupendo, guapo e inteligente, pero realmente eso no es lo mío. Este lugar es para pasar las vacaciones y en poco tiempo terminan. Y cuando ellas terminen, yo me iré.

—Ve al grano, Zoe.

—Quiero terminar contigo.

—Pero... ¿por qué? ¡Creí que nos entendíamos y que nos amábamos! ¡Creí que estaríamos juntos y me esperarías en lo que termino mi carrera universitaria! —exclamó elevando el tono de su voz, causando que más de una persona girara a verlos. Él aclaró su garganta y la miró

fijamente—. ¿Es que has conocido a otro? ¡¿A quién, carajo?!

—¿Qué te pasa? ¡Estás loco! ¿Crees que yo merezco vivir en una casa de esteras y sobrevivir con lo que gana un mediocre profesor? ¡Por favor, Chars! Soy joven, no tengo ni dieciocho y tú ya estás pensando en una vida conmigo. Aunque te quiera no podría vivir con un perdedor.

—No puedo creerlo —siseó bruscamente Chars, buscando su mirada y lo único que encontró fueron unos ojos oscuros y fríos. Apretó los labios, sacando el dinero para dejarlo en la mesa, se puso de pie y la tomó de la muñeca arrastrándola fuera del lugar, a pesar de sus gritos y las miradas curiosas de los demás—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué me tratas así? Yo nunca fui malo contigo, Zoe. No merezco que me trates así.

—¡No te estoy tratando mal! ¡Solo estoy siendo sincera!

—¡Me estás hiriendo, mujer! —gritó con la voz rota ante sus palabras—. Lo único que puedo ver es a una mujer interesada, que le importa más el dinero que el amor que siente por mí.

—Como si eso no fuera importante, ¿de qué vamos a vivir? ¿De tu amor? ¡Por favor! —masculló soltando una carcajada que causó impotencia en Chars—. No aspiras a nada, ¿quieres que cuando llegues a la casa por ser un gran profesor te reciba con ropa vieja y arroz con huevo? ¿Quieres que la casa se caiga a pedazos por no tener dinero en repararla? ¡Despierta, Chars! ¡Lo nuestro solo fue algo de verano!

—¿Desde cuándo las mujeres lo toman tan deportivo? —inquirió perplejo observando su rostro sonrojado. No se movió porque si lo hacía se echaría a llorar como un completo idiota ante la situación. Cada palabra suya estaba calando en lo más profundo de su corazón y ella parecía indiferente ante lo que estaba causando. Parecía ser que jamás lo había amado como él la amaba. Terminó arrodillándose y ella molesta tiró de él para que se pusiera de pie—. Dime que es una broma, nena. Por favor.

Suplicó acercándose a ella para sostener su rostro y besar las comisuras de sus labios. Al ver que ella no se resistía, tomó su boca con posesión y mordió los labios con desespero mientras apegaba su cuerpo al de ella. Quería marcarla nuevamente, quería hacer borrar las palabras que había dicho, quería hacerle entender que estaban destinados para vivir juntos.

—¡Suéltame que me das asco! —gritó estampando su mano en la mejilla de él. Chars quiso atraerla nuevamente a su cuerpo, sin embargo, Zoe lo empujó con fuerza lanzándole palabrotas y diciéndole cuánto lo despreciaba. La gente salía, los observaba curiosos y aún más cuando él le rogaba que se quedara, que no le dejara—. Eres un pobre diablo, Chars. Yo soy mucho para ti.

—¡Grítalo más fuerte, Zoe! ¡Anda, grítalo! —explotó con los ojos llorosos y las palmas elevadas. Los curiosos sintieron pena por Chars y más de uno le lanzó una mala mirada a la mujer que le estaba rompiendo el corazón, a alguien tan noble como él—. Grita que no me amas, grita que has roto mi corazón y que no sientes pena.

—Lo siento —se disculpó, notando la atención de la gente en ellos. Tal parecía que el refrán de pueblo chico e infierno grande era real. Forzó una sonrisa, dando un paso hacia atrás, para luego correr lejos de ahí. Chars quiso seguirla, no obstante, unas manos en sus hombros lo detuvieron. Vio el rostro tenso de Luke y cómo negaba, él más que nadie sabía cómo había sufrido.

Siseó bajito, abriendo los ojos de golpe. La miró y vio las lágrimas en sus ojos. Miró alrededor y nuevamente había gente observándolos, como si los recordaran a ambos. Jadeó apretando su pecho con fuerza sintiéndose atrapado, sin oxígeno, pero fueron los gritos de Aurora que lo hicieron reaccionar. Él tomó la mano de su hija y salió de aquella cafetería velozmente. Abrió la puerta del copiloto y ayudó a que su hija subiera. La niña cerró los ojos recostándose en el sillón y él cerró la puerta rodeando el auto con cansancio, escuchando todavía la voz de Zoe pidiendo que se detuviera. Ahora lo hacía ella, cuando él hace años se arrodilló para que no lo

dejara.

Uno... dos... tres... cuatro... cinco...

Contó varias veces tratando de controlar su respiración, tratando de relajar sus músculos y callar las palpitaciones en su cabeza. Chars bajó la mirada a sus manos viendo cómo estas temblaban y sintió aquellas ganas de estrellarlas en una pared, de calmar esa furia que nuevamente se estaba guardando. Aquella mujer lo había dañado y ahora volvía para recordarle que era él, su propio infierno.

Miró hacia adelante, al ver a Zoe o Ivana... ¡O cómo diablos se llamara! Estaba siendo sostenida por Lidia, ambas mirándolo y su editora calmando a su sobrina que lloraba. La gente ahora estaba afuera y vio muchos rostros conocidos, entre ellos a la madre de Luke. Ella con la mirada le preguntó si estaba bien y Charles asintió. No podía entrar al auto y ser bombardeado por las preguntas de Aurora, no podía. Así que hizo lo más fácil y sacó el celular marcándole a su hermano.

—¡No me digas que te perdiste! ¡Dios, Chars! —exclamó su hermano soltando una carcajada y de respuesta recibió un bufido por parte del aludido—. ¿Chars? ¿Qué sucede?

—Diles que me perdí. Diles que vendrás por mí —respondió tirando de la corbata, sintiendo la libertad en su cuello. Subió al auto pasando sus dedos por las mejillas rojas de su hija, la cual hipaba tratando de normalizar su respiración y ladeaba la cabeza llevando los dedos a su cuello al sentir la leve presión desaparecer.

—Me estás asustando, Charles. No bromees. —Hubo una pausa y Chars le quitó el cinturón a su hija y ella se arrojó a sus brazos sollozando y señalando su mano herida. Pocas veces había visto a su padre perder la cordura y esa vez se había asustado mucho—. ¡Carajo, habla! ¿Qué sucede? ¿Por qué llora Aurora?

—Deja de hacer preguntas. Te espero en la plaza del pueblo. Apresúrate.

—Tú mano, papá —señaló hipando, provocando que su nariz se cerrara con fuerza y un quejido escapara de su boca. Él negó varias veces—. ¡No soy tonta, papá!

—Estoy bien, amor. Solo es un pequeño corte, ¿ves? —le dijo señalando su mano y ella le miró poco confiada. Odió que Zoe se haya presentado, odió que él actuara como un estúpido frente a ella y a su hija. La sentó y con lentitud le puso el cinturón.

—Papi... —gimoteó.

—Estoy bien, amor. Deja de verme así —pidió agotado, viendo como la pequeña apretaba los labios. Su pequeña gruñona se debatía entre gritarle o ponerse a llorar por lo que había presenciado.

—La última vez te pusiste muy mal, verte así nuevamente me dio miedo, papá. —Habló después de unos minutos y Chars apretó el puente de su nariz, cabizbajo. Eran pocas las oportunidades que desencadenaban aquella conducta hostil de su parte, y las otras veces también habían sido por culpa de la misma mujer. Aurora había estado presente en una de esas ocasiones, apenas tenía seis años y había visto a su padre comportarse como una bestia. Tuvo miedo, tanto, que no quería estar cerca de él. No quería que volviera a suceder algo parecido.

—Perdóname, amor. Prometo no hacerlo, ¿sí?

Ella asintió y durante todo el trayecto, él no soltó la mano de su hija ni tampoco miró atrás. Le hacía mimos y aunque tratara de hacer menos tenso el viaje, fue imposible. Aurora estaba seria y temblaba a cada instante. Para él no pasó desapercibido cómo observaba su mano herida. Luego de estacionar el auto, lo rodeó y cargó a Aurora, para después enterrar el rostro en su pequeño cuello. Dejó un beso ahí y esperó a que ella se tranquilizara.

Charles creyó que su hija se quejaría porque él la había cargado como un bebé, pero la niña lo

sorprendió otra vez envolviendo las manos en su cuello, aferrándose con fuerza a él. A los minutos, apareció el auto de su hermano y él descendió con rapidez. Oliver observó la mano herida de su hermano y su rostro desencajado, se inclinó confundido y el escritor negó fastidiado.

—Quédate con Aurora, Oliver. Tengo cosas que hacer —explicó mientras se sentaba con la niña en su regazo, que los miraba apretando las manos en su camisa. Oliver asintió sin saber la razón del estado de ambos—. Nena, tu tío te llevará con él, ¿sí?

—¡No! Lo volverás a hacer nuevamente, ¿verdad? —preguntó ella soltando un sollozo para después pasar las manos por sus mejillas. Chars maldijo y se inclinó hacia ella—. Te culparás y esa mano estará peor, ¿para eso quisiste llevar clases de boxeo, papá?

Y eso a él le rompió el alma, así que se acercó para tomar el rostro de su hija y besar su frente durante un largo rato. Se separó y pasó los pulgares por sus mejillas, quitando las lágrimas acumuladas ahí.

—No digas eso, muñequita —susurró viendo aquellos bonitos ojos ahora llorosos—, eres lo más importante que tengo en esta vida y no te dejaría nunca. Salvo que tú quieras cambiarme, cuando te cases y me dejes solo. No haré nada, solo iré a que me curen la mano, ¿está bien?

—No te dejaré, te llevaré conmigo.

—¿Y si tu esposo se molesta? —bromeó robándole una sonrisa y él suspiró encantado.

—Lo tiramos y nos quedamos juntos —dijo envolviendo las manos alrededor de su cuello y él sonrió, volviendo a besar su frente.

—Estaré esta noche en la casa, te llevaré pizza, ¿está bien?

Aurora asintió sin soltar su corbata y él hizo una mueca sintiendo el cansancio recorrerlo. Oliver no hizo preguntas y él lo agradeció. Esperó a que subieran al auto y cuando los vio alejarse, se subió al suyo en dirección a la cafetería nuevamente, al parque que estaba cerca de ahí.



Tiró de la chaqueta para quitársela y luego miró la camisa blanca, que ahora estaba manchada con sangre. Asqueado abrochó los botones del chaleco para cubrir la mancha, así mismo se quitó los pequeños pedazos de porcelana que estaban pegados en la herida y se la vendó. Cuando llegara a casa, él pediría la ayuda de su hermana para que lo curara. Tomó la taza de café que había comprado para dar un largo trago y sentir aquel líquido caliente relajar sus músculos y alejar los problemas, aunque fuera solo por un instante. El café era la mejor medicina para una persona con tendencia a la soledad o con un corazón herido.

No debes tomar café.

Eso le había dicho el doctor por el tema del estrés, pero era algo que él no podía evitar. Necesitaba de la cafeína para tranquilizar todas las emociones que lo embargaban en aquellos momentos. Aspiró el aire tan puro del pueblo y luego lo soltó recostando los codos en sus rodillas abiertas, dejando su mirada en el suelo con firmeza.

¿Cómo debía sentirse ahora?

Confundido, herido y con la rabia envolviéndolo. Él no quería eso para su hija, no quería desilusionarla ni que se sintiera mal porque su madre la abandonó, ya que consideraba que ella era una carga en la vida tan exitosa que ahora seguramente tenía. Así también como le había recriminado a él porque tenía una carrera mediocre. Quería decirle que se comiera sus palabras, que el destino había sido muy bueno y que debía ser ella quien debía retractarse. Pero no, él sentía aún aquel malestar y aunque la había podido observar solo unos segundos, la había visto más atractiva que nunca, más madura y con una sonrisa que años atrás lo había hecho caer rendido a sus pies. En esos momentos parte de la canción de *Pablo Alborán* se repetía en su cabeza:

*La vi llegar con andares de diva y pude ver que en los años en seducción me vencía,
Se acercó a mí observando mi rostro y no pude evitarlo mis piernas y manos temblaban,
Hoy la miro y con un suspiro despierta de nuevo el delirio de nuestra piel.*

—Sabía que estarías aquí —señaló una voz suave y él se sorprendió al escucharla. Se puso de pie dejando la taza de café en la banca para después observarla. Ella sonreía, aunque no llegaba a sus ojos cafés—. Chars, yo...

—¿Tú qué, Zoe? No, espera, te llamas Ivana —señaló sarcástico elevando las manos para después mirarla con rencor—. ¡Que estúpido fui!

—¡Déjame hablar!

—¿Que te deje hablar? ¡¿Me pides que te deje hablar después de tantos años?! —masculló entre dientes dando zancadas hacia donde estaba ella para zarandearla con furia—. ¡No! ¡Ahora es mi turno, maldita sea!

—Chars, me estás lastimando, suéltame Dios...

—¡¿Cómo te atreviste a no regresar, eh?! ¿Cómo? ¡Te tardaste más de once años en pensarlo! —gritó enfurecido y ella tembló ante su mirada tosca y distante—. ¡Nos dejaste! Me dejaste destruido, me mataste lentamente y abandonaste a un bebé que te necesitaba.

—¡Tenía miedo!

—¿Miedo? —inquirió burlón soltando una carcajada ronca pasando los dedos por su cabello con frustración. Era más alto y ella tan pequeña que cada vez que le dirigía una mirada, se encogía de miedo—. ¿Me dices que tenías miedo, carajo? ¡Tú! ¡Por favor! Me dejaste con una niña pequeña y yo no sabía qué hacer, me dejaste con el corazón roto y no supe cómo pegar mis piezas. Te largaste sin pensar en la niña, una pequeña que no tenía la culpa de nuestros errores, te largaste sin pensar en ella. Bien, no te culpo que no quisieras estar con un profesor que ganaría tan poco que apenas podría mantendría a su familia. Lo entiendo... pero, ¿y ella? ¡¿Qué culpa tenía mi hija?! ¡Carajo, responde!

Y ella se quedó callada llorando frente a él. Chars pasó los dedos por su cabello y se recostó en la pared tratando de normalizar su respiración y se llevó la mano al pecho sintiéndose mareado, sintiéndose vacío lentamente y cómo la carga de sus hombros caía con lentitud. Había tenido aquello atorado por años y ahora, al tenerla ahí, por fin le había dicho lo que tanto había querido decirle, no obstante, se siguió sintiendo insatisfecho.

Maldita sea.

—Ella necesitaba de ti y yo sabía que tú serías un buen padre, y no me equivoqué.

—¿Sabías? ¿En serio? Tú no sabías nada. Yo estaba en la universidad y viviendo lejos. Vivía con mis padres y de la noche a la mañana tuve que convertirme en padre y madre para ella. ¿Sabes lo doloroso que es verla llorar por el día de las madres? ¿Sabes cómo me rompe el corazón que ella diga que no tiene mamá como sus amiguitas del colegio? ¡¿Lo sabes, maldita sea?! —

—No, yo... Dios, lo siento.

—¿Qué sientes, Ivana? ¿Dejar a tu hija o dejarme a mí? ¿Querías dinero? —Levantó el tono de su voz acercándose hacia ella, de inmediato sacó la billetera y la abrió levantándola—. ¿Quieres dinero? ¿Comodidades? ¡Ahora tengo el dinero que me faltó el día que nos dejaste!

Y todo quedó en silencio hasta que la mano de ella impactó en su mejilla haciendo un sonido brusco y doloroso. Chars apretó los labios y giró con lentitud el rostro observando el semblante tenso de ella. Sus labios estaban curvados en una línea y los ojos abiertos viéndolo con rabia. El escritor se alejó tomando la billetera del suelo que segundos antes había caído.

—No vuelvas, ninguno te necesita.

—Quiero verla, Chars. Por favor, no me niegues esa oportunidad —pidió ella con voz rota y él

la miró sobre su hombro—. Quiero que ella me perdone, quiero que lo haga.

¿Yyo? Quiso preguntar, pero se mordió la lengua.

—No, no quiero que mi hija se contagie con un ser tan podrido como tú —escupió—. Te tardaste mucho, ya es demasiado tarde.

—¡Tú no eres mi Chars! No conozco al hombre que tengo frente a mí —señaló dolida y él dejó caer los lentes en el puente de su nariz con desazón—, estás tan lleno de odio y resentimiento.

—Claro que no soy el mismo idiota, ¿esperabas encontrarlo con un ramo de rosas? ¡No me creas estúpido, Ivana! —gritó—. ¿Sabes que es lo más patético? Tú no volviste por tu hija, tú viniste por el escritor.

—¡Quiero a mi hija en mi vida, Chars, y pelearé por eso!

Adelante, quiso decir, hazlo y juro hacer que te arrepientas por eso.

—Hazlo, anda y te prometo que haré de tu vida un infierno —prometió asqueado tomando su mano con fuerza observando sus ojos chocolates, aquellos que lo habían enloquecido en el pasado—. No vas a venir a irrumpir en la vida de mi hija, no cuando ella ya está grande. No voy a permitirlo.

—¡Tengo tanto derecho como tú!

—¡La abandonaste y la ley me ampara! —replicó Chars alejándose para tomar el café y echar el descartable en la basura, tomó la chaqueta y caminó hasta el auto ignorando su llanto.

—No la abandoné, la dejé con su padre. Recuerda que quien pudo haber ido a la cárcel eres tú, te metiste con una niña, Chars, ¿a quién le van a creer? —gritó y Chars se giró con el rostro gélido—. Voy a recuperarla.

—No lo voy a permitir —respondió. Él ya se había preparado para eso, para cuando ella volviera pidiendo derechos sobre su hija y no los tendría. Lo que no había planeado era su encuentro, ella frente a él cambiada y Chars aun teniendo sentimientos por la mujer que más daño le había hecho. El rubio sacó su celular tecleando con rapidez y luego lo llevó a su oreja—. ¿Ale?

—¿Qué pasó, cariño? Tenía entendido que irías al río con tu familia.

—Ella volvió, nena. Volvió para reclamar a mi hija —tembló y ella se quedó en silencio.

—En una hora estoy en el pueblo. Espérame, Chars —se apresuró a contestar y él cerró los ojos con fuerza—. No te quitará a tu hija. Aurora es tuya, ella no tiene derecho a nada.

—Tengo tanto miedo, Ale. Miedo de que me quite... la razón de vivir —tartamudeó refregando el rostro con sus manos. Ale sintió una impotencia por aquella mujer que había dañado la esencia de un hombre tan bueno como lo era Charles—. Yo me muero si ella se va de mi vida.

—Aurora no se irá de tu vida —aseguró—. Estoy tomando las llaves, amor. Estaré allá pronto.

—Gracias por apoyarme, nena.

—Siempre.

CAPÍTULO OCHO: AMOR PARA EL PRÍNCIPE



—¿Chars? —dejó la taza de café en la mesa y se puso de pie para lanzarse a los brazos de su novia Alejandra. La joven enredó las manos en su cuello y lo apretó con fuerza sintiendo el cuerpo de él sacudirse ante el llanto—. Estoy aquí, cariño. Siempre he estado aquí.

—¿Desde cuándo me volví un problema en tu vida? —Ella rio entrelazando sus dedos para después sentarse en la mesa más apartada de la cafetería. Ale lo miró viendo lo cansado que se veía, las bolsas oscuras bajo sus ojos claros y el cabello apuntando a varias direcciones, resultado de las veces que se lo había halado—. Tú mereces más que un hombre con una hija y mil problemas, cariño. Eres joven y brillante.

—Y yo estoy enamorada de ese hombre que le apasiona escribir, ese hombre que daría la vida por proteger a su hija —lo interrumpió y él soltó el aire contenido, para después sonreír mientras sus mejillas adquirían un color rosado. Él parecía no creer la estupenda persona que era, a veces creía que aquella mujer destruyó la autoestima de Charles—. Recuerdo mi último año de universidad.

—Eras la alumna con mayor rendimiento académico y la alumna que tenía una fila de admiradores. Tu profesor era buen amigo mío y siempre te mencionaba —dijo él sonriendo, viendo las mejillas rojas de su chica. Ella era preciosa—. Tuviste que terminar la universidad para acercarte con una carta donde expresabas tus sentimientos hacia mí, ¿eh?

—¡Calla! Fue muy vergonzoso. —Entre tanto dolor se echó a reír. Se puso de pie y se sentó al costado de ella envolviendo los brazos alrededor de su cuello. La chica cerró los ojos y entrelazó sus manos viendo por la ventana—. Estaba enamorada del profesor de literatura, ese que parecía vivir en otro mundo porque apenas se percataba de la presencia de los demás, pero esperé terminar la universidad para declarar mis sentimientos. Tú estabas tan sonrojado que hasta tartamudeaste, me ayudaste con trabajos y al final, las citas se convirtieron en veladas largas. Los besos en las mejillas terminaron siendo besos en la boca que duraban mucho.

—Ajá. Lograste cautivarme, preciosa.

—¿Cómo es ella? —Alejandra se atrevió a preguntar y él bajó la mirada viendo sus ojos claros, llenos con curiosidad. Soltó el aire contenido y se acercó más a ella—. Ella no es buena, Charly, es una persona cruel.

—Alguien insatisfecha de su vida que viene a joderme otra vez —murmuró distraído—. Hubo una vez que ella me llamó. Aurora tenía hambre y yo solo tenía unas cuantas monedas en mi bolsillo.

—¿Qué sucedió? —Cerró los ojos y una sonrisa triste se formó en sus labios delgados. Se sumió en recuerdos y ella esperó pacientemente mientras era abrigada por su cuerpo.

—¿A cuánto está la leche, doña Marta? —inquirió Chars, viendo la hora en su viejo reloj. Eran

las doce y no había tenido trabajo ni tampoco clases en la universidad. Aurora yacía en sus brazos, con la cabeza recostada en su hombro y con los ojos cerrados. Él besó su frente y metió la mano dentro del bolsillo de sus pantalones tanteando cuánto de dinero tenía.

—Tres soles, joven.

—Entonces deme una grande —pidió sacando el dinero de su bolsillo, contó e hizo una mueca. Solo tenía cinco soles, solo esos le acompañaban para su día y ninguno había comido nada hasta ese momento—. Un sol de huevos y tres manzanas.

—Están a sesenta céntimos, muchacho. —Él volvió a mirar a su hija y soltó el aire contenido tendiéndole los únicos cinco soles que tenía.

—Entonces, deme una manzana, tres plátanos y dos limones. —La mujer asintió teniendo pena por el muchacho, siempre que venía a comprar era similar, él no tenía dinero y tenía que alargarlo para la semana. Todas las vecinas lo admiraban por la fuerza que tenía y se hacían la misma pregunta, ¿y su esposa?

—Joven, mi esposo ha matado una gallina y hay algo de menudencia para que le haga una sopita a su bebé. —Los ojos de Chars se iluminaron y asintió repetidas veces. La mujer entró y a los minutos salió con una pequeña bolsa con menudencia de gallina, se la tendió y él lo agradeció.

—Muchas gracias, señora. En serio, gracias.

—No hay de qué, muchacho. Vaya, que la nena debe tener hambre —asintió y guardó todo en una bolsa oscura, sujetó a su hija con fuerza y caminó hacia la pensión que alquilaba, saludó a sus vecinos y subió las escaleras hacia su pequeño cuarto.

Dejó las cosas que le habían regalado algunas vecinas encima de la mesa, que tenía dos banquitos. Era viejita, pero él la había pintado para que se viera más bonita. Caminó hasta la división donde estaba un catre y la cuna de Aurora, la recostó en ella, le quitó las sandalias y el gorro para que pudiera dormir mientras hacía el almuerzo para ambos. Su bebé se llevó el pulgar a la boca y sonriendo besó su frente, para después salir de ahí.

Se quitó la camisa blanca y los pantalones azules, doblándolos para dejarlos en la silla en lo que se colocaba unos pantalones hasta la rodilla y una playera sin mangas negra. Sacó las cosas de las bolsas y las dejó en la mesa, se giró sacando de una caja un poco de carbón y lo echó en la cocina. La sacó al pasillo de la habitación para que el humo no se quedara en el cuarto y la encendió con bolsas, espero hasta que prendiera y regresó con una olla pequeña de agua para que hirviera. Volvió a entrar a la habitación y lavó la menudencia que le había regalado la señora, no tenía verdura así que solo le echaría el concentrado, menudencia, fideo y un huevo. Ese sería el almuerzo. Guardó los huevos, la manzana, los plátanos y limones en una cajita para después.

Tomó uno de los plátanos y regresó a la división para sentarse en su cama y sacar la laptop, así avanzar con un trabajo que tenía. Tecléo durante un buen rato hasta que Aurora se despertó. Dejó la laptop en la cama y se inclinó tomando en brazos a su hija que lo reclamaba.

—¿Quieres un plátano, amor? —Ella asintió y él salió de la división para sentarse con la niña en su regazo y pelar el plátano para ella. Aurora gustosa lo aceptó y lo comió. Cuando estuvo lista la sopa, volvió a poner una ollita pequeña con agua hervida para prepararle la leche a la niña.

Sirvió en dos platos y dejó que se enfriara. Preparó algo de limoná con plátano picado para él. Se sentó y la colocó en su regazo dándole la sopa. Ella terminó dejando la mitad de la sopa y él ya no la presionó. Él acabó tomándose plato y medio de sopa, y suspiró, hacía días que no comía tan bien como ahora. Llevaba días comiendo empanadas y jugos como almuerzo.

—Pasaremos esta prueba, preciosa. Verás que esto pasará —balbuceó rozando los labios por su cabecita. La niña se removió en sus brazos y Charles la dejó en el tapete con los juguetes. Él trajo agua hervida y la echó en el biberón, junto con algunas hojas de menta y un poquito de

azúcar. Cuando estuvo listo se lo tendió a su hija y ella lo aceptó. Dejaría la leche para la noche y la guardaría en una bandeja con agua para que no se malograra.

Lavó lo utilizado y sacó la laptop para terminar su trabajo de investigación, estaba entre mirando a su hija y avanzando su trabajo. Pasadas las tres de la tarde, volvió a cerrar la laptop y acomodó a su hija entre sus hombros mientras él tomaba los baldes para ir a cargar agua. Bajó las escaleras con los cuatro baldes y su hija sujetándose de sus hombros. Saludó a los vecinos e hizo cola para poder cargar el agua. Las vecinas cargaban a Aurora, la mimaban y ella feliz estaba en los brazos de ellos. Él lo agradecía así podía cargar el agua sin problemas.

—Estás muy joven, Charles —dijo la señora Imelda, la que vendía el agua del estanque subterráneo donde todos cargaban—, pero te vas a envejecer rápido si sigues viviendo así.

—Estoy bien, señora. Es normal que un joven trabaje y estudie.

—Muchacho, tú trabajas todos los días, y apenas duermes. Caminas bastante, desde aquí hasta la casa de tus padres, luego a la universidad y después a caminar al restaurante. Después de eso, ¿qué más haces?

—Voy por Aurora y regreso a casa —respondió despistado viendo sus baldes llenarse.

—Y los fines de semana estás desde la cinco en el mercado, vendiendo verdura. Cuidado, muchacho. Estás muy joven para esas cargas.

—Un padre debe hacer todo por la estabilidad de su hija —señaló tomando los baldes llenos y pesados. Aurora se había quedado con una de las vecinas riendo a carcajadas mientras él subía los baldes a la habitación, los desocupaba y volvía a bajar. Pesaban y no ayudaba el hecho de subir las escaleras con ese peso.

Subió los baldes y echó el agua en el pequeño tanque, para después volver a bajar y llenar los que faltaban. Estuvo así por una hora hasta que terminó y pudo regresar a su habitación con una Aurora con la ropa sucia.

—Vamos a bañarte, princesa. —La animó viéndola tallarse sus ojitos. Le quitó la ropa y la sentó en la tina. Sacó su jabón para poder bañarla. Luego del baño y de jugar un rato con ella en el agua, la cargó y la llevó a su cuna, vestida solo con su ropa interior y una blusa sin mangas. Él la observó hasta que se quedó dormida. Su niña. Ella era la que le daba la fuerza que él necesitaba.

Su celular sonó y el rubio salió buscándolo en la pequeña sala. Cuando lo encontró frunció el ceño al ver el número desconocido, dudó, sin embargo, terminó contestando.

—¿Bueno?

—¿Chars? —tartamudeó al escuchar su voz, cerró los ojos y terminó cortando la llamada. Era ella. Después de años lo había llamado, después de años ella había vuelto a remover sentimientos ocultos. Apagó el celular y cerró los ojos con fuerza para después estampar el celular en la pared.

—Eres extraordinario —susurró Ale, sacándolo de sus recuerdos ya que él había dejado de contar. Besó los nudillos del escritor y le sonrió—. Lo has hecho mejor que una mujer.

—No sabía hacer nada y en unos meses sabía lavar, cocinar y ser el mejor en clase.

—Me hubiera gustado estar ahí para apoyarte. —Lo consoló quitando las lágrimas que estaban en sus mejillas—, me hubiera gustado estar contigo. Eres un hombre excepcional.

—Soy un hombre como todos, hay miles de hombres y mujeres que hacen todo por sus hijos —explicó poniéndose de pie para después sacar su billetera y dejar algunas monedas por el precio de ambos cafés. Él dejó caer su brazo en los hombros de ella y Ale envolvió las manos en su cintura mientras salían de la cafetería juntos. En unos días ella se iría de su vida—. ¿Dónde quieres ir?

—A donde vayas tú. —Sonrió y la ayudó a subir a su auto y se recostó en la puerta, viendo esos bonitos labios rosados que lo hacían pecar—. Yo te sigo, galán.

—Claro, preciosa —contestó cerrando la puerta de su carro. Él caminó hasta el suyo y manejó unas cuadras hasta que llegó a uno de los pequeños hoteles que había en el pueblo. Bajó y esperó a que se estacionara. Ale sacó su pequeño maletín con algo de ropa y llegó hasta él. Chars le quitó el maletín y entraron pidiendo una habitación.

Ale abrió la puerta y sonrió admirando la vista que tenía. Abrió las ventanas de par en par y rio girándose, encontrando a su chico que la veía fascinado.

—Me gusta, pero mañana temprano debo volver.

—Lo sé. —Los ojos de la muchacha volaron hacia la mano vendada. Ella había hecho preguntas y él avergonzado las había respondido. Ale caminó hasta donde se encontraba el rubio y desabrochó su camisa ensangrentada dejándola caer en el sillón mientras ambos reían cayendo a la cama uno sobre el otro, desnudos.

Chars sonrió al verla, pasó los dedos por su cabello y se inclinó besando las comisuras de sus labios, en lo que ella envolvía sus piernas alrededor de su cadera capturándolo por completo. La hizo suya, la besó y veneró, siendo envuelto por aquella paz que Alejandra le daba cada vez que ambos se unían. Pidieron algo para almorzar y entre risas comieron, en tanto se tocaban y besaban. La quería mucho pero tampoco podía detenerla, ella debía volar y cuando estuviera lista regresaría, y tal vez esta vez por fin sus corazones debían unirse.

—¿Has pensado en darte a conocer, Charly? —preguntó subida en su regazo. La muchacha pasó los dedos por el tatuaje en su cuello, vio la rosa pequeña con el nombre de Aurora tatuado, luego bajó sus dedos hasta el fénix colorido de su pecho y como reacción, sintió los dedos de su enamorado colocarse entre sus piernas—. ¡No me distraigas!

—Soy culpable —bromeó inclinándose para besar sus labios. Ella sonrió dejándose caer encima de él y recostando la cabeza en su pecho, muy cerca del fénix, dejando un beso justo donde se encontraba el pico del animal y sonrió. Charles había sido estratégico con los tatuajes, el dragón protegiendo sus espaldas y el fénix su corazón, pero también tenía su debilidad tatuada en su cuello—. Y como respuesta a tu pregunta es un no. Quiero mantenerme alejado de lo que implica ser un escritor muy conocido. Por ahora estoy bien con mi anonimato.

—Todo un hombre misterioso. La primera vez que te leí. —Ella recordó pasando sus dedos por el pecho de él y enredándolo en algunos vellos rizados—, me dejaste enamorada. Me preguntaba si eras consiente del poder de tus palabras, de la forma en cómo envolvías a los demás con tus letras. ¿Eres consciente de tu poder, Charles?

En respuesta, las mejillas de su serrano tomaron un color oscuro. El rubio se inclinó tomando su celular para dejar reproducir una canción de *Maroon 5, Lips on you*. Ambos se miraron intensamente, viéndose con mucho amor, uno que ninguno estaba dispuesto a gritar a los cuatro vientos.

—Creo que no —señaló divertido besando su cabeza, dejándose llevar por las suaves caricias de ella—. Eres preciosa, Alejandra.

—Un trabajo de mis padres —bromeó y el escritor sonrió, cerrando los ojos.

—Cásate conmigo —pidió con los ojos cerrados y Ale levantó la mirada y sonrió divertida.

—Dame cuatro años y nos casaremos. Cuatro, esos necesito para terminar mi aventura —contestó besando la quijada partida de él—. No importa nada, vendré en cuatro años y nos casaremos.

—¿Y si te enamoras por allá, Ale?

—Lo dudo, Eugene- —Él hizo una mueca y ella se echó a reír—. ¿Y si tú te enamoras?

—Nadie podrá amarme y entenderme como tú lo haces, preciosa. Creo que seguiré esperándote —farfulló cerrando los ojos y quedándose dormido. Ale se levantó y puso alarma para que Chars

podiera volver a su casa, con su hija. Ella desnuda se puso una playera que había traído, se sentó frente a él y sacó su cámara, capturando cada mueca, cada arruga y cada sonrisa. Charles para ella era perfecto, así con sus trozos y tropiezos.

Sacó su laptop e hizo una mueca viendo el correo de la universidad de España. El viaje no sería en cuatro meses, sería en menos y no sabía que haría. Una parte de ella quería quedarse con Chars y seguir siendo feliz, pero la otra quería volar y cumplir todas las metas que se había propuesto.

Entró a Word y empezó a teclear en su pequeño Blog.

«Conocí a un escritor que se metió entre mis huesos.

La primera vez que lo vi estaba sonriéndole a su celular, los profesores alrededor criticaban a los alumnos y él solo sonreía. Me pregunté si tenía novia, ¡Claro que la tenía! Un hombre como él debía tener a alguien que lo hiciera feliz, alguien que robara sus suspiros, pero no llevaba un anillo.

La segunda vez que lo vi estaba serio, los ojos hinchados y le pregunté que tenía. Me miró y me dijo que su hija estaba en el hospital, fue todo lo que dijo antes de entrar a su salón de clases. Tenía una hija y lo confirmé en una reunión donde sostenía la mano de su hija y ella le sonreía. No dejaba de reír y besar las mejillas de la pequeña. Parecía amarla mucho y más tarde confirmé que daría la vida por aquella niña que lo hacía feliz.

Una vez escuché decir que era peligroso enamorarse de un escritor, que ellos tienen el poder de atraparte y hacerte vivir miles de vidas a su lado, que un escritor tenía el poder de hacerte inmortal y la heroína de su propia historia, y lo confirmé. Conocí a un escritor que me hizo vivir miles de aventuras, un escritor que me hizo la reina y la guerrera de una tribu, alejada de todos. Conocí a un escritor que se metió entre mis huesos y me hizo feliz.»

Terminó de teclear y a los minutos los comentarios no se hicieron esperar. Sonrió cerrando la laptop para después regresar a la cama y envolverse en los brazos calientes de Chars. Cerró sus ojos y enterró la nariz en su cuello. Estaba en sus brazos, enamorada de él nuevamente, pero también estaba en sus brazos sintiendo miedo y con la despedida más cerca. ¿Podría seguir adelante sin su amor? ¿Sin el hombre que hacía sus días mejor? Era una pregunta que taladraba su cabeza todas las noches que se iba a dormir, con un mensaje de buenas noches de parte de Chars. Era una pregunta que hería su corazón.

—Deja tus pensamientos a un lado y duerme, amor —susurró con la voz ronca y adormilada, abrió un ojo y Ale negó riéndose—. ¿Qué sucede, amor?

—Sucede que terminé enamorándome de un escritor. —El pecho de Charles vibró por la risa. Ella sonrió viendo sus ojos achinarse y a su lado tres líneas pequeñas marcarse. Sus labios estaban extendidos en una sonrisa preciosa.

—Creo que soy medio brujo, mira que la chica más hermosa terminará queriéndome —expresó él con diversión—. Sé que me estás ocultando algo, te conozco. Estás frunciendo la nariz y muerdes tus uñas ¿Qué sucede, preciosa?

—Odio que me conozcas tanto —apretó los labios y cerró los ojos pasando la nariz por su cuello inhalando su aroma a especias y café—. Mi viaje se adelantó, me iré en dos meses.

—Lo imaginaba —contestó con un nudo en la garganta, mirando el techo mientras acariciaba los hombros desnudos de su chica—. Pero ve el lado bueno, podrás cumplir tus sueños.

—Me gustaría que tú fueras parte de ellos, amor. Me gustaría tanto.

—Lo sé, pero no puedo. Tengo mi vida aquí, una niña que cuidar y que también tiene su vida aquí —explicó y ella sacó el rostro de su cuello viendo la cara de Chars, levantó la mano y pasó sus dedos por los escasos hilos blancos que adoraban su cabellera rubia. Él sonrió—. Estoy tan

orgullosa de ti, preciosa.

—Yo también, estoy orgullosa de ti. Eres un hombre magnífico, Aurora estará muy orgullosa de ti.

—¿Tú lo estás de tu madre? —inquirió viendo la sonrisa que se plasmó en su rostro. La madre de Ale la había sacado adelante después de que su esposo la dejara por alguien más joven. Alejandra siempre estaba diciendo lo fuerte que era su madre y él le daba la razón.

—Claro que sí, ella es una mujer maravillosa —contestó con orgullo—. Y tú eres un hombre extraordinario.

—Gracias. —Se inclinó juntando su rostro con el de la muchacha, se inclinó más y besó sus labios con suavidad mientras ella terminaba arriba suyo y tomaba su rostro para profundizar el beso. Las manos del escritor bajaron por su espalda acariciando y rozando sus dedos por su piel desnuda y blanca. Estuvieron así por mucho tiempo hasta que su celular sonó. Ambos miraron hacia él, dándose cuenta que eran pasadas las once de la noche. Habían estado toda la tarde juntos.

—Levántate, muñeco, que tu hija de espera —asintió con media sonrisa y la depositó a su lado con cuidado. Se bajó de la cama y desnudo caminó hasta la pequeña habitación y se dio un baño. La joven aprovechó para ver las fotos que había tomado, hasta que lo vio regresar envuelto en una toalla. Se cambió con rapidez y cuando estuvo listo se acercó con media sonrisa—. ¿Nos vemos el lunes?

—Claro que sí, amor —respondió besando sus labios—. Gracias por venir, tú eres mi cordura.

—También soy tu amiga, *Hache* —señaló con ternura, rozando sus dedos por su cabello húmedo, él asintió—. Ve, amor.

—Cuídate, cariño. Duerme y mañana me mandas un mensaje diciéndome a la hora que te vas.

—Te quiero.

—Yo te quiero más, muñeca. —Se alejó y le lanzó un beso. Se detuvo para observar cómo se dejaba caer en la cama y se acomodaba para dormir, lanzó un pesado suspiro y salió.

A los pocos segundos, ella corrió hasta la ventana para verlo salir y subir al carro. Él levantó la mano y encendió el auto, poniéndolo en marcha para alejarse de ahí.

CAPÍTULO NUEVE: EL PRÍNCIPE PERDIÓ LA BATALLA



*Dejé de amarte, dejé de buscarte en el parque y dejé de nombrarte entre sueños.
Te llevaste mi valentía, mi fuerza y las ganas de volver a amar.
Ya no siento lo mismo de hace años.
Tú me mataste ese día, tú mataste los sentimientos que por ti sentía.*

Impossible empezó a sonar y las comisuras de sus labios se elevaron en una sonrisa amarga, llena de recuerdos y pérdidas. Apretó con fuerza el volante del carro, estacionándolo a unos metros de la casa de sus abuelos. Cerró los ojos y volvió a perderse en recuerdos, aquellos que le hacían daño, pero él era un escritor masoquista.

—¿Chars? —inquirió Oliver en voz baja viendo a su hermano recostado en el piso con la botella de ron en sus manos. Paul tras de él se acercó hacia donde estaba su hermano llorando y balbuceando una que otra palabra—. ¿Pero qué te pasó?

Los tres nietos habían regresado temprano, mientras sus padres y abuelos se habían quedado velando esa noche. Oliver y Paul regresaron, mas Chars se excusó diciendo que iría a ver a uno de sus primos. El mayor de los hermanos, al ver que el rubio no llegaba, lo había llamado y había resultado que su hermano siempre había estado en casa. Escucharon quejidos en la cocina y se encontraron con un olor fuerte a licor, no tuvieron que adivinar para saber de quién se trataba.

—Tú nunca bebes —señaló Paul quitándole la botella de ron vacía. Chars protestó elevando la mirada, encontrándose con los ojos serios de sus hermanos. Él sollozó, pasando los dedos por su rostro mientras murmuraba que el corazón le dolía, que no tenía fuerza y que los sábados seguían siendo iguales a los del mes pasado. Oliver lo ayudó a ponerse de pie y Chars recostó la cabeza en su hombro; estaba agotado, cansando de luchar contra el mar de sentimientos, de luchar contra su corazón herido que le pedía a gritos, ir en busca de ella.

—Ella me dejó, hermano. Ella me dijo que era un pobre diablo —balbuceó arrastrando las palabras al igual que los pies, Paul también lo ayudó y los tres se encaminaron hacia su habitación. Paul sacó ropa limpia y buscó los lentes de repuesto de su hermano, Oliver lo mantuvo en su lugar mientras lloraba en su hombro como un niño—. ¡Ella no me ama! ¡No me ama!

—¡No seas maricón, Chars! ¡Un hombre no llora! —Le reclamó Oliver tratando de no despertar a Diana que dormía en la siguiente habitación—. Sé hombre y deja de llorar, carajo.

—¡No puedo, cumpa! —chilló el colorado, dejándose caer al suelo mientras pasaba consecutivamente las manos por su cabello—. Ella juró amarme y solo me dejó. ¡Sin más!

—¿De qué hablas, hermano?

—Ella tiene unos labios muy lindos —contó distraído, arrastrando las palabras tratando de ponerse, aunque fallaba en el intento. Paul sostuvo sus hombros, ayudándolo a que se recostara en

la pared—, me atrapó con un hechizo, ella es una bruja, hermano. Tan preciosaaa, ella es su... su... ¿Cómo se dice, Paul?

—Sublime —contestó el menor de los Maldonado. Oliver chasqueó los dedos entrando al baño y abrir el grifo de la ducha. Después regresó, para tirar de su hermano hacia el baño. Este gritó tratando de salir, pero ambos lo sostuvieron con fuerza. Chars negó repetidas veces dejándose caer hasta quedar sentado en la ducha, cerró los ojos dejando que el agua cayera en sus hombros y se llevara la borrachera, pero no se llevó el dolor que sentía en esos momentos, el dolor de tener el corazón roto. Echó la cabeza atrás, soltando un quejido repitiendo el nombre de la mujer entre plegarias para que no lo dejara. El llanto no se calmó hasta que su hermana apareció preocupada en la puerta, los observó a los tres y luego al segundo hermano que lloraba en la ducha. Se apresuró a llegar a él tomando su rostro entre sus manos.

Desde que ella había llegado a la vida de Oliver, él había hecho todo por protegerla. Posteriormente llegó Chars, quien siempre estaba pegado de la única mujer de la familia. Mientras crecían, ambos hicieron todo por protegerla, llevándola lejos si sus padres peleaban, defendiéndola en el colegio y alejando a los novios malos que ella tenía. La habían cuidado, pero esta vez ella cuidaría de su hermanito menor.

—¿Qué pasó? —inquirió al ver el estado de Charles, de los tres varones siempre le parecía que era el más afable y siempre se encontraba sonriendo. Verlo ahí, en la ducha y llorando, la hacía sentir terrible. Cuando los ojos claros de su hermano se conectaron con los suyos, él enterró el rostro en el cuello de ella y envolvió sus brazos alrededor de su hermana—. Estoy aquí hermanito, calma, estoy aquí.

—Diana, vete a dormir o mamá se molestará porque aún estás despierta —la regañó Oliver tirando de ella—. Deja a Chars con nosotros, es cosa de hombres.

—¿Cosa de hombres? ¿Estás viendo el estado de él? ¡Por dios santo, Oliver, él está llorando!

—¡Zoe! —gritó Chars con la voz quebrada, sus ojos estaban hinchados y su cuerpo se sacudió por el llanto. Diana tartamudeó y lo abrazó con mayor fuerza mientras Paul y Oliver los observaban—. Diana, ella me ha roto el corazón, no me quiere. Me ha roto el corazón. ¡Grítalo, Zoe, grita que has roto mi corazón! ¡Grita que has acabado conmigo!

—Charles, cálmate —pidió Paul ayudándolo a ponerse de pie mientras este se quitaba la playera mojada. Diana salió de la habitación con el labio temblando mientras sus hermanos cambiaban a su querido colorado. Ella trajo café y se sentó, en lo que los esperaba. Al poco rato salió: llevaba el cabello peinado hacia atrás y los ojos rojos e hinchados, tras suyo Paul y Oliver compartían miradas—. Es mejor que duermas, hermano.

—¿Qué ha sucedido, Charly? —preguntó Diana soltando un sollozo, viendo la imagen decaída de su héroe. Chars en respuesta apretó el labio y pasó bruscamente los dedos por sus ojos, alejando las lágrimas que se acumulaban ahí—. ¿Chars?

—Quiero dormir —masculló entre dientes dejándose caer en la cama. Sus hermanos se miraron y cada uno fue a su cama. Diana, sin embargo, subió a la de Chars y lo rodeó con sus brazos. Él en respuesta escondió su rostro en la almohada, pero ella sintió como su cuerpo se sacudía en señal de llanto. Lo abrazó tan fuerte y lloró con él porque, aunque no supiera qué tenía, podía sentir el dolor que envolvía a su hermano. Los otros se mantuvieron alerta y cuando su padre preguntó sobre la botella de ron, Oliver se echó la culpa omitiendo el hecho de que había sido Chars.

Él sacudió la cabeza ante los recuerdos que creyó olvidados, todos y cada uno por culpa de una niña que había roto su corazón. Llevó los dedos a su cabeza, masajeándola ante el dolor punzante y luego los bajó hasta su pecho masajeando aquella parte. Buscó entre los bolsillos sus lentes de pasta negra y cuando los halló, los dejó caer en el puente de su nariz viendo con claridad

alrededor.

—Mucho mejor —pensó—, mucho más claro en este día tan lluvioso. Solo es un dolor de cabeza —se dijo esperanzado, tratando de no recordar las palabras del doctor. No ahora, no cuando su hija acaparaba toda su felicidad y él lo era todo para ella. No ahora que su vida había tomado un rumbo distinto y él estaba orgulloso de eso. No ahora cuando tenía todo lo que había deseado. La vida no podía ser tan injusta para robarle lo que con tanto esfuerzo había construido, que entre tanto dolor había podido salir adelante.

Eran más de las doce de la noche y él seguía estacionado afuera de la casa de sus padres, había apagado el celular para no recibir más llamadas. No sabía qué hacer, realmente no sabía qué hacer respecto a todo lo que sucedía. Por años había pedido que ella volviera y el destino era tan canalla, que la enviaba ahora, justo cuando estaba siendo feliz, cuando solo sentía odio por ella. ¡Pero a quién engañaba! ¡Seguía sintiendo cosas como el primer día! La amaba tanto, sin embargo, de algo estaba seguro; amaba más a su hija, por sobre todas las cosas. Siempre.

Bajó del auto sacando las llaves del bolsillo para encajarla en la cerradura y abrir la puerta de la casa de sus abuelos. Todo estaba tan envuelto silencio que le preocupó, tanto que temía que algo hubiera sucedido. Su hija, su pequeña niña, había rogado por no ser alejada de sus brazos. ¿Con qué corazón la había alejado de él? Él mismo no lo comprendía, claro que no lo hacía, se encontraba desecho por lo sucedido y aún no sabía exactamente qué decirle a ella cuando le preguntara que había pasado.

Miró su mano vendada y apretó los labios sabiendo que su mayor don estaba en sus manos y ahora, una de ellas, estaba cortada, ¿es que todo lo malo sucedía cuando ella llegaba a sus pensamientos?

—Te estábamos esperando —dijo una voz ronca, cuando él había terminado de vaciar sus bolsillos en la mesita. Miró de dónde provenía la voz y apretó el puente de su nariz. Se encontraban sus padres y hermanos de pie, mientras sus abuelos estaban sentados en un sillón, un poco más alejados, ellos comprendían la situación de Charles.

—Yo debo ir a ver a mi hija, debe estarme esperando.

—Eso debiste pensar cuando se la entregaste a Oliver, Charles —siseó Diana, que lo veía fijamente y él soltó el aire contenido, caminando hacia ellos para sentarse agotado. Su hermana pegó un grito al ver la venda con sangre y se acercó—. ¡Dios mío, Chars! ¿Qué sucedió?

Y él sonrió al ver la mirada preocupada en su hermana. Se inclinó y besó su frente con ternura, como cuando eran niños. Su hermana había cuidado de él en sus innumerables borracheras, había limpiado sus lágrimas y ocultado el ron que Chars solía tomar en la madrugada. Su pequeña hermana, tan fuerte y valiente.

—Estoy bien, solo sujeté mal una copa.

—Aurora ha estado preocupada y se ha rehusado a hablar con alguien, tu padre estuvo con ella hasta que se durmió —señaló su madre con voz gélida y él la observó con media sonrisa—. Tú hija estaba muy herida. ¿Qué sucedió?

—Basta de mentiras, hermano. Basta ya —escupió Paul tendiéndole vendas limpias a Diana para que le cambiara las sucias. Charles gruñó en su dirección—, sé que eres el mayor y debo guardarte respeto, pero ahora necesitamos respuestas.

—Paul te guardará respeto, pero yo no, soy el mayor de los cuatro y como se lo dije una vez a Diana —siseó Oliver y su hermana bajó la mirada con hostilidad. Al ser la única mujer con tres hermanos, para ella todo había sido complicado, desde el momento en que trajo a su primer enamorado, el que la golpeaba—; somos familia y la familia se protege. Nos hemos mantenido alejados respecto a la identidad de la madre de nuestra sobrina, sin embargo, ya no. No cuando

vienes herido y la niña diciendo que habías roto la copa y luego ella llorando y temiendo a que terminaras rompiendo todo a golpes.

—Ya no soy un niño, Oliver. Eres mi hermano mayor y agradezco su preocupación. Ya tengo treinta y un años, soy un hombre adulto hecho y derecho. Soy padre de familia.

—¡Parece que no eres un hombre hecho y derecho, Charles! —explotó su madre poniéndose de pie y su padre la sostuvo con delicadeza. Andrés Maldonado era un hombre que no hablaba mucho y cuando lo hacía, dejaba a todos en silencio. Era un hombre que sabía mucho de la vida y Chars le agradecía todos los consejos que le dio cuando Aurora llegó a su vida—. Fueron horas enteras en las que te vi pasear por la habitación con tu hija en brazos, horas donde te vi llorar porque no te alcanzaba el dinero, horas donde te vi combatir con los gastos médicos de ella y tuyos, hijo. Ahora quiero que seas totalmente sincero con nosotros.

—Calma, Sorangel, que así no vas a solucionar nada —señaló Gloria negando en su dirección. Su abuela lo había visto llorar, más de una vez. Estaba en deuda con sus abuelos, estaba en duda con ellos. Todo nuevamente quedó en silencio y sus hermanos volvieron a sus asientos, Charles se quitó la chaqueta y remangó la camisa con cansancio. Miró las escaleras con la esperanza de poder ir y tomar a su hija entre sus brazos y decirle que le perdonara, que lo hiciera por todo.

—No entraré en detalles —respondió descuidado el rubio, se notaba que estaba agotado, cansado de recordar, seguido el suceso y estar explicando todo. Estaba agotado de la misma pregunta—. Ella me rompió el corazón, no quiso ser madre tan joven y dejó a Aurora conmigo. La dejó en aquel campo y desapareció como si ninguno de los dos le importara.

—¡Dios... santo! —tartamudeó con voz quebrada su madre, él la acercó a su cuerpo sintiendo la sacudida de llanto, la rodeó con sus brazos y cerró los ojos—. ¿Cómo alguien puede abandonar a su hija? ¡Aurorita es una niña muy linda!

—¿Por qué lo callaste? Por años creímos miles de cosas, que tú se la quitaste, que no la amaste o que tal vez murió en el parto. Nunca hablaste de ella, aquella carta que te dejó dijiste que tú la habías escrito, que lo hiciste para que nosotros no te atacáramos, pero siempre supe que mentías.

—¿Por ella estuviste así? Fue un año completo donde te vi caer y nunca supimos cuál fue la razón. —Diana elevó su mirada hacia Chars y él forzó una sonrisa ante sus palabras—. Dejaste de sonreír, de ver los colores de la vida por... ella.

—Sí, Diana.

—¿Qué pasará ahora? —Su abuelo preguntó con voz fuerte y mirada perdida. Todos temían que la pequeña Aurora fuera alejada de ellos, todos amaban a la pequeña.

—Ella quiere pelear por Aurora y sé que lo hará. Mi editora y su familia tiene dinero, así que tengo que buscar un abogado, mañana temprano —señaló Chars, alejándose de su madre para tomar su saco.

—No te preocupes por eso, sé que Lucas va a ayudarte —afirmó Oliver recordando a uno de los mejores amigos de Charles. El rubio asintió sabiendo que Lucas era el mejor, que podría ayudarlo.

—No te la quitará, Chars. Tienes las de ganar ya que ella abandonó a mi sobrina.

—El tema aquí es que puede pedir verla, puede alegar que estuvo enferma y que no estaba en sus sentidos para cuidarla.

—¡Es una perra! —siseó Diana con molestia, tenía los puños apretados y las mejillas rojas de la cólera que sentía por esa mujer, esa que había dañado a su hermano. Aquella que se había llevado los colores y lo había dejado en oscuridad.

—Bien, por ahora no quiero que se mencione nada con respecto a esto. No quiero que Aurora se entere de que su madre regresó y mucho menos de que la abandonó.

—¿Mamá? —dijo una voz suave y todos se giraron observando el pequeño cuerpo asomarse y Chars jadeó ante eso. Aurora era una niña inteligente, una que fácilmente no se dejaba engañar. Sus hermanos lo miraron y Chars no supo que decir—. ¿Qué sucede, papá?

—Amor...

—¡Siempre me dijiste que ella me quería, que se había ido porque necesitaba estudiar y ser feliz! —gritó Aurora con los ojos cristalizados. Su abuela se acercó y la abrazó mientras la niña lloraba en los brazos de ella. Chars se quiso acercar, pero lo único que obtuvo fue una mala mirada por parte de su hija—. ¡Dijiste que ya no habría mentiras, Charly, y no lo has cumplido!

Después de eso salió corriendo de ahí, Chars gruñó sintiendo su corazón latir con desesperación. Ni siquiera lo pensó cuando se giró estrellando el puño en la pared una y otra vez, lo hizo tantas veces hasta que pudo descargar toda la ira que se había acumulado en el día. Minutos después se detuvo y todo quedó en silencio ante su acción. Él optó por juntar su frente contra la pared y hacerse el desentendido ante el dolor que sentía en esos momentos, volvió a elevar su mano y estampó el puño contra la pared y cuando se iba por el tercero su hermano lo separó molesto.

—¡Basta, Charles! —gritó empujándolo hasta la silla para que su hermana le curara la mano. No habló, se mantuvo con los ojos cerrados y los labios apretados, ni siquiera protestó cuando los nudillos fueron empapados con alcohol—. Debes calmarte o terminarás perdiendo a tu hija, basta ya.

—Ella me odia.

—No te odia, está molesta y con mucha razón —señaló Andrés tratando de evitar mirar la pared. Las mujeres de la casa se habían puesto nerviosas al ver la descargar de uno de los integrantes de la familia, no obstante, al ver la oscuridad en sus ojos y ver cómo se lastimaba: las asustó—. Cálmate y cuando te encuentres mejor ve y habla con ella. Aurora es inteligente y sabrá escucharte, pero esta vez sé sincero.

—Te llevaré un té, tanto café te altera y Eduardo te lo prohibió —le dijo su madre besando su mejilla, desapareciendo de ahí. Charles asintió y subió en dirección a su habitación, ni bien entró se despojó de la ropa sucia y llena de sangre. Se quitó los lentes e ingresó a la ducha. Cerró los ojos echando la cabeza hacia atrás, dejando que el agua recorriera sus músculos y lo relajara por completo. Echó los rizos hacia atrás y después de unos segundos juntó su frente contra el frío mármol.

—¿Por qué vuelves ahora, Zoe? ¿Qué buscas? —preguntó en voz baja mientras de fondo tenía la música de *The Neighbourhood* sonando con fuerza con el tema *Saddersdaze*. *Uñas sucias al igual que tu mente, pero él puede tocar la guitarra perfectamente bien, de vez en cuando él pensaba en su vida. Ahora el sol está más cerca de lo que estaba antes.*

Los sábados no son como solían serlo, sábado, ¿por qué sigues usándome?

Repitió lo último con voz grave, siguiendo la letra de la canción, y quiso cambiar el sábado por su nombre, por aquel que seguía torturándolo.

—Me has vuelto un ser que no puede tener felicidad completa, me has vuelto desdichado y hambriento por ti, ¿qué clase de brujería es esa? —lanzó la pregunta sin esperar respuesta. Tomó la toalla y la envolvió alrededor de su cadera, saliendo con rapidez del baño. En la habitación encontró a Oliver sosteniendo el manuscrito que en poco tiempo mandaría a su editora para que lo revisara y le diera su opinión.

—Tienes un don increíble, hermano. Escribes maravilloso —aduló, dejando el manuscrito en su lugar.

—«Tal vez los que fuimos bendecidos con el don de escribir fuimos condenados a vivir sin

poder amar.» —citó mientras se vestía con rapidez.

—Vuélveme a decir la frase para colgarla en *Facebook* —bromeó causando que su hermano golpeará su hombro. Chars se puso los lentes de pasta gruesa e ingresó con cuidado a la habitación donde se quedaría Aurora, encontrándose con su hija dormida. Se sentó a su lado rozando los dedos por su cabello con suavidad para después inclinarse y besar su frente.

—Eres lo más hermoso que tengo, amor. Mi mayor tesoro —expresó—, eres mi ancla hija, sin ti yo me muero.

Se puso de pie y se acostó en el viejo sillón que había en esa habitación, se llevó la mano a la frente, se sentía confundido. Ya no había amor, claro que no, pero había sentimientos, así como también había sentimientos por Ale. Su celular sonó y lo sacó del bolsillo. Las comisuras de sus labios se elevaron al ver el nombre.

Ale 2:05 am.

Duerme, mi amor.

Chars 2:06 am.

No puedo, mi mente es algo ruidosa, cariño. Duerme tú, mañana debes salir temprano.

Ale 2:10 am.

**Duerme Chars, debes dormir o enfermarás. Todo volverá a su lugar, mi amor. Lo sé.
Descansa, te quiero.**

Chars 2:11 am.

Yo te quiero más, muñeca.

CAPÍTULO DIEZ: LAS CUERDAS DEL PRÍNCIPE



¿Ves esa marca en mi pecho? Es la que tú hiciste el día que te fuiste, el día que me dejaste. Desde entonces no he podido curarme, desde entonces vivo en una miseria gritando tu nombre.

Era tarde y la ciudad estaba en silencio. Las parejas en las esquinas profanando su amor, los borrachos en las veredas llorando y las sirenas envolviendo con su canto a los hombres. Ellas ahí sonriendo con coquetería y adulando cada paso que das, ellas que te susurran lo atractivo que eres, aun cuando tienes unos kilos de más o tu cabello se está cayendo, aun cuando los cincuenta te han caído mal y los males se apoderan de ti. Aun así, ellas te dicen que eres guapo, bello e inteligente, y no lo piensas, te lanzas a los brazos de la sirena.

¿Qué sabes de amor? Le había preguntado una de las sirenas y él había reído con amargura. Todas las veces que él había buscado el amor en la calle, había terminado con el corazón roto. Chars cerró los ojos dejándose llevar por los recuerdos, dejándose comer otro pedazo de su corazón.

—¡Péinate, Eugene! —chilló Diana lanzándole el peine al aludido y este en respuesta le sacó la lengua, para después pasar el peine por los rizos y echarlos hacia atrás y así no molestara en su frente. Sacudió el traje gris que había recibido de regalo por su cumpleaños número veintitrés de parte de su padre y él secretamente había llorado al recibirlo.

Se puso la camisa blanca y se tomó más tiempo en abotonarla y acomodarla dentro de los pantalones grises que se aferraban a sus piernas con firmeza. Tomó el chaleco y se lo puso con rapidez cuando escuchó la alarma de su celular. Se apresuró a salir del baño sosteniendo entre sus manos el saco, lo dejó en la cama y tomó las pastillas que le tocaban a Aurora. Al ver que no estaban en la pequeña habitación donde vivían, salió y sonrió viendo a su hermana que sostenía a su hija en brazos y ella reía a carcajadas mostrando la falta de dientes.

—Bebé. —La saludó sonriendo, Aurora le miró para después reír y estirar sus manos hacia él. Con gusto Chars la tomó en sus brazos y sonrió viendo el pijama que Oliver le había regalado y por la cual ella lloraba cuando Chars la lavaba. Diana apretó con delicadeza la nariz de la pequeña y el rubio le puso la pastilla en la boca para después acercar el vaso de agua y que ella tomara. La niña se sacudió en sus brazos molesta y él apretó los labios viendo la misma situación de todos los días—. Ya amor, ya pasó.

—Dámela, iremos a ver televisión en tu laptop —le dijo, más Aurora se removió y él la dejó en el suelo mientras ella salía corriendo. Chars negó divertido en lo que se colocaba el saco gris. Diana se acercó y lo ayudó con la corbata para después pasar el peine por los rizos dorados hacia atrás que ya se habían desordenado.

—¿Y mis lentes?

—Debes verte como un hombre atractivo, Chars, no como un nerd.

—¡Pero soy ciego! —se quejó y Diana soltó una carcajada, tendiéndole los lentes de pasta gruesa. Él aliviado los dejó caer en el puente de su nariz para después entrar a la pequeña habitación y tomar a su hija en brazos—. Papá va a salir, amor, ¿te portarás bien?

—¿Papi? —Él asintió pegando los labios en su frente.

—Te amo, muñequita bella —se despidió dejándola en la cama y se despidió de su hermana que tenía los pulgares arriba y movía sus piernas con diversión. Hace unos días había conocido una chica en la facultad, una muchacha hermosa e inteligente que había chocado con él, dejando caer todo al suelo.

Ella le había mirado durante largo rato y luego había soltado: ¡Me encanta tu cabello! ¿Qué crema utilizas? Ante eso sus amigos empezaron a reír y él intimidado había dicho que se echaba brillantina, por esa respuesta la muchacha se había echado a reír mientras se alejaba con su grupo de amigos.

En la universidad nadie sabía que él era padre, mucho menos que estaba viviendo en un lugar reducido y que todo su tiempo era consumido por el trabajo. Y cuando todos lo invitaban a una fiesta, él declinaba diciendo que tenía que estudiar o trabajar, por lo que todos sorprendidos, bromeaban que se estaba convirtiendo en un nerd. Él sentía vergüenza, no por su hija, sino por él y por todo lo que había sucedido. Todos los días buscaba una manera de encontrarse con ella, hasta que un día lo hizo, la invitó a desayunar y el rubio había terminado a sus pies.

Era una muchacha que estudiaba letras como él, y que tendría una exposición en unos días. Ella le había entregado una invitación donde había puesto «Para el chico de cabello con brillantina», en su momento no supo que decía y luego atinó a reír a carcajadas. La exposición era ese día y había pedido a su hermana que cuidara de su hija, pero a sus padres les había dicho que tenía que realizar un trabajo. Ellos no querían que saliera, ellos querían que él se dedicara únicamente a Aurora y a su carrera. Sin embargo, Diana le habían insistido en que saliera, que era bueno para él y que era muy joven para negarse al amor. Quizás debió obedecer a sus padres.

—¡Date prisa, galán! —exclamó su hermana desde arriba y él rio sacando algunas monedas para después apresurarse a tomar el autobús que llegaba hasta la Universidad, donde sería la conferencia. Él se dejó caer en el sillón y pasó los dedos por su frente con nerviosismo. La joven lo había invitado, la chica más linda y él no sabía qué hacer.

¿Y Zoe?

Odió la voz en su cabeza, aquella que le recordaba constantemente a la mujer que tanto daño le había hecho, la misma que había abandonado a su hija sin decir nada y que al mismo tiempo había roto su corazón. ¿Cómo podía seguir amándola? Esa era una incógnita que se hacía todos los días, cada que veía a su hija sonreír.

—¡UNP! —gritó el chofer y Chars sacudió su cabeza sacando un sol para entregárselo, se arregló el traje gris y tan pronto bajó fue embestido por los alumnos que salían en la noche. Las miradas de las mujeres fueron hasta él y el rubio incómodo caminó más rápido para dejar de ser una presa ante las miradas de las mujeres.

—¡Charles! —Se sobresaltó cuando escuchó su voz. Se giró y sonrió viendo que ella se acercaba, luciendo más hermosa que nunca. Al verla en aquel vestido rojo, lo único que hizo fue suspirar y tenderle una rosa que había comprado afuera. Ella se sorprendió para después tomarla y reír—. Creí que no vendrías.

—Soy hombre de palabra, Geraldine —susurró cuando ella se inclinó y besó su mejilla. Ella mordió su labio y juntos entraron. Lo ubicó cerca del estrado, se despidió y él, nervioso, se mantuvo en su lugar, siguiéndola con la mirada.

Eran alumnos que estaban en último año y habían hecho una presentación sobre la pena de

muerte hacia los violadores ya que, en los últimos días, las noticias giraban en torno a eso. Desde hacía algunas semanas, se habían encontrado muchos casos en el norte y sur del país, alterando así a toda la población. Los alumnos estaban haciendo un panel y otros un foro, manteniendo la atención de los presentes en ellos. El final fue presentado por Geraldine que habló sobre la inseguridad ciudadana y como eso había llevado a las personas a golpear a los delincuentes e incluso quemar a los violadores. Luego mostró fotos y videos sobre su investigación, ella se paseaba por todo el lugar teniendo dominio y confianza. Los profesores e invitados la miraban con fascinación y Chars terminó cayendo por ella, por su inteligencia y belleza.

Ella mostró un video suyo en uno de los más peligrosos barrios de Piura, donde fue testigo de una agresión y todo quedó grabado como anexo de su trabajo. Cuando terminó, todos se pusieron y aplaudieron ante su presentación. Chars encajó los dedos en su pantalón de vestir y se balanceó, mientras esperaba para despedirse de ella porque ya eran pasadas las once de la noche y él debía volver a casa. Al ver que ella no era liberada por los profesores, se alejó con dirección a la salida, pero unas manos se envolvieron alrededor de su brazo haciendo que él se detuviera abruptamente.

—¿A dónde vas? ¡Tenemos que celebrar!

—Oh, no. Debo irme. Felicitaciones, muy buen trabajo —la felicitó sosteniendo sus manos para darle un suave apretón, ella arrugó su nariz haciendo un puchero y él tuvo que girar el rostro para evitar lanzarse y besarla.

—No te vayas, por favor. Vamos, es solo una fiesta —lo animó y él negó. Sin embargo, Geraldine no aceptaba un no como respuesta, así que miró alrededor para después inclinarse y rozar sus labios contra los de él—. Quédate.

Y con ese roce, el rubio olvidó que debía volver y también que tenía una hija.

A las once y media se estaba dirigiendo a bailar con el grupo de amigos de ella. Geraldine hablaba con sus amigos animadamente mientras sus dedos estaban entrelazados con los de Chars, que sonreía encantado y aprovechaba cada instante para besarla o abrazarla, cosa que ella lo aceptaba gustosa. Llegaron a la discoteca y terminó quitándose el saco y remangándose la camisa blanca, para después bailar con ella.

—Me encantas, Charles. Me encantas —confesó rozando sus labios en la mejilla de él. El aludido sonrió tomando su mano para hacerla dar una vuelta y que terminara dándole la espalda. Enredó las manos alrededor de su cintura y se movió con lentitud manteniendo la boca pegada en su cuello—. ¿Qué esperas para pedirme que sea tu novia?

Charles soltó una carcajada y la hizo girar, ella inmediatamente envolvió las manos alrededor de su cuello y se movieron con lentitud sin dejar de verse. En más de una ocasión había acariciado sus rizos, para después besar lentamente sus labios. Besarla se estaba haciendo adictivo y es que cada vez que juntaba los labios con la muchacha, olvidaba todo y con ello los problemas.

Él la atrajo a su cuerpo y la besó con desesperación. Aquella droga no duró tanto porque la vibración en su móvil lo hizo separarse abruptamente, él gruñó y sacó el teléfono viendo que quien lo llamaba era su hermana. Jadeó y se alejó de ahí saliendo rápidamente.

—¿Qué pasó?

—Oh, Chars, yo lo siento... —decía con la voz entrecortada, él se alteró y empezó a gritar que le diera respuestas claras—, yo solo fui al baño y luego escuché a la niña llorar, hermano. Yo no la descuide.

—¡Carajo! ¿Qué sucedió? —gruñó enfurecido y su hermana se echó a llorar. Geraldine lo observaba y trataba de tranquilizarlo, pero era inútil—. ¡Habla Diana!

—La niña se cayó y se ha roto la quijada, Chars. La estamos llevando al hospital —explicó la

voz calmada de Paul y Chars pasó las manos por su cabello tratando de tranquilizarse—, la estamos llevando a la clínica del tío. Allá te vemos.

—Bien.

—¿Qué sucedió? —preguntó ella intranquila y él gruñó poniéndose el saco que la joven le había tendido—. ¿Chars?

—Debo irme, Geraldine. Debo ir al hospital.

—¡Vamos, te llevamos! —lo empujó y el amigo de ella abrió la puerta del auto donde había llegado la prima de Geraldine. Él se subió y la joven entrelazó los dedos con los suyos y aunque le hacía caricias, el rubio no reaccionaba. Su hija, su pequeña se había caído y todo era su culpa. Si hubiera regresado, si no hubiera caído en el hechizo de Geraldine, seguro que su hija estaría bien.

—¿Cómo está Aurora?! —inquirió tan pronto llegó junto a su familia que esperaba noticias. Diana lloraba siendo sostenida por su padre, pero él estaba demasiado molesto para disculparla—. ¿Qué diablos pasó?

—Ella está bien, le están poniendo unos puntos y podremos llevarla a casa. Calma, hijo, la muchacha terminará pensando que eres un demente —señaló su padre con el ceño fruncido, Chars giró su rostro y observó a Geraldine con las mejillas rojas—. Esta no es la manera de conocerse, pero, ¿qué podemos hacer?

—No hay problema, la hermanita de Chars es más importante —contestó con suavidad y todos voltearon a verlo a él, que ante la respuesta se soltó con lentitud.

—¡Ahí viene Aurora! —exclamó Diana, y Chars se giró observando como su pequeña venía abrazada a Oliver que le decía cosas bonitas. Este al verlo gruñó para después tenderle a la pequeña que tenía los ojos cerrados.

—Mi vida —le dijo Chars sosteniéndola en sus brazos para después observar los puntos que le habían puesto. Su bonito pijama estaba manchado de sangre y sus ojitos cristalizados—. Bebé, lo siento tanto.

—¿Charles?

—Ella no es su hermana. Aurora es su hija y me alegro de que aceptes a mi hermano con su pequeña hija. Es una niña maravillosa. —Diana habló y el rostro de la muchacha cambió drásticamente. Miró la escena y el parecido de la niña con el hombre que hasta hace un rato la besaba como si no hubiera fin.

—¿Tienes una hija? ¿Por qué no me lo dijiste? ¡Me viste la cara de tonta!

—No encontré el momento. Todo fue muy rápido.

—¿No encontraste el momento? ¿En serio? Debiste decirme que tenías una hija, Charles.

—¿Eso cambia nuestra relación?

—Es que nosotros no tenemos una relación.

Y esa fue la primera vez que lo rechazaron por ser padre, por aquella pequeña niña que era la luz del rubio. Después de lo de Zoe o Ivana, él había aprendido a sobrellevar desplantes o malos amores que duraban poco. En el fondo sabía que las mujeres lo buscaban para el momento, en más de una ocasión le habían dicho que ellas no estaban listas para ser madrastras. Como una de ellas, una mujer que había pasado por su vida por un breve periodo de tiempo, no obstante, aún recordaba.

Alexandra era una bailarina de música criolla que conoció en uno de los festivales que asistió. Una mujer tan bella como talentosa, aunque también era libre como la música. Había acudido con su hermano al festival y en vez de distraerse con lo que se presentó ahí; su atención siempre estuvo en ella.

Habían salido por mucho tiempo y cuando creyó que era el momento indicado para presentarla con su hija, ella no quiso. Dijo que creía que ellos solo estaban para pasar bien el momento, es decir; ambos eran jóvenes y con mucho camino que recorrer. Dijo que no quería ser madrastra y mucho menos ama de casa como se acostumbraba en el país; mujer que se casa, mujer que va a la cocina. Sus palabras lo golpearon y él solo se rio y cortó aquello que ciegamente llamaba amor. El problema con Charles era que se ilusionaba muy rápido, que se veía en un futuro con ellas.

Sin embargo, el desplante que estaba sintiendo en aquellos momentos, era el peor de todos. Le dolía el corazón por el desprecio de su hija, la mirada indiferente que le daba o que cuando quería acercarse, ella huía a brazos de sus tíos o abuelos. Toda la semana había hecho lo mismo y al final había dormido con sus padres, dejándolo a él solo y sin oportunidad a hablar. Sí, había hecho mal en ocultarle la verdad, pero Aurora era demasiado pequeña para contarle que su madre no la quiso, para relatarle cómo la abandonó o para decirle que sus padres eran demasiado jóvenes y que no estaban preparados para su llegada.

Había llegado el sábado y las vacaciones habían terminado. Su hija volvería a clases y Charles a ser profesor en la mañana, súper padre en la tarde y por la noche, un escritor. Desde temprano había alistado todo, sintiendo la desgana de su hija y las miradas tristes de sus hermanos. Solo sonreía y asentía restándole importancia. Cuando dejó las cosas en el carro, se percató de que su hija ya estaba en el carro, mas no en el asiento del copiloto como siempre, sino en la parte trasera y mirando por la ventana. No dijo nada y subió al auto encendiendo la radio.

Cada vez que ambos salían de viaje, era ella quien lo esperaba en el carro con la música a todo volumen. En el camino reían y cantaban o inventaban la letra cuando no se la sabían. Al regresar, iban tomados de las manos, hablando de los compañeros de colegio de ella. Esta vez fue diferente, el camino a casa fue tenso. Cuando llegaron, la niña huyó y Chars se quedó con un sabor amargo en la boca. Nuevamente se quedó callado mientras sacaba las maletas y la seguía con los labios apretados y la mirada perdida.

Eran las doce la noche cuando caminó hacia el balcón, descalzo y con una copa de vino. Miraba a la luna y aspiraba aquel airecito frío de Piura que hacía que todos se fueran a dormir temprano. Mantuvo la mano pegada en su barbilla, observando como algunas sirenas caminaban por la noche atrayendo la atención de todo aquel que pasara. Sus diminutas faldas y el escote pronunciado, hacía que cualquiera suspirara y detuviera el auto.

—¡Vecino guapo! —exclamó Leila, una de aquellas mujeres hermosas que parecían sirenas cautivando a los hombres a tardes horas de la noche. Chars esbozó una sonrisa y le saludó levantando su copa—. ¿Qué sucede, mi rubio guapo? ¿Por qué tan triste?

Leila se mantuvo de pie con los brazos cruzados y Chars sonrió viendo aquellos labios gruesos pintados de un rojo fuerte, seguro que un beso de esos labios podía matar a cualquier mortal. Hace un par de años, había escrito una novela corta y la había utilizado a ella de protagonista. Cada noche, cuando las pesadillas lo envolvían, él venía al balcón y observaba cómo ella bailaba para obtener la atención de los mortales. En una oportunidad la había invitado a su casa y poniendo un saco en sus hombros, habían hablado hasta que el sol se había asomado por la ventana.

Sabía que tenía treinta y cinco años, era madre soltera y venía de una madre que también tenía el poder de enloquecer hombres. Ella era su amiga, la protagonista de una historia que Charles escribió y que fue exitosa. Leila con gusto había accedido a ser la musa de un escritor herido.

Prostitutas, damas de compañía o putas eran los adjetivos que utilizaban para ellas, pero Chars les llamaba sirenas en un mundo de mortales.

—Una mala noche, sirena.

—Como todas, aunque parece que esta noche es peor. ¿Sucede algo con la princesa? —inquirió

y él chasqueó la lengua asintiendo con tristeza—, ¿está enferma? ¿Qué pasó?

—No, gracias a Dios no. Ella está molesta porque le he mentado respecto a su madre y está en su derecho.

—No, Chars. No digas eso, rubio bello. La reina debe entender que has tenido tus motivos y estoy segura de que, al conocerlos, los entenderá —le señaló con una sonrisa. Un claxon hizo que ambos giraran el rostro y ella sonrió subiéndose la falda roja para después tomar sus pechos y levantarlos con picardía. Chars soltó una carcajada y se despidió cuando ella le lanzó un beso corriendo en dirección al mortal que todas las noches venía por ella.

Observó como el carro se alejaba y vio a tres de las amigas de ella. Él saludó haciéndoles una señal para que se detuvieran, dejó la copa en la mesa, tomó la bolsa junto con las tazas de café que había preparado, caminó hacia la puerta y salió a la calle recibiendo los silbidos y piropos de ellas. Chars solo sonreía tendiéndoles la bolsa y los cafés. Cuando abrieron las bolsas se lanzaron hacia él, besando su mejilla y agradeciendo.

—¡Guapo, gracias! Si quieres una noche, búscame y no te cobro.

—Lo tendré en cuenta, reina —agradeció Chars, despidiéndose y llevándose con él la última imagen de ella. Se quitó la sudadera, para ir en dirección a su habitación y acostarse. Cerró los ojos y cuando estaba conciliando el sueño, unos pasitos hicieron que abriera los ojos con rapidez.

—Papá, he tenido una pesadilla —comentó con vocecita suave haciendo derretir el corazón de Chars. Él sonrió y golpeó el lado de su cama y su nena subió para tirarse a sus brazos, llorando a moco tendido. Su niña—. Yo no quiero estar molesta contigo, papá. No me gusta irme a dormir molesta contigo. Mamá Sorangel dijo que los problemas se resuelven aquí y uno no debe irse molesto a la cama.

Ella era tan inteligente para tener diez años.

—Yo no estoy molesto, amor. No llores, cariño, que me rompes el corazón.

—Papaaaaá —alargó soltando un sollozo y él la apretó con fuerza dejando que ella escondiera el rostro en su cuello, mojando la playera con sus lágrimas. Él dejó que se sentara en su regazo y se permitió cantarle como cuando estaba pequeña. Estuvieron por varios minutos así, hasta que ella soltó la pregunta que tanto había evitado—. ¿Qué pasó con mamá?

—Mamá era muy joven, cariño. Mucho más joven que yo —explicó, sosteniéndola en sus brazos y dejando besos en su frente con ternura—, ella tenía dieciséis años y yo tenía veinte. Era una niña a mi lado y yo hice mal.

—¿Por qué?

—Ella era menor de edad, yo era ya un hombre y ella seguía siendo una niña de su casa —añadió segundos después—. Estuvimos por unos cuantos meses juntos, enamorados y con planes para el futuro. Ella dejó de amarme y terminamos la relación. No sabía que estaba embarazada de ti, amor, así que yo no me enteré. Meses después llegaste tú a mi vida y ella me dijo que te cuidara.

Murmuró lo último acariciando sus mejillas, mientras aquellos ojos brillosos lo veían con curiosidad. Él se inclinó besando su frente, manteniéndose allí; en su lugar favorito.

—Ella me abandonó.

—No, amor. ¿Quién podría abandonarte?

—Mientes otra vez. —Su hija lo observó fijamente, su mirada gritaba dolor, sin embargo, Chars ya había mentado por mucho tiempo así que solo la atrajo a su pecho y la besó con suavidad.

Aurora era su mayor tesoro y no quería pensar que sucedería si ella se la quitara. No, él no estaba dispuesto a dejar que eso sucediera. No lo iba a permitir, no cuando era Aurora quien lo

mantenía vivo.



Se puso el chaleco negro y lo abotonó con cuidado, esperando que Aurora saliera de bañarse y se cambiara para ir a la feria de libro que ese día empezaba en Piura. Remangó la camisa blanca, se giró buscando los lentes gruesos y cuando los encontró los dejó caer en el puente de su nariz, viendo todo con claridad.

Era un miope, uno de nacimiento.

Arregló los rizos rubios echándolos hacia atrás con lentitud moviéndose al ritmo de Pablo López y Juanes. Cuando estuvo listo, la esperó en la sala. Veinte minutos más tarde, ambos ya estaban en el auto con dirección a la feria que quedaba en el centro. Él tarareaba las canciones que sonaban en la radio y Aurora golpeaba sus palitos chinos en el tambor que su tío Paul le había regalado cuando cumplió tres años, aquel que siempre iba en sus viajes.

Estacionó el auto y bajó, rodeándolo para abrir la puerta y que ella bajara. De inmediato, Aurora corrió a los brazos de Ale, para Aurora ella era una buena amiga de su padre, nada más. Su hija adoraba a Alejandra y ella a su hija, amaba la relación que ambas tenían.

—¡Que muñeca más hermosa! —exclamó Alejandra. Chars sonrió inclinándose para besar su mejilla y tomar la mano que su hija le tendía—. Esas vacaciones les han caído en buen momento, si hasta a ti te veo con otro semblante, no bueno, pero con otro semblante.

—Amor, ¿quieres ir a ver libros?

—¡Sí! Quiero los de Narnia, papá. Recuerda que prometiste regalármelos —apuntó ella, dando saltitos y señalando los puestos grandes donde eran exhibidos los libros. Él asintió risueño y la dejó ir, aunque seguía cada movimiento que daba la niña.

—¿Cómo estás? He leído el artículo. Está hermoso.

—Sabía que te gustaría. He revisado mis redes y los lectores han enloquecido —comentó y distraídamente tomó su mano entrelazándola. Chars le regaló una amplia sonrisa y se llevó la mano a la boca dejando un corto beso en sus nudillos.

—Y la foto me encantó. —Él se sentó en una banca libre y ella lo imitó mientras sus ojos estaban en Aurora que miraba los libros embelesada—. Salgo sentado y con un libro abierto, pero más en una sombra.

—Sí, la intención era tu sombra. Es mi foto favorita. Los lectores creen que se la tomé a alguien cercano, sin que se le viera el rostro y así de alguna manera uno pudiera imaginar que es Charly.

—Estamos en desventaja, tú tienes más fotos —se quejó el escritor sonriendo y ella rio, recostando la cara en su palma extendida mientras miraba a un Chars más fresco—. Deja de verme así, nena.

—No tengo la culpa de que seas muy guapo, Charly.

—No soy guapo. Soy normal.

—Eres guapo, serrano. Esos rizos dorados y tus ojos claros. Guapo con tus cicatrices y tus pecas. Sexy con tus tatuajes y tus penas —rio entre dientes al ver las mejillas rojas de Chars y como él, incómodo, miraba a todos lados y no a ella—. Estoy enamorada de ti, debiste advertirme que terminaría enamorada de ti.

—¿Cómo saberlo? Creí que a la semana terminarías conmigo.

—A la semana seguía contigo, sin creerlo —aprovechó que Aurora estaba distraída para inclinarse y besar sus labios con suavidad. Chars sonrió acariciando su mejilla y se alejó sin soltar su mano.

CAPÍTULO ONCE: LOS PRÍNCIPES TAMBIÉN LLORAN



Chars miró la hora, apenas eran las cinco de la mañana. Faltaba mucho para empezar sus labores y ahí estaba. Despierto mirando las fotografías pegadas en su cama y en todas aparecía su hija. Había tenido una pesadilla; una donde su hija era arrebatada de sus brazos, una pesadilla que lo había despertado y le había hecho sentir mucho miedo, que incluso lo hizo llorar.

Había sufrido tanto para tenerla a su lado, ¿por qué ahora venir por ella? ¿Por qué ahora cuando ambos eran felices? ¿Por qué no cuando Aurora enfermó? ¿Por qué no cuando él debía ir dejando a su hija al jardín de niños, luego a la universidad y finalmente en el trabajo? ¿Por qué no apareció cuando él la necesitó tanto?

Chars volvió a cerrar los ojos, fundiéndose en recuerdos. Estos hicieron que su corazón volviera a latir con ímpetu, en tanto volvía a caer en el pozo del pasado.

La canción de *Michael Bublé* sonó, Chars abrió los ojos de golpe y lanzó una maldición. ¡Era lunes y Aurora debía ir a clases! Se puso de pie, se vistió con unos pantalones de algodón, sacó el uniforme de su hija y lo colocó en la cama junto con los zapatos negros lustrados. Se apresuró a ir por ella, aunque parecía inútil porque trataba de removerla y ella se aferraba más a las sábanas.

—Cariño, despierta o llegaremos tarde —murmuró tirando de la sábana y ella seguía durmiendo—. Aurora, vamos. Amor, levántate u hoy no te dejaré ver caricaturas.

Y como por arte de magia, la pequeña abrió los ojos, arrugó su bonita nariz pecosa, se sentó y talló sus ojos. Chars sonrió embobado, inclinándose, besó su frente y acarició su cabello.

—Vamos para que te bañes y en el camino desayunamos algo —señaló, tomando su mano para llevarla al baño. Aurora aún seguía más dormida que despierta y a él le hizo gracia ver cómo se chocaba con todo y refunfuñaba—. Ven aquí, cariño.

La niña se acercó mientras él tomaba una liga y le hacía una coleta para después ponerle una bolsa y amarrarla bien, así ella no se mojaba el cabello. Chars salió de la habitación y de inmediato volvió con una olla donde había calentado agua para su hija, la dejó cerca y la ayudó a quitarse la ropa.

—Báñate bien, amor. Cuando estés lista me gritas para ayudarte a salir, ¿bien? —Ella asintió y el rubio salió del pequeño baño girándose para encontrarse con su cama y de frente a una pequeña cocina. Había alquilado una habitación más grande pero igual de barata, así le alcanzaba el dinero. Era una división un poco más grande y tenía dos compartimientos, de esa forma Aurora podía dormir sola y él estudiar hasta la madrugada sin que la luz o las velas molestaran a su niña. Se cambió con rapidez y se puso la camisa blanca y la corbata, tomó el chaleco y lo abotonó mientras alistaba fruta en la mochila celeste de su hija.

Aurora iba al jardín desde que cumplió los cuatro años y eso le permitía poder estudiar. A las doce y media, su hermana pasaba por ella para llevarla almorzar. Chars a las dos salía de la

Universidad y luego debía cambiarse para ir a trabajar en un restaurante. Aproximadamente a las nueve de la noche pasaba por ella, con su mochila y ella en brazos, caminaba hasta su pensión. Una rutina que lo agotaba y lentamente lo estaba matando, tanto estrés y tanta responsabilidad, con poca alimentación, no era el mejor incentivo.

—¡Papi, ya! —gritó y él sonrió. Tomó la toalla rosa y se apresuró a entrar, cerró los ojos, jugueteó y la envolvió en sus brazos.

—¿Ya puedo abrirlos? —inquirió y Aurora riendo emitió un suave *sí*. Abrió los ojos y la cargó, tratando de evitar que la ropa se le mojara. Salió del baño y la dejó en su cama, mientras le tendía su ropa interior y se giraba para que ella se cambiara. Era algo que desde niña le había enseñado, sobre todo porque ella se quedaba con sus padres, y no es que desconfiara de su familia, pero sí de los amigos. Como dijo su madre en una ocasión «Diablo es diablo y no le importa perjudicar a un ángel de Dios.» Las veces que Oliver había estado en casa y no lo había hecho, ella había empezado a gritar hasta que su hermano salía riendo—. Bien, ven para abotonar la camisa.

Murmuró y la niña se acercó quitándose la bolsa de la cabeza, él rio entre dientes y la ayudó a ponerse la falda, luego las medias blancas con pequeños pompones para finalizar con los zapatos. La sentó en la silla y le echó aceite en su cabello para que se desenredara y le hiciera la tarea más fácil de peinarla. Cuando estuvo lista, le puso su chaqueta verde oliva, tomó su maletín y la mochila de ella, saliendo rápido de la habitación ya que iban retrasados y aún debían tomar el microbús.

Se colgó la mochila de su hija en el hombro, la cargó, tomó su maletín y salió corriendo hacia la parada, llegando justo a tiempo, ya que esos momentos llegaba el microbús. Agradeció que le cedieran el asiento, para sentar a la niña en sus piernas. Ella inmediatamente cerró los ojos y se recostó en su pecho. Llegó al jardín unos minutos antes de que cerrara.

—¡Señor, Chars! ¿Otra vez tarde?

—Lo lamento, señorita. No ocurrirá otra vez —se disculpó, cansando y tendiéndole a su hija que acababa de abrir los ojos—. Hoy, tío Paul vendrá por ti. Come todo, Aurora. No ha desayunado, ¿pueden darle algo? Yo esta semana pagaré la mensualidad, por favor.

—Bien, señor Chars. Puede irse. —Sonrió cuando Aurora levantó su manito y le lanzó un beso. Él se colgó el maletín, mientras veía cómo se alejaba. Sacó su billetera y contó que solo tenía tres soles, para tomar el autobús de ida y vuelta—. Hoy solo comeremos manzana, barriguita.

Se dijo caminando hasta la parada de autobús, esperando el siguiente microbús que lo dejaría frente a la Universidad. Esta vez le tocó viajar de pie. Se recostó y llevó su mano a la cabeza, sintiéndose mareado nuevamente.

—Joven, ¿se encuentra bien? —preguntó un señor mayor y él asintió regalándoles una sonrisa de labios cerrados. Algunas mujeres murmuraron «Tan joven y ya anda cansado.» Si ellas realmente supieran por lo que él debía pasar. Este era su último año, tenía prácticas y solo algunos cursos, haciéndole más ligera la carga.

—¡Tottus, Tottus, UNP! —gritó el cobrador y Chars sacó la moneda tendiéndosela al hombre. Bajó lo más rápido posible, apresurándose o llegaría tarde. Al entrar, se chocó con Geraldine, sin embargo, él ni una mirada le dirigió. Corrió y cuando estuvo dentro del salón, soltó el aire contenido.

Llegó justo atrás del profesor y respiró aliviado. La clase transcurrió lenta, el profesor explicando los trabajos finales y revisando los trabajos de varios de sus compañeros. Al ver que el profesor estaba concentrado en los grupos, se permitió cerrar los ojos por unos minutos.

—¡Maldonado! ¿Qué es eso de estarse durmiendo? —Él elevó la cabeza y pasó las manos por

su cabello poniéndose de pie—. Pueden salir. Charles quédate unos minutos.

—Lo lamento, señor. Ayer me quedé haciendo mi sesión de clases y estaba cansado.

—Esto no es de ahora, muchacho. Viene de años. Has bajado mucho de peso y llevas unas ojeras terribles, ¿qué sucede?

—Señor, yo tengo una hija. Soy padre soltero y trabajo. Mi niña tiene cuatro años, necesita atención y el trabajo también. Debo correr para todos lados, así puedo tener el tiempo necesario, y al tener las prácticas, se me complicó mucho.

—¿Qué edad tienes, muchacho?

—Veinticinco, señor.

—Deberías estar disfrutando de la mejor etapa de tu vida, ¿y la madre de la niña?

—Ella no está, señor. Yo organizaré mejor mis horarios y no volverá a pasar —señaló, colgándose el maletín y cuando vio la hora, hizo una mueca—. Debo irme, señor. Tengo que dar mi clase en media hora, hasta pronto.

El profesor lo observó y negó viéndolo más consumido. Chars se colgó el maletín y corrió fuera de la Universidad para tomar el colectivo que lo llevara hacia el colegio, un sol menos; le quedaba uno para ir al trabajo.

Sacó la sesión de clases de ese día y la repasó en el camino. Al llegar, saludó a los profesores que estaban ahí. Él no tenía problemas, era alguien que se desenvolvía muy bien y que todos querían. Sus alumnos lo adoraban ya que siempre llevaba una dinámica diferente para que ellos pudieran entender el tema y algunos hasta llegaban a amarlo. Gracias al rubio, los alumnos de tercer año expresaban su texto oral correctamente, haciendo uso de ademanes, traslado y de seguridad, permitiéndole así que sus compañeros lograran comprender lo que ellos trataban de decir y explicarles. Habían mejorado en ortografía y comprensión lectora, eran participativos y eso hacía más fáciles sus clases.

Esa mañana terminó la clase con una sonrisa al ver que sus alumnos habían comprendido lo que él había explicado, que habían resuelto la pequeña práctica con rapidez y con muy buenos resultados.

Esperó en la esquina hasta que llegó el próximo autobús y así desapareció la última moneda que le quedaba, mientras llegaba al pequeño restaurante. Tan pronto arribó, se puso el mandil para atender las mesas señaladas. Ese día hubo más clientes, más pedidos y más propinas. Él pudo tomar un vaso de jugo y una rebanada de pan como almuerzo y al instante estuvo listo para seguir atendiendo el negocio.

A las nueve y media de la noche terminó, tomó su maletín y fue caminando en dirección a la casa de sus padres que estaba muy lejos, pero como no tenía dinero para el transporte, esa noche caminó. Una hora después, vio a lo lejos la casa de sus padres. Al llegar, golpeó suavemente la puerta y esperó hasta que su madre abrió.

—Tenías que estar aquí a las nueve y media, Charles, ¿qué estuviste haciendo?

—Hoy hubo mucha clientela. ¿Aurora? —justificó sabiendo que su familia no confiaba en él y eso lo entristecía. Su madre cerró la puerta y señaló donde Aurora yacía viendo televisión con sus tíos, ni bien lo vio aparecer se bajó corriendo hasta llegar hacia él. Chars sonrió cargándola y llenándola de besos—. Hola, mi amor, ¿qué tal las clases?

—¡Bien, Api! —exclamó contenta y él enterró el rostro en el cuello de su hija cerrando los ojos al sentir el cansancio.

—Bien, amor. Muy bien. Ve y despídete de todos que tenemos que irnos.

—Es muy tarde, Charles. ¿Qué pasó? —preguntó Oliver golpeando su hombro con suavidad—, ¿has salido con alguien?

—No, debo irme. Tengo que hacer una sesión de clases y Aurora debe dormir —contestó poniéndose el saco y colgándose la mochila de su hija. Ella venía de la mano de Diana, llevando un gorro de lana y un conjunto polar por el frío. La niña se despidió de todos y él agradeció por haberla cuidado. La cargó y encima le puso una cobija por el frío. Salió de la casa y caminó en dirección a su pensión que quedaba pasando el puente y para llegar ahí, faltaba mucho. Le pidió a Dios mucha fuerza, las cosas no mejoraban, las responsabilidades aumentaban y la fuerza empezaba acabarse. Él no quería pedir ayuda a sus padres, aún ellos seguían estando molestos. Le reprochaban por su situación. Si tan solo supieran que él no tenía la culpa, que tal vez, si Zoe se hubiera quedado lo habría ayudado y ambos habrían salido adelante. Aquella época fue muy difícil para Chars y cada vez que su hija se levantaba tarde para ir a la primaria, se acordaba de aquella etapa tan dura.

—¡Aurora Maldonado, se hace tarde! —gritó Chars desde el primer piso terminando de acomodarse el chaleco azul marino y de abotonar la camisa blanca manga larga. Ya iban a ser las 7:30, su hija seguía en la habitación y no había desayunado—. ¡Llegaremos tarde otra vez, amor! El próximo domingo te acostarás temprano, nada de ver películas hasta las nueve, señorita.

—¡Pero el domingo darán maratón de *Marvel*! —Se quejó bajando las escaleras con los ojos entrecerrados y arrastrando la mochila lila. Chars tomó el peine y los ganchos que estaban en la mesa de vidrio, le hizo señas y ella se sentó echando su cabeza hacia atrás, regalándole aquel puchero que era su debilidad—. Papito lindo, no seas malito, ya... mira que soy tu hija favorita.

—Eres mi única hija, Aurora.

Respondió serio evitando soltar una carcajada al ver cómo sus ojos se cerraban y su boquita formaba un tierno puchero. Negó y peinó con lentitud su cabello, desenredándolo y le hizo una coleta alta, aunque dejó que algunos rizos pequeños quedaran libres. Golpeó con suavidad su espalda y ella se apresuró a sentarse para desayunar, en lo que él guardaba los documentos y la Tablet en su maletín para ir a dar clases. Cuando ella terminó, él tomó su mochila y le pidió que le siguiera. Escuchó como su hija se despedía de los vecinos y de los cachorros, luego cómo gritaba diciéndole al señor de seguridad y que en la tarde le venía a hacer compañía. El anciano en respuesta reía y decía que la esperaba con pan francés y jugo de piña que vendía la señora María en la esquina.

Subieron al auto escuchando la melodía de *Pablo Alborán*, mientras su hija trataba de seguir la música. Él se quedó ahí; observando la escena como si fuera lo más hermoso que jamás había visto y en efecto, ella lo era. Observó cómo movía su cuerpo y sonreía sin darse cuenta. Él no cambiaría nada de su vida, por más sufrida que había sido. Su hija era su mayor tesoro y ella volvía sus días de colores.

Su hija era su tesoro, aquel que todo pirata quería.

Encendió el auto y manejó en dirección al colegio de su hija. San José era el colegio donde su hija cursaba la primaria y a partir del próximo año, la secundaria. Estacionó el auto, bajó rodeando el auto para abrir la puerta de ella y tomar la mochila. La colgó en su hombro y sostuvo su mano mientras ella la sujetaba con fuerza y le contaba sobre la película que había visto la noche anterior, aquella que la había tenido despierta hasta tarde. La escuchaba atento y reía por sus ocurrencias. Cuando llegaron al patio del colegio, observó como todas las madres despedían a sus hijos y para él no pasó desapercibido como Aurora observaba con pena aquellas escenas.

—Pero tú tienes un súper papá, amor. Ellos no lo tienen —le apuntó llamando su atención y nuevamente los ojos de Aurora brillaron, sus labios se curvaron en una sonrisa para lanzarse a sus brazos y llenarlo de besos. Chars la atrajo riendo y besando su frente, repetidas veces—. Es hora de entrar, amor. En el segundo, bolsillo van las temperas y en el cuarto está tu chaleco para que no

manches el uniforme.

—¿Y mis pinceles? —preguntó abriendo el bolsillo y encontrándolo vacío, él golpeó su frente para después sacar del bolsillo trasero un par de pinceles robándole un quejido de tranquilidad a su hija—. ¡Papá!

—Sabía que me olvidaba de algo —explicó jugueteando tirando de sus cachetes con suavidad, se inclinó y besó su frente ayudándole a colgarse la mochila en sus hombros. Ella le lanzó un beso y se alejó caminando en dirección a sus amigas que la esperaban afuera del salón, la observo entrar y reír seguida de dos niñas que le miraban—. No dejes de sonreír, amor mío.

—Como todos los días, estás aquí observándola hasta que suena la campana y partes en tu búsqueda, guerrero —apuntó una voz suave detrás de él, por lo que sonrió negando. Se encontró con los ojos achinados de su amiga y compañera de Universidad: Mabel Cherokee—, y como siempre vengo a saludarte.

—Lo sé. Es que no puedo evitar verla todos los días y cada vez que se aleja de mí, sentir un vacío enorme.

—Es tu hija y es entendible. Son los dos contra el mundo.

—Lo sé. Dios, esa niña me tiene enamorado —confesó cuando Mabel señaló atrás suyo, al girarse se encontró con que su hija le miraba con una sonrisa en los labios y él levantó la mano haciéndole unas señas, risueño.

—Veo tanto en ella como lo veía en ti —le hizo señas para que lo siguiera y él miró el reloj sabiendo que no tenía clases hasta las diez de la mañana. Aún tenía tiempo para hablar e ir a la clínica de su amigo—. Es una niña talentosa que quiere ser doctora y otras veces quiere ser poeta.

—Lo lleva en la sangre, ¿qué te puedo decir? —bromeó, aunque su sonrisa no duró ya que sintió un fuerte dolor en la cabeza. Cerró con los ojos ante el intenso dolor. Segundos después, abrió los ojos y se encontró con los de ella preocupados—. Es solo estrés, Mabel. No hay nada más.

—El estrés que llevabas en la universidad, el mismo que te consumía hasta volverte alguien violento. ¿Estás viéndote con un doctor?

—Sí, es un amigo cercano —la tranquilizó.

—Tú hija siempre contará conmigo para ayudarla a salir adelante y sé que ella misma lo logrará. Tú estarás orgulloso de ser su padre.

—Yo estoy orgulloso desde que la vi abrir sus pequeños ojos y estos se fijaron en mí. Estoy orgulloso desde que la sostuve en mis brazos.



Charles era muy amiguelo, siempre conocía personas y les caía bien a todos. En la universidad tuvo muchos amigos e incluso se hizo amigo de los novios de sus amigas. Eso le había ayudado para ser recomendado en trabajos, para darle la oportunidad de crecer, el ser amable le había permitido muchas cosas

Cerró los ojos e ingresó en el ascensor. Presionó el piso tres, y en poco tiempo estuvo en el pasillo. Con pasos lentos se acercó donde la secretaria, que lo reconoció de inmediato, por lo que le sonrió. Le dijo que esperara un momento, ya que el doctor se encontraba con un paciente. Pasaron alrededor de treinta minutos, hasta que Eduardo salió junto con una joven, la despidió y le hizo señas para que entrara. Se sentó frente al doctor y echó una rápida mirada alrededor. Los colores pasteles iluminaban aquella habitación, algunos cuadros de Artemis Moreno, entre otros y algunas plantas.

—Has venido muchas veces aquí y estoy seguro de que tienes memorizado el nombre del cuadro que está atrás tuyo.

—Soledad de Artemis —contestó, y sí, su gran amigo era un excelente pintor, no solo en su país.

—¿Qué pasa, Charles?

—Zoe ha vuelto. —El escritor pasó los dedos por su cabeza, masajeando al sentir aquel tic—. Ella quería conocer al escritor Charly M, pero era yo y su hija...

—¿Qué sentiste al verla? —Eduardo se recostó en la silla y lo observó con aquellos ojos grandes.

—Estaba furioso, quería pegarle —contestó avergonzado cubriendo su rostro, sintiendo el sabor amargo de ese día—. Rompí el vaso en mis manos y Aurora estaba ahí, no pude controlarlo, yo...

—¿Qué sucedió después?

—Yo me fui de ahí, dejé a mi hija con Oliver y luego volví al patio que estaba cerca de la cafetería. —Charles elevó la mirada, la culpabilidad plasmada en su rostro—. Le dije todo lo que tenía atorado, todo lo que quería decirle desde hace años.

Charles se puso de pie temblando y Eduardo lo observó, siguiendo cada movimiento, conocía muy bien al rubio porque venía tratándolo desde hace un par de años. Charles era una persona con baja autoestima, con trastornos emocionales y problemas para controlar la ira. Había meses donde avanzaban, sin embargo, aquella mujer volvía y tambaleaba la torre de cristal de Chars, haciendo que se fuera abajo.

—Charles. —Llamó su atención, y el rubio lo miró para después volver a sentarse frente a su doctor—. ¿Has logrado dormir últimamente?

—No mucho —comentó en voz baja—. He tenido muchos recuerdos, me siento cansado y estoy sufriendo de insomnio.

—Creo que ya hemos hablado de esto. —Eduardo sacó una de las carpetas y empezó a escribir velozmente—. El estrés surge cuando nuestro cuerpo se ve amenazado y desde la llegada de Zoe a tu vida, tu estrés aumentó. Una de las reacciones que tuvo tu cuerpo para tratar de lidiar con eso, fue la agresividad. De alguna manera necesitabas sacar todo lo que guardabas y empezaste a lanzar cosas; golpear paredes e incluso personas. El agotamiento, el cansancio físico, el insomnio y los problemas de alimentación que tuviste en esa época, es también secundario a eso. Otra reacción. Mira tus uñas, Charles.

El rubio bajó la mirada y observó lo pequeñas que era sus uñas. Muchas veces incluso se las cortaba o comía, era algo que a veces no lograba dominar.

—La ansiedad que sientes cuando los recuerdos vienen, no puedes controlarla. Al igual que la forma en cómo golpeas el pie contra el piso cada segundo —señaló el doctor y Chars dejó de golpear el pie para mirarlo—. Tienes falta de manejo emocional, ya sabemos cuáles son las situaciones que te hacen explotar, ¿verdad?

—Es ella, su nombre y su presencia es lo que desata esto. —Chars se llevó la mano al pecho, Eduardo lo observó y lo escuchó pacientemente. El escritor siempre decía que era su infierno, que eran sus demonios quienes querían salir, pero él lo ayudaría a salir de eso.

El doctor le dio unas indicaciones e hicieron ejercicios, recordó que debía hacer deporte y luego se despidió confirmando la próxima cita. Chars salió de ahí un poco más ligero, con los hombros menos tensos y el dolor de cabeza un poco más aceptable. Siempre que hablaba con Eduardo podía calmar su propio infierno, podría calmar a la bestia como él la llamaba.

Chars sacó las llaves y subió al auto manejando a la Universidad. En el camino escuchó música de *Gian Marco*, dejándose llevar por aquel cantante peruano que en más una ocasión le había robado un suspiro y había sido su inspiración, cuando escribía hasta altas horas de la noche.

Estacionó el auto y bajó recibiendo saludos de parte de sus alumnos y compañeros profesores. Era muy querido en la universidad, en especial, en la facultad de literatura. Un grupo de alumnas a las que el año pasado había enseñado, se detuvieron a preguntarle cómo estaba él y su hija, quejándose de que el profesor que tenían era aburrido y que lo extrañaban. Él agradecido sonreía ante sus palabras. Cuando llegó al tercer piso se dirigió al salón donde enseñaba. Al saludar, recibió un cariñoso «Buenos días, profesor Maldonado.»

—Hoy haremos algo diferente —dijo quitándose el saco y sacando de su maletín la lista de alumnos, observó el salón lleno y como todos querían ocupar la primera fila—. Hoy nos saldremos del molde, ¿les parece?

Todos asintieron y él sonrió encantado, bajando la silla giratoria para colocarse en el centro y así todos pudieran escucharlo sin problema alguno. Observó el rostro de las alumnas y de los pocos alumnos que había en la carrera, les miró hasta que todos rieron cuando él hizo una mueca divertida.

—¿Qué harían si les quedará poco tiempo de vida? —inquirió y todos se miraron confundidos—. Viene alguien del futuro y les dice que el mundo se acabará en un mes o en dos semanas, ¿qué harían?

—¡Tener mucho sexo! —exclamó Manuel causando la risa de sus compañeros y Chars sonrió asintiendo—. ¿Por qué se ríen? ¡Moriré feliz!

—Vamos, chicos. Él quiere morir teniendo sexo, ¿quiénes somos nosotros para impedirselo? —señaló Chars divertido y observando las miradas burlonas de sus alumnos.

—Es una pregunta muy fuerte, profesor —expresó una de sus alumnas, levantando la mano y él asintió en su dirección—. Si alguien viene y me dice que el mundo se acabará o que moriré en un accidente, creo que me echaría a llorar y luego abrazaría a mi familia.

—Exacto, opino igual que Ysamar, profesor. En mi caso tomaría todo mi dinero y viajaría por el mundo. Al menos moriría feliz.

—Pero necesitarías dinero y no tienes —bromeó Manuel, Chars miró a su alumno y negó, por lo que este avergonzado bajó la mirada.

—¿Se han dado cuenta? —señaló Chars con suavidad—, es tan importante vivir cada minuto como si fuera el último, ser feliz y dar felicidad. Uno nunca sabe cuándo va a morir, ni tampoco cuánto daño hemos hecho en la vida. Así que mi consejo es que se esfuercen y disfruten cada minuto de su vida. Abracen a sus padres y díganles que los aman. Ahora quiero que me hagan una interpretación sobre mi pregunta. Quiero que reflexionen y pongan de ejemplo el último trabajo que hicimos.

CAPÍTULO DOCE: PERDIDO EN EL BOSQUE



Estoy amando a una sombra, intentando atrapar la lluvia entre mis manos. Nunca escuché el silencio en mi casa, cara. Nunca lo escuché como ese día que tú me dejaste.

—Estás aquí. —Las comisuras de sus labios se elevaron en una sonrisa mientras guardaba con lentitud el celular en el bolsillo trasero de sus desgastados pantalones. Ella se acercó, moviéndose con lentitud y Chars no pudo evitar recorrerla con la mirada y mucho menos que su mirada se quedara más tiempo en aquellas largas piernas.

La chica sonrió abiertamente dándose una vuelta provocando que la pequeña falda de color durazno se subiera unos centímetros más. La blusa negra con un exagerado escote mandó señales directamente a él.

—Estoy aquí —contestó con la voz ronca entrelazando los dedos con los suyos. Ella se inclinó besando sus labios, pasando la lengua y luego mordiéndolos con deleite sin importarle que había dos hombres viéndolos. Chars bajó las manos a su cintura, enterrando los dedos en su piel y atrayéndola más a su cuerpo para que sintiera su corazón latir desbocado por ella—. Vamos arriba, Zoe.

—Vamos, galán. —Sonrió subiendo las escaleras. Él envolvió las manos alrededor de su cintura y pegó el pecho a su espalda mientras subían las escaleras. Él no podía alejar las manos de ella, no podía alejar su boca de la suya. Zoe lo estaba consumiendo, lo estaba haciendo perder la razón.

Sacó las llaves de la habitación y la abrió. Zoe recorrió el lugar con la mirada y una sonrisa se plasmó en sus labios y tan pronto puso un pie en la habitación: se quitó los zapatos de tacón. Chars se quitó la chaqueta de piel y caminó hasta ella empujándola a la pared y enterrando su boca en la suya. Mordió sus labios, pidiendo acceso a su boca y la muchacha con suaves gemidos, se lo dio. Las manos del rubio bajaron hasta sus piernas, apretándolas deseoso, empujó su cuerpo y él terminó haciendo que rodeara su cadera para tenerla muy cerca.

—Debimos ir por el helado —señaló ronco Chars ladeando la cabeza, ella mordió su cuello, lamía y volvía a morderlo. El joven apretó los labios cuando escuchó su risa—. ¿Qué es tan divertido?

—Tú queriendo huir de mí, *mi amor*.

—Quiero salir contigo; ir al parque, por un helado. ¿Qué hay de huir en eso? —Hizo una mueca cuando Zoe terminó sacando su camisa y bajaba las manos hasta el cinturón de sus pantalones, como siempre terminaba haciendo, era su mejor manera de callarlo.

—Cállate, Chars. No digas bobadas.

—Eh... Detente, muñeca. —Alejó sus manos de sus pantalones y la soltó lentamente. La

muchacha lo miró fijamente, devorándole y él tuvo ganas de bajar la mirada. Desde que estaba con Zoe, Chars había perdido el ritmo de todo, su vida se basaba en hablar con ella y tenerla desnuda en aquella habitación de un viejo hotel a las afueras del pueblo. Un ritmo que él no quería llevar, era el rubio quien le decía de ir a cenar, ir por un café o una cena en su casa. ¿Qué estaba haciendo mal?—. Ese día que te invité a salir, tú preferiste irte de fiesta. ¿Qué pasa contigo?

—Vamos, Chars. No somos niños. Deja de discutir y termina de quitarte esos pantalones —señaló, dejándose caer al suelo de rodillas. Él echó la cabeza hacia atrás cuando la boca de la muchacha bajaba por su pecho y mordía su piel, lamió y soltó una risita cuando terminó por bajar sus pantalones—. ¡Mira que estás feliz!

—Vamos, ponte de pie. Hay que hablar, hemos pospuesto esta conversación desde hace mucho. —Su cuerpo vibró cuando ella rozó los dedos por su cadera, lanzó una maldición y terminó apartándose y alejándola por completo. Zoe estaba desconcertada, molesta e inquieta—. ¿Te avergüenzo? ¡Claro que sí! Eres preciosa, Zoe. Eres muy sexy y tienes a esos idiotas detrás de ti, y tú estás feliz que te miren, ¿no?

—¡Bájale a tus celos enfermos, Chars! —chilló y él terminó sentándose en el sillón que había en aquella habitación. La muchacha molesta se puso la blusa que minutos antes se había quitado—. ¿Insinúas que soy coquetea, idiota?

—El hermano de Luke te vio en una fiesta en la Huaca, dice que estabas rodeada con chicos. Me dijiste que irías con tus amigas, ¿en qué parte del juego quedo yo, eh sirena?

—¡Soy joven, Chars! ¿Qué esperabas? ¡Quiero salir y salgo! ¿Cuál es el problema?

—El problema es que me vuelve loco la idea de que algún día me dejes. Me desespera saber que los hombres te miran y que tú termines dejándome por alguno de ellos. Me estoy volviendo loco. ¿No lo ves, Zoe? ¿No ves como he caído por ti, sirena? ¡Estoy loco por ti! Eres hermosa, muy hermosa y ellos lo saben. Los hombres son como buitres —exclamó molesto moviendo las manos con desesperación, la muchacha lo miró sorprendida—. ¿No te das cuenta? Ya no soy el hombre seguro que conociste, no queda nada de ese hombre, ahora soy un infeliz inseguro de perderte, de que veas alguien mejor y me dejes.

—Chars, tú eres guapo, ¿no te das cuenta? —preguntó y Chars bajó la mirada. La muchacha se volvió a quitar la blusa, se bajó el cierre de su falda de color durazno, Chars siguió sus movimientos mientras apretaba los puños. Estaba molesto, furioso con ella por tenerlo así, por hacerlo sentir tan poca cosa. Tan basura. Zoe caminó descalza hasta él y se subió encima del muchacho, enterró los dedos en sus hombros y pegó su cuerpo—. Eres caliente. Me tienes prendida, ¿no es eso suficiente?

—No, no es suficiente —gruñó con la voz ronca, ella enterró su rostro en el cuello del rubio, apretó los labios inhalando su aroma a café y a menta, jadeó excitada y empujó sus caderas hacia el rubio. Chars con violencia tomó su rostro entre sus manos, la miró fijamente y se inclinó pasando su lengua por aquellos gruesos labios. La pasó varias veces para después chupar su labio inferior, provocando un temblor en el cuerpo de ella. Quería decirle que no era suficiente, que quería que lo amara de la misma manera—. ¿Me quieres a mí?

—¡Sí! —pidió ella con los ojos blanqueados. Chars apretó los labios y llevó las manos a su trasero para levantarla y llevarla a la cama, la dejó caer en esta y terminó subiéndose encima de él. Besó su cuello, mordió su piel y lamió las comisuras de sus pechos con violencia, sin delicadeza. La torturó hasta que ambos fueron uno solo, hasta que él se vio envuelto en su aroma y en aquel poder de sirena que tenía. Chars dejó caer la cabeza en su cuello inhalando su aroma a vainilla, un aroma que no podría olvidar fácilmente.

La voz de *James Arthur* sonó a lo lejos y él se quejó, sintiendo la suavidad de su piel entre sus

manos, se inclinó para besar sus labios gruesos y lentamente la imagen se desvaneció haciéndolo sentir patético. Nuevamente imaginándola en su cama, en su vida. Abrió los ojos de golpe y se sentó en la cama, miró alrededor reconociendo su habitación y terminó ocultando el rostro entre sus manos. Una pesadilla. Solo fue eso.

Chars se giró, apagando la alarma de su celular y se encontró con una nota pegada en la lámpara de noche. La leyó y se tranquilizó al saber que su madre había llevado a Aurora al colegio, ya que la noche anterior se había acostado tarde revisando unos proyectos de la universidad y le había pedido a ella que viniera por su hija, porque había la posibilidad de que se levantara tarde. Al girarse, vio al lado de su cama, los documentos y su laptop apagada.

Miró el reloj e hizo una mueca al ver que eran pasadas las nueve de la mañana. Agradecía enormemente que los viernes solo le tocara dar una clase a mediodía, así él podía disfrutar ese día con su hija, ir al cine o a algún parque de diversiones. Salió de la cama pasando sus dedos por los rizos desparramados, recordando que debía cortarlos cuanto antes, o su familia regresaría con aquel apodo de *ricitos de oro*. Se quitó la playera sin mangas y le dio un poco más de volumen al equipo para seguir escuchando música. Se quitó los pantalones de lana y caminó hasta el baño sacando su cepillo y pasta dental.

—*Yo soy un mal muchacho, uno que va por el mundo rompiendo corazones. Me rompieron el corazón y ahora yo entrego los pedazos*—cantó despistado mientras se cepillaba. Echó la cabeza hacia atrás y movió sus hombros al sentir las primeras gotas de agua helada caer en sus hombros, recorrer su pecho y espalda. Movié sus brazos ante el ritmo de la música tratando de alejar aquel tic en la cabeza y el dolor en el pecho. Se recostó en la pared hasta que lentamente el dolor se fue junto con el malestar muscular en su cuello. Constantemente tenía que lidiar con algo parecido, el dolor muscular por el estrés y el dolor de cabeza.

Salió del baño envuelto en una toalla blanca, sacudió su cabello y caminó hacia el ropero, sacando un traje azul marino junto con una camisa blanca. Se cambió con lentitud, arreglando su traje y asegurándose que la camisa estuviera en su lugar. Se puso la corbata azul con puntitos y una sonrisa tiró de sus labios. Aquella corbata se la había regalado Aurora para el día del padre, la usaba a menudo, cada vez que alguien le decía «Qué bonita tu corbata», sonreía y orgulloso decía «Mi hija me la regaló.» Cuando estuvo listo, fue a la cocina a tomarse una taza de café y luego salió hacia la universidad.

—¡Se le pegaron las sabanas, vecino!—gritó la señora Dominga riendo cuando vio al rubio salir, él le sonrió y asintió—. La muñeca salió, vecino. Se la llevó la abuela.

—Sí, aparte los viernes no tengo clases temprano, así que aprovecho dormir un poco más—explicó deteniéndose para saludarla con un beso en la mejilla mientras sacaba las llaves de su carro.

—Que Dios me lo proteja.—Le regaló una sonrisa sincera antes de que subiera al carro. Al encender el carro, una sonrisa tiró de sus labios cuando la voz de *Britney Spears* sonó en los altavoces. Quiso cambiarla, aunque terminó dejándola ahí ya que era Aurora quien manipulaba el radio de la casa, de su celular y del carro.

Iría primero a la oficina de su editora, quería mostrarle en lo que había estado trabajando durante tiempo y el cual sería también un regalo para su pequeña brujita. Manejó moviendo los dedos contra el volante mientras sonaba la radio. La mejor manera de engañar un dolor de cabeza era con música y sonriéndole.

¿Qué había causado eso? Ella. Ella había sido el detonante a su locura.

El estrés aumentó ese mismo año por las pocas horas que dormía, la mala alimentación y las preocupaciones. Pensar en ella solo le traía un sabor amargo a su boca y una punzada en su

cabeza. Él conocía a muchas madres solteras que habían salido adelante sin una pareja a su lado. ¿Y qué pasaba con él? Chars apenas tenía veinte años, a mitad de su carrera, con un corazón roto y con un bebé que necesitaba atención. No había sido fácil, había sido una etapa muy dura y no solo para él y su familia, Aurora la había pasado mal. Chars había querido darle todo y apenas le alcanzaba para su leche y pañales. Ahora la situación era diferente, aunque le era imposible no mirar el pasado y ver cuánto sufrieron.

Él quería a Ale, mucho, sabía que era una persona muy importante en su vida y estaba loco por ella, sin embargo, el amor que tuvo por Zoe o Ivana era diferente. Era un amor enfermo, tóxico e hiriente, y por más que pasaran los años, ella seguía metida en su corazón y en sus huesos. Once años después seguía en sus pensamientos, recordándole cuán dura había sido su tortura. Si tan solo las cosas hubieran sido diferentes, ¿de qué valía vivir de los hubiera? Si al final nada de eso cuenta. Charles la había esperado por años, pero ahora no la quería en su vida, no quería verla y mucho menos que se acercara a su hija.

Estacionó el auto, bajó tomando el maletín, ingresó al pequeño edificio y saludó a la secretaria, quien le sonrió abiertamente. Subió en el ascensor y dejó el maletín en el suelo mientras arreglaba su traje de tres piezas, acomodó la corbata y volvió a sostener el maletín esperando llegar al piso de Lidia. La puerta estaba entreabierta, así que dio dos golpecitos escuchando el «Adelante», y él con media sonrisa ingresó, no obstante, se transformó en una mueca gélida.

Sentada en una esquina y con las piernas cruzadas estaba ella. Zoe o Ivana.

—¿Qué haces aquí? —inquirió el rubio con los puños apretados y la mirada molesta. Él levantó las manos y apretó el puente de su nariz aguantando la respiración, no quería ser un asno, no quería explotar ahí y que ella se diera cuenta cuánto le afectaba su presencia—. Voy a volver cuando no estés ocupada, Lidia. Tengo que mostrarte el proyecto que te comenté.

—Chars. —Ella habló y él levantó su mano libre para que se callara. Había dicho suficiente.

—No me llames así, no tienes el derecho —masculló entre diente, perdiendo el control y haciendo sobresaltar a las dos mujeres, Lidia lo conocía hace unos años y conocía su lado pacifista, amable y risueño, pero el hombre frente a ella, con ojos oscuros y puños apretados, le causaba miedo—. No te atrevas. Ya hiciste suficiente.

—¡Ella también es mi hija! —exclamó poniéndose de pie y acercándose al rubio de ojos fríos. Chars retrocedió; *no te acerques, no lo hagas o caeré*. Quiso gritarlo para que se detuviera—. ¡Quiero saber de ella, Charles!

—¿Ahora es tu hija? —inquirió burlón soltando una carcajada amarga y golpeando con fuerza la mesa haciendo que Lidia saltara y se alejara de ambos—. ¡No te importó abandonarla en pleno frío! ¡Aurora estuvo enferma y creí perderla! ¿Ahí te importaba, joder?

—Yo era una niña estúpida. No sabía lo que hacía y no podré perdonármelo...

—¿Y tu familia?! ¿No te reclamaron sobre lo que hacías? ¿No te detuvieron? ¡Pero de qué hablo, ellos deben ser igual de rastreros! —escupió enfurecido, viendo a Lidia que bajaba la mirada apenada. No era con ella, pero no podía evitar lanzar palabras hirientes y más sabiendo que su editora de años era tía de la mujer que lo volvió nada—. ¿Cómo pudiste hacerlo? ¿No sentiste remordimiento?

—Es mejor que yo me vaya. Ustedes tienen mucho de qué hablar —se excusó Lidia, tomando su chaqueta y saliendo de la oficina con rapidez, sin mirar atrás. Chars tiró de su cabello, cerrando con fuerza los ojos al sentir el tic en su cabeza y como sentía sus piernas flaquear, como si en cualquier momento caería.

—Era muy joven. Mi padre me había dicho que si yo hacía algo indebido, me dejaría en la calle —explicó después de unos minutos. El rubio no la miró y sintió su corazón romperse un

poco más. Sus palabras eran tan vacías, casi como ella—. Cuando supe que estaba embarazada no sabía qué hacer. Yo tenía tanto miedo, Chars.

—Entonces escogiste el camino más fácil, ¿no?

—¡Tenía miedo! ¡Tú lo dices así porque no pasaste por lo mismo! —Estalló la muchacha pasando los dedos por su melena oscura, tratando de arreglar su cabello—. Era una niña que quiso actuar como una mujer mayor. ¡Yo no tenía veinte ni tampoco había terminado la secundaria! ¡Yo no quería ser como las demás!

—¡Claro que pasé por todo eso y peor! ¡Tenía veinte años y con la mitad de mi carrera de mediocre! ¡Eso dijiste, ¿no?! Bien, tenía veinte años y sin dinero. Tuve que trabajar de tarde y noche para poder tener dinero. Tuve que dejar a mis amigos, las fiestas y mis pasiones porque ahora era padre soltero. Mi familia me ayudaba, aunque era yo quien debía hacerme responsable. ¿Sabes cuántas noches lloré porque tenía miedo de hacer algo mal? ¡Aurora tiene problemas respiratorios! Ella tenía fiebre, lloraba y pasé muchas noches en el hospital.

»La medicina era cara y perdí un año completo en la universidad, me atrasé y terminé graduándome con otros alumnos que no fueron mis compañeros. Tuve que trabajar hasta vendiendo ropa en el mercado. Mi hija me necesitaba, era todo para ella, ¿crees que no pasé por mucho? ¡¿Crees que fue fácil?!

—¡No! —gritó llorando dejándose caer en el sillón de cuero. Escondió el rostro entre sus brazos y él quiso abrazarla para calmar su llanto. *No*. Charles amaba más a su hija que a ella—. No seas tan duro conmigo.

—Te tardaste años en pensar que lo que habías hecho estaba mal. No te atrevas aparecer en la vida de mi hija ahora, no cuando ves todo tan fácil —la amenazó parpadeando para evitar que las lágrimas cayeran en sus mejillas y ella se diera cuenta de lo débil que era.

—Ella también es mi hija y pelearé por ella.

—No dejaré que me quites el mayor tesoro que tengo. No te atrevas a pensar en quitármela porque me volveré tu peor pesadilla —siseó Chars viéndola fijamente. Ella se acercó a zancadas hacia el escritor, estampando su mano en la mejilla de él. El rubio apretó los labios ante la picazón y ardor en aquella zona—. Vuelve a levantarme la mano y te juro que te vas a arrepentir.

—¿Quién eres tú? —balbuceó con la voz rota, Chars retrocedió y ella terminó envolviendo la mano alrededor de su brazo deteniéndolo—. Este hombre que tengo frente a mí es un desconocido. No es el hombre que amé hace años. No es el hombre que conocí.

—¿Te atreves a reclamarme? —Su voz salió gélida y burlona, tan filosa que cortó todo a su paso—. Tú te encargaste de matarme lentamente, me rompiste el corazón y nos abandonaste sin razón alguna.

—No me hagas esto, Charles. No me alejes de ella. No cuando quiero recuperar el tiempo perdido.

—¿Qué le dirás? ¿Le explicarás la razón de tu abandono? ¿Qué la dejaste porque tu familia y la sociedad son más importantes?

—Le diré que la amo, que he deseado ver sus ojos desde el momento en que la alejé de mis brazos, que he deseado verla crecer y que me diga *mamá*. —La voz de Zoe se quebró y Charles sintió lastima. Nuevamente se vio envuelto por la amargura y los recuerdos tristes del pasado.

—Planeaste todo esto, ¿no? —Se echó a reír y ella tembló—. Te fuiste y regresas bien campante por ella, claro; una gran madre tú, ¿eh? ¡Querías que yo la cuidara y cuando Aurora tuviera una edad moderada vinieras por ella!

—¡Claro que no!

—Tanto maquillaje para el alma y no sirvió de nada —la señaló viendo su cambio drástico en

esos años. No quedaba nada de esa niña que lo había enloquecido—. Lo tenías todo planeado, te llevaste mis ganas de vivir y no perdiste el tiempo. No fue suficiente hacerme daño.

—No hagas esto más difícil, Chars.

—¡Es que trato de entender el porqué de todo esto! —exclamó, y se giró para quitar las lágrimas que se habían acumulado en sus ojos—. Fuimos tantas cosas: fuimos amigos y amantes también. Miranos ahora, solo somos gritos.

—Estás tan lleno de odio, Charles. Ese odio no te deja ver la verdad.

—¿Cuál verdad? —explotó y la encaró. Sus ojos color café estaban cristalizados, así que quiso acunar su rostro y decirle que seguía doliendo, que ella lo había lastimado tanto que a pesar del tiempo no había podido superarla. Quiso decirle tantas cosas—. ¡Tú solo vienes a quitármela!

—Quiero tenerla en mi vida. Tú la has tenido todos estos años. ¿Por qué yo no puedo?

—¡Mierda! —masculló con los ojos oscurecidos y el rostro enrojecido, su cuerpo estaba tenso y el dolor de cabeza era cada vez más intenso—. ¡Mi hija no es un objeto, carajo! No dejaré que me la quites, no me importará hacer un pacto con el mismo diablo. Tú eres oscuridad, Zoe, y mi hija es luz. Tú no la mereces. No mereces ser su madre.

—¡Cállate! ¡Hablas como si yo fuera escoria!

—¿Cómo se le llama a una mujer que abandona a sus hijos? Estoy seguro de que la palabra *perra* no te cae, ya que hasta los animales cuidan de sus hijos.

—¡Basta ya! —gritó lanzándose hacia él golpeando con fuerza su pecho. Chars sostuvo sus manos y las sujetó con violencia arrancándole un gemido de dolor. Zoe parpadeó cuando el rubio la empujó y vio las marcas que había dejado. ¿Quién era ese hombre?

—¿Por qué sigues actuando? ¡Ya no hay nadie que pueda verte! A estas alturas no voy a tolerar tu falsedad y tu llanto. ¡Quítate la máscara, Ivana!

—¿No te das cuenta de que me duele tu trato y que sufro con tu desprecio? —preguntó con la voz rota, mientras las lágrimas bajaban por sus mejillas. Ella quiso acercarse, pero la mueca de asco de Chars fue como un disparo al corazón. Él realmente la odiaba, la odiaba mucho.

—Ahórrate tu actuación. Yo ya no soy el muchacho que creía todo lo que tú le decías, cariño. Hay errores que el dolor nunca perdona.

—Todos merecemos una oportunidad.

—No soy Dios para darte las —susurró cansado—. Ese día acabaste conmigo, ese día hiciste el peor daño que se le puede hacer a una persona enamorada. Ese día rompiste mi corazón y lo único que tengo para ti, son los pedazos.

—Lo siento, Chars. Te hice mucho daño.

—Tengo una pregunta para ti y solo necesito la verdad —pidió en un susurro, con la mirada perdida después de haberse quedado callado durante unos minutos. Ya se encontraba junto a la puerta dispuesto a irse.

Ella tardó en responder. Él sintió que fueron años hasta que por fin habló y su cuerpo se tensó. Sujetó con fuerza la puerta y cerró los ojos cuando la escuchó hablar.

—Ya sé cuál es tu pregunta y tiene una respuesta —respondió y él apretó los ojos con fuerza—, y la verdad es, que yo nunca te amé.

Él abrió los ojos y sus labios se elevaron en una sonrisa triste, sintió el cuerpo temblar y el dolor envolverlo. Jadeó, llevándose las manos a su rostro para ocultar las lágrimas que bajaban sin pedir permiso. Sintió cómo el corazón nuevamente se rompía y esta vez ya no había cura ni esperanza. No giró cuando ella lo llamó, abrió la puerta y salió huyendo de ahí con su dolor y la soledad. Quiso gritar al destino por ser tan duro con él, por lastimarlo de esa manera.

Ella nunca me amó. Se repetía una y otra vez en cada paso que daba.

CAPÍTULO TRECE: ¿CÓMO DECIR ADIÓS?



Chars apretó los labios y golpeó con suavidad los dedos contra el volante de su carro. La muchacha estiró la mano y encendió la radio, cortando aquel incómodo silencio que reinaba en el carro y el rubio lo agradeció. Al escuchar la letra de la canción, se arrepintió. La miró de reojo, viendo sus ojos aguados y cómo discretamente pasaba su palma por estos y así evitar que él se diera cuenta de que estaba llorando, que también le dolía como se estaban dando las cosas.

*Es difícil abrir mis ojos y ya no verte
tu olor en la cama aún sigue intacto.
Te he buscado en mis sueños, deseando tenerte
y no encuentro tu rostro, por más que trato
Es que me niego a perderte, a más nunca verte
Me niego a aceptar que lo nuestro se acabó.
Es que me niego a perderte, a más nunca verte
Me niego a aceptar que lo nuestro ya se acabó.*

Charles giró su rostro cuando de la boca de ella escapó un sollozo. La muchacha se volteó con la mano en la boca y los ojos aguados, y eso le rompió el corazón. Él detuvo el auto en la gasolinera, apagó el motor y se quitó el cinturón. Ella gateó hasta el rubio para sentarse en su regazo y envolver las manos en su cuello con rapidez, Chars apretó los labios, envolviendo las manos en su cintura y la sujetó con fuerza. A él también le dolía, también se le rompía el corazón, todavía un poco más.

Había disfrutado este último mes sin noticias de Ivana. Había pasado tiempo con su hija y con Ale. Había disfrutado amaneceres en sus brazos, almorzado con sus dos chicas favoritas y recorrer las playas de la mano con ellas. Sin embargo, también había dolido acompañarla a comprar su boleto de avión, haberla ayudado a alistar su maleta y hacerse una idea de que ella ya no estaría a su lado. La mujer que había visto lo bueno en alguien tan dañado, que solo vivía para ser feliz a su hija. Un hombre que parecía un recipiente vacío. La misma mujer que quería cumplir sus sueños muy lejos de ahí, la misma que él admiraba.

En más de una ocasión, Ale se había quedado a dormir en su casa. En más de una noche, mientras hacían el amor, ella había terminado llorando en su pecho diciéndole que todo estaba siendo difícil, que no sabía si podría soportarlo. No obstante, Chars no podía detenerla, era joven y con muchas metas trazadas. ¿Quién era él para detenerla?

—*Reik* canta muy bien —murmuró con la voz quebrada. El escritor esbozó una sonrisa y tomó su rostro entre sus manos mientras su boca buscaba con desesperación la suya. La muchacha jadeó clavando los dedos en sus hombros y respondiendo al beso de la misma manera—. ¿Podremos salir adelante?

—Lo haremos, amor. Es tu futuro y no puedes renunciar. —El rubio rozó los dedos por sus mejillas y Ale levantó la mirada sonriendo entre lágrimas—. Eres muy importante para mí, Ale. Eres la mujer que me ha hecho feliz en esta última etapa de mi vida.

—Yo te amo, Chars —señaló escondiendo el rostro en su cuello. La sostuvo con fuerza hasta que el celular de Ale sonó. Ella con cuidado bajó de su regazo y volvió a su asiento. Charles se puso el cinturón y volvió a encender el auto en dirección al aeropuerto. Sostuvo su mano y no la soltó hasta que llegaron.

El rubio bajó del carro, rodeó el vehículo y abrió la puerta para que ella saliera. Ale rápidamente se puso los lentes negros, ocultando sus ojos llorosos y Chars se acercó, besando las comisuras de sus labios. Sacaron las maletas y la muchacha sostuvo su brazo mientras su pareja tiraba de ambas maletas en completo silencio. Era un tipo que difícilmente expresaba sus sentimientos, pero su silencio demostraba que también sufría.

La acompañó para que facturara el equipaje. Todo fue en silencio hasta que se sentaron a esperar la hora de su partida. Charles la abrazó por los hombros y dejó los labios pegados a su frente, mientras Ale entrelazaba sus dedos y los llevaba a sus labios dejando cortos besos.

No hablaron e incluso dejaron de escuchar los gritos de la gente que llegaban, las despedidas de los que partían, dejaron de ver a los demás y se concentraron en ambos. Solo en ellos, en su relación que solo duraría minutos más y después todo terminaría. Todo acabaría para ambos.

Chars retiró los lentes de ella, viendo aquellos bonitos ojos llorosos y su nariz fruncida, tratando de aguantar el llanto. Se inclinó besando su nariz y la muchacha se sujetó de la cazadora de cuero que el rubio llevaba. La apretó y buscó su boca desesperada, aquel beso que le ayudaría a seguir adelante y que no le doliera tanto dejarlo, dejarlo a él y a Aurora.

—Fuiste la única que vio las piezas que faltaban en mi vida. Fuiste la única que se arriesgó y armó los pedazos de mi corazón. Fuiste la única que me dio la oportunidad de mostrarte mis cicatrices y cuando las conociste te quedaste ahí: curándolas. —Rozó los labios por sus mejillas bajando hasta su cuello, quedándose más tiempo ahí, recogiendo su aroma—. Te quiero, te quiero hoy y mañana, pero no puedo atarte a mí.

—Si el destino nos quiere juntos...

—Volverá a cruzar nuestros caminos —finalizó el escritor sin dejar de verla. Chars se alejó un poco y sacó del bolsillo de su cazadora una bolsita de terciopelo negro, Ale lo tomó y lo miró confundida—. Para que no te olvides del escritor.

—Y del profesor gruñón. —La joven limpió sus mejillas y extrajo lo que había dentro de la bolsita. Su boca se abrió y nuevamente sus ojos se llenaron de lágrimas. Tomó entre sus dedos la pequeña cadena. Se fijó en la estrella que colgaba, ella rozó sus dedos por la inscripción y se lanzó a sus brazos llenándolo de besos—. No me quiero ir.

—Yo tampoco quiero que te vayas —confesó con la voz quebrada y los ojos cristalizados. Ale lo observó y lo abrazó con fuerza hasta que la voz de Alan (amigo de Ale) los interrumpió.

Ambos se pusieron de pie y fue Ale quien se acercó a su amigo, este le sonrió, tirando de la muchacha para envolverla en un fuerte abrazo. Alan le lanzó una mirada distante a Chars. Nunca había estado de acuerdo con la relación de su amiga con el profesor. A pesar de que se lo había advertido a Alejandra; la joven se hacía de oídos sordos.

El escritor metió sus manos dentro de los bolsillos delanteros de su pantalón oscuro y los observó. Podía entender el cariño y la protección de Alan, aunque aún dudaba si la cuidaba como un mejor amigo que quería el bien para ella o el amigo que sentía cosas por ella.

La voz fría en los altavoces los separó y Ale volvió a los brazos de Chars. El escritor la mantuvo pegada a su pecho enterrando el rostro en su pequeño cuello. Estuvieron así hasta que

nuevamente avisaron a los pasajeros con dirección a España debían acercarse. La muchacha se despidió de Alan con un beso en la mejilla y diciéndole que le hablara, que siempre estaría para él.

—Ya me voy.

—Te quiero. —Chars susurró sobre sus labios. Tomó su rostro profundizando el beso hasta que ella se alejó de sus labios y de su cuerpo. Sostuvo la cartera contra su pecho sollozando y salió corriendo de ahí, gritando que lo amaba y que nunca lo olvidaría. Charles se quedó de pie ahí, viéndola partir y sintiendo su pecho doler, un dolor tan fuerte casi como cuando Zoe le dejó.

—Es lo mejor. Es su futuro y ella merece más que un hombre con muchos problemas, profesor. —Chars hizo caso omiso a las palabras de Alan y se salió de ahí. Se colocó los lentes de sol, ocultando sus lágrimas y condujo a un bar que estaba en el centro. Encendió el móvil y entró al grupo donde estaban sus amigos y hermanos, siempre que querían reunirse se ponían de acuerdo por ahí.

Chars M. 9:45 am.

**Alejandra acaba de abordar el avión. Pronto estará en España
y mi corazón con ella.**

Alex 9:52 am.

Estaré ahí, amigo. Manda la dirección.

Oliver 9:59 am.

Pasaré por Paul y nos vemos ahí.

Lucas 10: 15 am.

Llevaré chicas para distraernos.

—Un vodka, por favor —pidió Chars y el barman asintió. El rubio tomó la bebida y caminó hacia la esquina donde se podía ver la preciosa vista de Piura. Se sentó y dejó el vaso en la mesa.

Se recostó en el sillón de cuero, dio un sorbo a la bebida helada y cerró los ojos escuchando la música que sonaba, que curiosamente era la misma canción que había escuchado en el carro con ella.

—Solo uno, ¿eh? —Chars sonrió poniéndose de pie para abrazar a su amigo y colega Alex, se sonrieron y el recién llegado pidió lo mismo, sentándose frente a él—. La música no está ayudando, ¿verdad?

—Nada está ayudando —bromeó Chars con amargura—. Ella era muy importante, Alex. Esa muchacha me amaba como hombre.

—¿Volverá?

—No lo sé, creo que no. Ella una noche me dijo que volver a acá, sería buscarme y su corazón se rompería un poco más.

—No la hubieras dejado ir. Hubieras comprado un anillo y buscado una capilla que los casara —señaló Paul llegando con Oliver. Sus dos hermanos se sentaron en cada esquina y pidieron una botella de licor y miraron a su hermano—. ¿Qué te detuvo?

—Es muy joven, lo sabes.

—Julie habría llorado. ¿Recuerdas cuando volvió y tú no podías dejar de verla?

—¿Quién es Julie? —inquirió Lucas llegando con los demás. Pidió lo mismo y se sentó al lado del pintor. Ante la mención de ella, Paul y Oliver sonrieron.

—Ella siempre se quiso casar con Chars, siempre estuvo enamorada de él. Para Navidad, ella

llegó y volvió a enamorarse —canturreó Oliver riendo, hecho que le robó una sonrisa a Chars que aún tenía los ojos llorosos.

—Fue una época dura, la falta de dinero y estrés; ella fue como un bálsamo en esos momentos.

Chars se llevó el vaso a la boca y cerró los ojos recordando aquel momento, para después empezar a narrarlo para Alex.

—Hola brujita —murmuró con suavidad Charles, sosteniéndola en sus brazos. Aurora bostezó y frunció aquella pequeña nariz pecosa que tanto le gustaba. El rubio se sentó en la arena y colocó a su hija en su regazo mientras la pequeña se agarraba con fuerza de su ropa. Atrás de él, se escuchaban los gritos y felicitaciones por Navidad, el rubio solo había huido para tener un momento con su hija—. Me hubiera gustado darte todo lo que necesitas, nena. Todo lo que una princesa como tú se merece, pero es todo lo que tengo pequeña. Eso no quiere decir que nuestra vida siempre será así. Llegará el momento donde ambos seremos felices. Donde tú podrás escoger el regalo que quieras y podrás tener una buena alimentación. Donde yo no me preocuparé por si me alcanzará para comer el martes o el domingo.

»Es cierto que tú llegaste a mi vida, sacudiéndola con cada mirada que me diste. Llegaste en un momento donde yo no quería ser padre porque era muy joven, sin embargo, eso mi niña; no quiere decir que no esté feliz. Eres lo más maravilloso que un hombre puede tener. Ver a una pequeña copia que te sigue con la mirada y que balbucea pidiendo a gritos su atención. Eres lo mejor que ella pudo darme y si pudiera regresar el tiempo atrás; volvería a sufrir, solo sabiendo que la recompensa eres tú.

—¡Eh, Chars! —gritaron y él giró su rostro, sonriendo a sus hermanos que sostenían una copa en las manos. El rubio se puso de pie cargando a su hija mientras le arreglaba aquel vestido rosa pálido que su hermana le había cosido. La niña enterró el rostro en su cuello. Él quiso dejarla en el suelo para que caminara, pero ella se rehusaba a eso. Durante el día, se lo había pasado con malestar, lo que podría ser una señal de que se enfermaría de las amígdalas.

Sonrió porque sabía que su niña estaba cansada, se había pasado toda la tarde jugando con los hijos de los amigos de sus padres. Pasando de mano en mano hasta que llegó la noche y se mantuvo pegada a los brazos de su padre, con la nariz arrugada. Estaba quisquillosa e irritable, aunque Charles la trataba de dormir, ella se rehusaba. Luchaba por mantener sus ojitos abiertos para él, lo cual causaba gracia en los miembros de su familia.

—La nena no te dejará bailar —señaló divertida Diana moviéndose de un lado a otro en los brazos del que era en ese tiempo su novio y amigo de la familia. Fabián rio entre dientes, sosteniendo una copa de cerveza. La familia estaba ahí junto con amigos más allegados. La casa de la playa estaba arreglada con adornos navideños, pavo al horno y el trago en las mesas no faltaba. Los abuelos de Chars estaban con los primos de su madre, riendo mientras sus padres bailaban en el centro compartiendo miradas.

Chars se sentó dejando en su rodilla a su hija que ocultaba el rostro en el pecho de su padre. Los amigos de ellos rieron señalando que cuando la nena creciera sería muy celosa con las novias de su padre, pero él ni siquiera había pensado en tener nuevamente *novias*.

—¡Julie! —exclamó Paul poniéndose de pie. Chars frunció el ceño, aunque siguió hablando con Luke sobre un pequeño negocio que ambos podían establecer. De un momento a otro la música bajó y los gritos de la familia eran más altos. El rubio confundido, besó la frente de su hija y se la tendió a su amigo que gustoso la aceptó ya que conocía a Aurora desde pequeña. Chars se abrió paso entre los demás hasta llegar a la causante de tanta gritería. Ella se encontraba de espaldas llevando un corto vestido, por lo que él no pudo evitar recorrerla con la mirada y centrar sus ojos en aquellas largas piernas.

—¡Pero si el hombrecito se convirtió en mujer! —señaló burlón Oliver, golpeando el hombro de Chars. Ella en vez de molestarse se echó a reír, saludando a todos. Cuando llegó el turno de Chars, ella le sonrió y el rubio la imitó.

La familia de Julie y los Maldonado eran amigos desde siempre. Desde pequeños estaban juntos corriendo y haciendo de las travesuras. Julie junto con Omar, su hermano, que era un gruñón, aunque siempre terminaba contagiándose de la felicidad de los hermanos Maldonado. Chars recordaba las veces en las que habían jugado, todos menos Diana, y aunque ellos debían cuidar de Jul, ella terminaba sorprendiéndolos, teniendo la energía de un hombre hasta para golpearlos. Ellos terminaron tratándola como *uno* más de su grupo.

Hace unos años, ella se había ido a la capital a estudiar. La despedida había sido dramática, pero al final el dolor pasó y terminaron olvidándose de aquellas noches en las esteras o las tardes en el río. Ella estudió su secundaria y la universidad allá, y no había vuelto, hasta ahora. Estaba diferente ante los ojos de los hombres que la habían llamado *marimacho*, más de una vez.

—Vaya, pero qué cambio —señaló Chars cuando ella estampó sus labios rojos en la mejilla del escritor, sin dejar de sonreír.

—Hola Charly, Charly. —Saludó ella riendo. Chars seguía siendo un hombre atractivo, de los tres hermanos a ella siempre le gustaron las facciones de él y aquellos rizos que agraciaban su rostro lleno de pecas. Aún con los años seguía teniendo ese aire tierno—. ¡Pero abrázame que sigo siendo yo!

—Con más curvas.

—Y dos grandes... —dejó la oración en el aire Paul, ganándose un puñete por parte de Omar que los miraba. Oliver escondió una sonrisa burlona mientras le tendía una copa de vino y el mayor de los Díaz lo recibió, alejándose de ahí.

—Estás muy guapa, Jul —comentó Chars, viéndola fascinado y con lentitud se llevaba la copa de vino a la boca. Ella tenía unos bonitos ojos chocolate, un cabello largo claro y unos labios hechos para pecar; así de hermosa era ella.

—Tú estás muy guapo, sigues teniendo ese rostro tierno y ojos pícaros —bromeó colgándose de su hombro. Él se echó a reír, sacudiendo sus pensamientos sabiendo que ella era como su hermana y debía respetarla. Jul tiró del rubio y este dejó la copa al escuchar la canción. La pista quedó sola y sin saber dónde colocar sus manos las terminó poniendo en su cintura mientras la joven se sacudía de un lado a otro de una manera sensual.

Charles movió sus hombros lentamente, riendo ante los gritos de sus hermanos. Se fue inclinando con lentitud y ella se sostuvo de sus brazos para no caer, robándole una carcajada ronca que para la chica fue la música más hermosa. Jul elevó las manos yéndose hasta abajo ante la intensa mirada del rubio, quien terminó tomando su cintura y su mano para darle una vuelta y bailar pegados.

—Lamento molestar a esta dama y este caballero, pero hay una nena que pregunta por papi —dijo Luke y Chars maldijo por no haber vuelto por su hija, nuevamente. Era un pésimo padre. Se soltó de Julie y tomó a su hija que lloraba a moco tendido y se aferraba a su cuello con recelo. La sostuvo con delicadeza, hablándole en el oído para llenarla de besos. La pequeña balbuceó reprochándole que la abandonara y Charles se inclinó cubriendo su frente con sus labios.

—¡No estabas! —gritó con aquella suave vocecita, haciendo que apenas pudiera entenderla.

—Ya, amor. Papi está aquí —la calmó. La pequeña salió del cuello de su padre y lo observó con los ojos cristalizados y la nariz arrugada. Él sonrió inclinándose para besar su nariz y luego su frente.

—No sabía que te habías casado. Omar no me dijo nada —interrumpió Jul llamando la

atención del rubio. Sus ojos viajaron hacia el hombre que por años había amado y luego ver a la pequeña que exigía la atención del escritor. Forzó la sonrisa fingiendo que verlo con esa niña no le había afectado, fingiendo otra vez sus emociones hacia él.

—Es que yo no estoy casado, Jul. Solo soy un padre enamorado de su hija —respondió besando la frente de Aurora. La pequeña pidió que la bajaran. Chars temprano ya le había dado su medicamento, pero cuando estaba enferma era muy irritable. Tomó su mano y se inclinó para poder llevarla a la playa y que en el camino no tropezara, Jul al ver que se iba; lo siguió.

Cuando Charles se sentó y colocó a su hija en su regazo. La pequeña se aferró a su cuello y observó a la mujer con aquellos ojos claros, la miró y la miró. Julie se sentó mordiendo su labio, viendo cómo los ojos de Chars brillaban con intensidad al ser abrazado por aquella niña.

—Aurora Zoy Maldonado —rompió el silencio después de unos minutos—. Ella es mi hija, mi pequeña nena.

—Es hermosa —observó el rostro de la pequeña, el cabello claro y rizado, la nariz pecosa. Era idéntica a Charles—. ¿Y su madre?

—Solo somos Aurora y yo contra el mundo.

—Sabes que puedes confiar en mí, somos amigos de toda la vida —cuchicheó tomando la mano de la niña para llevarla a sus labios y dejar un beso. Aurora sonrió avergonzada ocultando el rostro en su cuello, mientras reía y murmuraba un audible «Ella besó mano, papi.»

—Ella salió de nuestra vida hace mucho tiempo y es mejor que se quede en aquel lugar.

—¿Entonces estás solo? —inquirió cambiando el tema de conversación y Chars agradeció, asintiendo divertido. Jul mordió su labio y se inclinó besando las comisuras de sus labios, para después alejarse y dejar a un perplejo Chars. La muchacha tendió sus manos y el rubio con delicadeza puso a su hija en los brazos de la que había sido su mejor amiga por años.

El rubio abrió los ojos encontrándose con la mirada de sus amigos y hermanos, ocultó una sonrisa y dio un sorbo corto a su bebida.

—¿Y qué pasó después?

—Volvió a irse —añadió Oliver dejando la copa en la mesa. Los hombres se miraron y después rieron a carcajadas—. Huyen de Chars.

—Al final, siempre seré solo de Aurora —contestó con una sonrisa boba en los labios. Sacó el dinero de su billetera para dejarlo en la mesa, mientras todos se pusieron de pie y salir de ahí murmurando lo tarde que se les había hecho. Chars se despidió de Alex y de Lucas, luego se acercó a sus hermanos para decirles que los vería en la casa. Subió a su carro encendiendo el auto dejando que *Pobre Corazón* de *Divino* hiciera añicos su corazón. Tarareó la canción y balanceó sus hombros con lentitud mientras manejaba en dirección de su casa.

*¿Cómo explicarle al corazón que hoy te vas?,
¿cómo decirle que sin ti puede seguir?*

El rubio llevó los dedos a su cabeza al sentir el malestar ahí, su cuerpo empezó a vibrar y tuvo que estacionarse para evitar un accidente. Buscó en su guantera una botella de agua y con desesperación la abrió para dar un sorbo, dejando que algunas gotas de agua cayeran en su camisa y pantalón. Cerró los ojos tratando de relajarse, solo era un dolor de cabeza, uno muy persistente.

El móvil sonó. Cuando vio de quién se trataba, respiró y le contestó la llamada a Maléfica.

—¿Chars? ¿Hijo? —inquirió y él bajó el volumen de la radio—. ¿Vendrás por Aurora? Puede ir a recogerla tu padre ya que aún sigue en Piura. Recuerda que es el cumpleaños de tu hermana.

—Dios, su cumpleaños —murmuró bajo, golpeándose la frente, ¿cómo pudo olvidarlo? Ni siquiera sus hermanos lo mencionaron. Tal vez daban por hecho que Charles iría, sobre todo

cuando les dijo que los vería en casa—. Sí, mamá. Iré por mi hija y luego estaremos en la casa de Paita.

—Bien hijo, aquí te esperamos. Le he traído su ropa para que se cambie aquí, así se van mañana, ¿está bien?

—Perfecto, mamá. En una hora estaremos allá.

Cortó la llamada y encendió el auto, conduciendo en dirección al colegio de su hija. Miró la hora y supo que en veinte minutos ella saldría, por lo que llegaría a tiempo. Volvió a subir el volumen de la radio y cambió sus lentes por unos oscuros, al sentir la molestia del sol.

Estacionó el auto y antes de salir se quitó la chaqueta, se arremangó la camisa, sacudió su pantalón y bajó del auto caminando en dirección al portón donde esperaría a Aurora. Él saludó a algunos padres que se encontraban allí. En las reuniones de padres de familia, siempre había contado con el apoyo de las madres hacia él y a su hija, aunque Aurora decía que las madres de sus compañeras lo ayudaban porque estaban enamoradas de él. «Patrañas» solía responder burlón ante las hipótesis de su hija.

Se recostó en la pared observando cómo los alumnos salían suspirando al salir del colegio, ríe entre dientes cuando las compañeras de su hija se detenían y se acercaban a besar su mejilla. Cuando su hija apareció esbozó una sonrisa de bobo. Aún llevaba su mandil y la mejilla manchada con pintura. Ella no lo había visto, venía hablando con un niño de su edad y este sostenía su mochila.

¡Pero si es pequeñita! Quiso chillar cuando el niño besó la mejilla de su bebita. Oliver ya le había hablado sobre eso, sobre los chicos que estarían detrás su niña, pero pensó que sucedería cuando cumpliera los quince y para ello faltaba mucho.

—Aurora —llamó con suavidad y su hija se giró sonriendo y corrió hacia sus brazos. Un punto para Chars, cero para el mocoso. Él se inclinó atrayéndola a sus brazos y besar su mejilla—. ¿Qué tal las clases, amor?

—¡Muy bien, papá! El profesor de arte me dijo que mi dibujo era muy bueno y que para el Día del Logro lo presentaría —exclamó extasiada y él se echó a reír, tomando la mochila que el niño había dejado en el suelo. Agarró la mano de su hija y se encaminaron hacia el auto—. ¡Estaba tan feliz, papá! ¿Sabes qué más?

—¡Adiós, señor Maldonado! —se despidieron un grupo de madres y Chars se despidió con un movimiento de mano y una sonrisa. Aurora hizo mala cara, pero cuando él besó su frente, aquella arruga desapareció.

—¿Qué más, mi amor? ¿Qué has dibujado? —preguntó abriendo la puerta del copiloto para que ella subiera y posteriormente le colocó el cinturón. Cuando se acomodó en su asiento le cuestionó—. ¿Qué más, amor? Cuéntame, cariño.

—Te he dibujado a ti.

—¿A mí? —inquirió. Sacó de su bolsillo un pañuelo y con lentitud lo pasó por el puente de la nariz de Aurora, retirando la pintura y dejando ante él la constelación de pecas que tanto amaba.

—¡Sí, pa! —indicó, tomando una botella de agua para darle un sorbo—. El profesor dijo que dibujáramos lo que quisiéramos. Marta dibujo a su perrito Rufi, es bien bonito, papá. ¿Cuándo tendremos un perrito?

—Cuando no te olvides de que lo tenemos, cariño —respondió divertido manejando en dirección al puerto. Aurora amaba ir a Paita, no solo por ser pequeño, sino por las playas y aquel atardecer tan hermoso que tenía—. No te salgas de la tangente, Aurora. Ahora cuéntame, ¿qué más sucedió?

—¡Poly y Moly no cuentan, papá *H!* —protestó llamándolo por aquel apodo, que desde niña le

decía "H" y él soltó una carcajada ruidosa haciéndola reír también—. Pues el profesor me dijo que estaba muy bonito y que la próxima semana que será el Día del Logro será presentado, ¿irás?

—Claro que sí, amor. Seguro que también irán tus tíos y abuelos —contestó pasando sus dedos por la manta de risos claros que se revolvían a causa del aire y sonrió al sentir esa libertad, como cada vez que se encontraba en la carretera en dirección al puerto pesquero—, ¿ya no me contarás?

—¡Pero no me interrumpas!

—Vale, me quedo calladito.

—La profesora dijo que este año se escogerá una alumna de cada sesión para ser reina, y yo creí que sería Marina, ya que a ella siempre le ha gustado eso —le explicó jugando con el anillo pequeño que colgaba de su cuello—. ¡Pero no, papá!

—¿No?

—¡Me eligieron a mí! Yo estaba distraída hablando con Juan Ricardo y todos dijeron; ¡Que sea Aurora! Yo no sabía que decir, papá. —Se quejó frunciendo su nariz, para después resoplar y él la miró encantado—. ¡Tendré que aceptar!

—Pero, amor, si tú ya eres una princesa —bromeó sabiendo que Aurora odiaba cuando le decían princesa, porque ella era una reina para su familia—. Bien, tú eres una reina. Pero amor, si todos te escogen es porque eres inteligente y hermosa, así de simple.

—Lo dices porque eres mi papá —murmuró haciendo un puchero—. La profesora quiere que tú vayas para que vean la ropa y todo eso.

—Estaré ahí el lunes, a la hora que te llevo —respondió tomando la mano de su hija para entrelazarla—. Entonces, ¿quién es el niño que traía tu mochila?

—Ah, es Juan Ricardo.

—¿Y quién es Juan Ricardo?

—Un amiguito —soltó sonriendo, y ya no quiso decir nada más. Chars apretó los labios viendo como sonreía y eso no le gustó. Era un celoso, pero era su niñita y se negaba a dejar de ser el príncipe de su hija.



—¡Chars! —Se quejó Paul cuando él bajó las escaleras con unos pantalones desgastados y una camisa blanca arremangada—. Estamos en casa hermano, puedes usar una bermuda y un polo.

—Esto es informal, ¿no me ves? —bromeó dirigiéndose al patio que tenía una vista de la playa, la mejor vista a las tres de la tarde. Su padre y Oliver rieron ya que ellos también llevaban algo más fresco, mientras que él no. Buscó a su hermana y cuando la encontró la atrajo a sus brazos, besando su frente—. Feliz cumpleaños, hermanita. Espero tu esposo te aguante para siempre. Eres un grano en el culo, Diana.

—¡Pero que romántico! —señaló sarcástica recibiendo su regalo y sonreír encantada al ver el interior—. ¡Eres mi hermanito favorito!

—¡Hey! —se quejaron Paul y Oliver, Chars como niño pequeño elevó las cejas de arriba abajo, riendo con su cuñado.

Toda la familia estaba reunida, sus sobrinos corriendo de un lado a otro, en lo que ellos permanecían sentados con cerveza y música a todo volumen. Diana reía en los brazos de su esposo por las anécdotas que sus hermanos contaban para hacerla sentir incómoda. Chars amaba su familia, los amaba con todo su ser.

—¡Ahí está la princesa del salón de quinto C!

—¡Abuela! —se quejó Aurora causando que todos rieran a carcajadas. Había dejado su uniforme por un vestido blanco suelto y sandalias cerradas. Ella cuando vio al escritor, corrió, se sentó a su lado y se recostó en su hombro.

Todos hablaban y reían. Cuando su padre colocó salsa, todos se pusieron a bailar animadamente. *Procura* de *Chichi Peralta* sonaba y Chars rio al ver como Oliver bailaba con su madre, él se inclinó captando la atención de su hija.

—¿Quiere hacerme usted el honor de bailar conmigo?

—¡Claro que sí! —Le regaló una sonrisa sincera mientras se ponía de pie y él la imitó caminando hasta la pista. Tomó sus manos y empezó a moverse al ritmo salsero que tanto le gustaba. Aurora reía cuando él la hacía dar vueltas y después la levantó para que pusiera sus pies encima de los suyos y fuera el escritor quien la guiará.

—Te amo, mi vida —susurró viéndola reír, ya que su abuelo le tomaba fotos. Aurora se giró y él se inclinó besando su frente. Su niña, su reina.

Esos momentos eran felices. El mejor tipo de amor es de un padre a una hija. Ese amor que enciende la llama en tu interior y termina siendo una luz que iluminaba aquel túnel donde se encontraba el escritor. Un amor limpio, sincero y fuerte, tan fuerte que nadie podría romper.

Aurora le había enseñado un amor diferente, un amor que no traicionaba y ni desgastaba. Un amor tan puro que era capaz de tomar una espada y luchar con todo aquel que quisiera dañar a su princesa.

CAPÍTULO CATORCE: GOTAS DE AMOR



*Mi padre debió decirme: Si quieres amor, deberás pasar por el dolor.
No lo hizo.*

La voz de *Tom Odell* sonaba en los pequeños parlantes que estaban en su habitación. Él movió la cabeza al escuchar *Another love*, aquella canción que había sido su compañera en los últimos días con la ausencia de Ale y la llegada de Ivana. Ahora lo único que Chars necesitaba era alistar una maleta, comprar dos boletos y perderse por algún lugar junto con su hija.

Había terminado de alistarse y cuando iba a salir de la habitación que por años había sido suya, miró la pared, ahí donde había muchas fotos de su adolescencia y luego de su hija. Entre todas tomó una donde él estaba agachado y Aurora sentada en su regazo mientras rodeaba su cuello con sus brazos y besaba sus mejillas. Ella estaba feliz, realmente estaba feliz con las pequeñas cosas que él podía darle.

Se sentó en el viejo sillón de cuero y rozó sus dedos por la foto.

Cuando la vida pese demasiado; mírala sonreír.

*Cuando la vida te ponga demasiadas pruebas,
detente un minuto y observa sus ojos,
observa lo orgulloso que está de ti.*

Se recostó en la cama y cerró los ojos, las comisuras de sus labios se elevaron ante el golpe del pasado.

—Ya está, Charles. —Se giró cuando escuchó la voz de Aleida. Ella sostenía el pequeño vestido rosa contra su pecho y una sonrisa plasmada en sus labios. El rubio dio unos pasos más hasta quedar frente a ella y estirar su mano.

—Es hermoso, Aleida, ¿cómo lo haces? —inquirió bajito mirando el vestido embelesado, apenas había tenido tiempo para comprar la tela. En el jardín donde Aurora iba, estaba de aniversario y los profesores habían planificado celebrarlo con pasacalles. Los alumnos y los padres disfrazados mientras llevaban carteles con frases emotivas.

Charles no había estado de acuerdo al principio e incluso había pensado en alguna manera de justificar la falta de su hija. Pero al verla sonreír y gritar emocionada, no hizo más que aceptar y decir que ahí estaría, a pesar de que en su bolsillo solo tenía dinero para la comida. No podía hacer muchos gastos, cada moneda estaba destinada para las cosas de la casa, su universidad y el jardín donde asistía su hija. El dinero que quedaba era reducido así que solo una vez por semana podía permitirse un postre de un sol, un helado de vainilla para él y uno de chocolate para su brujita.

Había escuchado a una madre decir que en el mercado alquilaban trajecitos. Cuando fue, le

pedían mucho dinero y no estaban en buen estado para que su niña pudiera lucirlos. Al final había hablado con Aleida y ella le había dicho que comprara la tela, que ella le haría el vestido y arreglaría un traje de él para que fuera el príncipe de su niña. Aleida lo había hecho en dos días y el rubio no hacía más que agradecer aquel favor tan grande. Era algo que admiraba de Aleida y la magia que tenía sus manos.

—¿Cuánto te debo? —preguntó con los ojos brillosos, metiendo el traje de él y el vestido de su hija en una bolsa grande. La dejó en la mesa y sacó su billetera esperando que ella le dijera cuánto era, pero al permanecer en silencio, levantó la mirada—. ¿Aleida?

—Te vi contando el dinero en la esquina —señaló la costurera y las mejillas de Chars se calentaron. Estaba avergonzado—. No sientas vergüenza, es admirable lo que haces por tu hija. Llévalo, anda.

—Pero, ¿qué dices? ¿Estás loca, mujer? —Ella sacudió la cabeza aun sonriendo y él se acercó tomando su mano—. Es tu trabajo, no puedes decirme que no te pague. ¿Qué estarías ganando tú?

—Ganaría mucho más, Charles. Ganaría la sonrisa de una pequeñita y la tranquilidad de un hombre maravilloso. —La mujer se quedó en silencio y luego añadió—. Ve, que se te hace tarde, papá. Tú nena te espera.

—No sabes cuánto te agradezco, Aleida, lo que has hecho por nosotros...

—Ve, guapo —asintió inclinándose para besar sus mejillas. Ella esbozó una sonrisa de oreja a oreja al ver la felicidad en aquel hombre tan bueno y generoso. ¿Por qué abandonarlo? Cuando había llegado a ese lugar, las mujeres no hacían más que curiosear en la tienda de la señora Lucy, hablando sobre el joven muchacho que en sus manos llevaba un bebé dormido.

Aleida esa noche había estado cosiendo unos uniformes que le habían pedido. Se había levantado a preparar una taza de café y se había sentado en la terraza de su habitación, viendo aquella noche tan silenciosa. Escuchó el sonido de una camioneta negra que se detuvo a unas cuadras de su casa. Pudo ver a dos muchachos bajar algunas cosas y luego a uno que sostenía a un bebé en brazos, él parecía cansado. Ella se quedó observando y distinguió cómo la camioneta se iba. Una hora después, lo vio salir cambiado y con el bebé en sus brazos, lo vio pasar con una mochila que colgaba de sus hombros y contar el dinero.

Solía quedarse hasta muy tarde cosiendo y, más de una vez, lo veía llegar a su pensión agotado y con el bebé en brazos. Lo veía cargar agua a las diez de la noche, luego poniéndose a lavar y tender la ropa pasada las doce de la noche. Para ella Charles era muy joven. Días después, cuando fue a la tienda lo vio pasar, se había detenido en un poste y se había llevado la mano a su pecho, con su rostro enrojecido y agotado. Recuerda que él saludó y pidió que le regalaran un vaso de agua.

—Eres el nuevo vecino. —Había dicho doña Julia. Para nadie pasó desapercibido las pastillas que sacó de un frasco y se llevó a la boca. El muchacho se había quedado sentado y luego sonrió como si nada hubiera pasado—. ¿Y tú esposa?

—Yo no tengo esposa —dijo con suavidad.

—Te he visto con un bebé, ¿es tu hermana? Tu hija no puede ser, eres demasiado joven.

—Es mi hija, su nombre es Aurora —contestó incómodo y ella no pudo evitar meterse, aún más cuando vio el rostro intranquilo de aquel muchacho.

—Déjelo, señora. Es un hombre que se mete con nadie, ¿por qué nosotros debemos pedirle explicaciones? —La señora avergonzada se había callado y el rubio agradeció en silencio. Las semanas siguientes, iba para que le pusiera algún parche a sus pantalones y camisas, siempre con una sonrisa en los labios, aunque parecía que sostenía el mundo en sus hombros. Una noche, pasadas las diez, él llegó pidiéndole un favor, él no tenía carbón para prender su cocina y su hija

tenía hambre.

¿Cuál era la historia de Charles? De aquel hombre tan desgastado y lleno de cicatrices.

El mismo que había agradecido porque ella le había prestado su cocina para calentar la leche de su nena, así como también una sopa para su nena y para él. Verlo hacerle su leche, verlo moverse por la cocina mientras le hablaba a su hija para que no llorara fue algo que ella nunca en su vida había presenciado. Verlo reír, aunque por dentro llorara; fue algo extraordinario.

Cuando la pequeña se durmió en el sillón, lo vio soltar el aire contenido. Aleida le sirvió un plato de sopa de carne y le puso dos panes duros junto con un vaso de manzanilla. Él le dijo que estaba bien, que no se debía molestar, pero la costurera insistió. Lo vio devorarse el plato, el pan y no dejar ni una sola migaja. Ella rio cuando vio sus mejillas sonrojadas y se atrevió a preguntar:

—¿Hace cuánto que no almuerza, señor Charles?

—Solo Chars. —Había dicho él en un susurro—. Hoy, el arroz más rico que pude encontrar en el mercado.

Después de aquella noche, él solía pasar por su casa, Aleida estaba feliz de verlo sentado y ayudándole a entregar la ropa ya cocida, así él se ganaba unas monedas más. El colorado trabajaba bastante, dormía poco y apenas se alimentaba. La costurera creyó siempre que los padres del muchacho lo habían abandonado. ¿Qué padre permitía que su hijo y nieta pasaran tantas carencias?

—¿Irás a verla? —Chars agradeció cuando ella le tendió un vaso de limonada helada. Había salido volando del trabajo y no llevaba nada en el estómago. Aleida negó desilusionada—. Pediré dos fotos para ti, ¿te parece?

—Claro, rubio. Anda, que se hace tarde.

—Muchas gracias, Aleida. —Ella rio, colgándose la cinta de medir en su cuello mientras lo acompañaba a la puerta. Lo vio sonreír y correr a la pensión. Chars saludó a sus vecinos y sujetó con fuerza las bolsas para que no se le cayeran. Subió las escaleras y empujó la puerta de su pequeño cuarto, escuchando a su hija hablar, seguramente jugando con sus muñecas.

Dejó las bolsas en las mesas y está se ladeó. Se inclinó viendo que la pata de la mesa estaba apolillada, así que sacó un pedazo de cartón y lo colocó en la pata para que no se moviera y aguantara un poco más.

—¿Aurora? —Cerró la puerta y entró a la división, viendo a su nena jugando con sus dos muñecas. Ella al verlo saltó a sus brazos riendo—. Ve quitándote la ropa que te traeré el balde de afuera.

—¡Si, Api! —chilló ella bajándose de la cama. Charles dejó el vestido en la cama para después salir de la casa y entrar el balde con agua que había estado unas horas afuera para que se calentara. Entró con el balde y la ayudó a averse. Después del rápido baño, la rodeó con la toalla y la cargó en dirección a su cama, le pidió que se secara su cabello mientras sacaba su ropa interior, medias y sus zapatos blancos. Al verlos pelados en la parte delante, gruñó, así que buscó tinte blanco para pasarlo por la zona afectada.

Aurora no dejaba de saltar en la cama y él hacía malabares para colocarle su vestido rosado. Cuando pudo hacerlo, ella sonrió pasando sus manitos por el vestido. Charles pidió que se sentara y le puso sus medias tejidas, le colocó sus zapatitos blancos, finalmente salió corriendo en busca de su corona.

—Nena, siéntate para poder peinarte —suplicó y Aurora se sentó, pasó el peine por su cabello claro y largo. Cuando estuvo desenredado, tiró de algunas mechas y las aseguró con hebillas—. ¿Y las coronas?

—¡Ahí, papi! —El rubio se echó a reír cuando su hija señaló uno de los cartones. Él sacó su

corona y la de su hija, le colocó la suya y la sujetó para que no se cayera o Aurora terminaría botándola.

—Bebé, no te ensucies. Debo cambiarme. —La pequeña asintió cuando le tendió sus muñecas. Charles con rapidez volvió a la división y sacó el traje azul marino. Se quitó su ropa y se puso los pantalones con la camisa blanca suelta de los brazos y con tiras en el cuello, la metió dentro de sus pantalones, pero siguió teniendo ese vuelo suelto. Se puso las botas negras que le había prestado Aleida y luego amarró la vaina en su cadera donde colocó su espada de cartón. No sé puso saco, pero llevó su chaqueta de piel. Peinó su cabello hacia atrás y se colocó la corona, se miró en el espejo durante un rato para después sonreír. Un príncipe pobre parecía más bien.

Colgó su mochila en su hombro donde llevaba fruta, una chaqueta para Aurora y la suya. Cuando estuvo listo salió y su hija soltó su muñeca, viéndolo.

—¡Papi príncipe!

—Sí, mi bella —murmuró besando su frente con dulzura. La niña sonrió cuando él la cargo y terminó envolviendo los brazos alrededor de su cuello. Charles sacó las llaves y salió con rapidez de la casa, mientras caminaba hacia la parada de autobuses. Aurora le contaba sobre la película de princesas que había visto en casa de sus abuelos, y como la princesa había bailado con su príncipe.

Él le hacía preguntas y ella contestaba feliz mientras ambos esperaban que el autobús que los llevaría al jardín de niños, pasara. La sostuvo cuando ella bostezó, recostó la cabecita en su pecho murmurando que lo quería y que se veía muy guapo. Cuando el autobús llegó, subió y agradeció que le dieran un asiento, las madres lo veían enternecidas. Su pequeña se recostó en su pecho y cerró los ojos, mientras Charles soplabla sobre ella para que no sintiera más calor.

Cuando llegaron, las madres lo miraron con curiosidad y después rieron, era uno de los cuatro padres que había ahí y ninguno se había disfrazado. Aurora estaba feliz, no dejaba de correr y decir «El príncipe es mi papi, mío.» Al empezar el pasacalle, Charles llevaba a su hija de la mano mientras los padres de él y hermanos iban al costado tomándoles fotos y diciéndoles que se veían muy bien. Valía la pena, todo lo valía por ver la sonrisa en el rostro de su pequeña hija.

—Lo estás haciendo bien, hermano —lo felicitó Oliver, viendo a Aurora reír con sus amiguitas mientras ellos llevaban los letreos.

—Un papá tonto, más bien —bromeó Paul viendo la sonrisa boba en el rostro de su hermano mayor.

—Si ser papá tonto significa hacer feliz a su princesa, entonces lo soy —afirmó Chars, viéndola reír y mover su vestido con orgullo diciendo que su papi se lo había regalado. Él sabía que su hija valoraba cada cosa que él hacía por ella, incluso las cosas más pequeñas que podía obsequiarle.

—¡Papi! —gritó Aurora corriendo en su dirección. Charles esbozó una sonrisa agachándose para recibirla gustoso. Ella trepó en sus brazos y él la llenó de besos.

—¿Una foto? —inquirió Diana sosteniendo su cámara Chars asintió aún agachado y colocó a su hija en sus piernas mientras su pequeña brujita rodeaba su cuello con las manitos y plantaba un beso en su mejilla.

Charles sonrió abriendo los ojos y poniéndose de pie. Colocó la foto en su lugar y bajó las escaleras viendo a su familia de un lado a otro. Se sentó en el sillón y después terminó acostado, esperando que su familia estuviera lista para ir al colegio de su hija. Conociendo que hacían lo mismo todos los años, Chars había terminado diciéndoles que empezaba una hora antes de lo acordado para que así no volvieran a llegar tarde por culpa de ellos.

—¿Pueden darse prisa? —siseó Oliver golpeando sus dedos en el reloj de su mano.

—El hecho de que tú solo te pongas pantalones y estés listo a tiempo no quiere decir que las reinas de la casa lo están, Oliver —se quejó Diana, haciendo aquel sonido irritante del taco de sus zapatos contra el piso. Paul por su lado estaba concentrado en su móvil ignorando a todos, mientras Maléfica iba preguntando si alguien había visto la corbata de su padre—. ¡Está en el cuarto de Paul!

—¡No es cierto! —se quejó como niño pequeño guardando el móvil y lanzarle una mirada fugaz a su hermana que se pintaba los labios. Oliver frunció el ceño cuando vio cómo se los delineaba sin temblarle el pulso—. Hace eso desde los quince, ¿qué les sorprende?

—Eso que, a pesar de los años, lo hace muy bien —respondió Chars en tanto arreglaba su traje gris entallado. Todos iban formales, cuidando cada detalle como todos los años. Desde que Aurora empezó a ir al colegio, él y su familia siempre habían estado pendientes de cada etapa, sin perderse ninguna. Siempre se reunían e iban juntos, sus abuelos tomando fotos, los tíos llenándola de besos y Charles la esperaba con un ramo de rosas o algún peluche que representaba la relación de ambos. Esta vez había optado por la primera joya, una pequeña que al abrirla tenía una foto de ambos, una de cuando Aurora tenía un año.

—¿Dónde está la corbata azul?! —exclamó su madre bajando las escaleras con la nariz fruncida y su padre bajaba acomodándose la camisa blanca. Chars rodó los ojos viendo la hora. Paul se quejó echándole la culpa a Oliver y este ofendido terminó delatando a su hermana.

—Diana se la llevó para amarrar a Fabián, según ella quiere poner en acción su lectura de cincuenta sombras de Grey.

—¡Papá, mira a Oliver!

—Oliver, no molestes a tu hermana, por favor.

—¡Debe tener fluidos, papá! ¿Te pondrás eso?

—¡Oliver! —exclamaron todos al unísono causando la risa de Chars. Al final todos se miraron y empezaron a reír a carcajadas viendo aquella situación tan común como cuando eran jóvenes y tenían alguna reunión, siempre tarde, siempre la corbata de papá perdida y siempre Oliver molestando a sus hermanos. Una situación que a Chars le trajo muchos recuerdos.



El rubio estacionó el auto frente al colegio, descendió y ayudó a su madre a bajar. Del carro de Oliver bajaron su padre y sus hermanos. El señor de seguridad los saludó, murmurando «La familia Maldonado» cuando pasaron por su lado. Ya dentro, la directora, y amiga de Chars, los saludó y les indicó donde debían sentarse. Chars sostuvo la mano de su madre y dejó que su hermana recostara la cabeza en su hombro mientras esperaban que la actividad del Día de Logro comenzara.

—Me da gusto que este año haya más padres acompañando a sus hijos —dijo la directora tomando el micrófono. Algunas madres se giraron y levantaron la mano saludando a Chars, lo cual no pasó desapercibido para sus hermanos.

—Esas mujeres te miran como un rico pollo a la brasa.

—Y una gaseosa bien fría —añadió Oliver recostando sus brazos en la silla de Diana, ambos golpearon sus palmas soltando risitas cómplices.

—Solo son amables —señaló Paul quitándose las gafas oscuras.

—Gracias, hermanito —masculló Chars, rodando los ojos ante la actitud de sus hermanos.

—O solo quieren una orgía —agregó Paul, haciendo que sus hermanos rieran y chocaran puños. Su padre se sonrió y los mandó a callar como cuando estaban en secundaria.

—¡No molesten a mi hermanito! —chilló Diana, moviendo aquellos rizos claros para verle con inocencia, Chars pasó el brazo por sus hombros para abrazarla—. ¡Es tan guapo que nadie se le

resiste!

—¿Y nosotros?

—Solo Chars y yo hemos sacado la belleza, aparte Paul, eres el conchito de nuestros padres; tú no cuentas.

—¡Mamá!

—¿Pueden callarse? —gruñó Maléfica lanzándoles una mala mirada—. ¡Dejen de quejarse que ya no son niños! ¡Paul cumplirás treinta años no once!

—¡Ahí está Aurora! —exclamó el patriarca de la familia. Todos se fijaron como la pequeña niña de cabellos claros subía al estrado con un vestido color celeste cielo, con su cabello suelto y una corona de flores rodeaba su cabeza. Ella sonreía encantada mientras alrededor aplaudían. Oliver se puso de pie, acercándose y tomando fotos sin importarle que algunos padres se quejaran. Paul lo siguió tendiéndole una rosa y Chars solo se puso de pie lanzándole un beso causando que su hija riera avergonzada—. ¡Es mi nieta! ¡Mi Aurora!

—¡Dejen de avergonzarla!

—Está hermosa —la admiró Chars. Observó como la profesora le quitó la pequeña corona de rosas para ponerle una corona dorada y darle un ramo de rosas, por lo que todos aplaudieron y él con mayor ímpetu. Su niña hermosa. Su reina que iluminaba cada uno de sus días.

Después de eso el Día de Logro quedó inaugurado y los padres podían observar lo que sus hijos habían hecho durante el año, desde matemática hasta carpintería y electricidad. Sus hermanos iban adelante mientras Chars llevaba a su hermana abrazada y se detenían en los lugares de los alumnos de secundaria. A lo lejos vio a su hija y se acercó con la familia viendo lo que era exhibido y el causante de toda la atención.

Era un cuadro, no de una casa o un animal, claro que no. Era Chars, sentado en la playa con un libro y un gorro color tierra, sus rizos dorados eran lo que más llamaba la atención y la delicadeza que se había tomado para trazar cada imperfección de él. Chars se quedó en silencio escuchando el sollozo de su madre y los aplausos de sus hermanos.

—¿Te gustó, papá? —inquirió la niña pasando las manos por su vestido con nerviosismo, Chars frotó sus labios y se inclinó hacia ella besando su frente con suavidad.

—¿Que si me gustó? ¡Me encantó, amor! —exclamó riendo y atrayéndola a sus brazos para llenarla de besos, causando que su delgado cuerpo se sacudiera a causa de la risa. Sus hermanos tomaban fotos del momento y sus padres decían con orgullo que Aurora era su nieta.

—¡Sigán viendo! —dijo Aurora cuando se alejó de los brazos de su padre, al darse cuenta que detrás de su familia había más padres—. ¡Dejen que más personas puedan ver mi pintura!

Siguieron dando vueltas por el lugar y cuando Chars fue por una bebida tropezó con una mujer. La sostuvo para que no cayera y miró al piso donde ahora estaba su pan con palta. Maldijo y elevó los ojos encontrándose con unos chocolates, su cuerpo tembló y se alejó con rapidez como si ella quemara.

—¿Qué haces aquí?

—No. No es lo que piensas Charles, yo...

—¡No! —dijo entre dientes, sosteniéndola del brazo fuertemente—. ¡Basta de mentiras! ¿A qué has venido? ¿Quieres ver a Aurora? ¡Te prohibí que te acercaras a mi hija!

—¡Ella también es mi hija! —reclamó tratando de soltarse del brazo de él, pero Chars no la soltaba—. Me estás lastimando, Charles. Por favor, suéltame.

—¡Tú me lastimas a mí! ¿No lo ves?

—¡Es mi hija! —gritó llamando la atención de los que estaban cerca, e incluso de su padre, que los miró directamente.

—No seas hipócrita. Mi hija no te importa, ¿es mi dinero acaso? ¿Cuánto quieres?

—Cállate. Charles. Cállate ya —señaló pasando las manos por su cabello. Él apretó el puente de su nariz, sintiendo el tic en su cabeza y también un mareo. Abrió la botella de agua y dio un sorbo alejándose de ella. Se acercó a su familia y les regaló una sonrisa falsa, sin embargo, su padre se dio cuenta y jalándolo del brazo, le pidió explicaciones.

—No es nadie.

—¿Nadie? Pues discúlpame, Charles. Tú la tratabas como si la conocieras de toda la vida.

—Ella no es nadie, papá —siseó gélido, girándose para buscar con la mirada a su hija. Cuando la halló, dejó de respirar al verla conversando con Ivana, ella estaba inclinada y sonreía gustosa. Chars corrió hasta ella seguido de sus padres, lanzó un rugido y tomó de la mano a su hija alejándola.

—¡Papá! La señora me estaba diciendo que ella pintaba, que me quiere mostrar sus cuadros.

—Aurora, ¿qué te he dicho de las personas que no conoces? —preguntó con voz ronca, viendo a Ivana con rabia y en respuesta obtuvo una mueca. Aurora le miró y bajó sus hombros, Chars al notar lo cambió el tono de su voz y le sonrió—. Amor, es una excelente noticia y bien sabes que no puedes hablar con desconocidos, eso ya lo hemos hablado.

—Está bien, papá.

—Aurora, ¿vamos por una gaseosa? —la llamó Paul y ella sonriendo siguió a su tío. Chars gruñó tomando de los hombros a Ivana para zarandearla.

—¿Cómo te atreves a hablarle?! ¡¿Es que no entiendes?!

—¡Eres tú quien no lo entiende! ¡Aurora es mi hija, Charles!

—¿Qué? —Se sorprendieron sus padres y Oliver rugió sosteniendo de los brazos a su hermana, para que ella no se lanzara y cacheteara a la madre de su sobrina.

—¡Ella no es tu hija! Ahora que ves todo fácil vienes y la reclamas, ¿no? ¿Y qué pasó en antes? —escupió Charles sintiendo los ojos quemar y cómo su respiración era entrecortada—. ¡Ahora cuando la ves grande es que vienes! ¡Ella es mi hija y de nadie más!

—¡Cometí un error y quiero repararlo! ¡Es mi hija y la quiero en mi vida! —chilló ella y Chars la miró fijamente. Apretó los labios cuando sintió el dolor de cabeza, no obstante, esta vez no fue leve como en otras ocasiones. Todo comenzó a dar vueltas y el dolor lo enloqueció, gritaba llevándose las manos a la cabeza, luego se dejó caer al suelo, para que luego todo se oscureciera.

—¡Llaman a una ambulancia! —gritó Oliver, tomándolo de los hombros con ayuda de su padre. Su madre empezó a llorar diciendo que algo malo le sucedía. Diana miró pasmada la escena, después cacheteó a la mujer que se hacía llamar madre de Aurora y le dijo entre dientes:

—Acércate a mi familia, a mi sobrina y haré que te arrepientas de que te haya nacido el lado maternal. No vuelvas, porque te juro que defenderé a mi familia con uñas y dientes.

CAPÍTULO QUINCE: CANTA CORAZÓN



*A veces quieres volver atrás, enmendar tus errores,
reparar los corazones que destruiste en el camino,
pedir perdón, aunque muy en el fondo sabes que volver solo los lastimará.*

Suspiró al sentir la suavidad de las sábanas en su piel desnuda. Se permitió estirar los brazos y tantear la cama buscando su calor, pero no lo encontró. Miró la hora e hizo una mueva al ver que apenas estaba amaneciendo, ¿dónde estaba él?

Salió de la cama, tomó la bata de seda y se la colocó encima de su desnudez. Pasó el cabello tras su oreja y descalza salió de su habitación recorriendo los largos pasillos, buscándolo con desesperación. Al escuchar la melodía del piano, ella supo que se encontraba en la terraza; como siempre. Entró al lugar y se quedó de pie a unos metros suyos, no quería interrumpirlo y tampoco desaprovechar la oportunidad de ver aquel paisaje tan bello que en pocas ocasiones se le presentaba.

Él estaba ahí, luciendo despreocupado y al mismo tiempo sensual. Llevaba una toalla blanca atada a la cadera mientras estaba recostado en la baranda y sosteniendo entre sus largos dedos una copa de vino. Su cabello dorado y rizado estaba bien peinado hacia atrás, evitando que alguna mecha cayera adelante y le molestara. Lo que más le gustó fue ver como los rayos del sol impactaban contra su espalda blanca y le daban ese brillo al tatuaje que tenía en aquella zona. El dragón lucía aterrador, siempre protegiéndolo de todos.

—Me voy a desgastar —señaló con voz ronca y la mujer rio entre dientes acercándose con lentitud, enredó las manos alrededor de su cintura, luego se puso de puntillas para besar su espalda y morder su hombro provocando que escapara un gruñido de los labios de él.

El escritor se giró sonriéndole, causando que sus ojos se achinaran y líneas pequeñas se marcaran a cada lado. Sus labios se elevaron en una sonrisa traviesa y ella supo cuáles eran sus intenciones. Él puso la copa a un lado y bajó sus manos a la toalla desatándola para dejarla caer a sus pies, la mujer entreabrió los ojos y el individuo alzó una ceja divertido, haciéndolo ver más atractivo. Si bien era cierto que de joven había sido alguien guapo que robaba miradas, ahora adulto, con las facciones duras y marcadas, era un deleite para cualquiera mujer.

—No lo creo —respondió la muchacha con suavidad pasando las yemas de sus dedos por sus hombros desnudos. El rio entre dientes e Ivana suspiró contra su piel ante aquel sonido tan hermoso. Se sujetó de sus hombros cuando él se inclinó y tomó su boca prestada, pasó su lengua por la curva de sus labios para después apresar su labio y succionarlo con fuerza. Ella jadeó enterrando las uñas en sus hombros para impulsarse y enredar sus piernas en la cadera del hombre—. Perdóname, mi amor.

—¿Qué debería perdonarte? —inquirió el aludido con voz ronca pasando sus labios por el cuello de ella. Ivana echó la cabeza hacia atrás mordiéndose con fuerza el labio, tratando de contener sus gemidos. Él la sentó en la baranda y abrió la bata de seda que llevaba. Cuando quedó desnuda, el escritor pasó los dedos por sus pechos y luego siguió su recorrido hasta su abdomen, acariciándolo, en lo que sus bocas se debatían en una guerra que no pretendía acabar. La fémica se arqueó cuando el rubio tomó su cintura y la obligó a abrir sus piernas dándole paso a él. Chars sonrió, al ver como estaba en su red—. Aquí estará nuestra pequeña.

—¿Qué pequeña? —inquirió ella con el cuerpo temblando ante el roce de su piel.

—Nuestra hija, nuestra Aurora —terminó Charles y ella puso los ojos como platos, viendo como los ojos claros de Chars oscurecían y aquella sonrisa tomaba una forma tétrica. Ivana gritó y se alejó del hombre que minutos antes había besado, lentamente la imagen se desvaneció y la mujer gritó abriendo los ojos de golpe encontrándose nuevamente en su habitación.

—¿Estás bien? —inquirió Mariana cuando Ivana ingresó a la cocina con unas notables ojeras y un mal humor evidente. Llevaba varias semanas soñando lo mismo, él cautivándola y ella cayendo en sus brazos; nuevamente. Ivana había vuelto por el escritor no por él, ¿por qué no podía sacarlo de su cabeza?

Desde hace años el escritor *Charly M* estaba siendo un boom, un escritor best-seller peruano que había conquistado muchos corazones. No se sabía mucho del literato, solo lo esencial: era peruano, estudió lengua y literatura y vivía en un pequeño apartamento un poco alejado de la ciudad. Cuando debía dar entrevista, lo hacía mediante correos, algunos incluso decían que era una mujer escondida, pero desde que se conectó en las redes, las lectoras pudieron conocer un poquito más de aquel genio escondido de todos. Tenía una familia, o eso se veía en las fotos, siempre había niños de espaldas y él poniendo frases bonitas. No había duda que amaba a su familia y ella no se pudo imaginar que era su Chars. Nunca, hasta que lo tuvo frente a ella.

Después de su encuentro, su tía había explotado, gritando y diciéndole que por su culpa Chars tendría un mal concepto de ella. También se recordó la reacción de su padre cuando se enteró de que Ivana ya había sido madre. Se había abierto una puerta que ella había mantenido bajo llaves y ahora no sabía cómo volver a cerrarla.

Ivana cerró los ojos dando un sorbo al café caliente que Mariana le había preparado. Su amiga la observó fijamente y ella ya no supo que inventar ante sus preguntas constantes. Caminó hacia la sala, haciendo resonar el tacón contra el azulejo provocando un sonido irritante por el cual Martin se estaba quejando constantemente. Desde entonces había una regla en la casa, era de no usar tacones y andar sandalias. Marina la siguió y cuando ambas se sentaron, se escuchó el sonido de las llaves y para seguido, verlo aparecer.

Martin, su esposo desde hacía cinco años. Un abogado que la había cortejado durante dos años hasta que ella le dio el sí. Había caído rendida a los pies de un hombre inteligente y culto, uno que sabía de arte y de buena música. Martin le llevaba diez años y aquello no era problema para que se amaran, aunque muchas veces los problemas venían por la misma razón.

—¿Cariño? —preguntó con voz ronca quitándose el saco e sin importarle que estuvieran allí. Él echó su cabeza hacia atrás, masajeando sus hombros e Ivana se puso de pie caminando hacia él con rapidez—. Muñeca

Ivana esbozó una sonrisa y se puso de puntillas besando los labios gruesos de su esposo. Él en respuesta envolvió las manos alrededor de su cintura, elevándola para tener acceso a su boca. Ella enredó los dedos en su cabello y hubieran seguido si Mariana no hubiera aclarado su garganta. Él avergonzado, pasó los dedos por su escaso cabello y rio viendo a su esposa.

—Me alegra que aún tengas esa energía, Martin —bromeó y el aludido soltó una carcajada.

Mariana negó tomando su bolso, caminó hacia ellos, besó sus mejillas y se despidió con rapidez. Ivana regresó a la sala sentándose mientras retorció sus dedos en la servilleta que había tomado. Su esposo al observar la acción se sentó a su lado, tomando sus manos para llevarlas a sus labios.

—¿Qué sucede, amor?

—¿Sobre qué?

—Te conozco muy bien lindura y sé que algo te sucede —apuntó sosteniendo sus manos—. Cualquiera cosa que suceda sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

—Ya lo sé y no creo que esto ayude.

—¿Qué te dijo el doctor? —preguntó y los ojos de ella se llenaron de lágrimas. Él susurró su nombre y la atrajo a su cuerpo para acunarla—. Podemos adoptar, cariño. Mi vida, si queremos convertirnos en padres podemos adoptar, hay muchos niños que desean un hogar.

—Pero no así y lo sabes, Martín. Tu hija es una niña preciosa a la que amo, pero yo quiero mis propios hijos y contigo.

—Nena —dijo cansado de tratar siempre ese mismo tema. Había conocido a Ivana joven, una muchacha de mal carácter que había cautivado su atención. Había enviudado, en ese momento Ivana fue muy buena con su hija y con él, comenzaron a salir y a los dos años estaban casados y eran felices. El problema empezó cuando ella quiso tener hijos y no podía, se consultaron con varios doctores y ninguno de los dos tenían problemas, ¿entonces por qué no podían tener hijos?

—¡Eso es mi culpa!

—¿Pero... qué dices? Amor, no es tu culpa ni la mía. Quítate esa idea de la cabeza, por favor. Sé que podemos adoptar. Sé que quieres ser madre, nena, y yo también.

—Es que yo ya soy madre, Martín.

Ivana cerró los ojos recordando aquellos ojitos que le pedían a gritos que no la abandonara, aquella niña envuelta en sus brazos pidiéndole una oportunidad. Ella sentía su mundo venir abajo, ¿cómo cuidar de una bebé, si ella era también una niña queriendo correr a los brazos de sus padres? ¿Cómo podía calmar a esa personita tan pequeña, cómo podía saber lo que sucedería si su mundo estaba hecho un desastre? Tenía tantas preguntas en esos momentos y ninguna fue respondida.

Habían sido semanas muy duras, con dolores, malestares y palidez. La partera le dijo que fueran a un doctor y ella no hizo caso. Ivana no quería que nadie supiera que ella estuvo embarazada, que ella llevaba en su vientre a la razón de Chars. No quería que aquello llegara a los oídos de su padre y él avergonzado le quitara toda la ayuda que ella necesitaba. Todo se complicó en la madrugada, cuando solo un llanto llegó, cuando su corazón dejó de latir al ver a esa personita sin brillo. La partera estaba preocupada y ella solo desvió la mirada, como si no sintiera nada, como si todo le fuera indiferente. En esos momentos todo había acabado. En esos momentos había sentido una tristeza enorme y una alegría por tener a su pequeña en sus brazos y al final supo que debía hacer lo correcto, que debía entregarla y seguir con su camino. Su Alma no se merecía una madre como ella.

—¿Qué? —Él de inmediato soltó sus manos poniéndose de pie para observarla. Ella se echó a llorar escondiendo el rostro entre sus manos. Martín caminó de un lado al otro, pasando los dedos por su cabello—. ¿Qué has dicho, Ivana? ¡Por Dios, habla mujer!

—Era muy joven, yo no sabía de la vida —confesó, buscando los ojos de su esposo y solo encontró una mirada fría y ausente. Quiso acercarse, pero Martín se alejó molesto—. Él era un chico de la ciudad que venía al pueblo. Mis amigas me dijeron que estar con alguien mayor era lo mejor y yo como tonta caí. Me enamoré, aunque al mismo tiempo me cansaba tenerlo cerca, en especial cuando él tenía planes que me incluían y yo...

—Huiste.

—Me compraba de todo y mis amigas estaban celosas. Sabíamos que su familia tenía dinero e incluso yo pensé en irme con él. Un hombre guapo y que podía mantenerme. Bonito, ¿no? —expuso agotada. Se quitó los tacones y observó el rostro desencajado de Martin, por lo que su corazón se rompió al saber que lo estaba destruyendo—. Me dijo que estudiaba literatura, que estaba estudiando para ser maestro, lo más seguro es que solo terminaría ganando lo justo. ¿Cómo podía yo vivir con él? Era el pensamiento de una muchacha tonta, Martin. No sabía lo que hacía o sentía.

»Empezó a fastidiarme la situación con Charles y a tener problemas con mi padre. Él decía que debía estudiar y que me mandaría a Lima, a la mejor universidad, así que acepté. Terminé con Chars, diciéndole que tenía una carrera mediocre, que era un muerto de hambre, ¿de qué viviríamos? Él no dijo nada, solo sonrió y cuando me alejé, lo escuché llorar. Fue cuando me di cuenta de lo que había hecho, sin embargo, no podía dar marcha atrás. Al volver a clases, en mi último año de secundaria, empezaron los mareos, vómitos y el cambio de mi cuerpo. Yo me rehusaba a asimilar lo que mi conciencia gritaba. Mariana quien me acompañó a hacerme una prueba y los resultados dieron positivos; estaba embarazada y el mundo se me vino abajo. Mi padre había sido ingresado al hospital, hacía pocos días por un paro cardíaco y una noticia así lo mataría.

»Me puse una faja todo el tiempo y traté de que los síntomas no me afectaran. Pasaba mucho tiempo con Mariana, mintiéndole a mi padre de que me preparaba para mi examen de admisión. Tres semanas antes de sentir los primeros malestares, me fui. La excusa perfecta fue que quería alejarme para prepararme bien para los exámenes, que nos quedaríamos con la familia de Mariana y aunque al principio mi padre se opuso, terminó aceptando. La prima de ella era partera y me ayudó. Yo mandé a llamar al padre del bebé y con el dolor de mi corazón, le entregué a mi pequeña Alma. ¡Martin yo siempre la amé!

—¡La abandonaste, Ivana! ¿Cómo puedes decir que la amaste? —señaló enfurecido y limpiándose las lágrimas que caían con rapidez. Él toda su vida había añorado convertirse nuevamente en padre, sin embargo, que su esposa lo hubiera sido y que la hubiera abandonado, le dolía mucho—. ¿Cómo tuviste corazón para eso?

—¡Era muy joven, Martin! —exclamó dolida pasando el dorso de su mano por sus mejillas—. Me dediqué a estudiar, mas no hubo un instante en que no pensara en ella. Le seguí el paso cuando estuvimos en Lima, pero cuando volvimos ya no supe nada de él. Hace unas semanas mi tía me dijo que ella hablaba con el escritor que tanto me gusta, me dijo que era la editora y yo estaba feliz, tú lo sabías. Cuando llegué...

—Era él, ¿verdad? —cuestionó en voz baja y ella asintió—, ¿y la niña?

—Ella es hermosa, Martin. Ella tiene diez años. Su nombre es Aurora, una niña bellísima —explicó con un brillo en los ojos. Su esposo chasqueó la lengua sentándose lejos de ella—, aunque de carácter sensible. Ella no se parece en nada a mí, ella es idéntica a su padre. Tiene los ojos y el cabello claro, pero ella es mi hija.

—¿Él permitirá que la veas?

—No, él dice que buscará la manera de alejarme —respondió cansada, refregando los dedos por sus piernas con rapidez—. No voy a alejarme de ella, Martin. No ahora que la he encontrado.

—Él está en su derecho, es su padre y el hombre que la ha cuidado desde que tú la abandonaste.

—No seas tan duro, por favor. Era una niña...

—Una niña que quiso hacer cosas de grandes, ¿no es así? y dime; ¿cómo viven? —Él la miró e

Ivana apretó los labios, negando con rapidez—. Es escritor, uno muy reconocido y debe tener mucho dinero. Lo más probable es que a la niña no le falta nada, seguro que tiene muchas comodidades. Vaya carrera mediocre.

—¡Basta!

—¡No, Ivana! ¡Basta tú! —explotó él furioso—. ¡No sé con quién me he casado! ¿Dime? ¿Te chocaste conmigo por causalidad o antes investigaste cuánto ganaba? ¿Te quedaste porque tenía dinero?

Ivana se apresuró hasta donde él estaba y estalló su palma en la mejilla de él. Martin apretó los labios girando su rostro con lentitud al sentir el ardor en su mejilla, se alejó y cuando ella quiso acercarse, él elevó sus manos para no ser tocado por ella.

—¿Qué harás ahora?

—Voy a pedir la custodia de mi hija, Martin y quiero que tú me ayudes —suplicó tomando con fuerza su brazo, su esposo la observó con los ojos rojos y los hombros caídos—. Aurora puede ser nuestra hija, amor, la niña que tanto hemos añorado. Tu hija, sé que Manu la querrá como su hermana, ella siempre ha querido hermanos.

—Ella ya tiene un padre, Ivana. Yo no voy a ser parte de este juego macabro.

—Por favor, Martin. No me dejes sola en esta batalla.

—No es la mejor decisión que estás tomando. Esa niña está apegada a su padre y él igual a ella. No intentes romper una familia.

—¡Quiero recuperar a mi hija!

—¿La quieres tanto?

—Sí.

—Eso hubieras pensado en el momento en que decidiste entregarla. Ella es su hija, solo de él y es mejor que dejes las cosas como están —le sugirió jadeante. Cuando ella lo detuvo, él se sacudió sus manos con molestia—. Dame tiempo, no sé con quién me he casado. No sé si realmente me amas o todo fue un juego de poder. Dame tiempo.

Ella asintió viéndolo partir con los hombros caídos y la mirada perdida. Lo amaba, claro que lo amaba, pero... ¿qué sentía por Charles? Un hombre que en su juventud la había marcado, el mismo que había sido su primer beso, su primer novio y su primera vez. El hombre que ahora rebosaba de luz y madurez, un hombre distinto.



Ivana tiró de la chaqueta y se apresuró a entrar al hospital. Mariana iba con ella repitiéndole, una y otra vez, que no era una buena idea que ellas estuvieran ahí. Desde aquella mañana en la que Chars se había desplomado a sus pies, no había podido dejar de pensar en él. Había estado recorriendo la habitación mientras Martin se encontraba dormido en la cama. Habían discutido y su esposo había terminado llevando sus cosas a la habitación de invitados y aunque ella lo siguió; él la ignoró.

Después de eso ella había estado llamando a amigos suyos que sabían que él había sido ingresado a ese hospital y cuando le habían dicho que su familia se había ido, ella no había dudado en ir por su amiga para que la acompañara.

—¿Y si está su hermana? Esa mujer ya te amenazó, Ivana.

—Ya lo sé, pero eso no me va a detener. Quiero saber qué sucede, si esto puede ayudarme a tener a Aurora lo más rápido posible.

—No estoy de acuerdo con las decisiones que estas tomando. Ya no te diré nada más respecto al tema, que lo sepas —siseó ella mordaz, girándose para hacerle señas—. Yo te llamaré cuando vea que alguien se acerca. Ve, mujer.

Ivana sonrió tomando el móvil que su amiga le tendía. Se apresuró a entrar a la habitación y cuando lo hizo su sonrisa desapareció. Charles estaba conectado a una máquina y estaba pálido, unas bolsas negras bajo sus ojos era lo que resaltaba en su piel blanca. Ella se acercó a él, pasando los dedos por su rostro pálido y luego por aquellos rizos dorados que habían perdido el brillo. Charles siempre le había parecido un joven atractivo, facciones suaves y de cabello rizado, siempre sonriendo y ocultando su cuerpo entre camisas y pantalones sueltos. Un hombre que siempre había sabido qué era lo que quería.

Chars, su Chars. Un joven de espíritu libre, alma sensible y corazón fuerte. Un hombre que tal vez, en otras circunstancias, la habría enamorado por completo, y hubiera cometido cualquier delito por tener solo su mirada.

¿Qué habría sido de su vida? ¿Tenía novia? ¿Alguna mujer que le robara los besos y le hiciera el amor bajo la luz de la luna? ¿Una mujer que tendría sus sonrisas? ¡No! ¡No quería pensar en eso, ella sentía su cuerpo temblar al imaginarlo con alguien más!

No puede negar que, al verlo de nuevo, suspiró ante su belleza. Un hombre adulto con facciones duras, aunque con la misma delicadeza en la mirada, la sonrisa en sus labios, que esta vez no eran dirigidas a ella sino a su hija; a su gran amor. Ella incluso había sentido un poco de celos en la manera en cómo veía a su hija; como si fuera el tesoro más grande. Era la misma manera en la que la miraba a ella. Ivana se inclinó rozando sus labios contra la pálida frente y suspiró.

—¿Soy yo la causante de que estés aquí? —inquirió con lentitud observándolo. La máquina seguía haciendo aquel sonido horrible. Unos minutos después, ella salió de habitación, encontrándose con el rostro desencajado de su amiga—. ¿Qué sucede? Parece como si hubieras visto a un fantasma.

—Su familia está aquí, tu hija también —le avisó y los ojos de ella brillaron con intensidad. No escuchó razones y salió en dirección hacia donde ella había señalado. Cuando llegó, se encontró con aquella familia, ella buscó con la mirada a su hija y la encontró dormida en los brazos de un colorado delgado de facciones duras. Debía ser su hermano mayor, Oliver.

Ella sonrió sabiendo que amor no le había faltado, ella parecía lucir feliz y bien alimentada, estaba en un buen colegio y la ropa que usaba podía notar que era de marca. Había visto sus mejillas rojas como las de Chars, siempre adquiriendo ese color ante el sol, el frío y el calor. Tenía los mismos ojos que él e incluso la misma sonrisa traviesa, parecía que ella era su réplica, como si el único progenitor de la niña fuera él.

—¿Es que no has entendido mi advertencia? —inquirió una voz seca y la mano de Ivana envolvió el brazo de su amiga ante las palabras de la hermana de Chars—. ¡Te dije que te alejaras!

—Es mi hija y vengo por ella. Charles no puede cuidarla y yo soy su madre.

—¿No crees que ese título te queda muy grande? —siseó una voz seca, que provenía de otro hombre. Él tenía el cabello claro y la tez tostada, muy diferente a Chars y a Oliver—. Mi sobrina no saldrá de aquí, nosotros somos su familia.

—¡Ella es mi hija! —gritó ella dando un paso hacia ellos, la hermana se interpuso y cuando ella quiso avanzar, la voz ronca de un hombre, hizo que todo se quedara en silencio.

La familia se acercó, el doctor parecía estar nervioso y movía las manos con rapidez. Ivana buscó a su hija y la encontró con los ojos cerrados y los dedos aferrados a la camisa de su tío mayor. Su cabello estaba atado y algunas mechucas caían en su frente y orejas cubriéndolas, aquellas pequeñas orejas como las de su padre. Tenía los labios entreabiertos y los movía con lentitud. Ella era preciosa. Era hermosa.

—Ya hemos estado en esta misma situación con Charles antes —dijo el doctor con suavidad. El doctor siguió hablando, pero Ivana no prestó atención. Sus ojos no dejaron a su hija en ningún momento y deseó sentir sus manitos rodear su cuello, deseó escuchar que le dijera mamá.

—¡Tú eres la culpable! —gritó Diana soltándose de los brazos de su hermano e Ivana retrocedió confundida—. Mi hermano se dio mala vida por tu culpa, zorra. Él tenía que trabajar muchas horas para poder pagar la medicina de Aurora, su ropa y su escuela. Él tenía que caminar tanto y pasar carencias. Era un hombre que apenas comía para poder reunir dinero y así comprar la leche de su hija, ¿tú crees que porque ahora tiene dinero, fue así siempre? ¡No! ¡Recibió muchos *no* antes de que publicaran su libro! ¡Se perdió un año completo de su carrera!

»Tú no sabes la vida tan miserable que él tuvo y si Chars se encuentra tendido en esa cama es por TU culpa, porque tú llegaste a destruir nuevamente su vida. Vete, lárgate que nadie te quiere aquí, ni tu hija.

CAPÍTULO DIECISÉIS: DESPIERTA MI PRÍNCIPE



Chars apretó los labios al sentir su cuerpo pesado y el dolor de cabeza. Se removió y un gemido escapó de su boca, parecía que un tráiler había pasado encima de él, le dolía todo el cuerpo y aquel sonido irritante empezaba a molestarle. Ese *pip* volvió a sonar y él entreabrió los ojos, pero volvió a cerrarlos por la intensidad de la luz. Parpadeó varias veces hasta que pudo acostumbrarse a la luz. Miró alrededor, notando los colores blancos y grises en aquella fría habitación. En una esquina, había una colección de rosas y osos que descansaban en una mesa grande, frunció el ceño y bajó su mirada al sentir un suave apretón en sus manos.

—Hola, rubio. —Saludó Diana con los ojos cristalizados. Chars quiso hablar, sin embargo, nada salió de su boca y su hermana menor lo entendió—. Estás bien. Aurora está en el colegio y Alex te cubrirá en tus clases, ¿puedes creerlo? Llegó de Canadá y estuvo llamándote para reunirse. Cuando le dije lo que sucedía, vino a verte y hoy en la mañana pasó por aquí para decir que cubriría tus salones ya que hoy se incorporaba a sus labores.

—Gracias —susurró bajo y su hermana entrelazó sus dedos asintiendo.

—Descansa, galán. Hazlo para que puedas levantarte de esta cama. —Él asintió y cerró los ojos al sentirse mareado y agotado. Escuchó las últimas palabras de su hermana. La última vez que ella lo había visto mal fue cuando tuvo fiebre y estaba solo en casa con Aurora, recordaba muy bien ese día, claro que sí.

Y con esos recuerdos su cuerpo se relajó y cayó en brazos de Morfeo murmurando el nombre de su hija, de su princesa, que lo más probable es que estuviera muy asustada. Quería decirle que él estaría bien, que era un hombre fuerte y que nunca iba a abandonarla.

—¿Dónde está papá? —preguntó Diana entrando a la habitación que su hermano alquilaba. Aurora estaba con los ojos rojos y los labios temblando, ella asustada se inclinó para tomar a su sobrina en brazos y así dejara de llorar. Julie que estaba a su lado, confundida, entró a la pequeña casa viendo alrededor y en la situación en la que vivía su amigo y gran amor. Diana asintió cuando ella le hizo señas de que entraría.

Lo primero que vio fue trapos en el suelo, luego un Chars sudando y envuelto entre sábanas, finalmente al costado un plato de sopa a medio comer. Ella rápidamente se acercó, pasando los dedos por su cuello y mejillas acertando en lo que pensaba; Chars estaba ardiendo en fiebre. Diana entró y ahogó un gemido viendo a su hermano tendido en la cama.

—¡Debemos llevarlo al hospital!

—Chars odia los hospitales y después de la semana que pasó en uno, sé que no querrá estar ahí. Es una fiebre, yo se la bajaré. Lleva a la niña lejos de aquí, yo intentaré bajarle la fiebre. Si las cosas siguen igual, yo misma lo llevo al hospital, ¿de acuerdo?

—Mantente comunicada, Jul.

—Por favor no llames a tus padres, sabes muy bien que son escandalosos —siseó ella tirándole las llaves de su casa, Diana asintió sujetando a su sobrina que lloraba señalando a su padre. Jul se puso de pie y acarició su rostro con suavidad y la pequeña hipó—. Papá estará bien. Yo lo cuidaré, hermosa.

Aurora asintió lanzándole una última mirada a su padre. Ella lograba comprender ese tipo de amor; ese incondicional. Jul se había criado con su madre y cada vez que ella enfermaba, todos temían que algo malo sucedería, que la guerrera de su madre no volvería a abrir los ojos y dejaría de brillar a su alrededor. Julie se quitó la chaqueta y se acercó a Chars, pasando sus manos por sus rizos y alejarlos de su frente.

—¿Chars?

—Uhhh —murmuró con voz ronca, moviéndose en la cama de una plaza—. Jul, bonita, ¿qué haces aquí?

Él arrastraba las palabras y se llevaba las manos a la garganta, apretándola con suavidad. No abrió los ojos y ella chasqueó la lengua.

—Vamos, quítate la ropa. Necesitas estar con poca ropa.

—Si querías verme desnudo debiste pedírmelo desde el principio, no uses excusas —bromeó abriendo sus ojos, los tenía rojos y llorosos al igual que su nariz. Ella pasó los dedos por su cabello, echándolo atrás mientras el rubio se quitaba los pantalones de lana y la camiseta, Charles se volvió a acostar llevando solo un bóxer negro y medias de hilo, ella gruñó tirando de estas y él se quejó—. No, por favor. Hace mucho frío.

—Debemos bajarte la fiebre, pero antes de eso debo de ir a buscar las medicinas —señaló, abriendo la ventana del cuarto. Apenas estaba oscureciendo, así que tenía tiempo para comprar ir a una farmacia cerca. Ella tiró de las medias y él solo gruñó envolviéndose en la sábana, que también desapareció. Él estaba tendido en la cama con un bóxer y ardiendo en fiebre. Julie tomó unas telas y sacó del botiquín vinagre Bully, lo vertió en una tina para después remojar las telas. Cuando estuvieron listas las puso en su frente y él gimió, envolviendo sus manos alrededor de las de ella—. Dios, estoy helado.

—No, galán. Estás ardiendo en fiebre —respondió. Pasó las manos por su cabello, manteniendo las telas en su frente, él aspiró fuerte y posteriormente volvió a dormirse. Ella se puso de pie saliendo de la pequeña habitación y caminó hasta la farmacia. Cuando regresó, veinte minutos más tarde, lo vio envuelto en sábanas y ella refunfuñó, alejándolas de él—. Vamos, debes darte un baño de agua helada y luego tomar estas pastillas.

—Tú quieres matarme, Jul. Todas las mujeres quieren hacerlo —punteó en tono burlón, tratando de esconder la verdad en sus palabras. Jul lo ayudó a ponerse de pie y Chars se alejó bajándose el bóxer y ella tuvo que voltear avergonzada, la mujer no sabía que él tuviera un tatuaje, mejor dicho; no sabía nada de él desde que se fue.

Charles siempre fue ese chico bueno que atraía las miradas de las chicas. Todas querían un chico malo, aunque al final sabían que los chicos buenos eran para casarse y los malos para divertirse. Él era amable, inteligente, que llevaba siempre una cazadora de cuero y una perforación en la oreja. Un hombre que tenía las mejores notas en letras y que aun así obtenía la atención de la chica que él quisiera.

Ella se fue de Piura porque sus tíos le estaban dando la oportunidad de estudiar, de superarse y Julie sin dudar lo aceptó. Esa noche se hizo una fiesta de despedida y le confesó sus sentimientos y Charles sonriendo le había contestado "*Ya lo sabía, Jul bonita*". Después cayó dormido y Julie terminó cuidándolo. El rubio siempre lo supo y ella se odió por ser lo suficiente tonta para enamorarse de su mejor amigo, como todo cliché.

—¡Carajo! —gritó, y ella se apresuró a entrar, encontrándolo en el suelo y desnudo. Le tendió la toalla, miró a otro lado mientras lo ayudaba a ponerse de pie—. El agua estaba muy helada.

—Era necesaria —dijo. Corrió la cortina para que él se pusiera el bóxer. Charles volvió a la cama, por lo que ella le dio las pastillas para la fiebre y el dolor de garganta. Él jadeó y se acostó todavía sintiendo frío. Ella tuvo que poner la alarma para volver a darle medicina y cambiarle los paños, estuvo a su lado pasando los dedos por su cabello. A las dos de la mañana, lo volvió a levantar y el rubio masculló molesto algo que no comprendió, aunque se sentó para tomarse las pastillas.

—Te ha bajado un poco la fiebre —comentó pasando las manos por su rostro, él entreabrió los ojos y una sonrisa curvó sus labios reseca. Ella también sonrió—. Debes ponerte bien. Hay una niña llorando que espera tener a su papi sano.

—Aurora —susurró Charles y Jul asintió. El rubio volvió a quedarse dormido y esta vez la mujer se acostó a su lado, manteniéndolo descubierto y revisando su temperatura. A las siete de la mañana la alarma sonó y ella se puso de pie, no sin antes tocar su rostro y fijándose que la fiebre había desaparecido. Fue hasta la cocina, buscando lo necesario para hacer una sopa, pero sería a lo pobre; sin verdura y sin pollo.

—¡Bingo, un huevo! —Sonrió satisfecha echando el huevo en la sopa. Cuando estuvo lista, la llevó al cuarto—. Debes comer algo, Charly. Esto te ayudará.

—¿Y el pollo? —señaló con la voz cargada de diversión mientras observaba la sopa. Se sentó pasando las manos por su cabello. Se sentó y se llevó una la cuchara a la boca. Julie se sentó a su lado y sonrió al ver que regresaba el color en sus mejillas—. Gracias por quedarte, seguro he sido un grano en el culo, ¿no es así?

—Eres mi amigo, debía ayudarte —respondió—. Estás estresado, seguro que todo eso desencadenó que estés con fiebre e infección.

—Ya pasará.

—¿Cómo lo haces? —preguntó cuándo el colorado terminó de tomar la sopa. Ella le tendió una esencia caliente junto con una pastilla. Charles agradeció, se puso una playera y se recostó en la cama.

—¿Cómo hago qué?

—Sobrevivir en un lugar tan pequeño, en un lugar donde no hay luz ni tampoco agua. ¿Cómo haces para sobrevivir con tan pocos alimentos?

Él titubeó al escucharla. Era lo mismo que él se preguntaba, aunque ahora las cosas estaban mejorando, porque ahora tenía una cocina y una cama donde dormir.

—¿Me creerías si te digo que este es un paraíso? —inquirió y ella negó. Chars rio entre dientes acomodándose en la cama. Necesitaba un baño; olía mal—. Cuando me mudé a una pensión, era pequeña. Tenía un colchón y unos baldes para cargar agua. Las cajas de cartón eran nuestras mesas y roperos, tampoco teníamos cocina. Esa la compré hace unos meses, de segunda mano, y me ha ayudado mucho. Aurora tiene una cama y un techo, y yo un almuerzo para ella.

—Es sorprendente. Tú tenías un hogar; un palacio y mira ahora.

—Es lo que me alcanza, no sabes cuánto me duele que mi hija pase necesidades, pero no cuento con mucho dinero para llevarla a un castillo. Por ahora estamos aquí y cuando llegue el momento podré comprar un hogar donde ella pueda decir; *mío*.

—¿Qué dicen tus padres?

—Ellos no pueden meterse, este es nuestro hogar; algo pobre, sin embargo, es nuestro.

—Eres muy valiente, Charles.

—No, soy muy cobarde. Aurora es quien saca aquel lado desconocido.



Charles escuchó voces y luego una suave risa. Él entreabrió los ojos. Dejó atrás los recuerdos y observó su alrededor. Se encontró con unos ojos brillantes de color esmeralda. El hombre sonrió abiertamente, acercándose a su cama. Nuevamente estaba el pip que tanto lo había irritado. Miró de nuevo y no vio a su hija, tal vez solo había imaginado su risa.

—Me voy por unas semanas y estás aquí de vacaciones —bromeó Alex. Pasó las manos por su escaso cabello y Chars se fijó que nuevamente se había rapado para ocultar la caída de su cabello. De su grupo de amigos, él era el más alto y también quien tenía el ego más grande—. Te ves terrible, amigo.

—Ale lo dejó, ¿qué esperabas? —Habló Lucas, entrando a la habitación seguido de los otros muchachos. Chars forzó una sonrisa ante sus bromas—. Diana nos dijo que despertaste a las ocho de la mañana, hermano.

—¿Qué hora es? —inquirió con la voz ronca, seca y arrastrando cada palabra. Alex se inclinó tomando el vaso de agua con una cañita para que pudiera tomar. Chars cerró los ojos y un gemido escapó de su garganta al sentir el agua en su garganta. Necesitaba eso.

—Siete de la noche, hermano. Llevas durmiendo mucho.

—¿Cuántos días llevo aquí?

—Dos días, amigo. No has querido levantarte. El doctor dice que tu cuerpo está cansado y que estas horas de sueño que te han faltado, te han quitado diez años.

—Aurora está bien, no la busques aquí porque está en la cafetería con Oliver —comentó Juan Pablo sentándose al costado de Chars, este asintió—. Nos diste un susto de muerte, amigo. Alex me llamó temprano que había llegado al país y yo ya estaba haciendo mis cuentas para irnos de juerga y nos encontramos con un Charles durmiendo plácidamente.

—Que idiotas son ustedes dos —bromeó el escritor.

—Lleva todo con calma, Charles. —Habló por primera vez el pintor. El aludido asintió y los tres amigos se miraron entre sí, siempre para callarlos tenía que hablar Artemis. Era como el papá gruñón del grupo—. Por ahora descansa, trataremos de encargarnos de todo lo que tengas pendiente.

Todo quedó en silencio hasta que la puerta fue golpeada. Los cuatro amigos se despidieron, en lo que la familia de Charles entraba. Antes de irse, siguieron con la mirada a la pequeña de ojos brillantes, que tan pronto notó a su padre despierto, se lanzó a sus brazos llorando.

—Amor, no llores. Nena, lo no hagas —pidió contra su mejilla, llenándola de besos. La pequeña sollozó en sus brazos, aferrándose al cuerpo de su padre con fuerza. En la habitación lo único que se escuchaba era su llanto, que desgarraban el corazón de todo aquel que estaba en aquella habitación—. Papá está aquí, amor. Papá está aquí y no se irá nunca.

Y quiso creer en aquellas palabras, aquellas que le aseguraban que estaría siempre con su hija; que estaría a su lado protegiéndola y llenándola de amor.

—Tenía tanto miedo, papá —expresó agotada y con la voz ronca a causa del llanto. Charles con la mirada le pidió a su familia que lo dejaran a solas con su hija. Ellos salieron rápidamente de allí.

—En mis brazos nunca estarás en peligro —balbuceó su pequeña niña—. Yo estoy bien, cariño, ¿no me ves?

—Llevas días aquí, ¿cómo quieres que no llore? —replicó ella separándose de los brazos de su padre. Él pasó los dedos por las mejillas de su pequeña princesa, Aurora hipó y el rubio se inclinó juntando su frente contra la suya, un suave roce de amor—. Me asustaste mucho.

—¿Me amas, cariño?

—¿Pero qué pregunta es esa, papá? —bufó y enterró su rostro en el cuello de Chars, él acarició su espalda y sonrió—. Te amo mucho.

—Tú eres la persona más importante para mí y quiero que nunca lo olvides. Eres la persona que me hace feliz y quiero que tengas claro que haría todo, cualquier cosa, con tal de protegerte.

—Eso suena a despedida, *Hache* —señaló ella con la voz quebrada. Chars negó tomando su rostro entre sus manos.

—Eso es porque te has preocupado mucho, porque me he pasado días de vago, amor.

—Nunca quiero que mueras, papá. Yo moriría detrás de ti —confesó entre sollozos. Él la sostuvo con fuerza hasta que su nena cayó dormida entre sus brazos. Besó su frente y la sostuvo temiendo que la alejaran de él para siempre y estaba seguro de que moriría de pena.

La semana pasó rápidamente entre mimos, visitas, flores, chocolates y buenos deseos e incluso hasta sus alumnos estuvieron ahí. También lo visitó su editora y él le pidió disculpas, Chars entendía que ella era ajena a los problemas entre él y su sobrina; y que uno no escoge a la familia. Aurora no se despegó en ningún momento de él, del colegio al hospital e incluso tuvieron que traer su ropa. Por más que Chars le decía que se quedara con sus abuelos, su hija se negaba y el rubio vio esa mirada; aquella que uno tiene cuando teme perder a un ser amado.

—¿Pasarás por mí? —preguntó ella cuando Chars le tendió su mochila. Sonrió inclinándose para besar su frente y abrazarla con fuerza, y Aurora tembló.

—Amor, estoy aquí. No me pasará nada, ¿está bien? No quiero verte así o tendremos que ir con alguien para que nos ayude.

Ella apretó sus labios y sus ojos se enrojecieron, y después lo sujetó con fuerza del cuello. Nuevamente estaba llorando y él se sentía tan mal de haberla hecho pasar por un susto tan grande; y eso no se lo perdonaba.

—Te amo, papá.

—Yo te amo más, mi vida. Ve, que tienes clases, estaré aquí esperándote a la salida —prometió tendiéndole su meñique, ella rio y lo sostuvo para finalmente alejarse. Charles no se movió hasta que la vio entrar en su salón. Subió al auto y se encaminó en dirección a la casa de ella, de la mujer que tanto daño le había hecho.

Ella ya había hecho su jugada, hace dos días le había llegado una notificación del juez porque Ivana había pedido la custodia de Aurora. Lucas sería su abogado y el primer paso sería comprobar que su hija era de aquella mujer. Tendrían que sacarle una prueba de sangre y eso significaba contarle la verdad a su niña. Sin mentiras.

Al bajar se encontró con Lucas y Artemis, estos dos habían imaginado que tan pronto Charles saliera del hospital, buscaría a Ivana. Así que el abogado le había pedido ayuda al pintor, ya que era el único que podía controlar, de algún modo, al escritor.

—¡Te dije que no vinieras! —exclamó Artemis empujándolo con fuerza—. Esto puede empeorar todo. Recuerda que ella te puede denunciar por acoso.

—Aléjate, Artemis. No voy a permitir que esa mujer me quite a mi hija.

—¡Y no lo hará! Pero tienes que hacer las cosas bien y Aurora seguirá con nosotros —gritó Lucas tratando de llamar la atención de su amigo, él haría todo para evitar que Ivana se llevara a su pequeña sobrina.

—¿Qué haces aquí, Charles? —siseó una voz suave atrás de él, el aludido apretó los labios con fuerza, al verla de la mano con un hombre mayor. Él los veía con curiosidad mientras Ivana lo hacía con miedo y a la vez tranquilidad. Se acercó con la quijada apretada, por lo que ella retrocedió y fue ahí donde el tipo se puso delante de él; protegiéndola.

—¡¿Cómo te atreves, Ivana?! ¡¿Qué carajos te pasa?! —estalló enfurecido, señalándola—. No

te bastó abandonarnos, ahora quieres quitármela ¿no?

—Charles, cálmate. Hazlo por Aurora —dijo Lucas tomándolo del brazo, Chars se soltó y la señaló.

—Es mi hija y tengo el mismo derecho que tú.

—¿Ahora te da por tener sentimientos? —escupió entre dientes y el hombre que estaba a su lado lo empujó con fuerza—. ¡No me toque! ¿Quién es él, Zoe? ¡Ah no, espera, así no te llamas! ¿Quién es él, Ivana? ¿Otro títere para satisfacerte?

—¡Cállese la boca! ¡No voy a permitir que le hable así a mi esposa!

—¿Sabe lo que hizo su mujer? —gruñó enfurecido fijándose en los ojos chocolates de ella—. Nos abandonó y ahora regresa campante, ¿es qué no piensas en el bienestar de ella al menos?

—Lo hago, y es por eso que quiero alejarla de un hombre que estuvo interno por problemas de ira. Uno que emocionalmente es inestable, que pierde el control y tengo testigos.

Golpe bajo, Ivana. Golpe bajo.

—No te la llevarás, te lo prometo. Haré todo porque mi hija permanezca a mi lado —masculló entre dientes, quiso avanzar, pero Artemis se interpuso golpeándolo con fuerza para alejarlo. Chars apretó los labios ante el dolor y miró al pintor, pero este no se intimidó—. No permitas que me quiten a mi hija, Lucas. Por favor.

—Ella no se irá de tus brazos, hermano, te lo prometo.



—Buenos días. —Saludó la jueza entrando a la pequeña oficina, ambos padres se pusieron de pie junto con los abogados, ella asintió y se sentó para mirar a lo demás—. Ivana Ortega Reyes pide la custodia de la menor Aurora Zoy Maldonado Terranoba, hija de Charles Eugene Maldonado Terranoba.

—Así es, jueza.

—Según la partida de nacimiento, la menor es hija de Charles. —Leyó y miró al rubio. La mujer pudo ver el dolor en el hombre y lo comprendió, seguido veía casos donde eran las mujeres quienes pedían que los padres se hicieran cargo, pero este caso era especial—. La menor fue abandonada por su madre biológica en un campo, dejando la responsabilidad y como único tutor a Charles Maldonado, ¿no es así?

—Así es, jueza —afirmó Lucas con seriedad—. La señora reclama la custodia de la menor después de años de abandono, alegando que la dejó porque no se sentía preparada para cuidar de ella. La menor fue dejada en un campo bajo la lluvia, después de que mi cliente la hallara, estaba con fiebre por lo que fue ingresada en el centro de salud por problemas e infección.

—¡Tenía miedo! —exclamó Ivana y su esposo trató de calmarla, aunque fue imposible—. ¡Ella no puede estar con un hombre que en cualquier momento pierde la cordura! ¡Puede golpearla!

—Lo primero que haremos es comprobar que la señora Ivana Ortega es la madre biológica, se sacará una prueba de sangre a la menor.

Después de aquellas palabras Charles ya no escuchó. Veía a la jueza mover la boca mirándolo y señalando a la mujer que lo había roto. Pasó las manos por su cabello más de una vez hasta que la jueza se retiró. No habló, dejó que Lucas lo guiara hasta la cafetería, pidiera un café y minutos después, habló.

—Tiene pruebas. Ella puede alegar que psicológicamente no soy apto para cuidar de Aurora.

—Claro que no, Chars. Llevas años con tu psicólogo, te has mantenido controlado y en los diez años Aurora no ha tenido problemas en el colegio, tampoco de alimentación y mucho menos de ser una niña problemática. —Su amigo trató de subirle el ánimo—. Es tu hija, lo máximo que puede suceder es que la jueza conceda que Ivana visite una vez a la semana a Aurora, dos o tres horas,

no más.

—¡No quiero que se le acerque!

—Ella es la madre —señaló su amigo—. Haré todo para evitar eso, pero debes tener aquella posibilidad presente.

CAPÍTULO DIECISIETE: LOS CUENTOS TIENEN FINALES



—Estoy dejando las separatas con la señora Juana. Estudien el tema por favor y prepárense para la exposición. No aceptaré un: profe mi perro se enfermó y no pude estudiar o la más recurrida: profe no tuve luz para estudiar. Nos vemos el lunes —señaló Chars apagando su laptop y guardándola en su maletín, escuchó las risas de sus alumnos y se percató cuando Alex apareció en la puerta esbozando una sonrisa, robando más de un suspiro.

Junto con Alex, él y otra profesora de Lengua eran el “Club de los Guapos”, según sus alumnos.

—Vamos, chicos, a estudiar o el profesor Maldonado les pondrá cero —bromeó Alex entrando al salón, Chars se colgó el maletín y estrechó la mano de su buen amigo—. ¿Cómo sigues?

—Mucho mejor, Alex.

—¿Y la brujita? ¿Cómo van las cosas en el juicio? —Suspiró. Tenía que llevar a Aurora el lunes en la mañana para la prueba de sangre y aún no hablaba con su hija, eso lo tenía tenso.

—Tienen que sacarle una prueba de sangre. Tengo que hablar con Aurora y no sé cómo.

—Debes ser sincero y afrontar lo que viene, Chars. Amigo, nadie va a quitártela. —Él asintió con media sonrisa, se despidió de sus alumnos y salió del salón. Fue a su oficina y pasó notas y asistencias de sus clases. Después de un rato, entró a sus redes sociales, mordió su dedo meñique y terminó ingresando al perfil de Alejandra. Entró a todas sus redes sociales y por último a Instagram. Miró las fotos y luego el video que había publicado hacía dos semanas. Ella estaba en una discoteca rodeada de jóvenes y con una sonrisa en los labios. Llevaba un vestido corto y encima un kimono de color vino y su cabello suelto.

Él le dio play al video, la vio reír y echar la cabeza hacia a un lado. La chica de lentes a su lado le hablaba y Ale asentía repetidas veces, hasta que un chico se acercó con una sonrisa enorme.

—¡Qué Ale cante! —gritó el moreno al lado de Ale y la aludida rio avergonzada. Chars suspiró viendo cómo sus mejillas adquirirían un color carmín y cómo pasaba los dedos por su cuello, nerviosa—. ¡Vamos, Ale!

—¡Bien! —Se puso de pie y tomó el micrófono que le tendía. El chico que grababa se acercaba más y el silencio reinó, Ale rio avergonzada y se sentó mientras le murmuraba algo al muchacho que sostenía una guitarra en sus manos—. Bien, espero les guste y no soy culpable de los daños que cause, eh.

El guitarrista empezó a tocar suaves melodías y sus amigos gritaron. Ale tomó el micrófono, sus ojos brillaron para después bajar la cabeza mientras una sonrisa triste tiraba de aquella boca que más de una vez lo había vuelto loco.

*Que no era real que era un capricho no más,
solo ese bicho que me recorría*

*decía que no era amor decía que no era amor
hasta el psicólogo me decía que no era sano lo que sentía.*

*Que era la edad solo una enfermedad
una fantasía que me curaría
decía que no era amor, decía que no era amor
que con el tiempo te olvidaría
que hasta de todo me reiría*

Ella dejó de cantar y cubrió su rostro, mientras alrededor todos aplaudían efusivos. El mismo hombre se acercó, tomando el rostro de la joven y limpiando las lágrimas. Todos gritaban y Chars apretó los labios, porque ya había escuchado a Alejandra cantándole esa canción más de una vez. Tal vez ya era hora de cerrar ese capítulo tan hermoso y dejar de ver sus redes sociales o de esperar algún mensaje suyo.

—Ale siempre fue hermosa, tan sensible, y tú un ciego. —Chars se sobresaltó al escuchar la voz de su hermano. Oliver estaba recostado en el marco de la puerta viendo la laptop, llevaba rato ahí observando a su hermano ver a la buena mujer que dejó ir.

—Ajá, ¿qué haces aquí? —inquirió Charles, pasando los dedos por sus mejillas con rapidez para que su hermano no notara las lágrimas que se le habían escapado. El rubio apagó la laptop y se puso de pie caminando hacia su hermano con una sonrisa en los labios—. ¿Hay noticias?

—Todo sigue igual, los días corren y tú debes decirle a Aurora.

—No sé cómo.

—Encontrarás la forma.

La voz de *Michael Bublé* sonó en la pequeña oficina y ambos hermanos se giraron hacia el celular. El rubio se acercó y aceptó la llamada, llevándose el celular a la oreja.

—Charles Maldonado.

—¿Chars? ¡Dios, qué bien que contestaste!

—¿Mabel? ¿Qué sucede?

—Chars, es Aurora.

—¿Qué pasa con mi hija? ¡Habla, mujer! —gritó exaltado, tomando su saco y las llaves de su auto. Oliver lo siguió preocupado y ambos hermanos bajaron las escaleras con rapidez, subiendo al carro de Chars.

—Aurora salió corriendo de su clase de arte y desde entonces no ha querido salir del baño.

—Ella ama la clase de arte —susurró con suavidad Chars, pasando las manos por su cabello, al otro lado se hizo un silencio y él se apresuró a encender el carro mientras Oliver se ponía el cinturón—. Estaré allá en quince minutos, dígame que ya voy.

Pasaba sus manos por su cabello y golpeaba sus dedos contra el volante de lo nervioso que se encontraba. Lo único que hacía era rogar porque su niña estuviera bien o él no se lo perdonaría. En los últimos días ambos habían estado separados por temas del trabajo, él cuando llegaba la encontraba dormida y cuando ella despertaba Chars dormía, así que su abuela la llevaba al colegio. Estaba tan ausente que se sentía malditamente culpable.

Estacionó el auto y se apresuró a entrar a la institución, topándose con la directora que le hizo señas, él no esperó a que ella hablara y lo único que hizo fue correr hacia el baño. Afuera de este estaba el psicólogo y dos maestras más, el rubio apenas respondió los saludos ya que quería ver cómo estaba su hija.

—¿Amor? Soy papá —Saludó con suavidad escuchando el llanto suyo. Oliver se quedó atrás de su hermano marcándole a su madre para que estuviera al tanto de lo que le sucedía a su nieta.

La puerta se abrió dejando al descubierto unos ojos llorosos y una nariz roja, la niña se alejó y solo lo dejó entrar a él—. Mi vida, ¿qué sucede? ¿Por qué lloras? ¿Te hicieron algo? ¿Amor puedes decirme lo que tú quieras!

Ella hipó y segundos después se lanzó a sus brazos. Chars la rodeó y la cargó sosteniéndola con fuerza, Aurora ocultó el rostro en su cuello y lloró con mayor fuerza y Chars sintió el alma desprenderse. Le recordaba a aquella época tan dura en la que tuvo que dejarla. Su hija se prendió de su brazo y no dejaba de llorar, tanto que terminó llorando juntos con ella, diciéndole que estaría bien para ella, para hacerla feliz.

—Cariño, me estás preocupando. Si no me dices que ha sucedido, me volveré loco —añadió con la quijada apretada. La nena se alejó y él la dejó nuevamente en el suelo, pasando los dedos por sus mejillas, quitando las lágrimas—. ¿Alguien te hizo daño? Si es así, dímelo. Tú tío está afuera y lo mandaremos a la cárcel. Pero, cariño, dime algo.

—Papá yo... —Ella tartamudeó, él se inclinó besando su frente y rodeándola con sus brazos. Aurora se sujetó con fuerza y minutos después habló—. ¿Recuerdas la conversación que tuvimos?

—Tenemos muchas conversaciones, amor.

—Esa donde...

—Donde qué, amor. Prosigue.

—Donde decías que las chicas florecemos, que llegamos a una etapa donde brillamos y somos mujeres —susurró avergonzada, Chars frunció el ceño viendo sus mejillas rojas. Él al instante lo entendió y se ruborizó—. Pues ya me sucedió.

Y se echó a llorar. Y él la abrazó con más fuerza. Besó su frente y la cargó nuevamente caminando de un lado a otro mientras le susurraba palabras bonitas, cuando ella se calmó sacó el celular y tecleó con rapidez.

Chars 11:40 am.

Necesito que compres toallas higiénicas. Ya.

Oliver 11:41 am.

¿Toallas? ¿Y para qué?

Respondió su hermano, él rodó los ojos para volver a escribir.

Chars 11:43 am.

Aurora ya es una mujercita.

Compra todas las que puedas y las traes. Ya.

Después de eso, Oliver ya no respondió. Se recostó en la pared y pasó los dedos por su espalda tratando de calmar el llanto. Al poco tiempo, Aurora se había relajado en sus brazos y su respiración se fue normalizando. Debió ser más claro con Aurora, de esa manera no estaría así, llorando y sintiéndose mal, pero apenas había podido decirle lo que le sucedería. Si entraba en detalles, Aurora haría muchas preguntas. Tal vez debió soportar las preguntas y su hija se hubiera quedado más tranquila respecto al tema de la menstruación.

Había temas que siempre era la madre que se encargaba de hablarlos. El padre solía avergonzarse de hablar de eso con su princesita, e incluso en el colegio apenas se hablaba de eso, pero Chars debió suponerlo y pedir ayuda a su madre o hermana.

El móvil lo interrumpió y contestó con rapidez llevándose el móvil a la oreja mientras con la otra mano la sostenía con fuerza.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tardas? —reprochó Chars entre dientes.

—Aquí hay muchas toallas higiénicas: hay nocturnas, hay con alas grandes y también hay unas de día y muchas más, ¿cuál escojo?

—Umm, pues eso no lo había pensado —dijo distraído—, trae una de cada una, acá te devuelvo lo que gastes. Ah, también compra chocolates.

—Está bien, dame unos minutos y estoy ahí —cortó la llamada. Se inclinó hacia adelante y posó los labios en su frente.

—No deberías llorar, mi vida —explicó con suavidad—. Es algo normal lo que te sucede. Cuando crecemos, nuestro cuerpo va cambiando lentamente, estoy seguro de que se te explicó en clases, ¿verdad?

—¡Pero yo no quiero esos cambios, papá!

—Es que tú no puedes detenerlos, cariño —explicó risueño y ella lo miró directamente a los ojos. Él le sonrió y ella le devolvió el gesto—. Yo pasé por algo parecido.

—¿También te bajó? —preguntó sorprendida y Chars se sonrojó negando varias veces.

—No, amor. Solo eso ocurre con las mujeres. Mira, yo era muy joven cuando empezaron los cambios, todos decían que tenía una voz bonita y suave, ¿sabes qué sucedió? —Ella negó y Chars añadió—: mi voz se volvió ronca y llena de gallos. Hablaba y pasaba mucha vergüenza, así que dejé de hacerlo. ¡No hablé por cuatro meses!

—Oh...

—Oh... —repitió divertido. Ella soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás como él solía hacerlo, sus ojitos se achinaron y sus labios se deslizaron creando una de las más hermosas sonrisas. Un golpe en la puerta los trajo a la realidad. Charles se acercó con ella en brazos, la abrió y se encontró con un avergonzado Oliver.

Chars agradeció y dejó a su hija en el suelo, para después abrir la bolsa y sacar las toallas higiénicas. Las leyó y le tendió un paquete lila, ella mordió su labio y lo tomó entrando al baño.

—¿Papá?

—¿Si?

—¿Qué hago con estas?

—Te las pones, amor, o mejor dicho, en tu ropa interior que llevas en la mochila —explicó, tomando la mochila para pasársela por debajo.

—Papá, ¿cómo las pongo? —replicó ella, Chars mordió su labio—. ¿Por qué tiene pegamento?

—No lo sé, yo nunca he usado una —balbuceó como tonto, su hija soltó una risita y él abrió la puerta dejando entrar a su hermano y haciéndole señas para que sacara el móvil.

—¿Para qué van esas hojas como alas?

—¿Alas? —tartamudeó Oliver y Chars sonrió con las mejillas teñidas de rojo.

—Espera, amor. Buscaré en internet —señaló y Oliver buscó con rapidez. Pusieron el video y ambos confundidos observaron cada paso, después de unos minutos Chars se acercó hacia el cubículo y golpeó—. Aquí hay un vídeo, amor. Te lo explicará mejor que el inútil de tu padre y tío.

—Está bien —respondió ella. Ambos esperaron en silencio y después escucharon el ruido de papel y se miraron—. ¡Hablen! ¡No quiero que escuchen el ruido!

Oliver comenzó a contar chistes en tono alto, tratando de que ella no se avergonzara por el ruido que hacían las toallas higiénicas. Luego de unos minutos, ella salió con sus mejillas rojas y él se acercó rozando los labios contra su frente.

—¿Estás bien, amor? ¿Quieres que te cargue?

—Ya no soy un bebé, papá —señaló ella, pasando las manos por su cabello atado. Chars le

guiñó un ojo risueño, viendo aquellos ojos brillar y sus mejillas aún tener un color rojizo.

—Pero para mí sigues siendo mi bebé —confesó Charles y Aurora rio abriendo sus brazos. La cargó y su hija rodeó la cintura con sus piernas, agradeciendo que llevara ropa de educación física. Su niña escondió el rostro en su cuello y soltó el aire contenido.

—Me duele el vientre —se quejó en voz baja, cerrando los ojos para no ver a sus profesores afuera del baño, Oliver tomó las bolsas y la mochila de ella. Los tres salieron y él asintió en su dirección para después salir del colegio. La sostuvo diciéndole palabras bonitas mientras repartía besos en su cabello y acariciaba su frente. No le gustaba verla así; pero él no podía detener aquellos cambios. Su bebé estaba creciendo.

—Oliver, ¿comerás con nosotros? —preguntó Chars.

—No, vayan ustedes. Es hora de ser claro, hermano. —Chars asintió. Dejaron a Oliver en la universidad, para que recogiera su vehículo. Se despidió de ellos y besó la frente de su sobrina—. Cuídate, hija.

—Tú también, tío bello. —Oliver rio y se alejó. Aurora le tendió un pedacito de chocolate, el rubio se inclinó y abrió la boca para que ella lo depositara allí. Riendo manejó y estacionó una cafetería que le gustaba a ambos.

—Vamos, amor. Una leche caliente y hablamos. —Ella asintió. Tomó su chaqueta roja y se la puso sintiendo frío. Chars entrelazó sus dedos y ambos entraron a la cafetería, se sentaron en una mesa alejada de las demás.

—¿Pasa algo, papá?

—Luego de que ordenemos, hablamos, cariño. —Ella ratificó y ambos hicieron su pedido. Después unos minutos, Chars observó a su hija y posteriormente le dijo—. Desde pequeña fuiste muy inteligente, intuitiva y con valores que pones en práctica siempre. Mis padres nos criaron así y mis abuelos a ellos, fue uno de los mejores regalos. Siendo muy chico aprendí que, si no te esfuerzas, no ganarás; que el dinero se obtiene mediante trabajo fuerte y que las oportunidades pasan una vez. Desde muy joven también comprendí el valor del dinero, el valor de ser educado y de ser humilde, gracias a ello estoy aquí, con un trabajo estable y siendo un escritor leído por muchos y que no olvida de dónde viene.

»Nunca me avergonzó trabajar en el mercado vendiendo papas o ropa de mujeres para tener dinero extra. Yo quiero que seas humilde y veas que hay personas que siempre necesitarán de los demás, que nunca olvides que tu padre, antes de usar trajes caros y tener dinero, tenía que remangar su ropa y recorrer los mercados vendiendo.

—Eso ya lo sé, papá. ¿Por qué me dices eso?

—Porque seré sincero contigo, preciosa, porque tú más que nadie merece la verdad. —Ella asintió y Chars pasó los dedos por su frente y luego por su cabello. Soltó el aire contenido y añadió—. Yo conocí a tu madre cuando tenía veinte años. Ella era menor, yo me enamoré como un loco, le entregué mi corazón, pero ella no sintió el amor de la misma manera. Nosotros nos separamos por un tiempo y luego volvió contigo, mi vida. Tú estabas llorando reclamando atención y yo estaba con el corazón roto y con cinco soles en el bolsillo. Tu madre era muy joven para cuidar de ti y te dejó conmigo, yo era un inútil que no sabía ni cómo cargarte en mis brazos. Ella se fue, amor, se fue y desde entonces fuimos solo, tú y yo.

—¿Ella no me amaba? —La voz de su hija se quebró y Charles apretó los labios viendo su rostro decaído.

—Solo ella te puede responder, amor. Yo no estoy en su corazón ni en su mente, preciosa. —Su nena bajó la cabeza y él se inclinó colocando los dedos en su mentón y levantándolo con lentitud. Observó su rostro y se acercó besando su frente con suavidad—. ¿Quién no te amaría, mi vida?

¿Quién en su sano juicio no te amaría? Eres una niña brillante y hermosa.

—¿Entonces por qué me dejó?

—Porque no estaba lista para ser madre.

—Tú tampoco lo estabas, papá...

—Exacto, amor, pero... —calló sin saber que responder—. Pero no pude alejarte de mis brazos desde que tus ojos se fijaron en los míos.

—Me amaste desde entonces.

—Y ya no pude separarme. —Él la sentó en su regazo y su nena envolvió las manos alrededor de su cuello—. Esto conversación tiene un punto, amor, quiero que me escuches sin interrumpirme, ¿bien?

—Bien.

—Ella volvió hace unos meses, amor. Volvió y quiere conocerte —murmuró entrelazando sus dedos, sintiendo el cuerpo tenso de su hija y tuvo que cerrar los ojos para no callar, porque ahora su hija merecía la verdad—. Ella quiere pedir tu custodia y yo no quiero que la tenga.

—¿Por qué?

—Te llevaría lejos de mí, nena bella. —Chars tardó en responder y cuando lo hizo su hija se aferró con más fuerza a su cuerpo—. Vivirías con ella, y soy egoísta por no dejarte ir, pero es que eres la razón de mi vida.

—La maestra dice que las personas que quieren alejar a sus hijos de sus padres son malos. —Chars bajó su rostro viendo la mirada perdida de su hija—. Ella es mala porque quiere alejarme de ti, papá.

—Ella no es mala, amor.

—¿Quién es ella, papá?

—¿Te acuerdas de Lidia? —Su hija asintió y el rubio echó la cabeza hacia atrás—. Su sobrina, Ivana, ¿la recuerdas?



—Sí, Adriana. Avisa que mañana no podré asistir a la clase, tengo unos problemas personales que debo resolver. Aun así, colgaré los versos en el grupo, así hacen algo en sus horas libres.

—Está bien, profesor. No se preocupe —contestó la alumna y él lo agradeció para después colgar y dejar el celular en la mesa. Se sentó y Oliver lo miró. Hace dos horas que habían llegado y Aurora se había encerrado en su habitación recalando que no quería hablar con nadie. Después de aquella charla, de decirle que el lunes temprano le sacarían una prueba de sangre y que se verificaría que fuera hija de Ivana, la niña se había quedado callada. Ausente.

Las cosas fueron peor cuando, al llegar a su casa, encontraron una caja decorada que era para Aurora. Su hija la abrió y la sorpresa fue mayor al encontrar un peluche y algunos chocolates que venían firmados con el nombre de Ivana. Eso fue un detonante para Aurora. Había llorado y subido las escaleras en dirección a su habitación. Pobrecilla. Él entendía la situación y le dolía no poder hacer nada para calmar el dolor que su hija estaba sintiendo.

—Hiciste bien, hermano.

—Le estoy haciendo tanto daño, Oliver. Es mi niña y juré protegerla, y ahora soy el primero en causarle daño.

—No es cierto, eres el mejor padre que se pudiera elegir. No le has causado daño, la única que lo ha hecho ha sido ella que la abandonó sin importarle nada —farfulló Oliver viendo a su hermano con los hombros caídos y la mirada perdida—. Aurora solo está dolida. Tiene miedo, pero debiste de decirle la verdad, decirle que la dejó sin importar nada.

—Es muy pequeña para decirle eso, crecer y pensar que tu madre no te quiso. No, ya suficiente

daño le he causado contándole la verdad.

—Esa mujer no la merece —finalizó poniéndose de pie, con un golpe suave en la espalda se despidió y la casa quedó sumida en silencio. Él cerró los ojos caminando hacia la pequeña biblioteca donde se encontraba su piano, se arremangó la camisa. Luego pasó los dedos por las teclas, suspiró y cerró los ojos.

¿Hace cuánto tiempo no tocaba? La última vez que lo había hecho, fue cuando ella se fue de su vida. Desde ese momento se prometió no volver a traer los recuerdos, sin embargo, ahí estaba nuevamente; preso de la desdicha.

Charles rozó las teclas y presionó un *Do* solo para probar. En el instante que el instrumento vibró, Charles dio un respingo y sintió su corazón acelerarse. Ahí estaba, aquel sonido que nuevamente sería su perdición. El rubio se acomodó en el asiento y cerró los ojos con miedo, mientras repetía la acción, en unas teclas llenas de polvo.

El sonido viajó como una corriente eléctrica, desde la punta de sus pies hasta su corazón, sintió cada vibración y también lo bien que se sentía volver a tocar. Comenzó con la primera línea de la canción, dejándose llevar por el sonido y la suavidad de la melodía, perdiéndose en un camino del cual no quería salir. La melodía era dulce, lenta y llena de dolor, siendo como un flash de tantos recuerdos amargos. Su corazón empezó a latir con fuerza, su cuerpo se tensó y minutos después, se vio llorando con la melodía. Parecía la escena más masoquista y, al mismo tiempo, la más hermosa.

Le dolía tanto el alma, le dolía tanto los recuerdos que se hacían presentes y como si fuera una visión; ella aparecía frente a él.

—¿Papá? —Abrió los ojos de golpe y dejó de tocar, Aurora estaba en la puerta con los ojos rojos y el cabello hecho un lío. Llevaba su pijama blanco e iba descalza como él—. ¿Puedo sentarme a tu lado?

El rubio asintió y la observó sentarse a su lado, manteniendo la mirada en sus dedos. Chars se quedó callado hasta que la escuchó sollozar, que luego fue un llanto con fuerza. La rodeó con sus brazos y la abrazó porque compartía su dolor en esos momentos. Aurora envolvió los brazos en su cuello y enterró su rostro en aquella abertura.

—Ella te alejará de mí, papá —murmuró con la voz quebrada y él mordió su labio con fuerza. *Ella quiso alejarte de mí, hija.* Eran las palabras que tenía atoradas en su garganta cada vez que la veía reír. Ellos habían estado juntos siempre, eran ellos contra el mundo; ellos siendo felices. ¿Por qué volver ahora? ¿Por qué querer separarlos?—. Y tengo mucho miedo.

—Yo nunca dejaría que me separen de ti, amor. Nunca.

—Yo no la quiero, yo...

—Hace unos meses me dijiste que querías conocer a tu madre ¿qué pasa ahora, cariño? —preguntó y se separó de ella para limpiar sus mejillas y observar sus ojos claros. Aurora hipó y enredó las manos alrededor de la playera de él con fuerza.

—Yo no me la imaginaba así —confesó con la voz ronca a causa del llanto.

—¿Y cómo te la imaginabas?

—Como tú —afirmó recostando la mejilla en su pecho y Chars acarició su cabello con suavidad tratando de tranquilizarla—. Con una bonita sonrisa que transmitiera que estarás bien. Que su voz fuera suave y su cabello claro, como el mío.

—¿Ah, sí?

—La profesora Dany dice que las personas suelen estar con personas parecidas a ellos, pero ella no se parece a ti.

—No la has tratado, amor. No puedes juzgar a los demás. Debes conocerla y...

—¡Es que yo no quiero conocerla! —replicó ella, separándose con rapidez para arrugar su bonita y pecosa nariz—. Ella me alejará de ti y tú ya no me amarás como lo haces.

—No, amor. Claro que no, ¿de dónde sacas eso?

—Escuché cuando le decías a tío que tú la amabas mucho —explicó ella con los ojos cristalizados—. Y la abuela dice que cuando uno ama mucho es capaz de dejar todo por esa persona.

Charles la estrechó en sus brazos y besó su frente al escucharla. Aurora seguía siendo una niña, sin embargo, sabía tanto que a veces se le hacía difícil tratar de ocultar ciertas cosas porque ella rápido lo descubriría y él quedaría atrapado entre su mirada y la mentira.

—Lo que tu abuela dijo es cierto —afirmó más tarde. Él vio como sus hombros decaían y sus labios temblaban—. Pero el amor que le tengo a ella, no se compara con el que te tengo a ti, amor. El amor que te tengo es más fuerte, ¿y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque tú eres mi hija, mi niña hermosa que me ha hecho un hombre fuerte, la mujer más importante y ella solo es tu madre, cariño. No puedes comparar ese amor y poner en duda que yo siempre te elegiría a ti porque eres mi niña, mi bebé.

—¿Me querrás siempre, papá?

—Siempre, mi niña.

CAPÍTULO DIECIOCHO: TUS LABIOS SOBRE LA CICATRIZ



El mes de octubre había llegado y con ello, el día en que conocerían los resultados de la prueba de sangre. La jueza certificó que la menor Aurora Maldonado era hija de Ivana y de Chars. Por un momento tuvo miedo, por un momento temió que su luz no fuera su hija y pasó varias noches sin dormir. Pero cuando los resultados fueron leídos, sintió un sabor agridulce. El hecho de confirmar que fuera su hija, hizo que sus hombros se relajaran. Por años su familia le pidió que hiciera eso, una prueba para salir de dudas, pero... ¿no veían que Aurora era idéntica a él?

La jueza había dispuesto de un psicólogo para los padres y Aurora. La niña hablaría y ahí se sabría si la pequeña había sufrido de maltratos en los años en los que había vivido con el padre. Chars también iría a ese psicólogo, aunque sería en consultas separadas. Antes de que Ivana comentara sus problemas de ira, Lucas ya había presentado su expediente con el psicólogo que lo trataba, puntualizando los años que llevaba en terapia y que nunca su hija había sufrido daño psicológico y mucho menos físico.

Después de la evaluación, vendría el juicio y a eso era a lo que Chars le tenía miedo. Por ahora, durante esas semanas, Ivana todavía no podía ver a la niña. Primero la evaluaría y dependiendo de eso, podría acercarse a la menor.

El escritor se observó en el espejo. Vestía una camisa negra, unos pantalones de vestir oscuros, así como también el saco. Se había colocado una corbata roja y sus zapatos de punta estaban bien lustrados. Se dio cuenta de los años que se había quitado por recortar su barba y su pelo. Esa noche dejaría los lentes de pasta en casa, por lo que se colocó los lentes de contacto. Se perfumó antes de salir de su habitación y se dirigió a la de Aurora que se encontraba acostada en su cama, mientras Diana conectaba el televisor. En la mesa había; palomitas de maíz, gaseosa, leche, dulces y tarta de chocolate.

—¡Pero que guapo estás, papi! —Aurora se estiró besando sus mejillas y Charles envolvió el brazo alrededor de su cintura, sentándola en su pierna.

—Gracias, amor. ¿Qué película verán?

—*Harry Potter*, empezaremos con la primera y a ver hasta qué hora terminamos —contestó su hermana regresando a la cama. Diana llevaba un pijama de unicornios y su hija de uno de *Goku*. Charles la depositó en la cama y se inclinó besando su frente.

—No se acuesten muy tarde, aunque sea sábado. Diana, después de que terminen de comer eso, que se lave la boca y que use las gotas para su nariz.

—Ve con cuidado, hermano. Aurora estará bien. —Diana trató de tranquilizarlo, aunque eso era casi imposible. Todavía recordaba la vez que ella debía de cuidarla y terminaron a altas horas de la noche en el hospital y con unos puntos en la quijada de la niña—. Ve, galán. ¿Llevas tu carro?

—Sí. Estaré aquí en unas horas. Si no he llegado aún, puedes dormirte tranquila. Cúdate, amor.

Mañana iremos a pedir golosinas, así que prepara esos dientes.

Había preferido salir esa noche con sus amigos, así al otro día podría salir con sus sobrinos y su hija, pasarlo con su familia mientras disfrutaban también del día de la música criolla.

—¡Suerte, papi! —Charles asintió. Cerró bien la casa, colocando la alarma, y luego se subió al auto. Encendió la radio escuchando la voz de *Jaymes Young* en los altavoces y puso el carro en marcha en dirección a la discoteca donde había quedado con sus amigos.

Hace unas semanas había vuelto a ver a Jul y desde entonces se habían estado viendo, sonriéndose y besándose cuando nadie los veía. Tal vez estaba haciendo mal, tal vez estaba metiéndose en una relación cuando su corazón seguía latiendo únicamente por Alejandra. Estaba siendo egoísta, pero la chica le gustaba y ya era hora de dejar ir a la joven que lo había amado con todos sus defectos.

Esa noche, Jul asistiría a una reunión con sus amigas del colegio y tenían años sin verse, mientras que él había aceptado la invitación que Alex le había hecho. Una invitación que al principio quiso declinar, sin embargo, terminó aceptando ya que era para recaudar fondos. Era de temática, se debía de usar antifaz y llevar un nombre diferente, relacionarse y divertirse, sanamente, por supuesto.

Los fondos recaudados estarían destinados a una asociación de niños con cáncer. El director de aquella fundación era un amigo de Alex, así que su compadre había organizado la fiesta ya que tenía varios conocidos en Piura. Era el tipo de hombre que tenía amigos en todos los lugares y eso había ayudado para esa noche.

Al llegar, se colocó el antifaz negro de una pantera y lo abrochó atrás ocultando parte de su cabello. Tendió su invitación en la entrada e ingreso al lugar. Las luces de colores lo cegaron de inmediato así que tuvo que parpadear varias veces hasta poder acostumbrarse. Metió una de sus manos dentro del bolsillo delantero de su pantalón y caminó hacia la barra, pidiendo una copa de vino tinto y se recostó viendo el ambiente.

Estaba lleno, entre mujeres y hombres, algunos bailando y otros sentados en sus mesas hablando cómodamente. Charles recibió la copa y caminó por el salón, detallando el lugar y a las personas, aunque a pocos pudo reconocer. En una mesa, reconoció a Juan Pablo, su buen amigo llevaba el cabello un poco más largo y llevaba el antifaz de un mono. El rubio sonrió levantando la copa hacia él, quien le regresó el saludo confundido, sin ubicar quien era el que lo saludaba.

Alex estaba de pie rodeado de varias mujeres, lo reconocía porque él había dicho que llevaría una máscara de un lobo y también por su altura. Al verlo esbozó una sonrisa y levantó la copa y el rubio lo imitó. Se acercó a una mesa donde su hermano estaba sentado, con los dedos en el celular tecleando con rapidez y al instante su celular vibró. Rio entre dientes y se sentó a su lado.

—¿Qué hace el fantasma de la Opera en esto simple fiesta? —señaló divertido y su hermano dio un respingo girándose hacia él. Charles soltó una carcajada al ver el rostro asustado de su hermano menor.

—¡Charles! ¿Por qué demoraste tanto? Estaba con Alex y este salió huyendo cuando vio pasar una mujer —se quejó quitándose la máscara para pasar los dedos por su cabello claro y largo. A diferencia de los dos mayores, Paul tenía grandes ojos color miel y su cabello era como el de su madre.

—Ya puede tomar una copa de vodka tu hermano, ¿eh, Chars? —indagó Joaquín apareciendo con dos copas en las manos, Paul sonrió burlón y tomó la copa. Ambos muy buenos amigos, se acomodaron en la mesa viendo como las personas se iban sentando y Alex subía al estrado. Él llevaba un traje de tres piezas color azul y la máscara cubriendo su rostro mientras su cabello oscuro caía en su frente y tapaba sus orejas, como todo un salvaje.

—Él debió ser la pantera y tú el león, Maldonado. —Chars corrió su asiento y se puso de pie riendo y abrazando a *Angella Chinga*, colega y buena amiga suya de los Bradner—. Mira que ambos son unos tontos. ¿Cómo estás, escritor?

—Señores, pónganse de pie, que tenemos a una dama aquí —bromeó Charles, Paul y Joaquín rieron ante su ocurrencia y el escritor un pellizco se ganó—. ¿Qué tal el viaje? ¿Algún hombre en tu vida ya?

—¿Quieres otro no en respuesta? —Ella lo picó y los demás rieron entre dientes—. Todo va bien, empezaré a escribir en una revista y enseñaré en la Universidad. ¿Qué tal tú? Supe que tu última novela fue un boom en muchos países.

—Sí, todo fue muy bien, gracias a Dios.

—¿Y la reina? Vi la foto que colgaste en tu perfil personal. Está enorme, ¿Cuándo creció tanto? —Angella estiró su mano para tomar la copa y llevarla a sus labios. Joaquín la miró de reojo mientras ella trataba de evitar su mirada.

—No lo sé, en poco tiempo me dejará enano —bromeó el rubio recostándose en la silla. Miró cómo su amigo Alex robaba más de un suspiro desde el estrado.

—Pero miren, si son los vengadores con la viuda negra. —Lucas se quitó la máscara, se inclinó dejando dos besos en las mejillas de Angella y luego saludó al resto. Artemis que venía detrás, se quitó la máscara de Batman saludando a los demás, diciendo que él era más fan de DC que de Marvel.

—¡Bienvenidos a una noche salvaje! —Alex exclamó sosteniendo la copa en una mano y en la otra el micrófono—. Esta noche es para que se diviertan, para que bailen y se hagan apuestas. El dinero reunido esta noche será enviado a la Asociación de Niños con Cáncer. Ellos nos necesitan, así que espero hayan traído su billetera llena. ¡Por una buena noche!

—¡Por una buena noche! —exclamaron todos levantando la copa. El rubio dio un trago y tanteó su billetera.

La primera canción sonó, una de *Gian Marco, Sácala a bailar*. Las parejas no tardaron en caminar a la pista y verse envueltos entre aquella mágica canción. Joaquín pidió la mano de Angella y Paul fue al bar por otra copa. Charles terminó su bebida y se recostó viendo a sus amigos acercarse con una sonrisa. Él de inmediato se puso de pie y esbozó una sonrisa.

—Así que eres tú, me he comido la cabeza tratando de recordar quién me saludó —bromeó Juan Pablo estrechando su mano con fuerza. El rubio rio entre dientes y codeó a Lucas y Alex que reían.

—¿No invitas a bailar a alguna muchacha, Maldonado? —cuestionó Alex viendo a un grupo de muchachas mirar alrededor—. Una para cada uno.

—Creo que por su cabeza pasa otra cosa —anunció Juan Pablo mirando hacia las chicas que se habían puesto de pie y caminaban hacia ellos. Todos al mismo tiempo dejaron sus copas en la mesa y en pose desinteresada las esperaban.

—¿Qué hacen unos galanes tan solitos? —interrogó la más bajita, la que llevaba un vestido rojo y su cabello oscuro caía en sus hombros, cubriendo una parte de su escote. Juan Pablo dio un paso hacia ella y sonrió coqueto.

—Esperando a cuatro bellas mujeres.

Artemis bebió lo que quedaba en su copa, bufó y se alejó de ahí sin despedirse. Las mujeres se ofendieron, pero Alex dijo que así era su amigo.

—Mira tú, están de suerte —comentó la más alta y con una sonrisa en los labios. Charles giró el rostro al sentir una mirada intensa y se encontró con la cuarta chica. Ella lo observaba con intensidad y le inquietaba. Era hermosa a simple vista, aquel vestido negro se apegaba a sus

curvas y sus labios rojos lo incitaban a perder la cordura. Alex y Lucas se acercaron a cada chica y las sacaron a bailar, mientras que en el caso del rubio fue ella quien se acercó y tomó su mano con suavidad.

—Debo suponer que eres el más tímido, ¿no? —La voz se le hizo conocida, y aunque trató de recordar; no pudo. Charles en respuesta rio y colocó los dedos en su cintura mientras ella dejaba caer su mano en su hombro y unieron sus manos.

—Puede ser, pero cualquiera se pone tímido si cuatro mujeres bellas se acercan —bromeó moviéndose con lentitud, guiándola, mientras ella se aferraba más a su cuerpo. La mujer se inclinó rozando sus labios por su oreja y Chars se alejó incómodo. Era un baile y no estaba pidiendo algo más.

—¿Me dirás tu nombre o usarás esos tontos apodosos?

—Soy Charles —contestó haciéndola dar una vuelta, ella rio y terminó pegando su espalda a su pecho y moviéndose provocativamente. El rubio buscó con la mirada a sus amigos, notando como estos reían con sus respectivas parejas, ignorando lo que estaba sucediendo ahí—. No hagas eso. Tengo novia.

—¿Y? ¿Estás prometido con ella? —cuestionó provocativa colocando sus manos en el cuello de Charles y tirando de los rizos cortos, la mujer pasó la lengua por sus labios y se inclinó más al rubio, pero él retrocedió—. ¿Serás fiel? ¿En serio? Ella no se va a enterar, esto solo es un juego.

—Lo siento, tengo novia. Permiso —se excusó sacando el celular de su bolsillo y caminando en dirección al baño de hombres. No giró su rostro y tan pronto entró, se quitó la máscara y la dejó en la mesa de mármol. Se recostó a la pared y escribió con rapidez un mensaje a su hermana.

Chars 1:00 am.

¿Cómo están? ¿Aurora ya se lavó los dientes? ¿Usó las gotas?

Diana 1:02 am.

Deja de preocuparte. Seguimos viendo películas, ella ya se echó las gotas. ¿Qué tal la fiesta?

Chars 1:03 am.

Todo bien. Cuídala y dale un beso de mi parte.



—¿Huyó? —Mariana se acercó después de bailar con el organizador de la fiesta. Ivana rechinó los dientes pasando los dedos por su cabello, viendo en dirección al baño donde él se había ido.

Ella no sabía que Charles estaría en esa fiesta. Tampoco se imaginaba que ahora se codeaba con gente importante y sobre todo, fuera amigo de ellos. Lo había encontrado reunido con dos profesores famosos en Piura, con el dueño de aquella agencia, con un pintor y recibiendo los saludos de muchos de ahí. Lo había visto llegar, oculto en un traje oscuro y una máscara del mismo color. Su cabello estaba corto y bajo las luces del local, se veía oscuro. No lo había reconocido, mas había sentido curiosidad cuando lo había visto llegar, y no solo Ivana, sino también sus amigas.

Mariana, Anyel y Ana habían señalado que se veía un hombre guapo, que sabía vestirse y tenía una sonrisa bonita. Lo había visto abrazar a una mujer, reír y juntar sus manos con ella. Lo había visto hablar con mujeres, sonreír y como ellas hacían de todo por tener su atención, hasta que lo descubrió. Había escuchado su nombre y luego lo confirmó cuando hablaron, cuando el rubio tembló antes sus toques y huyó, seguía teniendo el mismo efecto en él. Era cierto que ya no quedaba nada del niño, pero de lo que estaba segura es que aquel adulto también moría por sus toques.

—Iré a buscarlo.

—Estás casada.

—Díselo a Martín, que llega todos los días muy tarde a casa —replicó molesta poniéndose de pie y caminando en dirección al baño de hombres. Miró hacia atrás, viendo como todos estaba en su propia nube. Empujó la puerta del baño e ingresó. Lo vio escribiendo en el celular y sonriendo. ¿En verdad tenía novia? Solo pensar en esa posibilidad, provocaba miles de emociones en su estómago. No. Ivana no podía volver a caer en las redes de ese escritor que tenía el poder enamorarla sin siquiera tocarla.

—Reconocería ese cabello donde sea —mencionó cerrando la puerta y poniendo seguro. Charles se giró confundido y ella lentamente se quitó la máscara, los ojos de él sorprendieron al verla, pero en pocos segundos su rostro se convirtió en frialdad—. Bailas muy bien, ¿quién te enseñó?

—¿Qué haces aquí?

—Este es un lugar público donde cualquiera puede venir —explicó acercándose con lentitud—. ¿Tienes algún problema con ello?

Su voz se volvió melosa, juguetona y no se reconoció. Después de Charles, ella había buscado estabilizar su vida por completo, volverla tranquila y desde que lo había encontrado, todo se había venido abajo. Las peleas con su esposo eran continuas, las salidas por parte de Martín con sus amigos e Ivana perdiéndose entre sueños donde el protagonista era el escritor.

—Vete —siseó ignorándola y mirándose en el espejo. Arregló su traje oscuro y luego su corbata roja. Ivana lo siguió con la mirada, lo recorrió y su corazón bombeó con fuerza al ver aquellas líneas marcadas, al escuchar esa voz ronca y ver esos ojos fríos. ¿Qué estaba pasando con ella?

Charles tomó el antifaz y caminó a la puerta, ella se interpuso y el rubio estiró la mano tratando de abrir la puerta, sin embargo, no pudo. Ivana rio sabiendo que afuera estaba Mariana sujetando la puerta para que su rubio no saliera, no, él no saldría de ahí.

—¿Tienes novia, Charles? ¡No! ¡Claro que no! Nuestra hija es demasiado celosa para permitir que su padre tenga novia —exclamó soltando una risita y encontrándose con aquellos ojos oscurecidos de rabia. Ivana se acercó pasando los dedos por su pecho, un pecho duro y sonrió como una gata que va tras su presa—. ¿Qué sientes por mí, Charles Maldonado?

—¿Realmente quieres saber qué siento por ti? —interrogó el rubio, molesto y forzando una sonrisa. Ella trató de estirar la mano para tocar su rostro y Charles sujetó con fuerza su mano, deteniéndola para que no lo tocara. Ella chilló, aunque no dejó de verlo—. Me das lástima, ya ni odio siento por ti, solo lástima.

—¡Mientes! ¡Mientes! —gritó y quiso estampar su mano en la mejilla del rubio. Chars con rapidez tomó su mano y la sujetó con fuerza, tanta que provocó que aquellos ojos chocolates se cristalizaran. La soltó y retrocedió sintiéndose confundido, él no era así, ella sacaba una parte de Chars que desconocía—. Tú no eres mi Chars, ¿en qué clase de hombre te has convertido?

—¿Y qué esperabas que hiciera? ¿Qué te recibiera con besos y dijera que todo estaba bien? —preguntó sarcástico, su tono de voz se elevó, se volvió más fuerte y más tosco, se acercó peligrosamente a ella e Ivana retrocedió asustada—. ¿Eso querías?

—Y que luego hiciéramos el amor —concluyó la mujer de ojos chocolate con la voz quebrada. Charles la observó en silencio para después acercarse y dejar caer sus manos en la cadera de ella, aferró los dedos en su cintura con fuerza y luego la levantó dejándola en el lavamanos. Ambos se observaron, en los ojos de la mujer había esperanza, pasión y en los de él odio, rencor y humillación. Ivana no esperó a que el rubio se arrepintiera y terminó envolviendo las manos

alrededor de su cuello atrayéndolo a su boca para besarlo y no dejarle más salidas.

Chars no se alejó, se quedó ahí, perplejo dejando que la boca de ella tomara posesión y lo llevara al mismo infierno, ese que había estado evitando desde hace mucho tiempo. El escritor se colocó entre sus piernas y empujó su cadera mientras la mujer de ojos chocolates aferraba sus piernas alrededor de él. Sus uñas se enterraron en el saco que él llevaba, trató de quitárselo y al final lo consiguió. La boca de la fémica bajó hasta su cuello, lamiendo y mordiendo, mientras su nariz reconocía su olor a menta y a café. Un olor tan delicioso que le pertenecía al primer hombre en su vida.

Ella arrojó el saco a un lado mientras su boca volvía a la suya; mordiéndose, lamiéndose y siendo uno solo en esos momentos. Sus finos dedos fueron a su camisa, desabotonando y quitando la corbata, y luego se adentraban y tocaban ese pecho duro y con algunos vellos. Charles apretó con fuerza los dedos en su cadera e Ivana gimió echando la cabeza hacia atrás. El rubio tomó su cabello y tiró de él para que pudiera tener acceso a su cuello, rozó su nariz por aquel delgado cuello blanco y chupó, lo hizo tantas veces dejando marcas a su paso. Volvió a soltar su cabello y tomó su boca, mordiendo su labio inferior.

Charles perdió la cordura, perdió la fuerza y comió de la fruta prohibida. Se dejó ir entre aquellos besos y sus caricias, cuando Ivana sonrió sobre sus labios, supo que nuevamente había caído en su red, en aquella red tóxica y llena de dolor. El escritor bajó las tiras del vestido negro, bajó la boca hasta las comisuras de sus pechos y pasó su lengua repetidas veces: una, dos, tres, cuatro, y diez veces más, mientras ella emitía gemidos y empujaba su cadera hacia él con fuerza, demandante. Siguió bajando y pellizcó el pezón endurecido de ella, Ivana se arqueó y Chars tomó entre su boca el pequeño botón que pedía atención y gustoso se la dio. Mordió, lamió y chupo desesperado, escuchándola gemir, retorcerse entre sus brazos pidiendo más.

Pero... ¿qué estoy haciendo? Pensó culpable, alejando la boca de su pecho.

Estaba cayendo en las redes de una bruja, de una mujer cruel y mentirosa. Charles valía más que eso, se merecía más que sobras de un amor tóxico. Ella solo era una falsa actriz que fingió ser alguien que no era. Ivana volvió a acercar su boca a la de él y el rubio se alejó de ella de golpe mientras arreglaba su traje con rapidez, sintiéndose asqueado. Ella estaba desnuda de cintura para arriba, su pecho subía y bajaba mientras tenía los labios entreabiertos.

—¿Piensas dejarme así? ¿Es en serio, Charles?

—Tú solo vienes a borrar mi sonrisa, he llenado mi habitación con otra brisa. Ya no más de ti.

No esperó respuesta, tomó su chaqueta y se la puso. Al ver que la puerta no cedía, empujó con mayor fuerza y la abrió. Cuando salió se encontró con una mujer en el suelo y con las mejillas rojas. Charles le lanzó una mirada mordaz y salió de ahí. Se excusó con sus amigos y dijo que estaba cansado, que Aurora lo esperaba. Sus amigos lo entendieron y pronto estuvo poniendo en marcha el carro, en dirección a casa.

Al llegar, dejó las llaves en la mesa de cristal y puso el código de seguridad. Tiró de la corbata y subió las escaleras en dirección a su habitación. Abrió la puerta y cuando iba a prender la luz, se sorprendió al ver a su hija envuelta en sus sábanas y dormida. Esbozó una sonrisa viéndola.

No la despertó, se quitó los lentes de contacto y luego se metió con rapidez al baño, pasara darse una ducha. Cerró los ojos, pasando con fuerza la esponja por su cuello, su pecho e incluso su boca, quitándose el sabor de ella, de su boca, de su tacto, de todo, se sentía asqueado. Maldijo internamente y juntó su frente contra la pared del baño. Estuvo ahí un buen rato, hasta que sintió frío. Salió de la ducha y se cambió. Se subió a la cama y se metió bajo las calientes sábanas, siendo abrazado por su hija al instante. Sonrió viendo sus ojitos achinados y rio entre dientes.

—¿En qué momento viniste a mi cama?

—En el momento en que mi tía me empezó a patear —cuchicheó con voz ronca. Charles rio y la abrazó pegando los labios en su frente—. ¿Tan mal estuvo la fiesta, papi?

—¿Por qué lo dices, amor?

—Has llegado temprano, papi, ¿estuvo fea?

—Terrible, amor. Por eso mejor vine a estar con mi tesoro.

—¿Quién es tu tesoro? —inquirió con una sonrisa en los labios, por lo que el rubio la abrazó con más fuerza.

—Tú, mi amor. Tú eres mi tesoro. Te amo.

—Yo también te amo, papi. Mucho.

—Duerme, amor. Anda, que es tarde —murmuró besando su frente y pasando los dedos por su cabello, Aurora no tardó en caer rendida y él la sujetó, tratando de alejar los recuerdos de su caída.

CAPÍTULO DIECINUEVE: EL REFUGIO DEL REY



Aurora se había disfrazado de *Harry Potter*. Salió feliz con sus primos mientras él iba atrás con sus amigos, riendo y tomando fotos. Esa noche también hubo fiesta con su familia, la música negra sonó hasta la madrugada mientras ellos bailaban y Chars en sus brazos sostenía a una dormida Aurora. El lunes a primera hora le llegó un mensaje de Lucas donde le enviaba la dirección del psicólogo y los días que tenía que ir. Esa semana ambos fueron tres veces. Chars se había sentido incómodo por aquellos ojos desconocidos que querían saberlo todo y le preocupaba que su hija se hubiera sentido de la misma manera.

La semana terminó rápido y Lucas le pedía que se tranquilizara, que no dejaría que Aurora fuera alejada de sus brazos. No obstante, tenía miedo, temía que aquella furia incontrolable que tenía adentro, pudiera alejarlo de su hija. Que aquel hombre lo hiciera caer en su trampa y se mostrara como la bestia que era, no habría necesidad de más pruebas para determinar que era emocionalmente inestable.

Era sábado y había salido a correr después de llevar a Aurora al taller de pintura de Artemis. Su hija estaba muy emocionada ya que desde muy temprano la escuchó andar de un lado a otro, metiendo los pinceles y alistando los bastidores que llevaría. Julie lo había llamado, habían estado distanciados durante una semana, ya que Charles le contó lo sucedido en la fiesta. La mujer empezó a gritar, a decirle que no cambiaría nunca y lo dejó con la palabra en la boca. El rubio la había llamado, buscando la manera de disculparse, pero terminaba recibiendo un *no* e incluso la puerta en sus narices. No obstante, esa madrugada fue ella quien lo buscó, lo besó y terminaron envueltos entre las sábanas.

El sujeto deslizó sus dedos por la estrecha cintura, para después inclinarse y besar su piel con suavidad, deleitándose, tomándose el momento como si estuviera acariciando la joya más delicada y cara. Jul rio entre dientes, enterrando los dedos en el dorado cabello de su amante y Chars bajó su boca hasta el lunar que tenía en la cadera su fémina. Lo había visto muchas veces y siempre terminaba observándolo, delineándolo con sus dedos y riendo en voz baja, cuando las mejillas de su rostro se teñían de un rojo intenso.

—¿Qué forma tiene ahora? —inquirió la fémina con suavidad. Charles levantó la mirada hacia ella y se rio, echando la cabeza hacia atrás. Cada vez que Charles reía sus ojos se achinaban de una manera tan tierna, que robaba los suspiros de cualquiera.

—A ver, déjame ver bien —cuchicheó enterrando el rostro en su cadera causando su risa.

—¡Habla, rubio bello!

—Un delfín —anunció con seriedad y su amante rompió en carcajadas, atrayendo el cuerpo del escritor y estampando los labios en su boca. Charles sonrió envolviendo las manos alrededor de su espada desnuda, rozando la nariz contra la suya. Una acción que hacía con ternura y que pocas

podían apreciar—. Debo irme. Entregarán las libretas de fin de mes y luego le prometí a Aurora que iríamos por algunas cosas. Le gusta comprar el nacimiento meses antes de navidad. Una acción medio extraña.

—¿Cuándo le diremos lo que tenemos, Charles? —interrogó seria, en lo que él se ponía de pie, tomaba la ropa del sillón y se vestía rápidamente. Jul observó el tatuaje en su espalda y deseó volver a pasar sus dedos por aquella zona y sentir el estremecimiento de su cuerpo por su suave caricia. El aludido se giró entrando al baño e ignorando su pregunta. Ella sin pudor alguno, lo siguió desnuda—. ¡Pon atención!

—Ya hemos hablado de eso. No hemos podido formalizar la relación porque mi hija ya ha pasado mucho con el regreso de Ivana. No quiero que se sienta mal al ver que hay una mujer en mi vida —explicó en voz baja. Aurora muchas veces le había dicho que adoraba a Ale, pero desde que se fue ninguno de los dos había hablado de que hubiera una persona más en sus vidas.

—¡Lo sé! Sin embargo, quiero que tú me des un lugar en la vida de tu hija. Entiendo que está pasando momentos malos y también que es tu vida. Entonces... ¿qué soy yo en tu vida?

—Dame tiempo. Yo no he tenido suerte en mantener relaciones largas y no quisiera que Aurora se entusiasmara con una imagen femenina en su vida, para que luego se vaya, o terminemos —Se excusó pasando sus dedos por los rizos dorados—. Hablemos de esto después, ¿sí? Encontraremos el momento indicado y todo irá bien.

—¿Y tú? ¿También estás pasando un mal momento? ¡Si hasta te brillan los ojos, carajo! —replicó irritada interrumpiéndolo en el baño. Charles dejó que el agua recorriera sus hombros limpiándolo y alejando el estrés. Al terminar, salió y le respondió.

—Yo no le amo, es algo que te he repetido muchas veces. No sé qué más quieres que te diga.

—Yo no sé si quiero seguir con esto. Realmente no quiero seguir con el título de amante —masculló entre dientes—. He sido paciente en ponerle un nombre a esto porque tú salías de una relación con una niña, fui paciente por tu hija. ¿Y ahora? Chars tu hija es inteligente y ella debe comprender que tú tienes derecho a enamorarte. No solo eres padre, también eres hombre.

—Ella...

—Ella nada, Charles. Tú hija dejó de ser una niña y debes verla como tal. Ya no es tu bebé. ¿Y cuándo se enamora? ¿Cuándo se case? ¿Qué sucederá contigo?

—No hables así, no involucres a mi hija. No la metas en esto, por favor. Llegará el momento de decirle, solo dame un poco más de tiempo, preciosa —suplicó Chars lanzándole una rápida mirada. Jul se cambió con rapidez y salió a la terraza. El rubio masculló entre dientes y terminó cambiándose para después seguirla.

—No es justo, Charles. Lo sabes. Toda mi vida he estado enamorada de ti y parece que te aprovechas de tenerme siempre ahí, esperando por ti.

—¿Qué te pasa? ¿Te estás escuchando?

Toda su vida, Charles la había visto como una amiga e incluso como su propia hermana. La quería, la apreciaba y la deseaba, pero no podía manejar sus sentimientos, y mucho menos forzar las cosas. No duraba en las relaciones, ellas terminaban cansándose y alejándose de él, aunque con Ale fue diferente. Ella fue diferente, en pocos meses lo hizo sentir diferente, lo hizo sentir que podía con todo, solo le bastaba ver a Alejandra y a Aurora, y su día mejoraba.

No quería involucrar a su hija. En sus relaciones pasadas su hija salía lastima, se emocionaba y terminaba desilusionaba, o incluso peor: ellas terminaban la relación antes de conocer a su hija. Él amaba a su hija, seguía viéndola como su bebé y eso nadie podía cambiarlo.

Jul salía con sus amigos y amigas, se divertía mientras Charles se quedaba en casa viendo películas con su hija, cenando en familia o escribiendo hasta tarde. Era su manera de divertirse, y

cuando salía, era para tomar alguna copa con sus amigos, pero no para amanecer en una discoteca, llegar tomado a casa y darle ese ejemplo a su hija, la misma que lo veía como su líder y ejemplo a seguir.

—Vete. Ya dijiste suficiente y yo tengo que salir.

—Vamos, nena..., no hagas esto difícil —protestó besando su hombro y la mujer mordió su labio para no suspirar al sentir sus manos colarse dentro de la playera. Ella lo apartó y con la respiración entre cortada le señaló la puerta para que se fuera.

—Vete.

—Carajo —siseó Charles molesto, trató de buscar sus ojos y Jul esquivó su mirada así que solo pudo salir de ahí lo más rápido posible.

Él trataba de averiguar si lo que sentía por ella era amor o simplemente deseo.

Cerró los ojos cuando estacionó el auto fuera del colegio. Sintió las frías ráfagas de noviembre, por lo que cerró su chaqueta de piel. Al sonar el timbre, los niños salieron corriendo muy alegres. Parecía que habían salido de una cárcel.

—¡Señor Maldonado! —Chars buscó quien lo llamaba y se acercó al darse cuenta que era de la directiva del salón de su hija. La mujer que lo llamó estaba rodeada de otras madres y cuando el rubio llegó todas sonrieron encantadas—. ¿Cómo está?

—Muy bien, gracias.

—¿Habló Aurora con usted sobre la fiesta de fin de año? —Él negó y la mujer sonrió dejando caer su mano en el hombro de él—. Bien, los preparativos ya están listos, el local también y lo único que nos falta es el padrino. Recuerde que esta fiesta por fin de año será especial, ya que los muchachos ganaron en el festival de baile. También recordarle que en dos semanas se volverán a presentar.

—Yo puedo hablar con alguien para que sea el padrino y también respecto a los obsequios —comentó esbozando una sonrisa en los labios, para después añadir—: y respecto al baile, ya lo sé. Ya invité a unos amigos y familiares, ¿cree usted que se pueda?

—¡Claro que sí, don Charles!

Terminada la conversación, Chars miró en dirección a la salida, viendo a su hija caminar rodeada de dos muchachitos que le hablaban, mientras ojeaba una revista, parecía que no le importaba en absoluto lo que ellos querían decirle. El escritor llevó los dedos a sus labios, ocultando su media sonrisa. Claro que estaba celoso que su niña creciera.

—Hola, nena —saludó y rio, ya que, su hija al escucharlo soltó la revista y se lanzó a sus brazos, ignorando a los dos niños. Él la rodeó con sus brazos, no había podido venir a recogerla en los últimos días ya que había estado ocupado revisando los trabajos finales en la Universidad y escribiendo, y una cosa llevaba a otra y terminaba pidiendo el favor a alguien de su familia para que la recogiera. Al ver cuán fuerte fue el abrazo, se dio cuenta que su nena también lo había extrañado.

—Pensé que no nos veríamos hoy —comentó mientras subían al auto—. La profesora Lupe dice que tenemos que tener pareja para la fiesta. Por eso hoy dos de mis amiguitos me lo han pedido.

—Uhm.

—Les he dicho que tú dices que no. Así que debemos buscar una pareja para el sábado, papá. ¿Quién será mi pareja?

—¿No puedo ser yo? —inquirió con media sonrisa manejando en dirección al centro comercial. Aurora se llevó un chupetín a la boca y sus manos fueron a parar a la radio para poner música a su gusto—. Bien, hablaré con Henry el hijo de Luke, ¿te parece bien? Aunque el

muchacho es mucho mayor que tú.

—¡Pero Henry es mi amigo! —Ella sonrió cuando vio la mueca de Chars. Charles y Luke eran buenos amigos, a pesar de que no se veían mucho. Hecho que no impedía que hablaran constantemente. Henry era su único hijo, quien adoró a Aurora desde que la conoció. La cargaba como si fuera su hermana, ahora era diferente, el muchacho había crecido y estaba seguro de que no la vería igual—. ¿Le dirás tú? Aunque debes hacerlo con tiempo así no hace otros planes.

—Está bien, cariño. ¿Qué compraremos primero?

—El vestido y los zapatos. ¿Es necesario usar tacones?

—No puedes ir con botines y mucho menos con tenis, cariño.



Chars se sentó sosteniendo en sus manos las dos bolsas, en una iban unos libros suyos y de su hija, en la otra iban unos tenis que Aurora había escogido como recompensa de sus buenas notas en matemáticas. El escritor al ver que era el quinto vestido que Aurora se llevaba a probar, terminó sentándose aburrido, aunque todo valía la pena porque era su Aurora.

Cuando escuchó un grito de frustración, se acercó al camerino.

—¿Cariño?

—¡Ya no quiero ir a la fiesta! —chilló molesta y Chars mordió su labio para no soltar una carcajada ante la poca paciencia que tenía Aurora. Golpeó con suavidad la puerta y vio a su hija asomarse con la naricita arrugada.

—Hagamos un trato, Aurora. Buscaré un vestido, si te gusta vas a la fiesta y si no te gusta nos vamos a comer pizza ese día. —Su nena asintió entusiasmada, aunque sabía que su madre lo mataría si Aurora no iba a la fiesta, todos adoraban a su hija y querían immortalizar cada recuerdo.

Fue donde estaban colgados los vestidos y comenzó a buscar entre ellos. Sonrió tomando entre sus manos un vestido sencillo pero hermoso, sabía que en Aurora se vería mucho mejor. Lo tomó, golpeó la puerta y su hija estiró la mano para agarrarlo. Él regresó a su lugar, esperando que se lo probara y rogando por dentro que le hubiera gustado o si no, su madre desataría Troya.

—¿Y? —inquirió él, cuando la vio salir con su uniforme, ella tenía una sonrisa y sostenía el vestido contra su pecho—. ¿Nos lo quedamos?

—Nos lo quedamos. —Asintió su hija tendiéndole el vestido a la empleada, mientras la abrazaba—. Eres el rey más guapo que existe.

—Soy todo menos un rey, cariño.

—Te amo, aunque no seas un rey —señaló y Chars rio entre dientes. Cogió las bolsas y fueron a buscar los zapatos. No les llevó mucho tiempo, ella escogió unas sandalias con pedrería de taco bajo y aunque al principio no podía caminar terminó encontrándole la maña. Después de eso se dirigieron al área de las joyas y en lo que ella escogía, habló con la chica que atendía.

—Hola, Rocío. —Saludó a la muchacha, ella lo miró y sus mejillas blancas se tiñeron de rojo ya que tenía un enamoramiento por él, normal en los adolescentes que se fijaban en sus maestros o maestras, luego de que él le diera unas clases particulares—. ¿Tendrán ya listo lo que mandé a hacer?

—Sí, uhm... deme un minuto. —Ella tartamudeó. Aurora se pegó a él sonriendo.

—Todas te miran como tontas, pareces un galán de telenovela.

—Las hijas siempre creen que su padre es guapo.

—No es cierto. Tú eres muy guapo, papá. —Ella respondió y se sentó en unos sillones que se encontraban en la tienda. Cuando Rocío llegó y le tendió la bolsita de terciopelo negro, él le guiñó un ojo, y posteriormente se sentó al lado de su hija.

—Hace unas semanas mandé a hacer algo para ti, cariño —explicó con suavidad sosteniendo

la bolsita en sus manos—. Es algo especial para ambos y quiero que nunca te lo quites, ¿está bien?

Ella asintió y él vació la bolsa negra, dejando caer dos cadenas en las manos de su hija. Sostuvo la que era para él y la levantó para que ella la viera; era un corazón y dentro de este había un pequeño agujero en forma de corazón vacío, él tomó la otra cadena enseñándole el otro corazón pequeño. Ambos unidos y ambos con una inscripción.

«*H y A*»

—Yo soy el corazoncito, pequeño —dijo Aurora tomando entre sus dedos el corazón pequeño. Él asintió para después tomar una esclava del mismo color que llevaba su nombre y apellido. Él se la colocó y besó sus nudillos—. *Hache*, es muy bonita.

—Para mi niña, que el próximo año empieza secundaria —balbuceó besando su frente, Aurora cerró los ojos abrazándolo y él la sostuvo sintiendo aquella paz que solo sentía cuando tenía a su bebé en sus brazos—. Vamos, cariño, hoy es noche de chicas y noche de chicos, ¿no?

—¡Sí! Nona hará palomitas y tía pedirá pizza. Será genial.

—Trata de no emborracharte tanto, amor —bromeó subiendo las bolsas en el carro. Aurora sostenía el móvil de él pidiendo algo ligero para almorzar en su casa, cuando ambos llegaran seguramente ya estaría ahí—. ¿Qué pijama llevarás hoy?

—El de *Goku* —respondió y él asintió encendiendo el auto en dirección a su casa.

A las siete de la noche comenzaron a alistarse. Hora y media más tarde, ya se estaba terminando de abrochar la camisa, para ponerse encima el saco azul encima y dejando abiertos los primeros botones de su camisa. Cuando estuvo listo salió de su habitación, bajando hasta la primera planta.

—El azul hace juego con tus ojos —halagó su hija. Chars esbozó una sonrisa tendiéndole la corbata azul. Ella sonrió subiéndose a la silla y él se acercó para que su hija se la colocará—. Te ves muy guapo, papi.

—Y tú muy hermosa con tu pijama de *Goku* —bromeó besando su mejilla. Su niña estaba creciendo y él no podía evitarlo, verla crecer cada día, le hacía sentir tanto miedo; ¿Qué pasaría después? ¿Sería lo suficientemente bueno para cuidar de ella solo?

—Obvio que soy hermosa, ya que tengo al papá más guapo del mundo —dijo riendo. Entre bromas se encaminaron a casa de los abuelos.

Cuando llegaron, Aurora fue la primera en correr y lanzarse en los brazos del abuelo. Su niña era el orgullo de su padre y se podía observar porque la casa estaba llena de fotos de ella. Claro que también había de los otros niños, pero de Aurora había desde pequeñita y también videos. Ella era realmente especial.

—¡Mi niña ya es una mujercita de secundaria! —dijo Sorangel tomándola en sus brazos para hacerle cosquillas.

—¡Papá, aún no te has cambiado! —se quejó Oliver, besando la frente de Aurora e inclinándose para que ella le ayudara con su corbata.

—Hoy no iré, muchachos. Me quedaré con las mujeres de mi vida —señaló y besó las manos de Aurora que ahora estaba a su lado tendiéndole las películas que había traído—. Son jóvenes, diviértanse, pero con cuidado. Chars, cuidado, por favor.

Charles entendió, ya que hace unos días su padre había escuchado una llamada de él y Jul, para Andrés: Jul era una hija más.

—Bien. Nos vemos en un rato. —Chars se puso de pie caminando hacia su niña que estaba riendo por las cosquillas de su abuelo. Se acercó pasando los dedos por su dulce rostro—. Divierte, amor.

—Tú también, *Hache*. —Él sonrió y siguió a sus hermanos. Oliver había sido elegido como el

conductor designado, no debía tomar y él llevaría su auto. Solían hacerlo dos veces al mes, salir por una bebida, jugar algo o ir por ahí; pero siempre juntos. Esta vez tocaba discoteca y Chars sabía que no serían los únicos.

—Ahí está Omar —señaló Paul. Cuando se bajaron del auto, mientras Oliver lo estacionaba, vieron a Lucas llegar con un cigarrillo en la boca—. ¿Te dio permiso?

Lucas tenía una relación extraña con su ex.

—Gracioso —bromeó Lucas golpeando su hombro para saludar a Chars, Oliver llegó y entraron al local—. Que milagro que te separaste de tu hija, Charles.

—Espero que no hayan empezado sin nosotros, hoy tenemos planes hasta las cuatro. —Alex se quitó la chaqueta dejándola en la silla, a su lado Artemis negó haciendo señas para que el camarero se acercara.

—Dilo por ti, yo estaré temprano en casa.

—¡Vamos amigo, somos jóvenes! —Juan Pablo había llegado hacía rato y cuando los vio, se acercó. Posteriormente, Charles presentó a Omar, el hermano de Jul, el cual se integró rápido al grupo.

—No todos los días dejan escapar a Lucas —señaló burlón Alex, causando que su amigo lo miraran mal. La música estaba tan alta que apenas los dejaba hablar así que se tenían que gritar unos a otros para poderse entender. Un par de horas después estaban riendo, chocando sus copas y bailando con muchachas que estaban cerca de ellos. La noche iba muy bien hasta que Chars se topó con unos ojos de gata y unas curvas que arremetieron contra él. Todos se pusieron de pie para saludarla y cuando llegó su turno, ella le sonrió.

—Hola, Chars.

—Hola, Jul.

CAPÍTULO VEINTE: EL PRINCIPE QUE NO QUERÍA CORONA



—No hagan ruido —susurró Oliver, llevándose los dedos a los labios, Paul soltó una carcajada, pero después se llevó las manos a la boca callando su risa. Chars negó cerrando la puerta con suavidad, dejó el saco en la puerta y tiró de la corbata entrando a la sala.

Se suponía que Oliver no tomaría, sin embargo, terminó recordando su fallido matrimonio y nadie lo pudo parar, así que Artemis que había sido el que menos había bebido: fue dejando a cada uno a su casa.

Oliver se chocó contra la puerta y chilló haciendo muecas graciosas. Chars rio entre dientes observando la imagen frente a él; una que le gustó mucho.

Habían traído los colchones a la sala, dos para ser exactos. En uno estaba su madre abrazando a Rodrigo y siendo envuelta por los brazos de su padre, mientras él tenía la cabeza hacia atrás y roncaba. En el otro, se encontraba Diana que estaba con los brazos colgando, Aurora estaba hecha un ovillo, aferrándose a la chaqueta del escritor. Estaba seguro de que su hija la había traído a escondidas. Los gemelos estaban acurrucados al lado izquierdo de Diana, muy dormidos.

Él caminó con lentitud hacia su hija, poniéndose a su altura para rozar sus labios contra la frente de su pequeña hija. No había dudas de que su vida hubiera sido plana y sin colores si Ivana no hubiera llegado a su vida, sin ella su mayor amor no estuviera ahí con él. Charles no se arrepentía de tenerla consigo, no se arrepentía de nada y si debía pasar lo mismo nuevamente; lo haría.

—Vamos a dormir o se despertarán —señaló Paul y Chars asintió tomando una fina sábana que estaba cerca y cubrió su hija. La nena se movió, sujetó con mayor fuerza la chaqueta de su padre y escondiendo su rostro entre esta.

Y pensar fue ayer cuando la cargaba en sus brazos, que rápido pasaba el tiempo. Ya pronto Aurora cumpliría once años y él no podía evitar recordar todas las alegrías que ella le había traído. Su pequeña Aurora se había convertido en un ser hermoso, una niña talentosa e inteligente. Ella era un regalo que no merecía. Ojalá Chars pudiese pedir que Aurora no creciera más. En esos momentos, no comprendía la tristeza que lo embargó. A veces tenía el miedo de la crueldad del mundo en que vivíamos, tenía miedo de que Aurora saliera lastimada y él no pudiera hacer nada por protegerla.

Subió a su habitación y encendió el reproductor de música, escuchando a *Jaime Camill* con su canción *Señora de nadie*, en lo que se duchaba. Se sentía agotado, cansado y confundido. Jul había estado ahí. Sin embargo, con la misma rapidez que había llegado a saludarlos, era la misma con la que había desaparecido con sus amigos. Se la pasó bailando y riendo a carcajadas mientras el rubio estaba resentido. Se acostó y cayó rápidamente en los brazos de Morfeo.

No supo cuánto tiempo durmió o si lo hizo, porque el sonido de su celular lo despertó y

tanteando lo buscó en la mesa de noche. Nada. Se talló los ojos y caminó hasta el sillón donde estaban sus pantalones, sacó el móvil y contestó, renegando por aquel que lo había despertado tan temprano.

—Charles Maldonado.

—¡Eh, cuñado! Soy Fabián —contestó al otro lado con entusiasmo. Charles bostezó y se recostó en la pared esperando que siguiera hablando y así podía regresar rápido a la cama—. ¿Sigues en la casa?

—Sí, pero debes saber que me has despertado. ¿Qué quieres? —resopló, y el esposo de su hermana se echó a reír—. Habla antes de que corte la llamada, hermano.

—En unas semanas, Diana y yo cumpliremos otro año de casados, así que estoy organizándole una sorpresa.

—Vaya, mira qué lindo.

—Haré un vídeo y sé que tú eres quien tiene las fotos. ¿Crees que puedas buscarlas?

—Claro, amigo. Yo te las busco.

Ambos se despidieron y Charles no tuvo más remedio que espabilarse definitivamente para buscar las fotos que Fabián necesitaba. Sacó las cajas y se sentó en el suelo, abriendo los álbumes y sonriendo cada vez que pasaba las páginas. Se sorprendió al encontrar esa foto ahí, junto a las de cuando tenía menos de veinte años. En la foto, estaba de pie y en sus brazos estaba su Aurora, tenía unos cuatro o cinco años. Charles llevaba un pantalón azul marino, una camisa blanca y encima una cazadora de piel algo envejecida por el tiempo. Se veía joven, risueño y con grandes ojeras, pero siempre sonriendo. Recordaba muy bien esa época. Ese día fue muy especial, sobre todo por la sorpresa que recibió.

Sostuvo la foto en sus manos y la acercó a su pecho, cerró los ojos y una sonrisa tiró de sus labios mientras era envuelto en recuerdos maravillosos.

Estaba enseñando tercero de secundaria en un colegio público de Piura. Era viernes y celebrarían el Día del Padre. Ya tenían todo preparado para la gran celebración. Padres, profesores y alumnos se conglomeraban en torno al centro para participar de todas las actividades. Habría números de baile, poesía y canciones. Se sentía el gran alboroto que los profesores y auxiliares trataban de controlar, aunque eso resultaba imposible entre tanta gente. El evento inició, con la rifa de regalos de los padres. Los felices padres que ganaban subían al estrado, siendo vitoreados por sus hijos. Charles se imaginó así, en unos años cuando Aurora estuviera en el colegio. Su nena, ¿qué estaría haciendo ahora?

—Oiga, profe, ¿usted tiene hijos? —preguntó uno de los alumnos. El rubio se dio cuenta de que esperaban pacientemente su respuesta—. Ya pe, profe, ¿tiene?

—Esa manera de hablar, Torres —lo reprendió y el aludido rio con ganas—. Sí, tengo una niña pequeña.

—¡Hala, profe! Pero usted es bien joven, ¿tiene mujer? —inquirió otro, Charles lo ignoró, por lo que volvió a preguntar—. Yara, profe, que mala onda con usted. ¿No dirá nada?

—Dejen de preguntar y miren al frente —los regañó y molestos se giraron, el rubio trató de ocultar la sonrisa. Presentaron los números, grupos de alumnos que bailaban desde salsa hasta música de la sierra, selva y costa. Bonito bailes.

Después de esos números, volvieron a llamar a los padres para hacerles entrega de obsequios. Charles estaba agotado y esperaba que el evento terminara pronto. Después de ahí, iría a casa. Hoy no trabajaba y podría pasar tiempo con su nena.

—¡Del aula de tercer año B, tenemos dos regalos para un profesor! —exclamó la presentadora—, y es para un querido profesor. ¿Puede subir maestro Charles Maldonado?

El aludido levantó la mirada sorprendido y notando como era el centro de atención. Dejó el maletín y con lentitud subió al estrado mientras los padres, alumnos y algunos profesores aplaudían ya que la alumna le hizo entrega de un gran regalo envuelto en papel de regalo rojo con un lazo negro. Lo sujetó y la alumna que sostenía el micrófono lo abrazó.

—Muchas gracias.

—¡Y eso no es nada! Nuestro querido profesor de literatura es un buen padre. Por eso nuestro segundo regalo es que su niña preciosa lo está esperando por allá. —Al escuchar esas palabras, Charles giró el rostro atónito, viendo a su pequeña a unos pasos de él. Llevaba un vestido blanco, unos zapatitos negros y su cabello recogido en una coleta. Aurora rio y corrió hacia su padre, mientras Charles sorprendió la tomó en sus brazos y la abrazó con fuerza.

Su pecho vibró y escondió su rostro en el pequeño cuello de su niña. Se alejó y estiró la boca, dejando que su pequeña le diera un pico. Riendo la sostuvo y se giró hacia los demás, que lo veían con una sonrisa.

—Vaya, me han sorprendido mucho —señaló con la voz ronca viendo a su hija, la cual pasaba los dedos por su cabello y tiraba de este con suavidad—. Muchas gracias. Este ha sido el mejor regalo.

Agradeció y con las mejillas sonrojadas bajó con rapidez. Cuando llegó a su lugar se echó a reír al ver el rostro de sus alumnos. Estos encantados se lanzaron hacia su querido profesor y a la niña preciosa que sostenía en sus brazos e incluso algunos profesores se acercaron a felicitarlo y a conocer a la nena. El rubio besó las mejillas de su hija y rozó sus narices. Su preciosa. Su niña que lo volvía loco, la pequeña que lo hacía levantarse cada día para seguir en la guerra.

—Te amo, preciosa —cuchicheó mientras su nena señalaba hacia su abuela que sonreía en una esquina.

—Papi, lala ahí.

—Lo sé, preciosa. Han hecho un complot a mis espaldas —dijo, en lo que se la comía a besos—. Eso es trampa, amor.

—Ella no tuvo la culpa, muchachote —bromeó su madre dándole un abrazo cariñoso—. Una madre llamó a la casa preguntando sobre la esposa del maestro Charles Maldonado. Nos dijo que el salón de tercero le daría un regalo y querían que la esposa e hija estuvieran presentes.

—Por eso hacían tantas preguntas, ¿no? —mencionó el escritor, y ella le dio un apretón en los hombros—. Tendrás este fin de semana para ti, así que vamos. Pasaremos el día del padre en la playa, ¿te gusta la idea?

—Es perfecto. Iré a la casa por ropa para ambos y nos vemos en la casa.

—Diana ya se encargó de eso, cariño. Ahora solo debemos salir de acá. —Charles asintió dejando a Aurora en el suelo, ella estiró su manito y su padre se inclinó caminando con ella de la mano. Dos horas después ya estaban todos en la playa, disfrutando del mar y del sol. El escritor dejó a su hija en la tierra y ella salió corriendo en dirección a su tío Oliver. Luego de jugar con él un rato, su hija lo señaló a él y gritó con fuerza su nombre, obediente el rubio se acercó tomándola en sus brazos. Charles caminó por la orilla, cantándole y hablándole, mientras ambos veían como el atardecer abrazaba el puerto pesquero de Paita. Se sentaron en la arena y su hija se durmió en sus brazos mientras el escritor miraba el mar y se sentía pleno. Feliz, y todo era porque su nena estaba sana y estaba a su lado.

—¿Papá? —Chars sacudió su cabeza y soltó la foto. Su hija se encontraba de pie en el marco de la puerta y sosteniendo una taza de café humeante. Su padre se subió en la cama, palmeó a su lado y su hija se subió tendiéndole la taza—. ¿Qué tal la salida?

—Muy bien, ya conoces como son tus tíos —señaló y dejó la taza en la mesita de noche. Luego

se acomodó en la cama para abrazar a Aurora—. ¿Qué tal tu fiesta de chicas y no tan chicas?

—Oh, cierto. El abuelo no quería ver películas románticas —se quejó su nena y Charles sonrió porque Aurora siempre prefería ver películas románticas o de *Marvel*—. Al final vimos *Mi novia Polly*, es muy buena.

—¿Qué más hicieron, amor?

—Escuchamos música y bailamos. El abuelo sabe bailar salsa y me enseñó —comentó emocionada—. La próxima semana podemos hacer lo mismo, papi. Deben quedarse con nosotras también, ¿sí?

—Ya veremos, preciosa. Ve y cámbiate. Ponte algo fresco y cómodo.

—¿Vamos a salir? ¡Sí!

—Ve, cariño. —Aurora le dio un beso ruidoso y lleno de saliva, por lo que Chars se quejó. Ella salió corriendo de la habitación, a lo que él tomó su celular y tecleó con rapidez.

Chars 9:39 am.

Hay una feria en el pueblo de la Huaca, ¿vamos?

Al poco tiempo sonó, indicándole que habían contestado en el grupo.

Alex 9:40 am.

Debo recordarles que estamos en el tercer escalón, y nosotros (Artemis, Juan Pablo y Oliver) estamos ya pisando los cuarenta.

Artemis 9:44 am.

Falta mucho para los cuarenta, habla por ti, viejo.

Juan Pablo 9:52 am.

Son los nuevos 30 jajaja

Oliver 9:55 am.

Habla por ti, viejo. Estoy muy joven, mis treinta y cuatro me llegan como anillo al dedo.

¿Dónde nos vemos?

Juan Pablo 9:57 am.

No puedo, estoy con la organización de la nueva sociedad. Diviértanse mucho. Saludos a los bebés.

Artemis 10:00 am.

Y aunque pudiera. No.

Paul 10:02 am.

Amargado. Me apunto.

Chars 10:02 am.

Ajá, Artemis. Bien, diviértete haciendo nada. Nos vemos en mi casa para irnos todos en la camioneta de mi padre y así ahorramos gasolina.

Joaquín Bradner 10:03 am.

Yo también voy.

Alex 9:50 am.

Los niños no van, Joaquín.

Charles sonrió y mandó la hora, dio un último sorbo a su café y bajó en ropa de dormir a la sala. Su familia ya estaba sentada e incluso su hija riendo por las ocurrencias de sus tíos. Los hijos de Diana corrían de un lado a otro y Rodrigo estaba más dormido que despierto, al igual que su padre.

—¿Siempre a la feria?

—¿Feria? ¡Yo voy!

—No. Solo hombres —se burló Paul ganándose un jalón de orejas de su hermana Diana. Esta se quejó y su padre terminó reprendiéndolos a ambos, como si siguieran siendo niños.

—¿Y yo, papi?

—Sí vas, amor, claro que sí. —Le sonrió. Desayunaron con tranquilidad y luego se fueron a cambiar. Como Chars se había duchado temprano, solo tenía que rasurarse. Así que en lo que Oliver se bañaba, él se rasuraba y le contaba todo el lío de Jul, por lo que Oliver en ocasiones se asomaba para darle su punto de vista y en otras, soltar sus comentarios sarcásticos.

—Chars, dime algo, ¿Alex escribe tu vida amorosa? ¡Vas por el mismo camino!

—¡Eh! —se quejó Alex por el teléfono. Unos minutos antes había llamado y Oliver de chismoso le contó la situación—. La verdad, hermano, es que tu vida amorosa es un desastre, peor que la de todos.

—¿No has pensado en ser gay? Digo, papeado estás. Algún ciego te querrá.

Al escuchar los gritos de su hermano cortó la llamada y le dijo a Alex que luego seguirían hablando.

—¡Si las viejas chismosas ya terminaron de hablar, salgan! —gritó Paul molesto y Chars salió riéndose, por lo que se ganó un empujón de su hermano menor. Terminó de cambiarse y bajó encontrándose a su hija riendo a carcajada con Alex y Joaquín que bromeaban con ella.

—¡Papi, el padrino dice que tiene una gatita! —Aurora fue envuelta por los brazos de Alex—. Yo también quiero un gatito, papi.

—¿Qué pasó con los peces, nena? —inquirió con seriedad y su hija se sonrojó. Alex revolvió sus dedos por el pelo de su ahijada—. Sí, nena. Tener un animalito es mucho trabajo, ¿quién se hará cargo de él mientras tú estás en clases y yo en el trabajo?

—Vamos, no seas tan gruñón —bromeó Joaquín dejándose caer en el mueble y tomando entre sus brazos a uno de los hijos de Diana. Charles tomó a Luis, el otro mellizo de tres años, que escondió el rostro en su cuello, riendo—. ¿Quién más irá?

—Tía Sorangel, ¿aún hay huevos con platanitos fritos? —Todos giraron el rostro cuando Alex ingresó abrazando a la madre de Charles. Ella sonriendo lo guio hasta la cocina y él sonreía satisfecho—. Amo a tu mamá, Charly, en serio. ¿Pueden adoptarme?

—¡Rodrigo, ven aquí! —chilló el mayor de los hermanos, persiguiendo a su hijo de seis años que rehusaba a que su padre lo peinara. Ahora que Oliver estaba separándose de su esposa, su hijo estaba un poco más rebelde, no le quería obedecer, a pesar de que el mayor de los hermanos era un tipo de carácter duro. Molesto, tiró de su brazo y lo sentó—. Vas cambiando esa actitud, muchacho. Yo no soy tu madre para aguantar tus pataletas.

—¡Yo no quiero ir a esa estúpida feria! —gritó el niño. Todo quedó en silencio y el menor aprovechó para salir corriendo. El rubio mayor tomó la liga de su muñeca y se hizo un moño

alejando los rizos dorados que caían en su rostro.

—Yo hablaré con él. —Paul golpeó su hombro y siguió a su sobrino el cual había corrido en dirección al patio.

—Va mal el divorcio, ¿no? —Alex se sentó a su lado, ambos tenían la misma edad. Charles lo vio cansado, agotado y triste, las pequeñas arrugas se marcaron en aquel rostro jovial y coqueto, después de tanto tiempo lo vio mayor..., aunque siempre había aparentado más joven.

Oliver siempre había sido el tipo divertido, el que en el colegio llamaba la atención por su inteligencia y belleza. Nunca tuvo problemas románticos, tampoco ocurrió en la Universidad. Nunca se metió en problemas, siempre fue alguien estable y cuando se enamoró; dijo que tenía todo lo que quería. Claro, hasta hace unos meses que empezaron los problemas. Su esposa lo celaba con cada paso que él daba y ella saliendo todos los viernes. Una noche familiar, todos habían tomado demás y finalmente ella gritó que ya no sentía lo mismo, que había conocido a alguien.

Después de eso siguieron viviendo en la misma casa por Rodrigo, pero en diferentes camas, tratando de que su hijo no se diera cuenta de la separación. Hasta hace unas semanas, que Oliver ya no pudo más y terminó saliendo de su casa con todo y maletas, por lo que su niño se había enterado de todo. Y así fue como aquella familia perfecta se rompió, su hijo estaba molesto con ambos y no hacía más que portarse mal; a pesar de que estaba yendo a terapia, nada parecía funcionar.

—Cumpliré treinta y seis años el próximo año, mi esposa me deja y mi hijo está molesto. Claro que está mal —murmuró agotado y Aurora corrió hacia él, dándole un abrazo y un beso—. Lo necesitaba, cariño. Gracias.

—Bueno, por eso yo no me he casado. —Paul regresó e hizo señas que Rodrigo seguía en el piso de arriba—. Ánimo, hoy será un buen día.

—¡Barriga llena, corazón contento! —Alex entró de la mano de la madre de los Maldonado, al notar el ambiente tenso, inquirió—. ¿Pasó algo?

—Que se nos hace tarde, muchachote. ¿Llevan todo? Podemos acampar también, mi padre traerá las carpas.

—Bien, aquí están las llaves de la camioneta, hijo. Espero les sirva.

—Gracias, Andrés. Se la cuidaremos. —Joaquín estrechó las manos con el papá de sus amigos. Esperaron unos minutos a que Rodrigo llegara y salieron para subir a la camioneta.

—Bien, creo que tenemos todo. ¿Han cargado sus celulares? —inquirió Joaquín. Estaban todos dentro, por lo que Charles comentó.

—Se aproxima la fiesta de Aurora y buscan un padrino. Se lo iba a pedir a Artemis, que es el que tiene más dinero, pero con ese carácter de viejo gruñón que tiene, va a espantar a los niños así que, al tú ser el segundo con dinero, te lo pido a tí —dijo entre risas, mientras los demás se echaban a reír y Alex hacía una mueca graciosa.

—Mira, qué amable el muchacho, ¿no?

—¡Acepta padrino! —Ambos giraron viendo la sonrisa en los labios de Aurora y Alex no pudo decirle que no.

CAPÍTULO VEINTIUNO: MÁS ALTO, CHARS



—¡Más alto, papá! —gritó la hija del rubio, Chars sonrió y la levantó colocándola en sus hombros y sosteniendo sus manos.

Rodrigo iba riendo en los hombros de Paul, mientras que Alex y Joaquín, iban jugando a la platita, el mayor de los hermanos iba ganando más de cinco soles y Joaquín perdiendo, solo se había quedado con diez céntimos. Oliver sostenía entre sus manos los peluches que los niños habían ganado, en lo que seguían recorriendo la feria, comiendo y jugando.

—Vamos por una bebida helada y algo de comer —sugirió Joaquín, entrando a un pequeño local donde estaban vendiendo comida—. Tres fuentes de ceviche, chicha morada para los niños y cerveza para los demás.

—Un menú de mariscos, ¿qué quieres, amor? —Charles pidió para él y luego dirigió la atención a su hija que se servía un vaso de chicha morada.

—¡Chicharrón, papi!

—Rodrigo, hijo, ¿qué quieres? —El hermano mayor de los Maldonado le preguntó a su hijo. Este dirigió la mirada a su padre y luego a Paul, que al ver que no contestaba, le preguntó.

—¿Rodri?

—Saltado, tío.

—Un sudado de pescado, ¿pueden ponerle unas tapitas de limón? La muchacha asintió y el de ojos claros aplaudió satisfecho.

—¡Yo quiero un chilcano y un picante de pescado! —pidió Alex y gimió bajito cuando vio los platos pasar por su lado.

—¿Cómo no engordas? ¡Comes como si no lo hubieras hecho en días! —Oliver se quejó para después pedir una sopa de pescado. Comieron entre risas, chistes y anécdotas. Pasadas las cuatro de la tarde, volvieron al carro y esta vez Charles manejó. Tomó la ruta de la chacra en dirección del río. No había dicho nada, y sonreía satisfecho cuando los niños y los demás hacían preguntas. Quería que fuera una sorpresa.

Estacionó el carro y bajó, los demás lo imitaron y Oliver empezó a sacar las sillas y sombrillas para después señalar a sus espaldas y mostrarles el río. Los niños gritaron de felicidad y los mayores sonrieron, sacando los celulares para empezar a sacar fotos. Estuvieron lo que restaba de tarde ahí, sonriendo, mojándose, jugando y disfrutando en familia.

Luego de eso, los mayores se sentaron sentado en las sillas que habían traído admirando la naturaleza. Aurora dormía en los brazos de Charles, como siempre aferrada a él.

—Tienes varios tatuajes, ¿cuándo te hiciste el libro? —inquirió Joaquín señalando el tatuaje en su hombro, Charles sonrió viendo el atardecer y suspiró.

—Hace unos meses, Aurora tiene un libro viejito que no deja para nada, así que decidí

tatuármelo.

—Es increíble el amor que siente un padre hacia sus hijos, ¿no? —Alex señaló llevándose un cigarrillo a la boca, viendo a su amigo sosteniendo a su hija con ternura—. Realmente has sido un padre luchón, es increíble lo que has hecho. Tienes mi respeto, Chars.

—De todos, por supuesto. Recuerdo perfectamente ese día —recordó Oliver acostándose más en la silla y deleitándose con el atardecer—. Aurora estaba fría y lloraba. Diana la tomó en sus brazos y en un susurro me preguntó « ¿Así era Chars de pequeño? » Yo miré al bebé y sonreí cuando la contemplé; era idéntica y también igual de llorona que su padre. Tenía el ceño fruncido, como diciendo: ¡No me gusta estar aquí! Tal y como lo hacía Charles.

Todos soltaron una carcajada. Ante el relato de Oliver, el aludido sonrió avergonzado bajando la mirada para ver a su hija seguía durmiendo, a pesar de las risas de sus tíos y padrino.

Paul volvió con cervezas, se sentó al lado de Oliver y ambos chocaron sus cervezas.

—La primera noche durmió con su padre, yo me percaté en cómo temblaba. Chars realmente tenía miedo, tanto así, que nos quitó las almohadas, rodeó a la nena y él durmió en el filo de la cama. Acariciaba su piel, como si nunca hubiera tocado un bebé y suspiraba como enamorado —comentó de forma alegre Paul, los demás rieron.

—Ella llegó a cambiar mi vida de buena manera. ¿Qué sería de mí sin esta criatura? —lanzó la pregunta viéndola abrir sus ojos y luego tallárselos. Chars se inclinó besando sus mejillas y su niña rio—. Treinta y un años, con un título universitario y siendo el padre de una niña preciosa e inteligente.

—Ten, Charles, para la baba. —Alex le alcanzó un balde y todos se carcajearon. Y es que era verdad, el rubio babeaba por su hija.

Esa noche todos acamparon, su hija abrazada al pecho de su padre mientras ponían malvaviscos en el fuego y compartían historias de terror. Durmieron todos afuera, abrazados y con el corazón lleno de felicidad.



—Y así terminó nuestra relación —comentó Paul con una mueca en los labios. Ella mordió su dedo con lentitud para después estirar su mano y tomar la del muchacho. El menor de los Maldonado la miró y la mujer le regaló una sonrisa sincera.

—Todos nos hemos enamorado, hemos amado y nos han roto el corazón como a cualquier ser humano —señaló la chica con lentitud. Miró su taza de café a las tres de la tarde y rio entre dientes, solo ella podía tomar café en pleno verano—, pero la vida es así, uno aprende y aunque la lección es dolorosa; no podemos darnos el lujo de detenernos por un corazón roto.

—¿Me costará esta terapia? —bromeó el muchacho haciendo resaltar los bonitos hoyuelos que había heredado de su hermano mayor. La enfermera rio entre dientes empujando su hombro con suavidad. Él tomó sus manos y dejó un beso en sus nudillos con suavidad—. Gracias por el consejo, no quise hablar con mis hermanos porque cada uno tiene problemas.

—Sí, me enteré de algo. Hasta donde tengo entendido Oliver ya se divorció, ¿no?

—Sí, es lo mejor, por Rodrigo y por ambos padres. Con Charles, bueno, no podemos dejar el pasado fácilmente atrás y más cuando vuelve con un abogado y la intención de arrancarle a la niña.

—El abogado del diablo —afirmó llevándose la taza de café a la boca para darle un sorbo. Ella levantó la mirada cuando la puerta de la cafetería sonó, una manta de rizados dorados se asomó y luego unos ojos claros la taladraron. Él se acercó a zancadas hacia donde estaban y sus labios se curvaron en una fina línea.

El rubio estaba molesto y Jul creía entender el porqué. Llevaba tres días tratando de

contactarla y ella simplemente había desviado las llamadas, le había dejado en visto los mensajes y lo había ignorado las veces que se habían encontrado en la calle. No quería verlo, porque sabía muy bien que la relación que ambos tenían, los llevaría al fracaso. Estaba demasiado enamorada como para ponerse a luchar por su corazón. Charles quería mantenerlo en secreto, y Julie quería gritar al mundo entero que por fin tenía la atención del escritor que tanto amaba.

—¿Charles? ¿Qué haces aquí? —preguntó Paul poniéndose de pie para saludar a su hermano, este le sonrió en su dirección y tomó asiento frente a la muchacha sin preguntar—. Creí que estarías loco con las cosas de la brujita.

—Vengo de comprarle algunas cosas, ya que Henry será su pareja. ¿Qué hacen aquí? ¿No deberías estar con tu novia?

—Ella se encuentra en el mercado nuevamente, ¿verdad, Paul? —inquirió juguetona pasando sus dedos por los hombros del mencionado y él asintió con una sonrisa falsa. Ella alzó una ceja cuando Chars lanzó un gruñido e hizo una seña al camarero sin dejar de verla.

—Ya me imagino cómo estarás. Bueno yo los dejo, debo ir por mi traje para esta noche. Hermano, enfermera bonita. —Se despidió dándole la mano a su hermano y besando la mejilla de Jul. Cuando él se fue, Chars cambió de asiento y fijó sus ojos en la mujer.

—¿Qué tanto me miras, Charly? —preguntó tratando de que él no notara lo nerviosa que se encontraba.

—¿Por qué no has contestado mis llamadas? Fui a la clínica y me dijeron que saliste acompañada de un colega, ¿quién era él?

—¿Y a ti qué te importa, idiota?

—Solo pregunto, ¿no puedo hacerlo? —siseó inclinándose y ella se alejó. Él achinó sus ojos, mas no se acercó.

—¿Ahora te preocupas? Hasta donde tenía entendido era tu amante, ¿por qué no me aclaras eso? —señaló mordaz y cruzó sus brazos con molestia. El escritor se puso de pie, tomando la silla para colocarla a su lado, se sentó y se inclinó lo suficiente para que su aliento la golpeará.

—¿Qué es lo que te sucede, mujer?

—No sé realmente qué somos. Un día me besas, me dices que me quieres y al otro huyes, ¿a qué estás jugando, Chars?

—Debes entenderme...

—¡Claro que te entiendo! ¡No me quejo de tu hija, ya que la adoro! —explotó atrayendo más de una mirada. Sus mejillas adquirieron un color carmín, e incómoda sonrió—. Tú tienes claros mis sentimientos hacia ti, Chars. Sin embargo, yo no sé exactamente qué sientes por mí.

Se puso de pie sacando de su billetera algunas monedas, las dejó en la mesa y salió con rapidez. Chars partió tras ella. La mujer caminaba con rapidez por lo que se le hacía difícil seguirla. De un momento a otro, empezó a correr en dirección al parque que estaba cerca. Jul se detuvo y el rubio aprovechó para enredar la mano alrededor de su codo y atraerla a su pecho. Forcejeó con ella y sus ojos se cristalizaron cuando se encontró con los suyos.

—¿Qué sucede? Y no me digas que nada porque estás llorando, preciosa —murmuró con suavidad y ella terminó golpeando su rodilla contra su entrepierna. Las comisuras de sus labios se elevaron en una sonrisa y las manos del rubio bajaron hacia la parte afectada.

—Te mereces eso y más, patán.

—¡¿Qué fue lo que te hice?! —gritó aguantado las ganas de gritar ante el dolor intenso que ahí abajo. Apretó los labios y trató de relajarse. Cuando volvió sus ojos hacia ella, la vio resoplar y apretar sus puños con fuerza, caminó furiosa hasta él y estrelló con fuerza la palma contra su mejilla—. ¡Carajo! ¿Qué te sucede, mujer?

—¡La besaste! ¿Eso es suficiente, idiota? ¡Besaste a la mujer que dices odiar!

—Oh...

—¿Oh? ¡¿Es lo único que dirás?! —masculló entre dientes provocando que sus mejillas enrojecieran. Él tuvo que aguantar las ganas de reír al verla en aquella faceta, una que ocultaba muy bien. La enfermera se giró y siguió avanzando, cuando Chars se recuperó la siguió.

—Quería probar.

—¿Qué querías probar? —inquirió fastidiada.

—Lo que sentía por ella —respondió sin más, ella se giró apretando sus labios y alzó la ceja esperando una respuesta suya—. Ivana me hizo mucho daño y lo cierto es que hay un sentimiento fuerte hacia ella...

—¡Vete al diablo! —vociferó molesta y Chars gruñó envolviendo sus manos alrededor de su cintura para apretarla, ella forcejeó y esta vez, él cerró sus piernas para que no pudiera golpearlo—. ¡Suéltame, Charles!

—No lo haré hasta que me dejes hablar —replicó inclinándose para chocar su frente contra la suya con suavidad, ella cerró los ojos normalizando su respiración mientras esperaba que él prosiguiera—. Ivana me importó mucho en su momento, la quise de una manera tonta. Lo que ambos teníamos era algo tóxico, peleábamos y ella se iba a alguna fiesta mientras yo tomaba. Nos reconciliábamos en la cama y no hablábamos. Verla ahora, siendo más maduro, me hizo darme cuenta de muchas cosas.

»Mi hija es una de las mujeres que más amo, que me importa y que daría todo por ella. Y tampoco puedo negar que siento algo por Ivana, una atracción que me hace perder el control...

—Calla, Chars. Me estás lastimando.

—Tú me importas mucho, eres una mujer increíble y desde el primer momento me pediste que te hablara con la verdad, y eso estoy haciendo —señaló—. Ella forma parte de mi pasado y ahí se debe quedar.

—No quiero ser tu amante, Charles. No quiero estar detrás de ti como una mocosa enamorada. Ambos hemos cambiado, madurado, y tú tienes una hija. Estamos en una etapa diferente.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo adecuado ahora es terminar la relación o lo que sea que tengamos, Charles.

—Julie...

—Ambos estamos lo suficiente grandecitos para cometer errores. Tú tienes una hija y yo quiero estabilidad. Yo adoro a tu hija, pero tú sigues atado a un pasado que fácilmente no te dejará ir.

—Vamos, nena.

—Tú vienes y te vas, Charles. Yo no puedo arriesgarme a enamorarme y a que tú te vuelvas a ir —balbuceó dolida alejándose del escritor—. ¿Y si me enamoro más de ti? No quiero caerme otra vez, perderme y no saber cómo salir. Te he amado por muchos años, y cuando creí que tendría la oportunidad, solo pude tener una pequeña parte de ti. Yo me merezco más que un amor a medias, tú no me haces bien.

—¿Me dejas?

—No vaya a ser que te quiera y te vuelvas a ir —contestó. Finalmente se giró y se alejó por completo. Esta vez, él no hizo nada para detenerla y se quedó ahí de pie sin saber qué hacer. Nuevamente estaba perdiendo personas importantes en su vida, nuevamente estaba siendo un cobarde.

Charles siempre supo que Jul sentía cosas por él y creyó que confundía sus sentimientos, es decir; pasaban mucho tiempo juntos, compartían momentos y era normal que se pudieran confundir los sentimientos. Ella se fue y no la volvió a ver hasta que Aurora ya estaba más grande, después

la siguió viendo hasta que terminó atada entre sus brazos y él sediento por su boca.



Ese día era la fiesta en el colegio de su única hija, de su preciosa niña que estaba creciendo hasta convertirse en una muñeca hermosa e inteligente. Ella estaba creciendo muy rápido y él temía perderla. Verla de pie sosteniendo entre sus dedos el colgante que le había regalado, lo sacó de su ensoñación. Aurora lentamente se giró sonriéndole a su padre mientras Chars se acercaba para ayudarle a ponerse la cadena.

—Te ves hermosa, mi vida —la halagó y le colocó el colgante. Luego de ayudarla con los zapatos, le dijo—. Te he criado con los valores que mis padres me criaron, te he mostrado el valor del trabajo y el amor. Y ahora solo puedo decirte que estoy orgulloso de la muchachita en la que te estás convirtiendo.

—Parece como si no me fueras a ver más —soltó una risita, enredando sus manos en la cintura de su padre. Él se inclinó besando su cabeza.

—Aún falta mucho. Quiero que este día sea muy especial para ti, mi vida, ¿sí?

—Has estado muy callado hoy. ¿Qué sucede? ¿Tienes fiebre? ¿Te volviste a chancar los dedos? —Charles rio entre dientes, en lo que su hija le escrutaba las manos—. ¿Papá?

—Estoy bien, amor. Hay que darnos prisa, la familia está abajo y está como loca.

—¿Llevan cámaras?

—Y bien cargadas.

—¡Ay, no! —exclamó. Bajaron las escaleras y Aurora sonrió viendo a su familia sostener la cámara en su dirección. No se hicieron esperar y comenzaron a tomar fotos como locos, todos al mismo tiempo. Chars disfrutó de ver a su hija sonrojada huyendo de la mirada de Henry mientras Luke, su padre, reía también.

El escritor se mantuvo en silencio durante todo el trayecto. Aún se encontraba afectado por la conversación que tuvo con Jul y también estaba callado porque Lucas le había dicho que esa semana salía la respuesta del juzgado. Tantas emociones juntas y no sabía cómo reaccionar.

Estacionó el auto y cuando iba a bajar para ayudar a su hija, vio a Henry sonreírle y tenderle la mano. Ella le sonrió y Aurora cerró la puerta sin siquiera mirarlo. Un golpe en el hombro le hizo salir de su ensoñación y se encontró con una sonrisa burlona en los labios de Luke, por lo que ambos bajaron del auto.

—¡A ver, chicos, vengan aquí con su pareja! —pidió la profesora. Se acercaron a donde estaban sus hermanos y los demás padres. Los ojos de Chars fueron nuevamente dirigidos hacia su hija que reía por alguna cosa que había dicho el hijo de su buen amigo.

—Está creciendo muy rápido, ¿no? —inquirió Luke, pasando los dedos por su cabello revuelto. Chars asintió manteniendo sus manos dentro de los bolsillos del pantalón—. Mi pequeño ratón llegará en poco tiempo.

—Aprovéchala todo lo que quieras ahora. Desde que empiezan a crecer se comienzan a enamorar —murmuró bajo y Luke carcajeó abiertamente llamando la atención de algunos padres—. ¿De qué te ríes, idiota?

—¡Estás celoso!

—¡Claro que estoy celoso! ¿Tú no lo estarías si tu hija ya estuviera mirando al sexo opuesto? —siseó y sus hermanos soltaron una carcajada al escucharlo. Su padre negó divertido sacando la cámara cuando su nieta se formó y sonrió hacia él con un brillo especial.

Aurora amaba a su abuelo y él la adoraba a ella. Recuerda perfectamente aquel invierno, uno donde dejó a su pequeña niña de cuatro años llorando porque él debía trabajar.

—¡Abuelito, abuelito! —gritó Aurora bajando las escaleras corriendo. Todos se giraron viendo

a la pequeña correr con lágrimas en los ojos. Ellos habían aprovechado que se había dormido para poder despedir a su padre que se iría a la capital por trabajo. Andrés se giró sonriendo al verla correr, se puso a su altura enredando las manos en su cuerpo.

—¿Por qué lloras, Aurorita?

—Abuelito, te vas —susurró la nena con la voz quebrada ocultando el rostro en su pecho. Todos se quedaron en silencio observándolos, Andrés sonrió besando su cabeza.

—Pero volveré, Aurora. Solo me iré por unas semanas y estaré pronto por aquí.

—¿Lo prometes, abuelito?

—Claro que sí, mi Aurorita.

Chars sonrió viendo como aquel bebé que lloraba cuando su abuelo se iba y ahora sonreía para que le tomara fotos. Su abuelo le lanzó un beso cuando ella le agradeció. Los alumnos fueron formados y a los padres los hicieron entrar al local que había sido decorado para la fiesta.

Su madre sonreía diciendo que su nieta era la más hermosa, mientras que Diana la apoyaba y Paul se reía. Oliver y su padre tomaban fotos. Chars solo tomaba algunas, de manera discreta y no se perdía ningún movimiento de su hija; ni su sonrisa que esa noche brillaba como nunca. Henry la sostenía como si fuera de cristal, la miraba con ternura y eso le afectó.

—Henry es un buen chico, Chars.

—Eso ya lo sé —le respondió a Luke—, pero él sigue siendo mayor y mi hija una bebé.

—Aurorita se irá a la secundaria el próximo año, ¿sabes cuántos muchachos se enamorarán de ella? Aurora es preciosa, inteligente y amable.

—No me hagas que busque trabajo en el colegio para estarla cuidando de esas moscas —siseó entre dientes—. ¡Aurora es un bebé!

—¡Dios mío!

—Está de más decirle a este cabezón que su hija crecerá —señaló una voz tras suyo, Chars maldijo reconociéndola. Omar, el hermano de Julie. Se puso de pie viendo que no venía solo, también estaban Alex y Julie, por supuesto. Ella lo miró unos segundos y luego lo esquivó.

—Es más celoso este tipo. —Rio Alex golpeando su hombro, con la mano libre sostenía una caja grande de color lila—. Deja que crezca el bebé.

—Lo dices porque no tienes hijos, amigo mío. Te llegará el momento.

—Eso no es gracioso, Chars —maldijo Alexander alejándose ya que la profesora lo había llamado. Chars sonrió cuando su hija llegó hasta él y enredó las manos alrededor de su cintura.

—¡Tío Omar, tía Julie! —Aurora rápidamente se soltó para abrazarlos—. ¡Qué guapa estás, tía Julie!

—No, cariño, tú estás más guapa —la aduló, Chars sonrió viendo como ella se inclinaba y besaba la mejilla de su hija.

—Luke, te presentó a Omar y Julie, vecinos y amigos de toda la vida —Los presentó y el aludido se puso de pie estrechando las manos. El evento empezó, y la directora dio algunas palabras junto al padrino Alex. Él les hizo entrega de un regalo especial para cada uno y se tomó fotos con ellos.

—Y ahora viene el baile con los padres —dijo la profesora. Aurora lo buscó con la mirada y Chars le sonrió con ternura cuando su nena estiró su mano hacia él. Charles se puso de pie arreglando su traje. Sin saber por qué sus ojos se fueron hacia atrás encontrándose con unos ojos oscuros.

¿Qué hacía Ivana ahí?

Lo que no le gustó fue que ella sostenía unos papeles en sus manos, que sonreía con suficiencia y luego él cayó en cuenta de algo. Tomó su celular viendo que tenía muchas llamadas perdidas de

Lucas y varios mensajes, por lo que abrió el primero:

Lucas 9:22 pm.

He tratado de llamarte y a tu familia también.

Desde temprano he tratado de comunicarme. ¿Dónde diablos tienes el celular?

Amigo, la jueza ha dispuesto que Ivana vea a tu hija dos horas a la semana.

Hice todo lo que pude, pero biológicamente es su madre.

CAPÍTULO VEINTIDOS: NO PUEDES ESCAPAR DE ELLOS



Charles miró el celular más de una vez y Alex se acercó tomándolo, cuando leyó el mensaje también negó, pero el rubio no habló. En un momento, ya sus hermanos sabían qué sucedía y entendían la mirada de su hermano, el miedo y el por qué su cuerpo estaba temblando.

—Vamos a solucionar esto, por ahora ve con tu hija. —Luke tomó su celular y Chars alzó la mirada por primera vez—. No vas a perderla.

Charles sacudió su cabeza y asintió sonriendo. Aunque sus labios temblaban, los volvió una fina línea y miró hacia donde estaba su hija esperándolo con una sonrisa enorme. Apretó los puños y trató de relajarse, sin embargo, en esos momentos lo único que quería era lanzar todo al suelo, golpear con sus puños la pared hasta que todo ese dolor se fuera. Caminó a pasos lentos hacia su niña y tomó sus manos entre la suyas, llevándolas a su boca para dejar un beso ahí.

—¿Estás feliz, nena?

—Estoy feliz, papá —contestó su nena. Charles miró alrededor para después guiñarles un ojo a sus amigos, envolvió sus manos en la cintura de su hija y la levantó, dejándola encima de sus zapatos. La niña avergonzada enterró su rostro en el pecho de su padre mientras él reía feliz. Tomó ambas manos y empezó a moverse mientras Aurora hacía todo por mantenerse pegada a su padre y no caer. Más de un padre había girado al verlos, no obstante, en ese momento solo eran Charles y Aurora. Él riendo a carcajadas y su hija viéndolo reír, siguiéndolo, su nena siendo feliz a su lado. Lo demás no importaba.

No importaba que esa misma semana Ivana pisaría su casa, que esa semana se presentaría como madre de Aurora, que esa semana tendría mucho miedo de perder a su hija.

De un momento a otro, Aurora se bajó de sus pies y tomó las manos de su padre, Charles la tomó de la cintura y la levantó, mientras su niña envolvía las manos alrededor de su cuello. Giró, una y otra vez, no se detuvo y sonrió sintiendo el cuerpo de su hija vibrar.

—Haré todo porque seas feliz, Aurora. Todo por ti, amor de mi vida —balbuceó contra su oído y la niña se aferró más a su pecho como si temiera ser separada del hombre que más quería.

La canción terminó y él la bajó, inclinándose para verla a los ojos. Aurora seguía riendo y sus ojos brillaban con intensidad. El rubio se permitió fijar los ojos en su rostro, en cada lunar y cada peca que tenía en el puente de su nariz, y aunque buscó parecido de Ivana en ella; no encontró. Ivana fue una mujer sin autoestima, alguien que no había afrontado sus problemas y caídas. Es por eso que Chars se había dedicado a que su hija fortaleciera su autoestima, que supiera que en el mundo no solo había buenas personas, también estaban esas que dañaban al otro para sentirse bien consigo mismas. Él le había inculcado valores y le había dado todo el amor que ella necesitaba.

—¿Harás eso para mis quince años?

—Eso y más, mi amor.

—Papá —llamó su atención y los ojos claros de Charles la miraron, por un momento la niña se quedó en silencio para después sonreír—. ¿Me amarás siempre?

—Aurora, en mis brazos siempre encontrarás protección y amor, siempre voy a cuidarte. No quiero que olvides eso, tampoco olvides que te amo y haré todo por verte feliz. —Se inclinó besando su frente, se alejó para ver a su pareja acercarse y tomar su mano. Henry le sonreía, ellos ya no se tomaban de las manos solo se movían en su lugar y hablaban. Su niña estaba creciendo y él no podía hacer nada.

—¿Crees que siga con el mismo concepto de los novios? —inquirió Paul cuando él se sentó, Chars rio entre dientes recordando cuando Aurora tenía cinco años. Habían salido todos a comer y su niña había visto una pareja darse un beso y las preguntas habían empezado.

—¿Por qué se besan, papi? —Chars hizo una mueca viendo como Paul reía entre dientes y levantaba las manos negando repetidas veces.

—Porque son novios, amor.

—¿Yo tendré novios?

—¡No! —exclamó y se inclinó hacia ella pasando las yemas de sus dedos por el puente de su nariz pequeña—. ¿Recuerdas lo que te dije hace unos días?

Ella arrugó su bonita nariz, por lo que pasó los dedos por su rostro, negó repetidas veces hasta que después sonrió y se inclinó hacia adelante manchando su mentón con helado de fresa. Aurora se echó a reír y Paul pasó los dedos por su mentón retirando el helado y después se lo llevó a la boca.

—Muy rico, creo que pediré de fresa como Aurora —bromeó haciéndola reír, Chars achinó los ojos y regresó la mirada a su hija.

—¿A qué edad las niñas deben tener novio?

—A los treinta y cinco años. —Aurora tartamudeó y Chars tuvo que repetir la frase para que lo dijera correctamente, apenas estaba aprendiendo números, pero el rubio ponía mucho empeño para que la pequeña repitiera esa cifra con claridad ante los demás.

Chars pudo ver la duda en los ojos de su hija así que le sonrió asintiendo repetidas veces.

—Uhm, muy bien —consideró—. ¿Crees que es buena edad?

—¡Sí!

—Muy bien, ¿cuánto te falta a ti? —Ella miró sus manos y vaciló, Chars sonrió embobado—. ¿Cuántos años tienes tú?

—¡Cinco! —exclamó abriendo su palma.

—Cinco, cierto, te faltan treinta años —señaló él. Sus hermanos soltaron una carcajada al ver el rostro de su sobrina mientras que Diana grababa todo—. Treinta años, está bien, ¿no?

—¡Sí, papi!

—¡Esa es mi reina! —Rio estirando su mano y Aurora se carcajeó chocando la suya, Diana y su madre negaron viéndolo fijamente—. ¿Y quién es tu príncipe?

—¡Papi!

—Pero que bonita mi reina, ¿ven? —inquirió juguetón mirando a su madre y hermana—. ¿Qué?

Chars rio entre dientes al recordar eso, Paul le sonrió de vuelta y ambos levantaron sus copas y las chocaron como brindis. Los ojos de Chars volvieron a la pista observando a su hija bailar muy a gusto con Henry, él le hablaba y se inclinaba con sutileza y Aurora parecía encantada.

—¿Chars? Dejaron esto para Aurora. —El aludido estiró la mano cuando Luke le tendió una cajita de terciopelo. Confundido dejó la copa a un lado y abrió la caja con lentitud, era una cadenita de oro, el dije era un corazón y mayor fue su confusión al girarlo.

Mi Alma, mi Alba.

—¿Quién fue?

—Ella. —No dijo más porque sabía que su amigo lo entendería. Chars gruñó y se puso de pie saliendo rápido de ahí, la buscó y cuando vio una sombra a lo lejos corrió hasta ella, no gritó su nombre, pero la mujer sabía que era el escritor quien corría atrás suyo.

—Te tardaste mucho, Charles.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo te enteraste de esta fiesta? —masculló entre dientes enredando su mano alrededor de su brazo—. ¡Habla!

—Me estás lastimando, Charles. ¡Suéltame!

—¿Qué mierda haces aquí?!

—¡Me estás lastimando! —Ivana jadeó y Chars la soltó. Su mirada bajó hasta el brazo de ella, viendo las marcas de los dedos en su piel. Ivana le miró molesta y el rubio le regresó la mirada—. ¿Tanto me odias?

—Vete de aquí, no quiero que Aurora sufra.

—¿Crees que le haría daño a mi hija? ¿Tan mala me crees?

—La abandonaste. ¿Qué más pruebas quieres? —escupió molesto. Ivana jadeó llevándose las manos a sus mejillas, quitando el maquillaje corrido—. Estás poniendo mi vida patas arriba, ¿no te das cuenta de que me haces daño?

—Cometí un error y lo sé. Era una niña que no sabía qué hacía.

—Esa no es una justificación. ¿Qué haces aquí?

—Ya no puedes tapar el sol con un dedo o peor aún; mantener a la niña en una caja de cristal —arrugó la carta que llevaba en su mano y golpeó el pecho del rubio, este la observó fijamente—. Veré a mi hija una vez por semana, seré parte de su día a día y tú no podrás hacer nada.

—Ya lo sé, a pesar de que hubiera querido evitarlo, sin embargo, no puedo. Eres su madre aunque no quisiera que lo fueras —replicó enfurecido—. Aurora ha deseado tener una madre como Diana o como la mía, no una mujer frívola que vuelve después de años como si hubiera dejado un cachorro y la fuera a recibir con lamidas.

—He cambiado.

—Vete de aquí, Ivana. Hazlo ahora —respondió cansado, alejándose de ella. Tiró de la corbata y empezó a caminar lejos de ella. Estar cerca lo ahogaba, se perdía lentamente.

—Te mentí —murmuró con la voz ronca. Chars se detuvo sin voltear a verla—. Te mentí cuando te dije que nunca te había amado. Eso no es cierto, yo siempre te amé. Yo aún te amo, Charles.

—Cállate, por favor —respondió con la voz quebrada ante sus palabras. Se enfrentó a ella, y se encontró a la mujer llorando—. Traes el pasado y aunque ya no siento nada por ti, me hace revivir momentos donde pisé el mismo infierno.

—¡Déjame hablar! —exclamó y Chars apretó los labios con fuerza, con tanta fuerza que estos se pusieron blancos.

—Cuidado y terminas mordiéndote la lengua —dijo con voz cargada de amargura—. Cuidado y te envenenas.

—¿Solo eso tienes para mí, Charles? —preguntó bajito y él la miró con indiferencia—. ¿Y el amor que decías sentir?

—¡Basta! —estalló furioso cuando el pasado se acercó y acunó su rostro. Él cerró los ojos con fuerza sintiendo su corazón bombear con rapidez, estaba tenso y nuevamente roto—. No caeré en tu red nuevamente, no lo haré.

—No me pidas que renuncie a ustedes, por favor, no lo hagas.

—Renunciaste a nosotros hace años, ya nada puede ser igual.

—No me digas eso, Chars —suplicó con la voz quebrada. El escritor abrió los ojos encontrándose con los ojos llorosos y tristes de ella. Ivana estaba de puntas inclinada hacia él mientras los brazos de Chars estaban tensos. No, él no volvería a caer.

—¿Chars? —Una suave voz lo hizo alejarse del pasado, de la mujer que tanto daño le había hecho. Su rostro se transformó en una máscara fría y se distanció de ella como si quemara. Ivana gritó su nombre entre llantos, pero Charles no se molestó en mirar atrás, ni siquiera le importó que estuviera llorando. Quería seguir de largo, pero la mano de Julie lo hizo detenerse. Se puso frente a ella y la enfermera envolvió los brazos alrededor de su cuello y el rubio la abrazó.

Charles enterró el rostro en su cuello y la apretó con fuerza hacia su cuerpo. Ella pasó sus dedos por los rizos, tratando de calmar a la bestia que por años había estado escondida. No supo cuánto tiempo estuvieron así hasta que lo separó con suavidad.

—Lamento que hayas presenciado eso, realmente, lo siento.

—Es ella, ¿no?

—Es la madre de Aurora —afirmó quitándose los lentes, luego sacó un pañuelo y pasarlo por sus ojos—. Solo volvió para joderme la vida.

—¿Aún la amas?

—Quiero lastimarla, que sufra como yo sufrí, como Aurora sufrió al no tener una madre. Pero yo no soy así y sé que al final mi hija saldrá lastimada.

—Tú hija es muy inteligente, ella sabrá que hacer y decidirá si le dará una oportunidad.

—Entremos, no quiero que ese muchacho le robe más sonrisas a mi Aurora. —Jul rio entre dientes y entró seguida de él. Chars no pudo evitar volver su rostro en dirección hacia donde Ivana minutos atrás estuvo.

—¿Chars? —asintió y entró. Se sentó con su familia y sonrieron mientras compartían copas de vino. Minutos más tarde, la pista estaba llena y no solo por los alumnos, sino por los padres y tíos que bailaban felices. Chars sonrió cuando Aurora llegó hasta él y se sentó a su lado, llevaban unas cuantas horas ahí y su nena no se había sentado en toda la fiesta.

—¿Qué tal el bailarín, eh? —preguntó Julie juguetona y Aurora rio viendo a Henry que hablaba con su padre Luke. Chars frunció el ceño viendo la sonrisa de su hija.

—Solo diré una cosa; treinta y cinco años —señaló Chars y Aurora se quejó.

—¡Papá!

—Ve a disfrutar que la noche todavía es joven. —Su hija lo observó, luego miró hacia la pista de baile y vio a sus amigos. Así que se acercó a su padre, dejando un beso en su mejilla y después se alejó. La noche terminó entre risas, fotos, bailes y los chicos hasta se quitaron la chaqueta del saco en más de una ocasión, en especial, Charles y Alex. De a poco, los padres se fueron marchando y a las tres de la mañana, Aurora estaba recostada en su hombro frotándose los ojos.

Sus padres se despidieron y quedaron de verse a la mañana siguiente en el pueblo, en lo que Paul los seguía. Alex se fue tras suyo, excusándose y diciendo que Angella quería hablar algo con él, de seguro era algo serio. Al final, terminaron siendo Julie, Chars, Aurora, Luke y Henry. La enfermera hablaba por teléfono y cuando Chars se puso de pie, ellos intercambiaron una rápida mirada.

—Despierta, cariño —susurró pasando los dedos por su cabello desordenado. Ella arrugó su nariz y Chars terminó sacándose el saco para colocarlo en sus desnudos hombros, envolvió el brazo alrededor de su cuerpo y salió del local despidiéndose de las madres que aún estaban ahí.

Julie subió en la parte de atrás del auto junto con Luke y su hijo. Él ayudó a su hija a subir al asiento del copiloto y le puso el cinturón, mientras Aurora volvía a quedarse dormida. Puso algo de música y manejó mientras hablaba con Luke sobre temas de las chacras, ya que ahora él se

hacía cargo.

Manejó por más de una hora hasta que se detuvo frente a la casa de Julie, él bajó y abrió la puerta para que saliera. Se movieron hasta detrás del auto para que no los vieran. Él estiró su mano tomando la de Jul y le sonrió.

—¿Cómo estás?

—Bien, Charles.

—No quiero seguir así, no quiero que ambos estemos peleados —murmuró viendo cómo se alejaba y hacía una mueca—. ¿Julie?

—Estuve ahí por Aurora, no por ti. Ya hemos terminado y quiero que respetes esto, por favor —pidió alejándose de él. Chars tiró de su brazo y la acercó buscando su mirada.

—Jul, lo siento...

—¡No!

—¿Qué? —Ella se soltó con brusquedad de su agarre y dio otro paso lejos de él. Mientras Chars intentaba acercarse, Jul se alejaba.

—Querías terminar, ¿no? ¡Bien! Tienes la libertad de estar con la mujer que quieras.

—Julie...

—Ya no más. Merezco más que una relación a escondidas por miedo a los demás, por miedo también a tu hija. Aurora no es tan débil como tú crees. Acepté tener una relación clandestina porque estaba completamente enamorada de ti y no pensaba con claridad. —señaló seca alejándose con rapidez. Chars vio cómo se iba y una sonrisa amarga se formó en sus labios. Se puso los lentes y regresó al auto en silencio.

Cuando llegaron a la casa el rubio tomó a su hija en brazos y Luke abrió la puerta. Henry se quejaba de que los pies le dolían, y aunque quiso reír sabía que si lo hacía, su risa terminaría convertida en llanto. La noche parecía no terminar y mañana se enfrentaría con la verdad, con aquella que había evitado por años.

—Esa será su habitación. Le daré unos pijamas.

—¡Por favor! Siento que parezco un cerdo con este traje sudado —se quejó Luke y Chars sonrió manteniendo a su hija en sus brazos. Caminó hasta la habitación de ella, la removió y besó su mejilla para que su niña abriera sus ojos.

—Amor, debes despertar y cambiarte. Vamos, cariño —susurró depositándola en la cama. Aurora abrió lentamente sus ojos y asintió tomando su ropa de dormir para perderse en su baño—. No te duermas sin mi beso.

Escuchó su risa y salió de su habitación para entrar a la suya e ir directamente al ropero, Luke se sentó en la cama y le miró fijamente mientras él sacaba los pijamas.

—Cuando Adriana murió creí que yo también lo haría —mencionó él y Chars se giró sosteniendo la ropa—. Henry era muy pequeño, yo estaba en la capital y sin que mi familia pudiera ayudarme. Henry necesitaba toda mi atención y terminé perdiendo el trabajo. Viajé al pueblo para vivir con mis padres, ellos me ayudaron con la crianza de él. Tuve a mi madre para que fuera su madre, para que la imagen materna no le faltara.

»Cuando yo supe que eras padre me sorprendí, pero mayor fue mi sorpresa al saber que tú solo la sacabas adelante. Todos en el pueblo hablaban de ti y lo grandioso que eras. Yo no pude hacer eso con Henry, perderla a ella también hizo que parte de mí se perdiera, por eso pedí ayuda a mi familia. En cambio, tú al final del día, aunque estés agotado, igual estás con ella y le sonríes, ¿cómo lo haces?

Chars reflexionó y se sentó a su lado quitándose la corbata y desabrochando los primeros botones de su camisa, se quitó los zapatos y suspiró.

—No lo sé. Lo que sí puedo decirte que ella es la fuerza que me impulsa a hacerlo. Cuando Aurora llegó a mi vida apenas estaba en la mitad de mi carrera, era irresponsable y ella necesitaba de todo. Mis padres me dieron la lección de mi vida y yo tuve que ser padre y madre a la vez. Al final del día me siento agotado pero la recompensa lo vale, vale cada maldito segundo de cansancio. Lo vale.

—¿Lo harías de nuevo?

—Por mi hija lo haría de nuevo, e incluso salir a vender tamales en la tarde con ella de la mano. Saldría a vender papas rellenas si sé que ese dinero quedará para su leche. Me iría a las empresas de pescado a estar de pie trabajando para que mi niña pudiera tener un techo. Si, haría todo eso por ella.

—Eres buen padre y nunca lo dudes, amigo. Gracias por los pijamas. Descansa. —Él asintió viéndolo salir. Se despojó de su ropa y se puso una playera con unos pantalones de algodón. Cuando estuvo listo caminó descalzo hasta la habitación de su hija para verla tendida viendo el techo, sonrió y se subió a la cama, siendo envuelto rápidamente por sus brazos.

—Creí que tenías mucho sueño.

—El agua me lo quitó —susurró su nena acomodando la cabeza en su pecho, Chars pasó los dedos por su cabello húmedo y ella bostezó—. ¿Papá?

—¿Sí?

—¿Crees que mamá me ame?

—¿Quién no te amaría? —respondió luego de unos minutos y ella elevó la mirada hacia él.

—Yo no quiero vivir con ella, yo no quiero alejarme de ti.

—Eso no pasará.

—Yo solo te quiero a ti, papá. Yo ya no necesito a mamá —confesó antes de quedarse dormida, él acarició sus mejillas viendo como su respiración era pausada. Chars miró al techo recordando esa noche, donde Ivana le había confesado que lo amaba.

¿Y si mentía? Se preguntó. ¿Y si solo quiere quitarme a mi hija? ¡No, yo no lo voy a permitir!

Charles no quería ser débil ante ella. Él tenía claro que el amor que sentía por su hija era más fuerte, pero... ¿cómo ser lo suficiente fuerte para alejarla de su lado? Debía de cerrar el círculo entre ambos, enterrar el pasado para poder ser completamente feliz. Por otro lado, estaba Julie, la muchacha que conocía de toda la vida, la misma que había sido su amiga y al final, la mujer que había adorado. Y por el otro, Ale, la chica que estaba muy lejos de él, sin embargo, constantemente aparecía en sus pensamientos. Charles realmente era un desastre en su vida sentimental, metía la pata a cada minuto y no sabía cómo resolver las cosas.

Lo que era seguro, era que Charles tenía miedo de entregarse otra vez, tenía miedo a lanzarse e intentarlo ya que en el pasado había sido lastimado muchas veces. Era una calamidad andante, el miedo en persona con rizos dorados.

Su corazón era débil, no él. Ivana lo había roto pieza por pieza y venía por más. Chars creía que todavía la amaba, tal vez no con la misma intensidad, pero todavía la amaba. La mujer siempre había tenido aquel efecto tan infernal en el escritor, lastimándolo con su presencia y con sus palabras.

—Buenas noches, Aurora. —Besó su frente y se alejó con lentitud. Salió de ahí, cerrando la puerta y encaminándose a su habitación. Abrió las ventanas, se inclinó y sintió cómo era golpeado por aquellas ráfagas violentas de dolor. Cerró los ojos llevándose la mano al pecho, al sentir el dolor ahí.

Se sentó en una silla, estirando las piernas y colocando los brazos en su cabeza, mientras veía la oscuridad de Piura, de sus tierras.

—Otra vez perdido en tus pensamientos. —La voz de la sirena lo sobresaltó, Chars bajó la mirada encontrándose con aquellos ojos sedientos, aquella sonrisa que podía acabar con el mundo entero. Leila estaba con los brazos cruzados y ahora con el cabello pintado de un rojo oscuro, los labios del mismo color y los ojos oscurecidos.

Chars le hizo señas para que lo esperara afuera, bajó con cuidado y salió llevando consigo una botella de vino y dos copas. Se sentó en el sillón que estaba afuera y la mujer lo acompañó, estuvieron por unos minutos en silencio hasta que la joven habló:

—Nunca había conocido a un escritor —le dijo la sirena en un susurro. Chars llenó su copa de vino y le regaló una sonrisa de labios cerrados—. Tú parece ir y venir del infierno. Tu mirada está llena de dolor, aunque sigues sonriendo como si tuvieras el cielo en tus manos.

—¿Ves todo eso cuando me miras? —inquirió el escritor con burla en la voz. Leila golpeó su hombro, juguetona.

—Nadie se da cuenta de que tienes el poder destruir con tus manos, sin embargo, solo ofreces flores al mundo.

—Me aterra que me conozcas tanto.

—Le diste el poder a la prostituta de la esquina, Chars. Ahora no temas, no diré que eres el diablo disfrazado de escritor —bromeó dejando la copa en el sillón al ver que un carro se detenía y sonaba el claxon. La joven se arregló el vestido y con un caminar seductor se alejó.

La vio moverse con gracia y sonrió, lo hizo con más ganas cuando ella lo miró por encima del hombro y le lanzó un beso ruidoso. Su amistad con Leila era especial, era única y pronto le demostraría al mundo que aquella mujer era un encanto, para eso hablaría con Artemis.

CAPÍTULO VEINTITRÉS: ¿QUÉ NOS ESTÁ PASANDO?



*Entregaría el poder que tengo para que ella sea feliz,
Entregaría mi propia tranquilidad para que Aurora viva feliz.*

Esa mañana se levantó más cansado que nunca, tal vez era porque se había quedado despierto hasta tarde o tal vez era porque temprano se reuniría con Lucas y con ello, tendría que enfrentarse a la verdad que había estado evitando toda la noche, la verdad que arrancaría un pedazo de su ser.

Se levantó como pudo y lo primero que hizo fue darse un baño de agua helada, cortar su barba y su cabello. Para ese día fresco, se colocó ropa blanca y suelta, se puso los lentes y empezó a guardar ropa suelta en la maleta. Bajó con ella en una mano, en lo que tecleaba en su celular avisándoles a sus amigos que se verían en la universidad.

—¿Siempre eres tan madrugador? —bromeó Luke, bajando las escaleras, Charles rio entre dientes y negó—. Que mal anfitrión eres, ¿y el desayuno?

—Creo que desayunaremos en la Universidad, amigo. Debo entregar unas notas y dar una clase corta antes del examen. Ustedes desayunan y me esperan, ¿les parece?

—Magnífico, en tanto Henry averigua todo para el examen de admisión.

—Lo logrará, es un muchacho inteligente —animó Chars guardando su laptop en su maletín—. ¿Aún duerme?

—Está con la princesa. Y no te pongas celoso, la niña ya está creciendo.

—Ni que lo digas —murmuró entre dientes. Al escuchar unos pasos levantó la mirada, sonrió al ver a su hija bajar y Henry le ayudaba a bajar la pequeña maleta—. ¿Te duele la cabeza, amor?

La niña asintió acercándose para envolver las manos alrededor de su vientre. El escritor sonrió inclinándose para besar su frente y acariciar sus mejillas. Era su niña, su bebé y Luke lo entendió completamente.

—Bien. Vayan al carro, yo debo dar una clase y ustedes desayunar.

Los tres asintieron, luego subieron al auto, mientras él acomodaba las maletas. Luego entró y encendió la radio para que el viaje fuera ameno. Al llegar, les mostró el mini restaurante al que iba siempre, el dueño era el afable señor Roberto, mejor conocido como “Don Chino”.

Luke lo siguió junto con Henry, que parecía más dormido que despierto, así que Chars aprovechó para bromear con el joven.

—Hola, profe Chars. —El aludido les sonrió a sus alumnas. Aurora frunció el ceño cuando cuatro chicas se acercaron sonriendo.

—¿Es su hija, profe? ¡Qué bonita! —dijo una, por lo que Charles rio.

—Se parece mucho a usted, profe. Es muy bonita.

—Gracias, chicas. Vayan a clases o no las dejarán entrar. —Se despidió, las alumnas se fueron

hablando entre ellas y Chars se alejó siendo abrazado por su pequeña celosa. Entraron en el restaurante, se sentaron junto a Luke y Henry, y Chars saludó al dueño—. Pidan lo que quieran y díganle que lo anote en mi cuenta. Yo tomaré un café y me iré a clases.

El rubio se puso de pie tomando la taza de café, se inclinó besando la frente de su hija y se despidió de los hombres. Tomó el maletín y se alejó dando sorbos del café. Llegó hasta el edificio de educación, subió los tres pisos y se dirigió al salón número 9 con los alumnos de quinto ciclo. Ellos ya estaban ahí, cuando llegó les sonrió y colocó sus cosas en la mesa.

—Buen día. —Saludó dejando la taza de café en la mesa. Se remangó la camisa y sacó los exámenes de su maletín—. Delegado, acérquese para que entregue los exámenes.

Todos se quedaron en silencio, le dio los exámenes corregidos al delegado y este los comenzó. Sacó su laptop y empezó a pasar lista, llamó uno por uno y volvió a llamar a la muchacha de cabello pintado que siempre faltaba.

—¿Carrillo Mena?

—No ha venido, profesor.

—Díganle que una falta más y será retirada del curso. No quiero que me llamen para que me rueguen, yo puse las reglas al inicio de clase y quien no las haya entendido, no es problema mío —señaló poniéndose de pie y colocando el sillón en medio del salón. Sostuvo el libro en sus manos y observó el rostro contraído de unos alumnos que habían salido mal en el examen—. Me sorprende que estando en este ciclo sigan teniendo esos problemas de ortografía, e incluso peor, que no hayan entendido las preguntas, ¿qué pasó?

—Tuvimos dos exámenes, profe. Casi no nos dio tiempo de estudiar. —Gian Pierre se quejó y más de uno lo apoyó. Charles pasó los dedos por sus labios refregándolos.

—Solo por esta vez dejaré un trabajo para que puedan elevar su nota. —Sus alumnos empezaron a silbar compartiendo sonrisa, Charles negó levantando la mano para que guardaran silencio—. El viernes colgaré en mi blog todos los requisitos, no será fácil y si quieren recuperar harán un buen trabajo. Bueno, ¿en qué nos quedamos la última clase?

—El libro del buen amor. —Habló Jenifer. La alumna esbozó una sonrisa y Chars asintió. Tanto ella como el joven poeta Gian Pierre eran dos de los alumnos que constantemente presentaban sus trabajos y participaban—. En la parte donde nos quedamos se hablaba sobre cómo por naturaleza los hombres y los animales desean la compañía de las hembras.

—Muy bien —contestó poniéndose de pie sosteniendo el libro en sus manos—, como dice aquí Aristóteles, el mundo trabaja por dos cosas: la primera, para tener el sustento; la otra para conseguir unión con una hembra placentera.

—Y lo señala ahí, profesor. Es algo que todos sabemos —añadió Gian Pierre manteniendo los ojos en el libro para después cerrarlo y mirar alrededor. Su voz era pacífica y era de los pocos de carácter afable—; tanto como las aves, animales y toda bestia de cueva, quieren por naturaleza una compañía. Tanto como usted o como yo, es algo normal.

—Bien, con esto cerramos el tema. Me alegra que hayan leído el libro, es muy interesante, ¿ustedes donde lo consiguieron?

—En la librería del centro, nos costó súper barato, profesor. Y sí, es una obra de arte —señaló Damaris sonriendo.

—Espléndido. Ahora quiero una exposición, ustedes escogerán si quieren representarlo en teatro, imágenes o videos, lo que ustedes quieran. Los grupos son de cuatro, quiero ver qué tanto entendieron.

—¿Daré fechas?

—No. Haremos rifas, así que todos prepárense y traen sus cosas, si es teatro me avisan para

traer canchita, tienen mi correo y número —bromeó cerrando el libro y regresando a su lugar. Guardó sus cosas y se detuvo para mandarles un mensaje a sus amigos.

Salió del salón y sonrió cuando Luke le escribió diciendo que habían pedido un ceviche y que agradecía que él pagara. Fue hasta su oficina y a los minutos la puerta se abrió dando paso a sus amigos y a Lucas que venía serio. Chars se sentó y Artemis tomó asiento frente a él junto con Juan Pablo y Alex.

—Estamos aquí, siempre estaremos aquí. —La voz gruesa de Artemis rompió el silencio, Charles levantó la mirada observando el rostro serio de su amigo, quien pocas veces expresaba sus emociones—. Aurora se quedará contigo y eso no debes olvidarlo.

—Las visitas serán una vez por semana y no irá sola, un asistente social estará con ustedes. —Lucas informó entregándole la carta, Chars con dedos temblorosos aceptó—. Siempre estarás presente, incluso si quiere salir a pasear con la niña, y únicamente la verá por dos horas.

—¿Más adelante puede apelar por más horas? —Todos se quedaron en silencio al escuchar la voz rota de su amigo, Lucas se acercó con cautela y asintió.

—Para eso falta mucho y lucharemos con todo. Debes estar tranquilo y prometer que no explotarás. En la primera visita estaremos presente los abogados, la asistente social y tú, por supuesto.

—Me costará mantenerme tranquilo. —Charles se puso de pie refregando su rostro con violencia provocando que los lentes se cayeran al suelo, Juan Pablo se puso de pie, tendiéndole una botella de agua helada—. Cuando ella está presente, yo solo exploto, yo me vuelvo una bestia, ¿cómo puedo controlar eso?

—Viendo a nuestra sobrina, no más —dijo Alex y Chars agradeció que estuvieran ahí, que siempre estuvieran para él.



Julie le sonrió a su hermano que había anotado un gol, dejó la lata de gaseosa en la mesa y guardó el móvil en el bolsillo de sus pantalones cortos. Se alejó, aspirando aquel olor a campo, aquel olor tan relajante. Se apresuró a llegar hasta el pequeño jardín para después sentarse bajo el árbol de la casa de los abuelos de Chars, tanto como ella y su hermano habían sido invitados a pasar el fin de semana ahí y en verano al puerto Paiteño. La enfermera había aceptado aun cuando sabía muy bien que las cosas se pondrían complicadas respecto a Charles y lo que provocaba su cercanía.

Las cosas parecían ponerse algo locas cuando estaba sobre ella y sus manos en todo su cuerpo, parecía una adolescente rogando por un beso y recitando algún que otro poema. Charles siempre había sido un tipo seguro, pero después que se reencontraron, cada paso que daba era con miedo, parecía que la madre de Aurora lo había dañado tanto que ahora carecía de confianza.

Sacó el móvil del bolsillo, se puso los audífonos subiéndole el volumen y dándole play a la canción de *Natasha Bedingfield, Pocketful Of Sunshine*. Dejó caer los lentes de sol en el puente de su nariz y se recostó viendo a los niños correr de un lado a otro, ancianos en sus burros yendo en dirección a la chacra, Oliver y Omar jugando fútbol con los más pequeños. Jul sonrió tarareando la canción hasta que se detuvo abruptamente al ver el carro de Chars estacionarse, justo cuando él bajaba la canción repetía el coro provocando un tirón en el estómago, mariposas decían todos.

*Llévame lejos, a un lugar secreto, una dulce huida
Llévame lejos.*

Chars fue el primero en bajar con media sonrisa en los labios y sus ojos claros ocultos en unos lentes oscuros, su cabello atado en una pañoleta de colores. Esta vez no llevaba traje, había

dejado las camisas y las corbatas por algo más simple, algo más fresco. Unos pantalones cortos se aferraban a sus piernas torneadas y una playera sin mangas rodeaba su pecho duro. Ella apretó los labios y se obligó a mirar otro lado, sin embargo, le fue casi imposible y más cuando sonreía provocando que dos hoyuelos se marcaran a cada lado de sus mejillas. El rubio negaba abriendo la puerta del carro para ayudar a bajar a su hija que salió corriendo en dirección a sus padres. Volvió a reír y echó la cabeza hacia atrás juntando sus manos de una manera que más que tierna, le pareció sexy.

Charles era un hombre atractivo, uno con la nariz oculta entre los libros, no obstante, eso no evitaba que fuera sexy. Su voz era ronca, siempre con palabras adecuadas, hablando de libros y de arte. Su sonrisa transmitía mucho, aunque lo que más impactaba eran aquellos ojos que parecían casi devorarte, siempre buscando la verdad e intimidando a la oveja del rebaño. Ella lamió sus labios y agachó la mirada tecleando en su celular con rapidez, evitando que se diera cuenta que lo estaba observando, aunque no se notara porque llevaba lentes.

Omar le hizo señas y se quitó los audífonos acercándose a su hermano y a Oliver. Entraron a la casa y se recostó en el hombro de su hermano escuchando a Chars hablando sobre un problema en la universidad, miró alrededor buscando a Aurora, sin embargo, no la encontró. Después de unos minutos, no pudo evitarlo y se acercó al rubio para saludarlo, un beso en la mejilla que la dejó mareada y un suave roce de sus pechos. Le sonreía como si ellos nunca hubieran tenido una relación, y a pesar de eso, ahí estaba Jul, rogando por un pedazo del hombre que amaba desde que era una niña.

—¿Podemos hablar? Charles, necesitamos arreglar... lo nuestro —envolvió su mano alrededor del brazo del rubio, tirando suavemente. El aludido asintió siguiéndola, pero los gritos de Aurora los hicieron detenerse. Jul luchó por no rodar los ojos, por no llevárselo de ahí y alejarlo por un momento de todas sus mujeres. La sola idea de compartirlo, siempre le afectaba, aun cuando se trataba de su única hija.

—Papá, ya está todo listo, ¿podemos irnos?

—Prometí llevarla a la montaña, no estuvimos para la subida del campo. Cuando vuelva podemos hablar. —Le sonrió con dulzura y se alejó, Jul forzó una sonrisa y terminó encerrándose en la habitación que sería suya.

Charles se puso la camisa encima de la playera sin mangas y aplicó protector solar por su rostro; cuello, manos y piernas, mientras Diana —quien ahora lucía el cabello rubio diciendo que quería un cambio, que ya se había aburrido de su cabellera roja—, hacía lo mismo con Aurora. Dejó caer los lentes oscuros en su nariz y luego le tendió los lentes lilas a su hija que le sonreía satisfecha.

El rubio se colocó la mochila en los hombros y su hija sostuvo la canasta mientras salían por la puerta del corral de la casa de sus abuelos. Empezaron a caminar mientras Aurora ponía algo de música con el celular. El sol estaba intenso, demasiado, casi agotador, si bien por su hija haría todo.

—Ayer estaba viendo un reportaje —comentó su hija y Chars rio entre dientes al ver la mueca en sus labios mientras subía la montaña y se sostenía del suelo—. Me gustaría ser doctora y cuidar de los animales.

—Hace una semana me dijiste que serías presidenta del Perú y nos sacarías de la ignorancia y pobreza —mencionó gracioso y siguió escalando atrás de su hija, cuidando por si se tropezaba.

—Puedo ser una presente con el título de doctora que ayuda a los animales. —Charles envolvió las manos alrededor de su hija, la levantó y luego ambos se detuvieron viendo el espectáculo. El cerro estaba rodeado de naturaleza, un pequeño riachuelo que lo rodeaba, al igual

que a los árboles y algunas plantas frescas.

Aurora chilló quitándose el gorro, los lentes y la camisa para correr y dejarse caer al lado de las flores, observándolas con curiosidad. Charles no pudo evitar sacar el celular y tomarle una foto de espaldas, con su cabello recogido en una cola de caballo.

Se quitó la mochila y la colocó al lado de las cosas de su hija, sacó una manta y la tendió bajo un árbol que les daría sombra. Se quitó la camisa, el gorro y los lentes, dejándose caer en el suelo y bostezando. Escuchó a su nena cantar, tomar fotos y minutos después acostarse al lado suyo. Chars quitó la mirada del libro y estiró su brazo para rodearla y así su niña recostara la cabeza en su pecho.

Aurora también llevaba un libro; *Corazón de tinta*. Sonrió viendo las muecas en el rostro de su hija, como el ceño se fruncía y se quejaba, sabía que sería imposible seguir leyendo, así que dejó a un lado el libro y no dejó de observarla, en especial aquellas pequeñas pequitas en el puente de su nariz.

—Maggy tiene el poder como su padre —respondió sorprendida, el rubio bajó la mirada sonriente—. ¿Por qué ahora es que me lo recomiendas?

—Estabas pegada con *Harry Potter*, ¿qué querías que hiciera, brujita? —Su hija enterró el rostro en su pecho y su cuerpo vibró por la risa—. Creo que debemos cambiar el salón de juegos. Entro a tu cuarto, los libros están por todos lados y los míos igual.

—¿Y los juegos?

—A la habitación de abajo, esa que usamos como bodega. Puedo decirle a una amiga que venga y diseñe todo, así tendremos una biblioteca magnífica, limpia y unos sillones donde recostarnos —le explicó y su hija asintió, aferrando los brazos alrededor de su cuello.

—Me gusta la idea, papi. ¿Y las dos habitaciones vacías?

—Por ahora cerradas, solo somos dos en esta familia, así que por ahora seguirán como siempre. —Se acomodó y su hija se sentó, mientras Charles abría la canasta y sacaba pan con mortadela, fruta y jugos en botella. Comieron entre risas, bromas y luego Aurora terminó bostezando, aferrando sus bracitos alrededor de su cuello dormida. Se acostó y ambos tomaron una siesta, envueltos por la naturaleza y el amor que había entre ellos.

Cuando el sol se estaba escondiendo, empacaron y bajaron, aunque Aurora seguía bostezando. Él aseguró la mochila y la canasta en su espalda, y la tomó en sus brazos. Aurora rodeó su cuello y cintura aferrándose con fuerza y durmiéndose de inmediato.

Al entrar por la puerta trasera, se sorprendió al ver a todos ahí. La familia rio al ver a Aurora dormida y sin querer soltarse, por lo que se sentó en el sillón a descansar un rato. El rubio miró a Paul y Oliver que le hacían señas para comentarle algo, así que le pidió a su madre que llevara a su hija a la habitación y le ayudara a bañarse. Estaba cansada y un baño le vendría bien.

—Ha llegado el hijo de Pilco —señaló Paul recostándose en la pared, Oliver miró hacia adentro viendo a todos reír a carcajadas—. Yordy, estaba aquí y se sorprendió al saber que Jul estaba aquí.

—No sabía que se conocían.

—Ni Omar —señaló Oliver bajando el tono de su voz—. Jul ha salido y se ha puesto hablar con Yordy, al rato estaban algo alterados y Diana venía de comprar, dice que ha escuchado cuando el tipo ha dicho que dejara de escribirle, que ambos habían terminado hace tiempo y que su novia actual estaba incómoda.

—¿Cómo?

—Sí, hermano. Diana lo escuchó. —Oliver notó como los músculos de su hermano se tensaron—. Luego Yordy se ha despedido de nosotros y nos dijo esto; cuidado con Jul, a veces

olvida que los demás tienen una vida.

—¿Qué quiere decir?

—Que está loca, Charles. —Diana habló con seriedad para después decirles que entraran ya que iban a dividirse para limpiar la casa y cocinar.

Charles se excusó diciendo que iba a bañarse, que él podía cocinar, así que sus hermanos lo dejaron ir. Aurora debía estar aún con su madre, por lo que se quitó la ropa, la dejó en el cesto y se metió bajo la lluvia artificial. Sacudió sus hombros y recostó su frente contra la pared mientras las palabras de sus hermanos se repetían una y otra vez en su cabeza.

Se sobresaltó al sentir unas manos rodear su pecho, no tuvo que girar para saber que era Jul. Su boca recorrió sus hombros, su espalda y se detuvo en los tatuajes, lamiendo cada uno. El rubio terminó volteándose y empujándola contra la pared, la levantó y dejó que envolviera las piernas alrededor de su cadera. Jadeó, empujando su cadera contra la suya y sus bocas se encontraron.

Se olvidó que estaban en casa de sus abuelos, se olvidó que Aurora estaba en la siguiente habitación y también olvidó las advertencias de sus hermanos sobre Julie.

CAPÍTULO VEINTICUATRO: NO ME QUITES A MI ÁNGEL



*Llegaste a mi vida otra vez, me perdí en tus ojos y el corazón volvió a dolerme.
¿Podré perdonarte alguna vez? ¿Podrás amarme de verdad alguna vez?*

Charles apretó la taza de café con fuerza, tanta que en cualquier momento esta pudo quebrarse y desatar mil problemas. Era viernes, un viernes que parecía tranquilo hasta que dieron las diez de la mañana y la puerta de su casa sonó. Lucas abrió saludando a la asistente social que sonreía amorosa mientras hablaba con Aurora, explicándole que unos minutos llegaría su madre. Días antes, Charles había hablado con su hija y ella había estado ausente, al saber la persona que en unos días llegaría. El rubio temía la reacción de su hija, pero luego ella le dijo que nadie podría alejarlo de él, que lo amaba, y que únicamente por el rubio le daría una oportunidad a Ivana.

Aurora se sentó con la mujer de piel oscura y cabello recogido, reían y su hija le mostraba el libro que estaba leyendo, podía ver el brillo en los ojos de la mujer llamada Elena. Podía ver que estaba satisfecha con el desarrollo y la forma en la que su hija se relacionaba.

Elena fue guiada por Lucas, la llevó a dar un recorrido por toda la habitación y se quedó sentada en la cama de Aurora hablando con ella. Todo parecía en orden y aquello solo causó que Charles soltara un suspiro de alivio, lo cual no duró mucho. Minutos después, el timbre volvió a sonar y Lucas recibió a Ivana junto con su abogado Martín, quien resultaba ser su marido.

La mujer que tanto amó iba vestida de blanco, el cabello bien peinado y unos tacones que la hacían ver esbelta y alta. El hombre a su lado parecía querer mantener distancia, y cuando saludó a Chars lo hizo con recelo.

—Martín Navarro.

—Charles Maldonado.

Luego tuvo que saludarla, los ojos de Ivana solo lo vieron por pocos segundos porque no pudo soportar verlo, no pudo y tampoco tenía mucho que decir. Charles se colocó al lado de su hija y la pequeña entrelazó los dedos con su padre, apretó su mano cuando vio a la mujer joven y hermosa frente a ella, la vio sonreír por lo que el rubio por un momento se preguntó; ¿qué hubiera sucedido si...?

—Aurora —la llamó Elena, la niña miró a Charles con miedo así que el escritor se inclinó dejando un beso en la frente de su pequeña, se mantuvo ahí por unos segundos hasta que sintió el cuerpo de su hija relajarse. La pequeña se acercó hacia la morena, sin embargo, nunca soltó la mano de su padre—. Ella es Ivana, tú madre.

—Hola, Aurora. He querido verte y hablar contigo desde hace mucho tiempo. —Ivana se acercó con cuidado sosteniendo en sus manos una pequeña caja forrada, se la tendió y su hija la tomó con desconfianza—. Te traje un regalo.

Aurora soltó la mano de Charles con cuidado y tomó la caja. La miró durante un rato y luego la abrió, encontrándose con un pequeño diario rosado que tenía su nombre escrito con una letra muy bonita.

—Gracias, señora Ivana. —La sonrisa de la madre de Aurora perdió brillo y todos se dieron cuenta. Charles se sentó y Lucas lo hizo a su lado, la pequeña con Elena e Ivana con su abogado frente al rubio.

—Aurora es una niña muy inteligente, está inclinada al arte como su padre. —Elena señaló los cuadros colgados en la pared que Aurora había pintado. La niña rio siendo abrazada por su padre, como si existiera una broma personal entre ambos y eso no pasó desapercibido para nadie. Ivana miró los cuadros, algunos bonitos y otros no tanto. Ella en su casa tenía de los mejores pintores, entre ellos el de Artemis Moreno. A Charles parecía importarle más los garabatos de su hija—. Ella quiere ser doctora o ser veterinaria.

—¿No te gustaría estudiar algo relacionado con números, Aurora? —inquirió Ivana y Aurora perdió su sonrisa. En ese momento se dio cuenta de que no había elegido correctamente las palabras—. Es decir, el arte es muy bonito, pero...

—Aurora estudiará lo que quiera, si quiere estudiar artes; la apoyaré, y si quiere estudiar números, también lo haré —dijo con frialdad Charles viendo a la madre de su hija y luego miró a su hija, para cuando lo hizo, toda oscuridad se había ido—. Ella es talentosa, elija la carrera que elija será muy buena.

—Y lo es, señor Maldonado. —Elena carraspeó y luego miró a Ivana que estaba tensa—. Aurora, sabes que tu madre tiene un perro, sé que te gustan los cachorros.

—¿Cómo se llama? —La niña preguntó y los ojos de Ivana se iluminaron.

—Saturno.

—Ah. —La niña murmuró desinteresada, Charles besó su frente tratando de relajarla—. Yo quiero un gatito, pero *Hache* dice que tendré uno cuando sea responsable.

—Puedes ver a mi perrito, así ya vas practicando cómo cuidar de ellos.

—Si mi papá quiere, puedes traerlo. —Aurora aferró el libro que había tomado de la mesa contra su pecho, tan fuerte que Charles supo que estaba nerviosa, así que le pidió a Lucas que se fuera a la cocina, a los segundos también Martín se fue.

—Claro, si tu papi quiere. —Ivana miró como Charles cruzaba la pierna y abrazaba a su hija, aquella acción solo causó que la niña sonriera feliz.

—Aurora, ¿no quieres preguntar algo o saber algo de tu madre?

—¿Por qué te fuiste? —Los padres de la niña se tensaron ante la pregunta e incluso Elena, sin embargo, era algo normal, Aurora en algún punto iba a hacer esa pregunta.

—Yo... yo era muy joven —tartamudeó Ivana buscando ayuda en Elena, y aunque asistente social quiso ayudarla, Aurora volvió a preguntar.

—Papá también. —Charles trató de relajarla. Aurora se puso de pie con calma en la mirada, a pesar de que tenía muchas preguntas, como toda niña—. ¿No me amabas?

—¡Sí! Claro que lo hacía, pequeña. Era más joven que tu papá y lo tuve más difícil. —Chars apretó los labios ante las palabras de la mujer, quiso decir mucho, pero sería peor para su hija, la lastimaría y no quería eso, así que calló—. Te amé y te amo, Aurora.

Después de eso, Ivana le preguntaba sobre lo que le gustaba hacer. Aurora reía contándole anécdotas de su padre con ella y su familia. Mencionó a sus tíos, diciendo orgullosa que el pintor Artemis era su tío, suyo. La joven pudo ver que para su hija no había otro hombre que no fuera Charles, tomaba su mano y cada media hora lo llenaba de besos, siempre quería que él estuviera cerca. El mundo de Aurora era Chars, en aquel mundo parecía que ella no podía ingresar, aunque

haría todo por ganarse a la niña.

Las dos horas pasaron lentas, tan lentas que muchas veces Aurora decía que iba a la cocina por jugo o en el baño se demoraba. Más de una vez su padre fue por ella, la niña decía que ya quería terminar con esa reunión, que le incomodaba cómo su madre la veía.

Elena les recordó la cita con el psicólogo y también a la que Aurora iba dos veces por semana. Charles asintió acompañándolos a la puerta, vio a Ivana ponerse a la altura de su hija y dejar un beso en su mejilla, diciendo que deseaba que llegara otra vez el viernes para verla. Después de eso, Aurora soltó el aire contenido y le pidió a su padre que comieran fuera, y a su petición se le unieron sus tíos y los amigos de su padre.

—Bendita sea la comida peruana —gimió Juan Pablo dejando los cubiertos a un lado. Habían pedido una fuente de chicharrón de pescado con ceviche, cerveza para todos y chicha morada para Aurora, que reía por lo que sus tíos decían.

—Este lugar siempre se ha mantenido en pie por lo rico que cocinan. —Artemis se recostó en la silla, a todos les había sorprendido que hubiera aceptado, pero sabían que Charles no se encontraba de buen ánimo, así que no podía decirle que no.

—Me gusta, sin embargo, hoy déjenme elegir el lugar para salir a bailar. —Alex tecleó rápido en el celular y sonrió—. Angella, Joaquín y Oliver se apuntan.

—Aurora, ¿dejas que papá vaya a bailar? —inquirió Lucas besando la nariz de la niña, Aurora se echó a reír mientras llevaba un chicharrón a la boca, asintió repetidas veces y rieron—. Entonces hoy salimos los muchachos. A las nueve en la plaza.

—¿Conductor de hoy? —Todos miraron a Artemis que era el que menos bebía, el que menos bailaba, el que menos salía.

—No —siseó seco y Alex rodó los ojos—. Nos vemos todos en la plaza de siempre, luego tomaremos un taxi. No se hable más.

—Bien.

Después del almuerzo cada uno volvió a su trabajo, ya que Chars solo había tenido dos horas en la universidad, canceló la clase y adelantó algunos capítulos del módulo. Pasó la tarde con su hija, comieron helado y vieron películas. Diana aceptó que su sobrina se quedara en su casa, así que a las ocho y media la estaba dejando allí. Le prometió que en la mañana vendría por ella y desayunarían tamales con café, la niña le deseó suerte, para después besar su mejilla.

Charles pagó al taxista y bajó encontrándose con Paul y Oliver, ambos estaban riéndose viendo el celular, a su lado estaba Juan Pablo, Joaquín, Alex y Lucas.

—¿A dónde vamos? —Chars saludó y se sentó esperando que Angella y Artemis llegaran. Al parecer el pintor había pasado por su casa para sacar algunos papeles, el hermano mayor del pintor había querido unirse, aunque luego canceló diciendo que no podía, al igual los hermanos mayores de Alex, quienes eran una revolución de bromas.

—Ha llegado la viuda negra. —Alex chifló acercándose a su mejor amiga para llenarla de besos. Angella era la única mujer del grupo y desde que Alex empezó a llevarla a las reuniones, se convirtió en otro hombre más para ellos.

Artemis venía atrás serio, bien peinado e ignorando las bromas de su grupo de amigos. Todos se preguntaban cómo es que un tipo como él, era amigo de ellos, por qué aceptaba las salidas y comidas, nadie sabía.

Aquella noche fueron a la discoteca que apenas había sido inaugurada, pidieron una mesa cerca de la pista de baile y solo Artemis se quedó sentado. Pasadas las doce, empezó a bailar con Angella y con las mujeres que se acercaban. Charles reía a carcajadas con sus hermanos, porque sí, eso eran: sus hermanos.

Cuando dieron las tres de la mañana, Angella se fue. A pesar de que se quedaron un rato más, luego de unos quince minutos, Artemis los empujó a todos y en dos taxis se fueron a casa del pintor. Todos habían estado ahí. Sonrieron ante la naturaleza del lugar, al ver la seguridad de su casa y los cuadros colgando en las paredes blancas como el papel.

Entre quejidos se quedaron en una sola habitación, terminaron sentados y escuchando música.

—Los quiero. —Charles abrió el celular y llamó a Luke, este se quejó por la hora, aunque había aceptado la vídeo llamada mientras saludaba a los demás—. Ustedes han estado ahí, desde que me conocen me han apoyado y han amado a mi niña como suya. Lo que quiero decir es; gracias por ser mis amigos.

—¿Noche de confesiones? —Sonrió Alex abrazando a su mejor amigo. Chars sonrió burlón mientras acomodaba los lentes en el puente de su nariz—. He sido suertudo, tengo a los mejores hermanos, aunque sean un grano en el culo, y tengo a los mejores amigos que pueda pedir.

—Yo no diré nada, con tenerlos en mi casa y cama es suficiente. —Artemis se puso de pie y salió al balcón con un cigarrillo en las manos. Los demás rieron colocándose a su lado sosteniendo una copa de licor, se empujaban y en ese momento, Oliver tomó una foto de todos.

En ella, Paul salía riéndose, él mirando la cámara, Joaquín más dormido que despierto, Lucas mirando la copa, Artemis con el cigarrillo en la boca, Juan Pablo riéndose y viendo al pintor mientras que Chars miraba la luna. La foto era perfecta y no se necesitaban añadir palabras, ya que con solo verla, todos sabrían que la amistad que ellos tenían, era indestructible.

CAPÍTULO VEINTICINCO: LA LUNA SONRÍE Y EL ESCRITOR LLORA



Cerró los ojos y apretó los labios ahogando los sollozos que se querían escapar. Limpió su rostro y se bajó de la cama caminando con rapidez al baño para encerrarse. Lavó sus ojos llorosos y se observó durante varios minutos. Su cabello rizado y negro apuntaba a diferentes direcciones, mientras que sus ojos color chocolate lucían apagados acompañado de dos bolsas oscuras que estaban presentes, recordándole las pocas horas de sueño que había tenido.

Se despojó de la ropa y se metió a la ducha, dejando que el agua helada se llevara todo el llanto y la tristeza. Ella pasó los dedos por su cabello y luego cubrió su boca para que su llanto fuera amortiguado. Se hizo un ovillo hasta abrazar sus piernas y enterrar su rostro ahí. Cerró con fuerza los ojos escuchando la puerta de la habitación abrirse. Cerró la regadera y se cubrió con la toalla blanca que descansaba cerca. Pasó los dedos por sus ojos y luego tomó el maquillaje para cubrir las bolsas oscuras y el llanto de unos minutos atrás.

Apretó los labios cuando lo vio llegar con una sonrisa en los labios y el traje de la noche anterior. La miró y le sonrió, para después quitarse la ropa y acostarse en la cama. Su cama. Esa donde habían hecho el amor más de una vez. Venía con el aroma de esa mujer, y sin sentir vergüenza se acostaba en su cama, en aquella donde se habían amado, donde le había jurado amor eterno. ¿Qué tan hipócrita podía llegar a ser? Es que, ¿era que el pasado, nuevamente, quería hacerla añicos? ¿Quería destruirla?

—¿Tanto duró la reunión? —inquirió la mujer entre dientes, dejando caer la toalla ante sus ojos. Caminó desnuda hasta su ropero para extraer un vestido de playa, tomó unas sandalias y regresó a la cama.

—Sabes cómo son esas cosas —respondió sosteniendo en sus manos el móvil, tecleando con rapidez y sin dejar de sonreír. Ella apretó los labios y se quedó fija observándolo. Él al sentir su mirada, se la devolvió—. ¿Qué sucede?

—Dime tú, Martín —señaló pasando las manos por sus mejillas para alejar las lágrimas que se estaban acumulando y bajando sin permiso. El aludido se puso de pie con una mueca de malestar.

Martín era un hombre atractivo, educado y con años de experiencia. Ambos habían luchado por el amor que se tenían, por la diferencia social e Ivana por el pasado que la seguía. Por las noches, veía los ojos llenos de tristeza de Chars, por sus hijitas. Luego de eso todo parecía ir en paz, ellos se amaban y vivían cada minuto como el último. Volver a Piura fue el fin de todo, de su matrimonio y estabilidad emocional, de esa que había luchado por tener.

—¿¿Dónde vas?! ¿Te vas con la zorra de tu secretaria? —estalló hipando, él se detuvo detallándola—. ¡Habla, maldita sea, Martín!

—No sé de qué hablas, Ivana. Realmente no sé de qué hablas, últimamente.

—¿Tan rápido te aburríste de mí? ¿Cinco años fueron mucho para ti? ¡Claro debí esperarlo! Un hombre mayor quiere algo menor, dime, ¿ya se me notan las arrugas? ¡Ah no, espera! —exclamó girándose para lanzarle el portarretrato donde estaban ambos abrazados, su esposo gruñó y cuando se quiso acercar, le lanzó el otro portarretrato y este se hizo trizas en el piso, así como su matrimonio—. ¿Le llevas muchos años? ¿Está enamorada de un hombre mayor y tú eres su fantasía?

—¡Basta!

—¡Basta tú, Martín! ¿Cómo pudiste?

—Estás alterada, es mejor que me vaya.

—Es lo que siempre haces —vociferó la mujer viéndolo marcharse. Apretó los labios y cuando las puertas se cerraron, se dejó caer llevando las manos a su boca callando el llanto. Quiso gritar y sacar aquel peso que sentía en sus hombros.

Tal vez, tal vez fue un error volver a Piura, tal vez debió quedarse en Lima siendo feliz con Martín. Sin embargo, ella deseaba ver a su hija, deseaba tenerla consigo y saber que había una pequeña niña que se parecía a ella, aunque se equivocó. Aurora se parecía tanto a Chars, su Chars o lo que fue. Ivana si lo había amado, pero las exigencias de su padre hicieron que ese amor no fuera tan fuerte y terminó huyendo de ahí como una cobarde.

Había estado con Charles y Aurora, los había escuchado reír y a ambos se les achinaban y le brillaban los ojos. Le había sido imposible no imaginarlo, tal vez hubiera estado ahí, siendo parte de aquella felicidad que parecían no compartir con nadie más.

Aurora era brillante, inteligente y celosa. Una niña que tendría el mundo a sus pies porque su padre se lo daría y eso hacía que no se acercara a ella, porque ya no necesitaba una madre. Porque nunca la había necesitado, esa niña tenía amor de sobra.

—¿Ivana? —La aludida se sujetó con mayor fuerza de la almohada al escuchar la voz de Mariana, lo más seguro es que Martín la había llamado—. Oh, mi amiga, ¿qué pasó?

—Él es un infeliz, Mariana. Me engañó con alguien más joven que yo —gimió con la voz quebrada—. Ha estado raro y lo seguí, su reunión era con ella y la muy perra se le rozaba como gata en celo. Mari, me dolió tanto verlo coquetear, ¿es que ya no me ama?

—Ay, Ivy —la consoló su amiga abrazándola. Ivana enterró el rostro en su cuello como niña pequeña y se echó a llorar—. Martín parecía un tipazo.

—Yo fui la culpable, yo lo lancé a ese nido de víboras —reflexionó alejándose de su amiga para caminar hacia la ventana y recostarse. Dejó que el aire la golpeará y se llevara consigo las lágrimas amargas—. Yo he estado pendiente de mi hija y Chars, por lo que lo descuidé, ¿sabes? Y ella se le acercó.

—¿Qué harás ahora?

—Le pediré el divorcio —dijo cansada caminando de regreso al ropero para sacar su ropa y depositarla en las maletas. Su amiga la ayudó en silencio—. Es lo mejor para ambos, yo lo amo y esto me mata, Mari. Yo debo alejarme de él y acercarme a mi hija.

—¿Y Brisa? La chica te adora, Ivy.

—Yo hablaré con ella. Vamos ayúdame, que debo buscar un lugar donde vivir. —Su amiga resopló y terminó de empacar. Cuando todo estuvo listo pidieron un taxi y bajaron las maletas. Mari le dio tiempo mientras ella recorría el lugar y tomaba entre sus manos las fotos de su boda.

Se veía feliz entre los brazos de él y los ojos verdes de Martín brillaban cuando la veían. En otra foto se encontraba recostada en su pecho y su esposo con los labios pegados en su frente y las

manos unidas. Había hermosos recuerdos, de momentos que ya no volverían.

Se giró poniéndose los lentes de sol y saliendo lo más rápido posible. Cuando cruzaron el pasillo, tuvo que esconderse porque él iba subiendo concentrado en el celular. Lo vio alejarse y estiró la mano queriendo detenerlo, queriendo abrazarlo y decirle que lo amaba tanto. Siguió su camino y con pasos apresurados subió al taxi sin una dirección a dónde ir. Bajó sus manos al celular y encontró el contacto, miró por la ventana y luego volvió su mirada al celular. Su amiga venía hablando con el taxista, guiándolo hacia el lugar que sería su hogar.

Adiós mi amor, adiós al hombre que volvió a enseñarme los colores de la vida.

CAPÍTULO VEINTISÉIS: MI ALMA, MI ALBA



*Ivana 10:25 am.
¿Podemos vernos?*

*H.M 10:29 am.
La reunión es mañana. Puedes decirme en ese momento, si quieres.*

*Ivana 10:29 am.
Te necesito, por favor. Necesito hablar contigo.*

*H.M 10:32 am.
Ahí estoy en media hora. Hasta entonces.*

Ella mordió su labio cuando una llamada entró, el nombre de “Amor” salió junto con la foto de su esposo. Apretó los labios y apagó el celular echándose hacia atrás tratando de alejar las lágrimas que se acumulaban y el dolor que era cada vez más fuerte en su pecho.

—¿Mejor? —preguntó su amiga y asintió colocándose los lentes de sol. El auto se detuvo a unas cuerdas del centro, Ivy bajó primero y luego su amiga que la ayudó a bajar las maletas. Entraron en silencio y Mari la guio hasta la que sería su habitación, recorrió el pequeño lugar y soltó el aire contenido abrazándose.

—Solo será por un tiempo, Mari. Un tiempo.

—Ahora es lo que menos importa, descansa ¿sí? —La aludida asintió dejándose caer en el primer sillón y su amiga salió. A los pocos segundos regresó con las mejillas teñidas de rojo—. ¿Y si viene Martin?

—Me negarás, dile que te pedí ayuda y que estaré en el campo. No quiero verlo.

—¿Y dejarán echar cinco años de matrimonio a la basura?

—Nuestro matrimonio está construido en mentiras y engaños. Ambos nos hemos hecho daño y por ahora no quiero verlo. No quiero.

—Está bien, ¿cenamos juntas?

—Dalo por hecho. —Ivana pasó los dedos por su cabello. Se puso de pie caminando hacia la cama y se dejó caer sintiendo su cuerpo temblar, sintiéndose débil y fracasada. ¿Por qué engañarla? ¿Por qué con una mocosa? Ella le había dado sus mejores cinco años, Martin veía unas largas piernas y huía como un perro. ¿Era por el hecho de no poder darle un hijo? ¿Era eso?—. No te atormentes, Ivana. No más.

Se puso de pie y se despojó de su ropa quedando en ropa interior. Sacó de su maleta ropa

fresca y la dejó en la cama. Se dio una ducha de agua helada que se llevó sus penas y lágrimas. Cuando estuvo lista tomó su cartera, lentes y salió con rapidez de la casa de su amiga, tecleó en su celular enviando un mensaje y se recostó en el taxi. Estaba nerviosa, intranquila. Soltó el aire contenido y cuando el taxi se detuvo en el centro comercial, su corazón se aceleró.

Entró mirando alrededor hasta que lo vio de pie sonriendo abiertamente, pasaba sus manos por la manta de rizos y más de una mujer tenía los ojos en él y parecía ignorar lo que causaba en las féminas. Las mujeres que hablaban con el rubio se alejaron, le sonrieron a lo lejos y el escritor solitario negó volviendo su atención al celular.

—Hola, Charles. —Saludó Ivana con suavidad. Levantó la mirada y la sonrisa de sus labios se esfumó. Apretó los labios y guardó el móvil haciendo un asentamiento—. ¿Vamos por una bebida helada?

—Está bien —contestó él con voz ronca y seca. Ivana se colocó a su lado y ambos caminaron en silencio con dirección al pequeño restaurante. Le sonrió al muchacho y cuando volvió sus ojos hacia Chars lo encontró viendo el celular con una sonrisa. ¿Estás enamorado, Chars? Quiso preguntar, aunque sabía que no tenía ningún derecho.

—¿Qué quieres pedir?

—Un jugo de limón —murmuró levantando la mirada. La mujer curvó sus labios, sin embargo, fue una mueca más que una sonrisa. Chars aclaró su garganta cuando ella hizo su pedido y ambos volvieron a quedar solos—. ¿Para qué querías verme?

—Mi esposo me ha sido infiel más de una vez. Hoy lo dejé.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —inquirió cruzando los brazos. Ivana bajó las manos a sus brazos viéndolos más gruesos que la última vez, en el derecho pudo ver unas líneas de tinta negra asegurándole que tenía más tatuaje.

—Tú no solo eras mi pareja, Chars, tú eras mi amigo. Quise expresar mis sentimientos con mi amigo y solo quise verte. Estar contigo me reconforta.

—No digas eso, Ivana. No ahora.

—No me alejes de ti, por favor, no lo hagas. No quiero dañarte, Chars. Es lo que menos quiero hacer ahora, ¿es qué no te das cuenta? —El rubio masajeó su cuello y la miró fijamente—. El karma existe, sabes, te hice daño y él me lo hizo a mí, me lo hizo de la peor manera.

—Ivana...

—Yo no puedo quedar embarazada y esa mujer le dará el hijo que yo no pude darle...

—Vamos, tranquilízate. —Trató de calmarla cuando ella sollozó y se llevó las manos a su rostro. El escritor miró alrededor y se dio cuenta que más de una mirada estaba puesta en él. Volvió sus ojos a la mujer que había amado y sintió algo que hace mucho no sentía por ella. Verla tan frágil y con el cuerpo temblar, hizo que se pusiera de pie y envolviera las manos alrededor de su cuerpo. La sostuvo mientras lloraba y entre quejidos le contaba cómo había descubierto a su esposo siéndole infiel. La sostuvo y besó su cabeza en más de una ocasión hasta que pudo calmarla. Levantó la mano pasando los dedos por sus mejillas y la madre de su hija sonrió con los ojos tristes.

—Tú me haces demasiado bien, Charles.

—No digas eso, tú amas a ese hombre y yo amo a otra mujer —expresó juntando su frente con la de ella. Ivana agitó su rostro y besó su mejilla poniéndose de pie, quiso tomar su mano, a pesar de que luego se arrepintió y le sonrió.

—¿Volveremos a vernos?

—Nos vemos todos los viernes, Ivana —contestó Chars. Pasó los dedos por su rostro y resopló

con molestia. Esa no fue la primera salida, vinieron más y todas eran en secreto.

De alguna manera, Ivana podía hablar de todo con el padre de su hija, podía sacar lo que llevaba dentro, podía dejar caer la careta y mostrarse débil. Le contó cómo iban los preparativos del divorcio, cómo la mujer se paseaba del brazo de su esposo y cómo lentamente caía, sin saber qué dirección tomar. Charles callaba, la abrazaba y le decía que todo estaría bien. Aunque intentara odiarla más y hacerle daño, no podía.

El tiempo parecía correr tanto que daba miedo. Martin la había buscado y ella le había dicho que no, que no quería verlo. Lo amaba, mas no podía verlo sostener a un bebé de alguien más joven, incluso cuando ella había deseado convertirlo en padre otra vez. Tal vez era verdad, tal vez Ivana todo lo que tocaba dañaba.

Otra vez era viernes así que esta vez llevaba un helado de vainilla, arregló la falda blanca y tocó el timbre, se sorprendió cuando una mujer se abrió la puerta y la miró con recelo, era guapa. Mucho.

—Así que tú eres la madre de Aurora.

—Veo que me conoces, sin embargo, yo a ti no. —Ivana quiso dar un paso hacia adelante, pero la mujer no la dejó, de hecho la golpeó para que retrocediera—. ¿Qué te pasa?

—Quiero que no se te olvide que vienes por tu hija y no por Charles —siseó la mujer e Ivana cruzó los brazos viéndola fijamente—. Él y yo estamos juntos, así que apártate de él.

—Mi única intención es ver a mi hija y no entiendo la razón de tu amenaza.

—Nadie se cree que te haya nacido el amor maternal, abandonaste a esa niña como un perro y ahora vuelves. —Ivana dio un paso hacia adelante molesta por la forma en la que se había referido a Aurora—. Ahora que tiene dinero vienes por él, conozco a las de tu tipo.

—Claro que las conoces, tú eres parte del grupo. —La mujer iba a lanzarse hacia Ivana cuando Charles apareció en la puerta, frunció el ceño al ver a ambas mujeres.

—Creí que ya te habías ido, Jul.

—Sí, solo volví porque había olvidado el celular. —Jul se giró tomando el rostro de Charles y dejando un beso, quiso profundizarlo, sin embargo, el rubio la alejó con ternura.

—Aurora puede salir, Jul. Ya hemos hablado.

—¿Es por tu hija o por esta mujer? —escupió e Ivana incómoda avanzó dejando atrás la pelea. Lo peor es que esa mujer no se daba cuenta que Charles no la amaba, y con ese comportamiento no podría conquistarlo.

Sonrió al ver a Aurora riendo a carcajadas con un hombre alto, delgado y de unos ojos devoradores. Muy atractivo.

—¡Tío! —gritó riendo en sus brazos e Ivana se sorprendió, no sabía que había un hermano más. Ambos al notar su presencia dejaron de reír, el hombre depositó a la niña en el suelo y pasó sus dedos por el escaso cabello, tal vez se estaba quedando calvo, mas eso no le quitaba el atractivo—. Hola, Ivana.

—¿Cómo estás, Aurora? Te traje helado. —Le tendió el frasco y la niña agradeció tomándolo en sus manos. Ivana miró al hombre que la veía con seriedad e incluso con frialdad. Sabía quién era ella, ¿cómo no adivinarlo?

—Así que eres la famosa Ivana, la mujer que rompió a mi mejor amigo y abandonó a mi sobrina. —La voz grave del tipo la hizo sentir chiquita y por primera vez deseó tener la mirada distante de Chars sobre ella en vez de la de ese hombre que amenazaba con matarla.

Aurora no la vería nunca como una madre, la veía más bien como una amiga de su padre o una vecina con la que podía bromear de vez en cuando. Nada más. La relación había mejorado, pero

seguía sin estar en el círculo de su hija o parte de sus risas. Una vez habían salido a tomar helado y la había presentado como la amiga de su padre, eso le rompió el corazón, a pesar de que sabía que la había abandonado.

La abandonó por ser cobarde, por ser niña y por llevar en su corazón la muerte de su Alba.

Ivana tomó las flores blancas y se arrodilló frente a la pequeña cruz donde estaba escrito:

Alba Ortega, angelito que cuida de su hermana y padres.

Su corazón se hizo chiquito mientras quitaba las flores secas y le cambiaba el agua.

Ni ella misma había sabido que eran dos pequeñas, mellizas y una venía mal. Alma era fuerte, se movía y gritaba, en tanto Alba era pequeñita y débil. Ivana pudo hacer algo para que viviera, pero fue egoísta y la perdió. Mari había sostenido el cuerpo de Alma que gritaba pidiendo la atención de su madre y ella solo estaba ahí; mirando el cuerpo pequeño de su Albita. La partera le había dicho que dio un último suspiro en sus manos y luego murió.

Lloró, pataleó y le pidió que abriera los ojos, pero su niñita no lo hizo. En ese momento, lo único que pensó fue en que Alma debía estar con Charles, su padre la cuidaría bien, su padre daría la vida por ella y no se equivocó.

Fue difícil dejarla ahí, fue duro, sin embargo, fue egoísta y se alejó sin mirar atrás. Sus hijas le iban a arruinar su vida. Ivana era joven y tenía el mundo entero por delante. Con ellas no podría, así que Alma debía ir con su padre y Alba quedarse en su corazón. Mari lloraba mientras enterraban a su pequeñita. En lo que Chars cuidaba de Alma, Ivana enterraba a Alba.

Se fue del pueblo y olvidó todo, olvidó a Charles y a las mellizas. Olvidó lo que sucedió y avanzó. Pudo estudiar, pudo estar junto a su padre y hacer lo que siempre deseó. No obstante, el destino era cruel y el karma peor. Cuando parecía haber encontrado la paz, sin pesadillas, Chars volvió siendo el mejor escritor y de la mano estaba su Alma, a la que ahora llamaba Aurora.

Había querido decirle tantas veces a Charles que hubo otro bebé, si bien no podía. Aquel hombre ya estaba roto y ella había sido la culpable de todas sus desgracias, ¿tendría el corazón para volver a lastimarlo? No. Y era verdad, no podía hacerlo y aquel secreto debía llevarse a la tumba. Por primera vez no sería egoísta y pensaría en el hombre que le entregó todo, el hombre que la amó como ninguno.

—Es una niña hermosa. —Lidia sonrió viendo el perfil de redes sociales de Charles, ese privado donde colgaba fotos con su familia y en especial de Aurora. Ivana había visto a su pequeña brillar en los brazos del rubio—. Su mundo es Charly. Dime, por favor, que no los separarás.

—No podría. —Ivana tomó el teléfono observando una de las fotos donde Charles estaba de pie al lado de una mesa y Aurora lo abrazaba por la espalda, tenía los ojos cerrados mientras sonreía—. Se aman mucho y aunque lo he intentado, ella nunca me verá como una madre.

—Es mejor estar en su vida como amiga que como una desconocida. —Mari le tendió una taza de té de manzana—. No puedes separarlos o los matarás, pocas veces he visto ese tipo de amor y créeme, podrían morir si los separas.

—Esa niña es el mundo del rubio. Ivana, por favor, no les hagas más daño.

—No soy tan mala.

Esa semana pasó rápido, entre firmar documentos de divorcio e ir a la tumba de su Alba, llegó el viernes y nuevamente estaba ahí escuchando a Aurora contarle sobre las clases, que faltaba una semana y salía de clases. El 15 de diciembre terminaba y en enero, sería el baile de graduación de primaria. Estaba emocionada diciendo que pronto entraría a secundaria, que llevaría más cursos y que su tío Lucas le haría una gran fiesta.

Podría estar horas ahí, muchas horas escuchándola hablar, reír y decir que su padre era el mejor, el más guapo e inteligente. Aurora lo veía como un súper héroe y por un momento se preguntó: ¿Alba sería así? ¿Llena de luz y risas? Tal vez ambas niñas hubieran estado pegadas a su padre, celándolo y no dejando que nadie se acercara.

Su Alba habría sacado su cabello o tal vez también sería idéntica a Charles. ¿Quién sabe?

—Es una niña brillante —señaló Ivana viendo a Aurora dormirse en los brazos de Chars. El escritor levantó la mirada y podía ver el odio ahí, ¿alguna vez dejaría de odiarla?—. Es tuya, Chars. Nunca podría quitártela.

—Pelearía si lo intentaras —contestó en voz baja mientras depositaba un beso en la frente de la pequeña.

CAPÍTULO VEINTISIETE: ELLA NO AMA



—¡No me lo creo! —El grito de una mujer lo hizo sobresaltar y Chars se giró, Julie estaba en su casa y claramente estaba molesta. Aurora estaba con Oliver, él había preferido quedarse en casa y trabajar, en eso recibió una llamada de Jul que quería verlo.

—¿Qué sucede, Julie?

—¿Qué sucede? ¡No me la creo! —explotó y esta vez Chars dejó a un lado la computadora y retiró la silla para verla bien—. No puedo más contigo, Charles. ¡Estoy harta! Es que soy una idiota, una estúpida.

—No sé de qué hablas. —Chars quiso acercarse y Jul se lo impidió, estaba furiosa, pero él no entendía por qué.

—¿No sabes de qué hablo? Me sorprende, cuando en el último mes lo único que has hecho es cancelar salidas, evitarme y tratarme como cualquier cosa. ¡No más!

—Has creado una historia en tu cabeza, deberías ser tú la escritora —murmuró el rubio cansado, poniéndose de pie caminando en dirección a la cocina. Sacó una botella de jugo y se la llevó a la boca dando un largo trago. La enfermera seguía mirándolo, muy molesta.

—No me veas la cara de idiota, Charles. No lo soy, imbécil —siseó empujando su pecho con fuerza. El aludido tomó sus manos y la sujetó viéndola fijamente—. ¿Por qué me haces esto, Charles? ¡Me cancelas las citas!

—No te estoy haciendo nada. Todo está en tu cabeza.

—¿Qué te dio esa mujer que yo no puedo darte? ¿Amor? ¡Yo te he dado amor por años, Charles! ¿Comprensión? ¡Dime, Charles!

—No grites, estás en mi casa y en cualquier momento llega mi hija —masculló entre dientes alejándose con rapidez, rozó los dedos por su cabello y volvió a sentarse sintiendo la suavidad de la alfombra en sus pies. Escuchó sus quejidos y luego la mano de ella estampándola en su mejilla, jadeó y la miró confundido—. ¡¿Qué mierda te pasa?!

—¡Te vi, estúpido! ¡Te vi con una mujer mientras la abrazabas! Te llamé y me dijiste que estabas con Alex, sin embargo, estabas en un parque con esa, ¿quién es, Charles? ¡Habla, carajo!

—No grites. Basta, por favor —siseó irritado buscando sus ojos y lo único que encontró fueron lágrimas y una decepción instalada en su rostro. No, Chars no le estaba haciendo eso a ella. Por Dios.

—¿Me estás engañando, Charles? ¡¿Para eso querías otra oportunidad?!

—¡No te estoy engañando! ¿Piensas eso de mí? ¿En serio desconfías de mí? —murmuró dolido y Jul asintió con los labios curvados en una fina línea. Trató de acercarse y la mujer retrocedió como si su presencia le asqueara—. No hagas esto, tenemos algo bonito y tus celos pueden

dañarlo.

—¿Mis celos? ¡No! ¡Eres tú quien daña esto por engañarme con otra! Si querías seguir viviendo así, cambiando de mujer me lo hubieras dicho y yo no perdía tiempo.

—¿Viviendo así? ¿Perdiendo tiempo? ¡¿Te estás escuchando?! —replicó Charles abrumado por sus ataques.

—Sí, Charles. Todos saben que tú cambiabas de mujer como de bóxer. Siempre con una mujer diferente y en las mañanas eras el mejor padre. ¿Crees que no lo sé? ¡Por favor! Todos saben la basura de hombre que eres, haciendo creer a todos que eres buen tipo.

—Basta. Cállate.

—No me callaré, estoy cansada de seguir oculta ante los ojos de los demás, tú no me mereces, Charles.

—Si no te merezco, ¿qué haces aquí? ¿Eh? Si soy un mujeriego que cambia de mujer, ¿qué haces aquí? ¿Quieres entrar en la lista oficial? —bramó y Jul estalló con fuerza la palma en su mejilla. Chars apretó los labios y cerró los ojos con fuerza. La mujer retrocedió y tartamudeó, pese a que el daño ya estaba hecho—. Es mejor que te vayas, que ambos nos calmemos y podamos hablar.

—No sé porque fui tan estúpida en creerte, de joven no eras así.

—¿Tú me amas?

—¿Qué pregunta es esa?

—Es que yo ya no soy el mismo joven, yo he cambiado. Tú sigues enamorada de ese muchacho y ese muchacho ya no existe. Ve a casa, Julie. Ahora no es sano hablar, no quiero decir cosas que te dañen y tú terminarás dañándome.

—¿Así te justificas, infiel?

—Basta ya, Julie, basta ya.

—¿Te trata como un adulto? ¿Te trata como la basura que eres? —siseó fuera de sí y Chars apretó los labios pasando sus dedos por la manta de rizos—. ¡Habla carajo!

—¡Basta ya, Julie! ¡Me cansaste! —gritó y la mujer se sobresaltó. El escritor rugió y estrelló con fuerza los puños en la pared, una y otra vez hasta que pudo descargar la ira que se había acumulado en su cuerpo. Respiró con dificultad y la miró fijamente, notando el miedo en los ojos de la mujer que lo había llamado basura—. ¿Si soy basura porque fuiste mi amante? ¿Si soy infiel porque aceptaste ser mi novia sabiendo qué me metería en la cama de la próxima en pasar? ¿Si soy un infeliz por qué estás aquí reclamándome?

—Porque te amo.

—Tú no me amas, soy tu capricho de niña frustrada. Vete ya, si no te merezco, ¿qué sigues haciendo aquí? —Jul tartamudeó y Chars vio sus ojos cristalizados, apretó los labios, quiso acercarse, sin embargo, lo detuvo—. Nena...

—¡No! ¡Cállate! —explotó en llanto y él quiso volver acercarse—. Me has vuelto a romper el corazón, Charles Maldonado, ¿estás feliz?

—Nena, lo siento.

—Basta. Basta de mentiras.

—Entonces vete, si te hago tanto daño, vete ahora, Julie —señaló la puerta dolido y retiró su mirada. La escuchó alejarse y limpió sus mejillas con rapidez para después sonreír con falsedad—. Era Ivana y solo nos hemos visto porque se está divorciando, porque su esposo le fue infiel. Nos hemos visto porque no quiero más peleas, porque quiero que Aurora pueda ver en ella a una amiga. No te fui infiel, nunca lo haría. Nunca le he sido infiel a ninguna mujer, sin embargo,

todas se van gritándome calificativos que no merezco.

Pasó las manos por su rostro y puso algo de música. Caminó hacia la cocina y se sirvió una copa de vino, la llevó a sus labios y dio un sorbo sintiendo su cuerpo sacudirse. Estaba molesto, dolido y triste. ¿Siempre creyó que él le sería infiel? ¿Tan mala persona creía que era? Negó repetidas veces y regresó a la mesa abriendo el archivo. Cerró los ojos y soltó un quejido llevándose la mano al pecho con fuerza, aquella acción solo hizo que sus ojos cayeran en su mano viendo los nudillos ensangrentados.

—Vamos, Chars, debemos salir de esta. —Cerró los ojos y se dejó caer en el mueble cansado.

¿Te podré dar el hermanito que quieres, Aurora? ¿O la familia que deseas? Con cada paso que doy, retrocedo dos. Cada vez que intento ser feliz, lo hecho a perder y tú terminas pagando mis errores, pequeña mía. No más. No más.

Ese mismo día fue con Eduardo. A pesar de que no tenía cita, al ver en el estado en que se encontraba, su psicólogo lo dejó entrar mientras curaba los nudillos de su paciente desde hacía varios años. Chars tenía la mirada perdida, los labios temblando al igual que sus manos.

—¿Qué sucedió, Charles? —inquirió el psicólogo. Charles lo miró y empezó a contarle. Eduardo se sentó frente a él, viendo como su paciente pasaba los dedos por su cabello con desesperación, viendo como sus manos temblaban y la mirada oscurecida. Parecía que el escritor era preso de su propio infierno, de sus propios demonios.

Varias veces lo había visto así, perdido y con la mirada oscurecida, todos parecían huir de él, sin darse cuenta que deberían alejarse solo un poco y volver.

Después de que el escritor hablara, pudo ver como sus ojos volvían a adquirir su color natural, pudo ver como dejaba de temblar, aunque el miedo seguía plasmado en su rostro.

—Ya habíamos pasado por esto, Charles. —Eduardo lo miró de hito a hito—. Las terapias grupales habían sido de mucha ayuda al igual que las individuales, sin embargo, ahora hemos retrocedido cinco pasos atrás. ¿Identificas el por qué?

—Sus palabras. —La voz de Chars era rasposa y cada palabra la arrastraba—. Sus palabras solo hicieron revivir lo que Ivana me dijo, sus palabras solo hicieron que tuviera miedo y rabia, porque ella me humilló como lo hizo la madre de Aurora, porque Jul utilizó las mismas o peores palabras que Ivana.

—La razón de que se haya desencadenado este problema en ti es Ivana, la madre de tu hija. —Eduardo indicó con suavidad y el escritor levantó la mirada—. Afectó la confianza que te tenías y también, tu autoestima. Eso ha provocado que muchas veces hayas bajado la cabeza, que creas que no mereces amor o creas que mereces ser dejado por las mujeres. Por años hemos trabajado en esto, hemos identificado los problemas y buscado la solución. Hemos usado la comunicación como elemento principal para desviar la ira que sientes.

—Y las palabras de Julie rompieron todo.

—No puedes permitirlo, Chars. —Eduardo anotó algo en la hoja que llevaba el nombre de Charles—. Nadie tiene derecho a tratarte mal o decir calificativos. Recuerda que vales mucho, recuerda que tus cualidades son mayores que tus defectos.

—Estoy cansado de que las mujeres me humillen, ¿soy demasiado bueno para ellas? ¿Tengo cara de idiota?

—Olvidemos eso, ahora vamos a hacer un ejercicio para eliminar toda la tensión, Chars. Debes recordar que hay una niña que te quiere sano.

CAPÍTULO VEINTIOCHO: LO SIENTO



Frank Sinatra sonaba en los altavoces del piso superior, Charles dejó a un lado el maletín y sonrió cuando Diana levantó el dedo incitándolo a que subiera. El escritor ascendió las escaleras con cuidado, y a medida que avanzaba se iba escuchando con mayor potencia la voz de aquel hombre que adoraba.

Fly me to the moon se volvió a repetir, rio entre dientes al recostarse en el marco de la puerta de la biblioteca, detallando la habitación. Estaba bien iluminada y pintada de blanco, las paredes estaban adornadas de cuadros de naturaleza y uno de Artemis que le había gustado, aunque el pintor decía que era uno de sus peores. Ajustó las gafas en el puente de su nariz y observó a su pequeña princesa llevar el cabello recogido y un jean desgastado, a su lado Artemis con la camisa blanca remangada y los antebrazos pintados no solo de acrílico, sino también de tinta negra.

—Me gusta el color del rostro —señaló el pintor con la voz ronca y distante. Aurora esbozó una sonrisa bajando la mirada hacia su paleta de madera, que ahora estaba llena de colores.

—He usado verde cadmio y violeta quinacridona —señaló la niña sosteniendo con la otra mano el pincel. Se inclinó pasando el pincel por el rostro del tipo, adquiriendo un tono de piel rojizo, aquel tono para la mitad del rostro, mientras que la otra era blanca—. También he agregado en la parte del cuello ese color y el negro.

—¿Cómo lo has hecho? —Chars negó divertido viendo como el pintor veía el cuadro de Aurora con recelo, satisfecho y un ápice de sorpresa.

—Rojo cadmio, verde cadmio y un poquito de amarillo, ya que éste ayuda a que se vaya el tono morado que sale —explicó arrugando su ceño. Chars admiraba el arte, mucho, pero de pintar no sabía nada. Era un inútil—. Luego le agregué azul cerúleo. Me gusta ese negro, ya que es diferente al cabello.

—No me gusta el ojo, Aurora. —El pintor tomó uno de los pinceles secos de la caja marrón, por lo que su hija se hizo a un lado y Artemis pasó con delicadeza el pincel por el ojo, bajando la ceja un poco y agregando por último dos pequeños puntos blancos—. ¿Naranja?

La niña le tendió la paleta y él pasó el pincel por la mancha que había pedido, luego se inclinó e hizo un roce en el ojo. Tomó a Aurora del brazo y la alejó, ambos admiraron el cuadro y Artemis siguió haciendo correcciones. En vez de que Aurora se sintiera mal, respondía que lo entendía.

—Tenemos que tener varios tonos de color en el rostro. Me gustan los colores que empleaste para la frente —señaló y Aurora esbozó una sonrisa—. Me gusta cómo has mezclado el blanco con el gris, y a los costados, como si fuera un roce, el color piel. ¿Naranja con blanco?

—Sí.

—Me gusta, ahora agregaremos colores fríos —especificó. Aurora a su lado se veía tan

pequeñita, tan chiquita ante los ojos de alguien como el pintor.

—¿Tío? —Aurora lo llamó mostrándole la mezcla de colores, le tendió la espátula y Artemis asintió tragándose la sonrisa.

Ya no quiso molestarlo más, sabía que Aurora se aprovechaba cada vez que Artemis andaba cerca. El pintor una vez confesó que aquella niña de pecas lo comprendía. Que hablaban el mismo idioma y Charles solo sonrió, porque su pequeña luz se había ganado a un tipo tan duro como Moreno, y no es que fuera malo, no. El pintor era alguien que amaba la soledad y que compartía muy poco con los demás. Siempre fue así, y quienes lo querían debían aceptar eso.

Bajó a la biblioteca para despedirse de Diana asegurándole que esa noche Lucy —la señora que a veces cuidaba de Aurora—, llegaría para cuidar de su hija. Sacó el vino que había quedado de unas noches atrás, tomó dos copas y fue hacia su pequeña oficina para empezar a revisar trabajos y exámenes. Faltaba el examen final y posiblemente el examen sustitutorio para empezar a pasar notas, después de eso, podría disfrutar de las vacaciones con su familia.

—Esa niña es muy inteligente. —La voz ronca de Artemis lo sobresaltó. Charles sonrió sirviéndole una copa de vino y se la tendió. Su amigo colocó su chaqueta en el respaldo de la silla y se sentó admirando el lugar—. El hijo de Eros detesta el arte, le regalé una caja de pasteles y los rompí. Así que he decidido que todos mis cuadros se los dejaré a Aurora, ¿los amarás?

—Creo que quiere ser una Artemis en el futuro. —Charles rio ante la mención del sobrino de Artemis. Sabía que su amigo no toleraba las muestras de cariño y muchas veces no sabía cómo reaccionar, y aquel niño siempre quería abrazarlo, aunque tarde o temprano bajaría las manos dándose cuenta de que su tío nunca le devolvería el abrazo—. ¿Qué haces aquí? Te esperaba mañana.

—Algo privado que me enteré. —Artemis fijó los ojos azules hielo en los pacíficos del escritor—. Las cosas en el puerto no andan bien y estuve el fin de semana con Osvaldo.

—¿Qué sucede?

—Los prostíbulos ahí han aumentado como heladerías. —La voz gélida que Artemis empleó le hizo notar que lo que había averiguado no era nada bueno—. Traen niñas de la selva para prostituir las, se están llevando a niñas que andan solas en la calle, mientras más jóvenes; mejor.

—¡Hijos de puta! —Charles se levantó de la silla con los puños apretados, Artemis se recostó en la mesa y lo miró.

—El oficial del puerto está haciendo lo que está en sus manos, pero estas niñas que son rescatadas lo han perdido todo, y es por eso que tengo una idea para ayudarlas.

—Ayudaré en todo lo que necesites.

Hablaron sobre el proyecto, estuvieron ahí por unas cuantas horas hasta que Aurora avisó que Lucy había llegado. La niña se despidió de su tío y Charles lo acompañó a la puerta, el pintor se giró antes de salir de la casa.

—Si vas al puerto, cuida de la niña. No despegues tus ojos de ella.

El escritor asintió y se despidió de su amigo. La tarde marchó en silencio, Aurora estudiando para la prueba de esa semana y él corrigiendo exámenes. Cenó con su hija entre risas y hablando de las vacaciones, luego la acompañó a su habitación y salió cuando la vio caer rendida en los brazos de Morfeo.

—Señor —lo saludó Lucy con una sonrisa en los labios.

—Lucy. —Sonrió abiertamente tomando la chaqueta que descansaba en el mueble, abrochó los últimos botones de la camisa y se colocó la chaqueta encima—. Saldré con mis hermanos, si sucede algo, llámame. Por favor, no dejes a nadie entrar, si es mi familia normal, desconocidos

no, Lucy.

—Ella estará bien.

—Bien. Me voy, cuídate. —La mujer asintió y el rubio tomó las llaves de su casa y de su carro. Salió con rapidez, encendió el auto y puso algo de música, algo suave para esa noche. Se detuvo en un semáforo y sacó el celular mandando un mensaje a su hermano. En ese instante sonó y el nombre de Jul apareció. Soltó el aire contenido y contestó—. Buenas noches.

—Hola, Chars. —Su voz era suave, una melodía que semanas atrás hubiera sido relajante para él, sin embargo, cada vez que escuchaba su voz venían los reclamos a su mente: *¿Ella te trata como la basura que eres?* Sacudió la cabeza y volvió a poner el carro en marcha, deteniéndose en una zona autorizada para poder hablar con tranquilidad—. ¿Puedo verte?

—No estoy en mi casa, Julie.

—¿Podemos vernos en alguna cafetería o salir a comer? Hay un nuevo restaurante... —Antes de que siguiera la interrumpió. La enfermera se quedó callada y el escritor miró alrededor tratando de controlarse.

—No estoy en mi casa y saldré con mis amigos.

—Charles, yo...

—No tienes que pedirme disculpas. Siempre he dicho que la sinceridad es la clave de una relación, y está bien, eso era lo que tú pensabas.

—Chars...

—Debo irme. Buen fin de semana, Jul —finalizó cortando la llamada. Las comisuras de sus labios se elevaron en una sonrisa triste y guardó el móvil, encendió el auto y retomó la marcha, olvidándose de ella por esa noche y las posteriores. Chars le hacía daño y ella también le había hecho daño, no era una novela tonta donde los protagonistas se hacían daño y volvían después de decirse cuánto se amaban, esto era la vida real. Estacionó el auto en la plaza y sonrió abiertamente cuando vio a Paul y a Oliver llegar con bolsas con tragos, salió del auto y se acercó a ellos—. En serio, ¿aquí? ¡Me he bañado porque supuse que sería en un restaurante!

—No seas niñita, Chars —siseó Paul lanzándole una cerveza. El escritor solitario rio entre dientes recibiendo la lata de cerveza, dio un largo trago y luego los contempló—. ¿Y la mala influencia?

—Alex y Joaquín ya vienen en camino, Artemis canceló diciendo que tenía una reunión importante y Juan Pablo no pudo —explicó Oliver sentándose al lado de Chars—. Lucas está algo retrasado.

—Artemis es un grano en el culo —bromeó una voz ronca a sus espaldas, Charles le sonrió a su amigo y este los saludó tomando una cerveza y sentándose—. Me he puesto mi mejor traje porque me dijeron restaurante.

—No seas una niñita como Chars, Alex, tú no.

—Yo también, hasta me puse mi reloj de catálogo. ¡No es justo! —se quejó Lucas que iba llegando, levantó la muñeca y mostró el reloj, todos rieron al verlo resoplar. Del grupo, muchas veces él actuaba algo afeminado, aunque en la corte era otra cosa.

—¡No seas hembra, Lucas!

—¡Soy macho, eh! Por comentarios como esos, ninguna chica me acepta. —Alex sonrió al verlo poner el pico como loro—. Al final me eligen como la mejor amiga.

—Creí que habíamos pasado ya por esa etapa, ¿qué edad tienes? —Chars sonrió sentándose mientras veía a su abogado resoplar molesto por su mala suerte en lo sentimental, quería decirle: bienvenido al grupo, a la derecha hay gaseosa con galletas.

—Las mujeres están locas.

—¡Y lo dice el experto! —bromeó Alexander, él le regaló una sonrisa triste llevándose la cerveza a la boca dando un largo sorbo. Todos quedaron en silencio y el padrino de su hija preguntó—. ¿Algo que quieras decirle a tus amigos?

—Y hermanos.

—¿Qué pasa, Chars? La última vez que te vi con la mirada perdida y ebrio fue cuando esa mujer te trató mal. ¿Lo ha vuelto hacer? —inquirió con el ceño fruncido Oliver, sabiendo que para su hermano estaba siendo difícil tener a la madre de su sobrina cerca. Aunque casi no hablaba de eso, podía notar el miedo de su mirada cada que Aurora hablaba de su madre. Chars negó—. ¿Entonces?

—He estado saliendo con alguien después de que Ale se fue —explicó el escritor solitario y todos se miraron sorprendidos—. Es una mujer maravillosa y yo no supe tratarla cómo se merece. Tuvimos problemas, sin embargo, lo resolvimos todo, hablaría con Aurora y la relación se daría a conocer entre la familia.

—Entonces te gustaba mucho —afirmó Paul.

—Hace unos días llegó a casa, estaba molesta y herida. Me hizo un escándalo y en lo único que podía pensar era en Aurora, no quería que viera ese tipo de espectáculos —expuso con la voz ronca ante la bebida fría. Dejó la lata en el suelo y Oliver le tendió otra—. Me dijo que yo no había cambiado, que era un infiel y una basura.

—¿Qué? ¿Y dejaste que dijera todo eso? —Alex apretó su hombro y Chars se echó a reír con amargura—. ¿Quién es?

—Yo le dije que si pensaba que era basura, infiel y eso, ¿qué hacía ahí conmigo? Ella se fue diciendo que le había vuelto a romper el corazón.

—¿De quién se trata, Charles? —intervino Paul poniendo la atención en su hermano mayor, este hizo una mueca y dejó caer la cabeza hacia adelante sosteniendo su bebida—. ¿Hermano?

—Julie.

—¡Hijo de puta! —exclamó Paul y Oliver le pegó en el hombro—. Carajo, no. Tenemos la misma madre.

—¡Hijo de puta! ¿En esas caderas te estrellaste? —Alex y Joaquín se echaron a reír.

—¡Joder! ¿La Julie? ¿Nuestra Julie? ¿La hermana de Omar!

—Mierda, eso huele mal. —Lucas lo miró fijamente y Chars terminó carcajeándose, era mejor reír que echarse a llorar—. ¿La chica bonita, Charles? ¿Te la estabas chapando y te hacías el desentendido!

—Cállense, perros. —Chars sonrió negando al ver el rostro sorprendido de ellos, Oliver sonrió negando repetidas veces llevándose la cerveza a la boca.

—Ha estado enamorada de Chars desde niños, siempre quería jugar con nuestro hermano y estaba pegada a él. Jugamos los cinco siempre, actuaba como chico y nosotros la llevábamos a todos los lugares. Recuerdo que una vez le pregunté a Chars si le gustaban las chicas como Julie, ¿sabes qué me contestó? —Se dirigió a los demás, Alex que se hacía una idea se echó a reír—; este huevón me dijo: no es una chica, ella es como nosotros, ¿cómo me puede gustar?

—¡Que perro eres, Chars! ¿En serio le dijiste eso? —inquirió Joaquín entre risas mientras Alex y Lucas se ahogaban con la cerveza. Paul les daba golpecitos en la espalda y Chars avergonzado negaba repetidas veces.

—Era un mocoso tonto, ¿cómo iba a imaginar que Julie gustaba de mí?

—Tenía ojos para ti y todos lo sabíamos. Mamá y Diana decían que ustedes terminarían juntos,

pero luego llegó Aurora y esa posibilidad desapareció.

—Yo también lo creí así. Hace unos días estaba con la niña y me pidió hermanitos, una familia. Ella está aceptando a su madre, aunque solo como una amiga y Aurora sabe que no volveré con ella.

—¿Nuestra Aurora?

—Hermano, la nena quiere una familia y es normal. Siempre han sido ustedes dos, sin embargo, creo que ella necesita un hogar donde ambos padres estén, donde tenga hermanitos a los que cuidar. —Alex explicó y Chars se puso de pie pasando sus dedos por las ondas rubias

—No estoy seguro de poder darle lo que quiere.

—Julie no es la única mujer en la tierra. Eres un tipo bueno, solidario, eres guapo y tienes una situación económica buena, ¿por qué no? —Lucas le preguntó y Chars frunció los labios—. No te hundas por una mujer, no otra vez, ya lo hiciste en aquella ocasión y fue difícil salir de esa. No permitas que una mujer te trate como basura, tú no lo mereces así sea la perfecta Julie.

—Ella era perfecta para mí, me ha amado desde siempre. —Chars soltó después de unos minutos, todos se pusieron de pie dejando la cerveza a un lado—, y lo volví a joder.

—No digas eso, Charles. ¡Maldición tú no tuviste la culpa que Ivana te hiciera eso! —maldijo Oliver enfurecido apretando su hombro, Chars negó evitando verlo—. Eres un tipo fuerte, eres un ejemplo para nosotros, tu valentía es única. No dejes que esto te deje caer, tienes una hija hermosa e inteligente, mujeres han de venir y la indicada llegará cuando deba llegar.

—¡Exacto! Eres joven, mira a Luke, tuvo que esperar mucho para volver encontrar al amor y es feliz, casi para los cuarenta, no obstante, es feliz. —Alex golpeó su hombro y Lucas le dio la razón.

—Ya parecemos maricas hablando de esto. Por favor ya, vamos por mi regalo. —Paul se quejó y Chars lo abrazó para después despeinarlo.

—Cuando Paul nació, Oliver me dijo que debíamos tirarlo a la basura y así mis padres nos querrían solo a nosotros dos. ¡Yo no quise y ahora me arrepiento! —se quejó y Paul les frunció el ceño a los dos, Oliver aclaró su garganta y se hizo el desentendido.

—¿Oliver? ¿En serio me iban a lanzar a la basura? —Ambos se quedaron callados y Paul los apuntó con su dedo—. ¡Pendejos!

—Ya, Paul, no seas una niña —bromeó Alex sacando de su saco una tarjeta, se la tendió y él frunció el ceño—. Feliz cumpleaños al hermanito de mis mejores amigos.



—¿Y las sandalias? —Chars preguntó metiendo las maletas en el carro. Ese fin de semana lo pasarían en el puerto pesquero, para disfrutar de la playa y de la comida marina. Tenía esos días para sanar su alma y volver a comenzar, después de eso estaban sus compras de navidad, estaban muy cerca de Noche Buena y los preparativos ya habían empezado. Navidad, otro año y con nuevas cosas que dejar.

—¿Las negras? ¡Ya las guardé!

—No están, Aurora, ve y búscalas.

—Pero papá... —se quejó quitándose el sombrero, hizo una mueca y subió las escaleras con el ceño fruncido. Charles sonrió y tomó la cámara guardándola en su pequeño maletín. Subió las escaleras hacia su habitación y tomó sus lentes negros. Al bajar, agarró una pequeña bolsa donde estaban las bebidas y algo de comer para un viaje de una hora, porque Aurora siempre tenía hambre—. ¡Amor, date prisa!

—¡Ya voy, señor gruñón! —Se volvió a quejar y negó guardando las últimas cosas. Levantó la mirada y sonrió al ver a Paul bajar de un taxi y arrastrar su maleta hacia él, tenía los ojos ocultos en unas gafas oscuras.

—¿Qué tal la noche? ¿Dormiste bien?

—Pareciera que solo dormí una hora —se quejó con la voz ronca llevándose la botella de agua helada a la boca. Chars sacó de su bolsillo unas pastillas para el dolor y se las tendió, tomó su maletín y lo puso en el maletero con las demás mochilas. A los pocos minutos bajó Aurora con las sandalias y con una mueca en los labios—. ¡Mi nena!

—¡Tío! —Rio lanzándose a sus brazos y Chars sonrió guardando las sandalias. Cuando estuvo todo listo, cerró las puertas y ventanas de toda la casa, puso la alarma y cerró la puerta dirigiéndose hacia el asiento trasero para ponerle el cinturón a su hija. Ella se quejó por no ir adelante, pero al final se contentó con un beso suyo—. ¿Me enseñarás a nadar, papi?

—Te lo prometo, amor —susurró besando su mejilla. Cerró la puerta y subió al auto poniéndolo en marcha. Colocó algo de música, y en escasos minutos su hija y su hermano ya estaban dormidos. Manejó con tranquilidad y cuando pasó el peaje los despertó, ambos gruñeron y rio al ver las muecas en sus caras.

Se habían cambiado los días de visita de Ivana, y ahora en vez de los viernes, eran los sábados. A veces Charles no estaba presente en sus encuentros, se quedaba cocinando o a veces trabajando en la oficina. Podía escuchar a su hija reír y a Ivana hacer mil intentos para sacarle conversación. Lo estaba intentando, nadie dijo que fuera fácil y él no la ayudaría a conquistar a su hija, tal vez ya no la odiaba, tal vez sentía pena porque se estaba divorciando, pero hay cosas que no se pueden olvidar.

Observó a su hija por el espejo como veía alrededor, como sonreía y pasaba sus dedos por la ventana. Él le sonrió cuando ella lo capturó contemplándola. Su Aurora.

—Ojitos de caramelo. —La llamó y Aurora se alegró, bajándose del auto cuando su padre apagó el motor. La niña miró alrededor y luego echó a correr cuando vio a sus tíos y abuelos salir de la casa. El rubio sonrió y empezó a bajar las cosas con ayuda de un dormilón Paul.

—Código 10, código 10 —repitió Oliver acercándose hacia ellos. Llevaba en brazos al pequeño Lucas. Paul frunció el ceño quitándose los lentes y Oliver miró hacia atrás con disimulo—. ¿Qué ya no se acuerdan, par de idiotas?

—¿De qué hablas, hermano? —Paul sonrió estirando las manos hacia Lucas, pero él se echó a llorar aferrándose a los brazos de su tío. Llorón igual a su madre, aún Oliver podía recordar las veces en las que Diana lloraba y nunca paraba—. ¿Qué sucede?

—Julie está adentro con Omar, ellos también fueron invitados —murmuró Oliver y Chars maldijo colocándose los lentes en la punta de su nariz, Paul refregó su nariz y se recostó en el carro—. ¿Quieres que la mantengamos ocupada para que no se acerque a ti? También podemos quedarnos en un hotel, hermano.

—Lo agradezco, sin embargo, no podemos tener a los niños en un hotel y nuestros padres se molestarían —masculló Chars tomando las dos maletas para entrar a la casa, sus hermanos lo siguieron con recelo—. También dudo que quiera acercarse teniendo a mi familia cerca.

—Ha preguntado por ti, hermano, y varias veces El escritor solitario hizo una mueca cuando escuchó su risa en el interior de la casa, dejó las maletas y sonrió envolviendo las manos alrededor de su madre. Aurora reía en brazos de su padre, mientras Omar hacía muecas y Julie se movía al ritmo de la música. Saludó a su cuñado, a su hermana que trataba de calmar el llanto de Luis y luego a Julie. Ella sostuvo su mano y el rubio con delicadeza se soltó, estuvieron así por un

rato hasta que Chars escapó y su hija lo siguió.

—¿Qué haces aquí, bruja? —preguntó viéndola y su hija sonrió tomando su mano para entrelazarla, pasaron la pista y luego ambos se quitaron las sandalias sintiendo la húmeda tierra bajo sus pies. Charles se aproximó hacia la orilla y jadeó al sentir el agua helada—. ¿Te gusta este lugar?

—Mucho, papá —Su hija arrugó la nariz cuando él se inclinó y le terminó echando agua. Aurora empezó a correr y su padre la persiguió riendo a carcajadas—. ¡Papá!

—¡La bestia va a comerte, brujita! —exclamó levantándose del suelo, Aurora se carcajeó señalándolo y el rubio entrecerró los ojos corriendo hacia su hija, envolvió las manos en su cuerpo y la atrajo a su pecho llenándola de besos. Corrió hacia el muelle sujetándola para que no se soltara y salieron huyendo, besó sus mejillas y se quedó de pie en la última madera del muelle. Más de una pareja se había detenido a verlos, más de uno reía y los señalaba mientras su hija reía a carcajadas quejándose de lo que le haría—. Bruja, hueles mal. Necesitas un baño.

—¡Papi, no! ¡No!

Él sonrió girándose y ella suspiró aliviada. Él negó y se echó hacia atrás cayendo al agua con ella en brazos. El agua estaba helada, Aurora chilló y empezó a lanzarle agua mientras su padre la sostenía con una mano y reía. Estuvieron ahí jugando hasta que bostezó y lo abrazó. Algunos pescadores lo ayudaron a salir mientras sujetaba a su hija que iba cerrando los ojos. Besó su frente y su nena envolvió las manos en su cuello y escondió su rostro quedándose dormida. Caminó por la orilla viendo como el atardecer les daba la bienvenida, se sentó en la tierra y la acomodó en su regazo viéndola dormir plácidamente.

Sus pestañas espesas estaban mojadas cubriendo con recelo sus ojos, su cabello estaba pegado en su cuello y había tomado un color oscuro, sus mejillas estaban rojas y sus labios entreabiertos. Era preciosa, su niña era preciosa. Él se inclinó besando su frente y estuvo así por varios minutos hasta que se puso de pie y regresó con Aurora en brazos. Su madre gritó molesta por tenerla mojada en aquella temporada, Diana se la quitó de las manos y lo mandaron a bañar. Él sonrió viéndola abrir los ojos y luego fruncir esa bonita y pecosa nariz, así que al final tuvo que tomar su toalla e ir al baño, disfrutó del agua caliente y cuando estuvo listo salió, yendo directamente a su habitación.

—¿Chars? —Se giró al escuchar la voz suave de ella. Apretó la toalla y sacudió su cabello caminando hacia el ropero queriendo cambiarse—. ¿Podemos hablar?

—Me estoy cambiando, Julie, ¿podría ser después?

—Ya te he visto desnudo —señaló la mujer y Chars se tensó. Se puso unos calzoncillos y dejó caer la toalla, tomando unos pantalones grises de algodón. La mujer siguió ahí, detallándolo y con los brazos cruzados—. Quiero disculparme por lo de esa vez, no debí de decir eso, aunque tú debes de entenderme...

—Tú no llegaste a preguntarme, llegaste a exigirme y a insultarme, Julie —siseó Charles con la voz gélida, se colocó un polo blanco y luego fijó sus ojos en ella—. ¿Crees que quiero esto? Deseo besarte, abrazarte y pasar mis tardes contigo. ¿Crees que quiero tenerte lejos?

—Eso parece, Charles. No quieres hablarme y huyes de mí. ¿Realmente quieres que te crea?

—Ahí vas de nuevo, otra vez culpándome —masculló entre dientes—. No quiero una relación donde mi pareja desconfíe por verme con una amiga, con la madre de mi hija o con una compañera de trabajo. No quiero que mi pareja me grite y que mi hija escuche todo. No quiero una pareja que crea lo peor de mí.

—Aurora no es un cristal, Charles. Es normal que una pareja pelee.

—Sé que mi hija no es un cristal, lo sé. No obstante, siempre he evitado que viva en un hogar lleno de conflictos. Quiero que ella sienta su hogar como un lugar seguro donde pueda expresarse libremente, donde confíe en su padre. ¿Entiendes?

—¿No soy lo suficiente buena para ser aceptada por tu hija, Charles? ¿Es eso?

—¡No, carajo! ¡No! —estalló apretando el puente de su nariz. Podía sentir el dolor muscular en sus hombros, podía sentir la irritación y el dolor de cabeza. Bajó la mirada a sus manos y las vio temblar, soltó una risita burlona porque sabía que se rompería y no quería hacerlo, no delante de su familia ya que solo sus hermanos y amigos sabían de lo que padecía—. No es sobre mi hija, carajo. Es sobre tu maldita desconfianza, sobre lo que piensas de mí. Soy basura, ¿no? ¿Eso es lo que piensas de mí?

—¡No!

—Claro que sí, Julie, es lo que piensas de mí. Yo no puedo seguir así, ¿sabes por qué? —Se acercó a zancadas hacia la aludida y observó sus ojos—. ¡Estoy harto de que las personas vean lo malo en mí! ¡Estoy cansado de tener el corazón roto porque ustedes me ven como un maldito idiota con el que puedan jugar! ¡Carajo! ¡No más, soy una persona con sentimientos! ¿Crees qué quería que ella me abandonara? ¿Crees que quería que tú pensaras eso de mí? ¿Eh? ¡No! ¡Me cansé de ser un maldito idiota al que todos ven la cara de imbécil! ¡No más!

—¿Chars? —Cerró los ojos y la soltó llevándose la mano al pecho. Apretó los labios y cuando se calmó abrió los ojos encontrándose con la mirada de su padre, hermana y Oliver. Los tres lo miraron y luego a Julie que tenía los ojos cristalizados y la voz rota—. ¿Por qué le gritas?

—No pasa nada, padre. Todo está bien.

—¿Todo está bien? ¡Le estabas gritando a Jul! —exclamó y Chars apretó el puente de su nariz con malestar—. ¿Qué sucede?

—Papá, es mejor que nos calmemos, Chars ya no es un niño y ellos sus problemas tendrán. Salgamos de aquí ¿sí?

—¡No, Oliver! ¿No te das cuenta? Charles debe respetar a las mujeres, lo crie con valores y luego él los desechó, sin importarle cuán lastimados salimos todos. —Y esas palabras le cayeron como un balde de agua fría, Chars se giró herido y sonrió con amargura—. A las mujeres se les respeta, Charles. Se les respeta y no se les pega o grita, ¿no les enseñé eso?

—¿Dónde está mi hija?

—Aurora está durmiendo, no la molestes y afronta tus problemas, Charles. ¿Así te crie? ¡Claro que no! Desde que cumpliste los veinte, hiciste lo que mejor te parecía y ahora eres un padre soltero, y se te da por tratar mal a las mujeres...

—¡Basta! —explotó haciendo callar a su padre, Oliver abrió los ojos y Diana se interpuso para que su padre no avanzara hacia Charles. El rubio lanzó todo lo que estaba en la mesa para tratar de calmar los impulsos de golpear a cualquier inocente que se cruzara—. No se metan en mi vida, soy lo suficiente hombre para llevar las riendas de mi vida y de mi hija. He sido yo quien ha sacado a su hija adelante, ¿te pedí dinero para su ropa? ¿Comida para ella? ¿Casa? ¡No! ¡Yo no pedí nada a nadie, así que no se metan en mi vida!

Tomó su chaqueta, su billetera y el celular, salió de ahí dirigiéndose hacia la habitación de Diana encontrándose con su hija y Paul. Su hermano no dijo nada, así que le puso el gorro de lana a la niña y encima una chaqueta. Paul le habló y su hija también, mas no les hizo caso. Tomó su mano y salió de la casa escuchando los gritos de todos, sin embargo, en ese momento no importó. Subió al carro con su hija y huyó de ese lugar.

CAPITULO VEINTINUEVE: EL PRÍNCIPE NO TIENE FINAL FELIZ



*Estaba dispuesto a ir a la guerra por ella,
Estaba dispuesto a perderme a mí mismo.
Estaba dispuesto a todo, pero ella ya no me amaba.
Aunque le supliqué, me dejó.*

Desde el balcón de su habitación del hotel tenía la mejor vista del puerto pesquero, y a pesar de que estaba algo abandonado por el estado; seguía siendo hermoso. Aún se maravillaba por las celebraciones que se realizaban ahí, por la gente fiestera y por sus creencias. Aquel pequeño puerto tenía miles de historias y todas hacían que tu cuerpo se sacudiera de miedo. La última vez había estado en el camino del diablo y no quiso volver. No es que tuviera miedo, pero cuando crees en algo, termina por cobrar vida o eso decían ahí.

Los pescadores regresaban de alta mar, reían a carcajadas mientras los más jóvenes corrían por la orilla y terminaban lanzándose al agua seguido de sus cachorros. Pudo ver cómo las parejas paseaban por la plaza, algunos iban hacia la playa para sentarse y admirar el atardecer, otros se quedaban sentados en la plaza besándose, amándose.

Tenía más de dos horas ahí, con su hija dormida y él con una copa de licor tratando de alejar aquellas palabras que retumbaban en su cabeza. Después de lo ocurrido con Ivana era muy fácil herirlo, muy fácil echarle en cara lo que no logró. No se arrepentía de lo que había dicho, porque el hecho de pensarlo e imaginar una vida sin su hija, simplemente lo volvía loco.

Sus padres los habían criado bien, sin golpes y mucho menos gritos, siempre bromeando y hablando cuando era necesario, una familia hermosa. Sin embargo, tal vez Charles hubiera preferido golpes a esas palabras tan duras, esas que habían calado en su pecho y en su cabeza.

—¿En serio? —La voz de Alex se escuchó sorprendida, Chars se llevó la copa de licor a la boca y echó una rápida mirada hacia atrás viendo a su hija dormida sujetando con fuerza la almohada. No había sido sencillo tratar de mentirle, de decirle que no había camas y que por esa noche lo mejor sería dormir en una habitación de hotel. No había fácil tratar de explicarle porque él gritaba, y después porque sus manos temblaban—. Siempre he dicho que tú naciste con el corazón demasiado grande, tanto que las personas creen que tienen el derecho de lastimarte. Aquellas ganas de golpear y acabar con todo lo que está frente a ti es una secuela de tanto daño, hermano.

—Estoy algo jodido y la gente piensa que soy un malnacido —murmuró sosteniendo la copa con suavidad, con la otra mano acomodó el móvil para poder escuchar con claridad a su amigo—.

Hoy fue un detonante a todo, desde la llegada de Ivana todo se ha vuelto patas arriba, y yo solo he estado guardando, haciendo caso a lo que todos dicen, ¿y yo? ¿Nadie se da cuenta de lo que yo sufro? Las personas y la vida son muy injustas. Ellos creen que no siento, creen que soy un maldito insensible.

—Vamos, hermano. No digas eso.

—No pienses que me hago la víctima, no es así, pero quiero que se pongan en mi lugar un momento y vean lo difícil que es esto. He tenido que sobrellevar solo esto que me consume, he tenido que sacar a mi hija adelante y viene una mujer a decirme lo basura que soy, viene mi padre a reprocharme mis errores. No es así, Alex.

—Todos tenemos derecho a explotar una que otra vez. No te sientas mal, sé que mi consejo es malo y aquí está Angella recriminándome por lo que te diré. —Chars sonrió al escuchar la voz de su amiga—. Sé egoísta, hermano. Dile lo que piensas, haz lo que creas conveniente y sigue. Que te importe poco la opinión de esa mujer o la de tu padre. Si vivimos a costa de lo que dirán los demás, nunca seremos felices.

—Yo iba a llamar a Eduardo —bromeó y Alex sonrió divertido.

—Cúidate, amigo. Cúidate.

Cortó y dejó el celular en vibrador, caminó hacia su hija y le sonrió besando sus mejillas. Aurora se estiró como un gatito y resopló quitando el cabello que caía en su frente, se giró y sonrió hacia su padre. Cuando el mundo se ponía difícil, cuando el pasado lo golpeaba con fuerza, solo tenía que ver su sonrisa para que todo volviera a la normalidad. Ese brillo hacía que su corazón se llenara de orgullo. Él pasó los dedos por sus mejillas y se recostó dejando que su hija descansara la cabeza en su pecho.

—El miércoles iremos por ese gatito que quieres, ¿está bien? —Su reina asintió besando su mejilla. Ella sabía que su padre no estaba bien, sus ojos no tenían ese brillo y no estaba sonriendo como lo hacía habitualmente—. Quiero llevarte a un lugar donde seas muy feliz, quiero que sepas que me importas mucho. Está haciendo mucho frío, así que no sé a dónde llevarte.

—Cántame, papá. Hazlo. —Charles mordió su labio y terminó asintiendo. La abrazó cerrando los ojos. Se quedaron en silencio hasta que el rubio empezó a aplaudir y mover las piernas causando su risa, el escritor solitario miró a su luz y empezó a cantar:

*Ayer visité un campo y me dijeron que te llevara narcisos
Yo tengo miedo de llevarlos, temo no ser lo ideal en tu vida
Hace tanto frío, tanto que lo único que hago es huir
Quiero abrazarte y hacerte sentir bien, quiero decirte que te amo
¿La vida es así de complicada? Solo quise visitar un campo, nena, un campo
Todas mis lágrimas bajan sin mi permiso, yo solo tengo para ti un corazón y narcisos
¿Es lo que quieres de mí?
Mi tiempo ha caducado y las flores se han marchitado, ¿quieres quedarte conmigo?
En otro jardín encontrarás narcisos, en otro jardín encontrarás mi amor
Ayer visité un campo y me dijeron que te llevara narcisos
Yo tengo miedo de llevarlos, miedo porque hace frío
Quiero abrazarte y hacerte sentir bien, quiero decirte que te amo
¿La vida es así de complicada? Solo quise visitar un campo, nena, un campo.*

Chars calló y soltó una carcajada mientras sus mejillas se enrojecían. Su hija aplaudió y se sentó en la cama contemplándolo. Chars no apartó la mirada, más se sonrojó.

—¿Tan mal canto?

—¿Por qué no has terminado la canción, papi? —inquirió y él la atrajo para sentarla en su regazo, besó sus mejillas y entrelazó sus dedos—. ¿Papi?

—No está terminada, Aurora —le dijo acariciando su cabello. La niña se separó y le tendió un peine. El serrano empezó a pasarlo con suavidad por su cabello, desenredándolo y después le hizo una trenza, quitando algunos mechones que caía en su frente—. Cuando la termine, prometo cantártela. Es tu canción.

—No entendí sobre los jardines, papi.

—Que siempre habrá personas que te amen, que te den todo lo que desees, sin embargo, nunca te amarán como yo lo hago, nunca te cuidarán como lo hace tu padre. —La admiró y su hija asintió lanzándose a sus brazos. Sonrió y cerró los ojos quedándose así por un buen rato.

—Ivana me cae bien —confesó su pequeña hija. Chars bajó la cabeza para observarla—. ¿Está mal eso?

—Claro que no, ¿por qué piensas eso?

—No quiero que te molestes porque ella me cae bien. —Aurora empezó a jugar con sus dedos y luego soltó el aire contenido—. Escuché que tía Jul decía que yo debería quererte a ti, solo a ti, que Ivana no merecía que le hablara. Que tú te molestarías si lo hacía.

—Aurora. —Colocó los dedos en el mentón de su hija y lo levantó para que la niña lo mirara—. ¿Cuándo escuchaste eso?

—Hace unos días, hablaba por celular y dijo eso.

—A ver, cariño mío... —Se acomodó en la cama para que su hija pudiera mirarlo bien—. Si tú quieres ver a Ivana, hablarle o decirle mamá, yo no me opondré. Es tu madre pese a todos los errores que ha cometido, y eso nadie lo cambiará, mucho menos Julie. Yo nunca me molestaría, ¿entiendes?

—Lo sé, papá.

—Exacto, mi reina bella —finalizó y la abrazó. Estuvieron hablando unas cuantas horas hasta que se durmió en sus brazos, y en poco tiempo Chars también cayó agotado. A la mañana siguiente, su hija estaba saltando de un lado a otro mientras vieron televisión y desayunaron juntos—. Vamos, preciosa. Debes bañarte y cambiarte esa ropa.

Al estar listos, Chars tomó la llave de la habitación y ambos bajaron, la entregó en recepción y salió subiendo al auto junto con su hija. Puso algo de música y su nena se la pasó cantando en todo el camino con un inglés masticado y un italiano revuelto. El escritor solitario reía y le decía que cantaba muy bien, que si quería dedicarse al canto la apoyaría. En respuesta, la princesa dijo que no y aunque cantara bien, no quería estar parada frente a muchas personas.

Estacionó el auto frente a la casa y vio salir a Oliver y a Paul, ambos con el rostro contraído, atrás de ellos apareció su madre y su hermana. Aurora se bajó corriendo a los brazos de su tío Paul que la recibió encantado y entró a la casa. Chars se mantuvo afuera con las manos en los bolsillos delanteros del pantalón de algodón. Diana lo miró y luego se lanzó a sus brazos con fuerza, el rubio sonrió besando su frente y le dijo que estaba bien, su padre no hizo preguntas y lo agradeció.

Cuando entró a la casa se encontró con Julie, quien tenía los ojos rojos y a su lado, su padre. Todos se alejaron y los dejaron a los tres solos, confundido preguntó, sin embargo, nadie contestó.

—Lamento lo de ayer, no quería faltarle el respeto a ninguno. Sabes que te admiro y te respeto padre, pero no me gusta que se metan en mi vida, y mucho menos si desconoces lo que sucede.

—Chars...

—Déjame hablar, padre. —El hombre asintió y Chars lo agradeció. Soltó el aire contenido y

fijó sus ojos en los de Julie—. No debí reaccionar así y mi actitud no fue la correcta, yo ahora no me encuentro listo para mantener una relación. Después de Ivana me di la oportunidad muchas veces, y en todas fracasé, hasta que llegó alguien que realmente vio cada parte de mí y la amó. Fue importante para mí. Fui un completo estúpido en tratar de mantener una relación, cuando mi vida sentimental siempre es una montaña rusa. No quiero esto para ti, y por eso es mejor que cada uno tome un camino distinto.

—¿Vas a renunciar a lo nuestro, Chars? —titubeó y su voz se quebró, quiso acercarse y envolver sus manos alrededor de ella, aunque se quedó de pie en el mismo lugar—. ¿Vas a huir como siempre lo haces?

—Te estoy dejando libre, Julie. Tú mereces a alguien que saque lo mejor de ti, que grite a los cuatro vientos que te ama, y yo aún no puedo. Necesito resolver muchas cosas y luego empezar a vivir.

—¿Es todo lo que puedes entregarle a la muchacha, hijo? ¿Así te crie?

—Me criaste para respetar, ser sincero con los demás y lo estoy haciendo. Yo la quiero mucho, pero no la amo. Quiero que confíe en mí, que no se sienta insegura si me ve hablando con alguien.

—No puedes hacerlo, hijo. No ahora —negó su padre poniéndose de pie. Julie soltó un sollozo y escondió el rostro entre sus manos. Charles se acercó, la abrazó y ella no dudó en envolver las manos alrededor de su cuerpo.

—Dame un poco de tiempo y estaré listo para ti. Un poco de tiempo y ambos estaremos listos para empezar de nuevo.

—Estoy embarazada, Charles —confesó Jul con voz quebrada y Chars abrió la boca sorprendido, se sonrió y negó pasando los dedos por su cabello. Ella estaba embarazada. Estaba embarazada de él—. He estado sintiéndome un poco mal, cuando discutimos me sentía extraña y después me hice unas pruebas, y yo... yo estoy embarazada.

—¿Estás segura? —inquirió alejándose con lentitud, se quitó los lentes y frotó su rostro desesperado. No. Ahora no, no cuando él era un tipo inestable, no cuando quería empezar de cero. Un hijo. Sería nuevamente padre. ¡Dios santo!—. Yo, Dios, no sé qué decir.

—¿Te acostaste con mi hermana, infeliz?! ¡¿Cómo pudiste, Charles?! —gritó Omar haciendo que se sobresaltara. Su amigo caminó hacia él enfurecido y levantó el puño estampándolo en su rostro. Charles jadeó llevándose la mano a la nariz, por lo que rápidamente todos estaban gritando desesperados—. ¡Maldito idiota, es mi hermana! ¡Nosotros tenemos códigos! ¡Tú siempre me decías que no me metiera con Diana y tú te metiste con mi hermana, imbécil!

—Basta, Omar. Cálmate que aquí hay niños —siseó Oliver llegando hasta ellos—. Julie es lo suficiente mayor para decidir con quién estar, no seas un pendejo y compórtate como adulto.

—No te metas en esto, Oliver. No me jodas, apártate para romperle el rostro de niño bonito.

—No lo harás, sabes que Chars boxea y te romperá la cara. Apártate —siseó, y todo quedó en silencio. El rubio escuchó la voz de su hija y rápidamente se metió al baño para lavar su rostro ensangrentado. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Julie estaba embarazada, estaba embarazada y no sabía qué hacer. Se quitó la playera manchada y tomó una sin mangas y encima se puso la chaqueta para cubrir sus brazos. Cuando salió encontró todo tranquilo y a Aurora observando a Julie que lloraba.

—Tía Jul, ¿por qué lloras?

—Por... por nada preciosa —balbuceó pasando los dedos por sus mejillas. Todos miraron a Chars y él hizo una mueca mirando a otro lado—. ¿Hoy iremos en barco?

—Sí, Jul, pero no sé si sea lo mejor. Te puede hacer mal —le dijo Diana a distancia. Su

hermana buscó la mirada de Charles esperando respuestas, muchas, porque había escuchado últimamente cosas de Julie que la tenían alerta y ahora aún más al saber que era la pareja de su hermano menor.

—Bien, entonces nosotros iremos por la comida. Paul, Chars, Aurora y yo —avisó Oliver tomando las llaves del auto. Su padre negó y Oliver apretó los labios—. Iremos nosotros. Diana, alista ropa de todos y nos vemos en el muelle, ¿está bien?

Charles agradeció y se detuvo al lado de Julie, tomó sus manos y dejó un beso en estas. La mujer sollozó y el rubio se inclinó juntando sus rostros, ambos cerraron los ojos y luego él sonrió bajando la mano a su vientre, rozó sus dedos y rio junto con la madre de su hijo.

—Todo saldrá bien, dulzura. Lo prometo.

Jul asintió y Chars salió de ahí tomando la mano de su hija que lo veía confundida. Besó su frente y le sonrió mientras subía en el copiloto del carro y su hija atrás con Paul, Oliver puso música y él echó la cabeza hacia atrás cerrando los ojos.

¿Cómo todo puede cambiar en unos segundos? ¿Cómo de un momento a otro ya no solo son dos personas en su vida? ¿Cómo el destino puede ser tan juguetón? No estaba seguro de poder hacer las cosas bien. No quería dañarlas con alguien como Julie, mucho menos cuando en su vientre llevaba a una pequeña criatura que traería más felicidad a su mundo. Sonrió, miró a Oliver que reía y golpeaba su hombro. Un bebé. Él iba a ser papá otra vez.

—¿Por qué sonríen tanto? —Aurora preguntó, Charles rio entre dientes causando malestar en su celosa hija—. ¿Estás volviéndote loco, papá?

Sus hermanos rieron y Chars carcajeó negando repetidas veces. Oliver estacionó el carro en el supermercado y los cuatro bajaron. Él le tendió la mano a su hija y ella la tomó con rapidez. Entraron al súper con un carrito colocando todo lo que necesitaban, Charles se detuvo con su hija tomando fruta y metiéndola en el carrito, su hija se soltó y él la miró.

—¿A dónde vas?

—Quiero una sandía, papá. —Lo miró y Chars echó una mirada a dos cajones lejos de él—. ¿Podemos llevar?

—Sí, cariño. Espérame y vamos juntos.

—¡Papá, está aquí nomás!

—Aurora. —La miró y su hija frunció los labios. Suspiró y asintió, para luego ver como se detenía y tomaba sandías. No quitaba sus ojos de ella y cuando vio a Paul se fijó en las manzanas que sostenía. ¿Le gustarán a Julie? ¿Qué debía comprarle ahora? Él parecía un padre primerizo.

—Charles, ¿en dónde está Aurora?

—Viendo las sandías, Paul está ahí también —murmuró dejando caer las manzanas en el carrito. Levantó la mirada encontrándose con los ojos de Oliver, buscó a su lado y su hija no estaba. Él se alejó y comenzó a caminar alrededor llamándola—. Debe estar con Paul, estaba cerca cuando voltee a ver las manzanas.

Oliver sacó el celular con rapidez y se lo llevó a la oreja, habló y luego señaló atrás, donde venía Paul con dos gaseosas. Venía solo, no estaba su hija. Charles se giró y empezó a correr por todo el supermercado gritando el nombre de su hija. Detuvo a más de una madre con niñas, se metió en los vestidores y miró en la zona de juguetes, pero su hija no estaba. Paul estaba hablando con el de seguridad, mientras Oliver lo ayudaba a buscarla.

—¡Aurora! ¡Aurora, hija! ¡Mi amor! —gritó Charles desesperado. La gente lo observaba sosteniendo a sus hijos. El rubio buscaba alrededor, sin embargo, no estaba, su hija no estaba. Él se llevó la mano al pecho con desesperación y miró a Oliver que gritaba el nombre de su hija—.

¡Hija! ¡Mi vida! ¿Dónde estás, cariño? ¡El juego terminó!

—Señor, debe tranquilizarse, ella debe estar por aquí. ¿Cómo es y qué viste? —El hombre de seguridad preguntó y Chars pasó los dedos por su cabello con desesperación—. ¿Señor?

—Aurora tiene el cabello claro y largo, tiene ojos verdes y lleva una chaqueta negra con una playera de *Batman*. Señor, mi hija no juega ni se me escapa, ella estaba aquí conmigo. ¡Estaba viendo las sandías!

—¡Cálmate, Charles! ¡Aurora va a aparecer! —pidió Oliver y Chars se dejó caer en el sillón, pasando las manos por su cabello. No habían pasado más que algunos segundos cuando Paul regresó con el de seguridad y él traía en sus manos un celular.

—¿Qué sucede, Paul? —Oliver se alteró cuando vio a su hermano llorar y negar repetidas veces. Charles se puso de pie, se acercó al de seguridad y al ver que este no hablaba lo sujetó con fuerza de la camisa y lo sacudió, Oliver se acercó con rapidez apartándolo.

—¿¿Dónde está mi hija?! ¡Hable, carajo!

—En la cámara de seguridad se ve salir a un hombre con una niña con las mismas características de su hija. El hombre salió y algunos padres dicen que la niña estaba dormida en sus brazos.

—¡Oh, Dios mío! ¡No! —negó y le quitó el celular para ver el vídeo. Mujeres y padres salían riendo hasta que un hombre alto con una capucha gris sostenía en sus brazos a su hija, su niña. Ella iba inconsciente en sus brazos mientras el hombre se detenía a hablar con el de seguridad y luego salía. No, su hija, no. No. ¡No!—. ¡Es Aurora! ¿Por qué no lo detuvieron? ¡Él la lleva inconsciente! ¡Llevaba a mi hija inconsciente!

—Ya hemos llamado a la policía, ellos no tardan en llegar, hermano. Aurora va a aparecer, estará con nosotros. —Oliver lo rodeó con sus brazos cuando lo vio caer de rodillas ocultando el rostro en sus manos, él gritó el nombre de su hija haciéndose pedazos lentamente.

Pasó más de media hora hasta que su familia se enteró y llegaron al lugar. Chars no dejaba de caminar de un lado a otro gritando desesperado.

—Buenas tardes —dijo una voz ronca. Charles se puso de pie al ver al hombre alto en la puerta y atrás de este había dos oficiales. Oliver y Paul se acercaron a tenderle la mano y el hombre la recibió—. Soy el oficial *Emeran Amaro*.

—Mi hija ha sido secuestrada, ella estaba a mi lado y después, ya no. Tiene que ayudarme. ¡Es mi niña! —gritó y el hombre vio el rostro desesperado de los hombres. Compartió una mirada con Robín y Marcos (los oficiales de su unidad) luego le hizo señas al de seguridad y este asustado se acercó.

—Quiero los vídeos y los testigos. Necesitamos hacer un retrato hablado del hombre y comenzar a buscarlo. Si ya lo había hecho una vez, caerá —siseó. El guardia titubeo y se alejó. Emeran se acercó colocando su mano en el hombro del rubio, era más alto, más grueso y sin duda más atemorizante—. Quiero que se tranquilice, encontraremos a su hija.

CAPÍTULO TREINTA: EL PRÍNCIPE ESTÁ SUFRIENDO



Eran las dos de la mañana con nueve minutos, Charles no había dejado de andar de un lado a otro en la comisaria del pueblo. Para ese momento las cadenas televisivas del puerto pesquero lanzaban volatines sobre Aurora y la última vez que fue vista. Ya para ese momento, sus amigos habían llegado y no habían dejado de llamar, incluso Osvaldo estaba ahí hablando con Artemis.

Sorangel y Andrés estaban abrazados, el padre del rubio trataba de consolar a su esposa mientras que Ivana estaba cubriendo su rostro tratando de ocultar las lágrimas y su mejor amiga la abrazaba pidiendo que se calmara. Oliver y Paul hablaban con algunos oficiales que entraban y salían, mientras que Artemis, Lucas y Juan Pablo trataban de mantener a la prensa a raya. No era porque se supiera que Charles era un reconocido escritor, era porque a las doce de la noche se dio a conocer que el secuestrador de Aurora era un hombre muy buscado, que aquel tipo se había llevado a más de seis niñas, algunas habían terminado en prostíbulos de Piura y otras en la selva.

El oficial Emeran había mandado a oficiales a las pistas, a los peajes impidiendo que aquel hombre saliera del puerto pesquero, impidiendo que se llevara a las niñas, a su Aurora.

El escritor pasó los dedos por su rostro con desesperación y terminó sentándose en el suelo, tratando de calmarse y de evitar salir a la calle en busca de su hija, porque lo había intentado, había intentado salir en su búsqueda, pero Emeran lo había detenido diciendo que eso solo causaría problemas, que eso solo arriesgaría la vida de su niña.

—¡Quiero respuestas, maldita sea! —exclamó Charles poniéndose de pie de golpe, todos lo miraron y vieron como ese hombre tan fuerte se rompía frente a sus ojos. El rubio gritó golpeando con fuerza la pared.

Una, dos, tres veces y tres más.

Artemis y Alex se acercaron a zancadas, alejándolo de la pared, aunque forcejeó, sus amigos lo apretaron con fuerza. Los ojos azules de Alex se fijaron en los del serrano viéndolos sin brillo y enrojecidos.

—Hermano, debes calmarte. Debes mantenerte fuerte por ella.

—Mi Aurora está allá afuera, mi niña está con un tipo que puede estarle haciendo daño. ¡No puedo calmarme! —Se soltó del agarre de Alex, sin embargo, Artemis fue rápido y envolvió sus manos alrededor de los de Charles. Él lo sujetó con fuerza, el rubio luchó, mas terminó bajando la cabeza ahogando sus gemidos.

Ivana se puso de pie con pasos cortos y avistó lo destruido que estaba Charles. Había recibido la llamada en la noche, llegaba del trabajo y su corazón se detuvo cuando escuchó la voz de Oliver Maldonado. Lo primero que hizo fue llegar hasta ahí y pedir respuestas, todos la miraban mal, pero no le importaba, su hija estaba en peligro y necesitaba saber qué estaba sucediendo. Al llegar, había encontrado a Charles hecho un mar de nervios, gritando y pidiendo respuestas. Lo

había visto caer esa noche más de una vez, lo había visto romper sus nudillos y quiso abrazarlo, quiso hacerlo para decirle que entendía su dolor. En su camino la novia de él se interpuso, la miró mal y recalcó que no tenía nada que hacer, que hacía años que había abandonado a Aurora como un perro y no pudo controlarse. No fue posible y terminó estampando su mano en la mejilla de la mujer, el golpe resonó en el lugar haciendo que todos los presentes enfocaran la mirada en ellas.

—¿Qué diablos te pasa?! —El grito del moreno que abrazaba a la mujer inquietó a Ivana, por lo que Mari la abrazó, tratando de protegerla. La madre de Aurora vio que todos la miraban, así que no calló.

—No vuelvas a comparar a mi hija con un perro. Sí, fui una hija de puta por abandonarla, pero estoy aquí y no permitiré que la llames así porque no tienes la atención necesaria de Charles —escupió enfurecida con lágrimas en los ojos. No le importó y golpeó su hombro con el de ella, y se encaminó hacia el rubio. Ambos se miraron, Ivana colocó su mano en el hombre que amó y fue todo lo que se necesitó—. Va a volver contigo. Aurora estará en tus brazos, ten fe.

—Mi pequeña está allá afuera y no puedo protegerla.

—No te des por vencido, Aurora te necesita.

Esa fue la última vez que habló con Charles, después se mantuvo en una esquina esperando respuestas. Iban y venían las tazas de café, los amigos de Charles nunca se fueron, trataron de mantener con calma a la prensa, sin embargo, cuando se supo que el pintor, el dueño de un feo para llevar y el escritor Osvaldo Cisneros estaban ahí, fue peor de controlar.

A las seis de la mañana, Emeran regresó diciendo que había recorrido el puerto. Había seguido las pistas que les habían dado, pero no había rastros de la niña, eso terminó por descolocar a Charles que se volvió una bestia, gritando y destruyendo todo a su paso. Nadie lo había visto así nunca, nadie había visto sus ojos cargados de oscuridad. Nunca, aunque se podía entender que al diablo le habían quitado el motivo de su felicidad, le habían quitado su pequeño cielo.

Las noticias no dejaban de hablar sobre la desaparición de las niñas, sobre los prostíbulos. A las ocho de la mañana se descubrió que Charles era el escritor Charly M, el famoso que se había mantenido en anonimato. Nadie supo cómo se enteraron, sin embargo, las redes sociales se volvieron locas haciendo comparaciones, luego rogando porque la hija del autor apareciera. Charles no salió a hablar, no desayunó y tampoco se fue a cambiar.

Cuando el padre de ellos intentó sacarlo de ahí, el escritor lo enfrentó remarcando que no se iría de ahí sin su hija. La familia fue y vino e incluso los amigos del rubio, más él siempre permaneció ahí, sentado, esperando respuestas, volviéndose loco.

Charles ahogó un gemido al ver que su hija llevaba ya 12 horas de desaparecida, que no había pistas ni rastros de su pequeño rayo de sol. Parecía que perdería la cordura en cualquier momento, que saldría y tomaría un arma para buscarla él mismo. Cerró los ojos y la voz de su pequeño terremoto lo envolvió.

—Me gustan las mariposas. —Charles elevó la mirada y sonrió al sentir las suaves caricias de Aurora en su cabello, la llevaba en sus hombros mientras disfrutaban de un día en el campo con su familia y amigos. Tenía siete años, y a pesar de eso, ella quería seguir en los brazos del serrano y Charles quería seguir sosteniéndola como el primer día.

—Son hermosas como tú. —La bajó con cuidado depositando un beso en su frente. Su nena sonrió quitando las ondas que caían en su frente, iba a decir algo, aunque los besos de Alex en su rostro la interrumpieron. La niña se carcajeó mientras huía de su padrino que estaba dispuesto a no soltarla—. ¡No, tío Alex!

—¿No qué, Aurora? —Alex la cargó en sus brazos corriendo mientras Juan Pablo lo perseguía y atrás iba Lucas. Charles sonrió siendo alcanzado por Artemis quien llevaba su caballete, y sus

materiales de pintura. Su amigo era algo silencioso, pero si querías saber sobre él; solo debías mirar sus cuadros.

—Gracias por la caja de carboncillos, y aunque anda ensuciando todo; es feliz. —Charles miró a Artemis que asentía. Hacía unos días, el pintor le había obsequiado a Aurora unos carboncillos con un cuaderno de hoja gruesa para que dibujara, desde entonces ella no dejaba de ensuciar las paredes blancas de la casa.

—Es una niña talentosa.

—Te dice tío.

—Lo tolero. —Charles se echó a reír y lo ayudó a colocar el caballete, lo vio colocar un cartón entelado, luego sacar sus acuarelas empezando a pintar.

Sus hermanos se tiraron al suelo tan pronto llegaron mientras sus padres cuidaban de sus adorados nietos. Él se sentó cerca de su amigo pintor viendo como dibujaba el paisaje y entre él; a su hija y a los muchachos.

Charles abrió de golpe los ojos cuando escuchó la voz de Emeran, fue sacado de los recuerdos y cuando se puso de pie se mareó. Tantas horas que tenía sin comer y dormir empezaba a pasar factura. No había respuestas, nada que pudiera tranquilizar su inquieto corazón.

El escritor sintió los brazos de su hermana y sonrió, su Diana apenas había llegado a la comisaría ya que horas atrás volvió a la casa para ver cómo estaban sus hijos. Fabián los estaba cuidando por eso no estaba ahí, él estaba cuidando de los niños y tratando de mantener calmados a sus abuelos que habían llegado al puerto hacía pocas horas. Masajeó el puente de su nariz y se acomodó los lentes para enfocar la vista en el televisor viendo las noticias. Un policía pidió que subieran el volumen y todos pusieron atención.

«El día de ayer a las ocho de la noche ha desaparecido la menor Aurora Maldonado, hija del reconocido escritor Charly M. La niña se encontraba con su familia en el supermercado y de la nada ha desaparecido —empezó a decir la mujer, Chars se puso de pie frotando sus labios, tratando de contenerse para no llorar—. Solo hay un vídeo en donde se puede visualizar que la niña es sacada del lugar inconsciente. Ayer, dos horas más tarde de la desaparición de la menor, fueron encontradas María Alejandra y Daniela Esparza, menores que fueron secuestradas hace tres semanas, ambas niñas habían sido vendidas en los prostíbulos de Sullana...»

La mujer siguió hablando, pero todo alrededor parecía que había desaparecido, la voz de la mujer hacía eco en su cabeza, una y otra vez, por lo que el miedo lo embargó. Su pequeño ángel había sido arrancado de sus manos, de su vida y no estaba bien. Podría estar llorando, podría estar mal.

El escritor se giró viendo el rostro consternado de los demás, observando cómo algunos rompían en llanto y sus amigos tenían los ojos rojos de tanto llorar. Él miró a todos dando pasos lentos, tan lentos que creyó que caería, Artemis se apresuró a llegar con él y lo tomó con fuerza, Charles lo rodeó regalándole una sonrisa triste.

—¿Y si no vuelve? —inquirió en un susurro bajo.

—¿Charles? —dijo, a pesar de que el rubio ya no contestó.

Cerró los ojos y todo se volvió un caos. Se sentía mareado y el dolor en su cabeza era insoportable, quiso alejarse de su amigo, sentarse y pedir un vaso de agua. En ese momento recordó que en más de 12 horas no había comido, no había dormido y su hija tampoco. Artemis siseó sujetando a su amigo con fuerza, después de eso todo se volvió una locura. Su amigo fue llevado al hospital que estaba cerca, fue ingresado y el doctor dijo que estaba bajo mucho estrés, que eso había hecho que se desmayara. Cuando escuchó que la hija del escritor había sido

secuestrada; lo entendió. Alex odió la mirada que el galeno les dio, quiso lanzarse y romper su cara cuando les regaló una sonrisa de pena, una sonrisa que decía: ella no volverá, lo he visto.

¡No! Todos se rehusaban a creer eso, su sobrina volvería. La luz de la vida de su mejor amigo volvería, harían todo por ella.

Alex, Paul y Juan Pablo se quedaron en el hospital con Charles al igual que los padres de este, mientras que Oliver, Artemis y Lucas volvían a la comisaria. No lograron entrar porque ese día, la prensa era mayor, muchos más periodistas, por lo que Artemis habló.

—Les pediremos un favor, que se aparten de aquí. Lo único que están haciendo es incomodar a los familiares. No hay ningún avance con el caso, no hay nada que podamos decir —siseó y los reporteros dieron un paso hacia atrás—. No hay más que añadir.

—¡Señor Moreno, señor Moreno! —gritó una mujer y Artemis apretó los labios dirigiéndose hacia ella, esta alzó el mentón desafiante—. ¿Es verdad que el profesor Charles Maldonado es el conocido escritor de Best Sellers?

La chica iba a continuar, y en ese momento el pintor se acercó cubriéndola con su cuerpo, sus ojos se oscurecieron y ella retrocedió asustada; se dio cuenta de que no debía hacer más preguntas y titubeando bajó el celular. Todos se alejaron de ahí escuchando más preguntas, pero los oficiales se encargaron de apartarlos. Los periodistas no están ahí porque quisieran saber del escritor, mentira, era por puro morbo. Su país era hermoso, sin embargo, nunca se apoyaba el arte o la literatura, nunca. Ahora que sabían de Charles, habían llegado con la excusa de que querían saber sobre la desaparición de las niñas, cuando eso venía sucediendo hace meses y ninguna noticia hablaba sobre eso.

¿Cómo era eso posible? Su país ignoraba muchas cosas, no obstante, el chisme era el pan de cada día en la mayoría de programas amarillos. Durante el día no se podían ver las noticias porque en América Televisión, Frecuencia Latina y ATV lo único que ofrecían eran programas de farándula, donde se presumía que el físico era lo más importante, donde tipos que no sabían sumar terminaban siendo los ídolos de muchos niños. ¿Qué diablos sucedía con su país? Ahora entendía perfectamente porque se fue a estudiar lejos, entendía porque volvió mucho tiempo después, aunque fue solo una excusa.

Masajeó el puente de su nariz cuando el oficial a cargo salió, su rostro estaba tenso y tenía la mirada oscurecida. Hacía pocos instantes que habían regresado y el hombre llevaba las manos con sangre, su equipo estaba tenso, con los ojos tristes y el pintor se percató de ello.

Eso se puede sentir. Cuando hay una mala noticia rondando, puedes sentir tu corazón golpeando con fuerza, tus manos sudando y de alguna manera tu cabeza duele, como si fueran punzadas. Aunque no podía reconocer muchas emociones, pudo hacerla con esa: Miedo.

—¿Alguna noticia? —inquirió Oliver con los labios temblando, Emeran lo miró con preocupación, soltó el aire contenido y habló:

—Teníamos un testigo, él nos llevaría hasta el secuestrador de Aurora —explicó y Oliver sintió como el corazón se le hizo chiquito. Teníamos, teníamos y teníamos. Esa palabra se repitió en su cabeza y negó. Dio un paso hacia atrás pasando las manos por su rostro y se retiró el cabello que caía en su frente—. Hubo un tiroteo y aunque tratamos de protegerlo, a pesar de que lo intentamos, él salió herido. Lo sacamos tan pronto se pudo, sin embargo, murió y no pudo decir nada.

—¿Cómo que no dijo nada? ¡Emeran, mi sobrina está allá afuera! —gritó envolviendo sus manos en la camisa del mayor. Los oficiales quisieron acercarse, pero el aludido negó y es que conocía a Oliver, era su amigo. Un buen amigo.

—Traeré a la niña, te doy mi palabra.

—¿La traerás viva? ¿Sana? Ya van dieciocho horas desde que desapareció —escupió Artemis con frialdad, los ojos de Emeran fueron hacia él y ambos se miraron fijamente. Ninguno bajó la mirada—. Hagan su trabajo. Ha pasado mucho tiempo desde que se sabe de la desaparición de niñas y cuando son encontradas, han pasado varios meses, para lo cual ya están drogadas, han sido abusadas sexualmente y otras han muerto por un aborto mal practicado.

—Sé cómo hacer mi trabajo, señor Moreno. Lo sé muy bien. Es fácil hablar cuando se está sentado frente al televisor, sin embargo, cuando estás de cara a la realidad, cuando la vives; es diferente.

—He investigado sobre esto, yo mismo he ido a esos prostíbulos y he rescatado a varias niñas. —Todos se quedaron sorprendidos ante sus palabras, tanto Lucas como Oliver lo miraron sorprendidos—. No quiero ir a uno de esos lugares y encontrar a mi sobrina de diez años siendo tocada por infelices porque haré el trabajo que la policía del Perú debería estar haciendo.

—Haré todo para encontrar a la menor, confíen en mí. —Emeran quiso golpear la cara bonita del pintor, no obstante, se contuvo. Sabían de buena fuente que varias niñas habían sido rescatadas por un hombre, que ahora las niñas estaban yendo a terapia y vivían en casa de él. No tenía muchos detalles ya que de eso se estaba encargando Elías, El enterarse de que aquel hombre era el prepotente pintor, que era llamado como un ángel solo hizo que desviara la mirada, sintiendo cómo sus palabras duras caían en su pecho.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO: LA RAZÓN DE VIVIR



—¡Diana! —Llamó él cuando sacó el último pañal de la bolsa. Era miércoles y apenas lo había comprado el domingo. El bebé había terminado los pañales y la leche en pocos días. Charles se echó hacia atrás soltando el aire contenido y queriendo dormir. Desde que Aurora estaba su vida no había podido dormir, cuando llegó a su vida estaba enferma y fueron largas las horas, los días que se la pasó en el hospital con su pequeña.

El rubio tendió la toalla blanca en la cama y luego la recostó con suavidad en ella, Aurora frunció su pequeña nariz y se movió mientras su padre le quitaba su vestido blanco y su ropa interior. Hizo una mueca cuando rozó sus dedos por el sarpullido que tenía en su piel, algo normal en una época tan calurosa como lo era marzo. Ya sin ropa la tomó en sus brazos y caminó hacia la cocina donde estaba la tinita lila que le había comprado para sus baños. Paul se asomó sosteniendo en sus manos el agua de manzanilla con la que iba a bañarla, Oliver sostuvo el celular en sus manos y su madre veía con dulzura al bebé. Aún ambos seguían molestos con él, con su nieta no, con su hijo, parcamente le hablaban.

El padre primerizo se sentó en el suelo y la dejó en su regazo pasando los dedos por su nariz pintada de rojo, sonrió cuando arrugó nuevamente la nariz. Se inclinó besando su frente y fue bajando hasta su cuello causando que hiciera un puchero. Diana empujó la tina hacia su hermano y él la tomó en sus brazos, la levantó provocando que su hija se encogiera e hiciera esos ruiditos tan bonitos. La acomodó en la tina sin dejar de sostenerla con una mano, tomó agua su otra mano y empezó a pasarla por su cuerpo. Ella fruncía la boca, sin embargo, no despegaba su mirada de él, aun cuando tenía a toda la familia de espectadores viéndola y señalándola con ternura. Chars volvió a cargarla, esta vez dejó su cabeza cerca del agua. Tomó algodones, los mojó para después pasarlo por su cabeza y mejillas. Aurora cerró los ojos, Chars aprovechó para inclinarse y besar su nariz, Oliver se acercó para tomar una foto y luego pasar el celular hacia Diana.

—Te mira como si supiera que darías la vida por ella —dijo Diana cuando Chars la tomó en sus brazos y lentamente la secó con la toalla. Movía sus piernitas y sus bracitos teniendo la atención de los hombres de la casa—. Aurora ha medido a los hombres de esta casa y ahora los tiene a sus pies.

—Es la única mujer que me tiene a sus pies —señaló Oliver inclinándose para besar sus regordetas mejillas. El bebé cerró sus manitas y se removió en los brazos de su padre—. ¡Es preciosa!

—Lo sé. Oye, Diana, ya se terminaron los pañales y la leche, ¿puedes ir a comprar más? —inquirió Charles tomando en sus brazos con delicadeza. Su madre negó acercándose para ayudarlo a acomodar bien a su nieta en sus brazos. No le dirigió ninguna mirada y él apretó los

labios doliéndole la indiferencia y el desaire de sus padres.

Diana se levantó acompañándolo, seguido de sus hermanos. El rubio agradecía que ninguno lo hubiera abandonado. Estaban ayudándolo, bañando al bebé o dándole leche. Siempre ahí. Ahora que estaba trabajando en el mercado, empezó a hacerlo desde las cinco de la mañana hasta el mediodía. En las tardes, podía estar con su hija y tenía para sus necesidades. Había hablado con un amigo suyo para trabajar en un restaurante y el sueldo era bueno, con eso tendría para buscar una habitación e irse lo más pronto posible de su casa.

Abrió la puerta y fue hacia la cama llena de ropa y juguetes de su hija. Su habitación de un momento a otro había cambiado. El televisor que tenía había sido cambiado por un ropero con ropita de la niña, su celular por un biberón y sus largas horas de baño por cinco minutos. La depositó en la cama y tomó el talco para echarlo en su cuerpo antes de ponerle el pañal, así su piel no se irritaría. Movi6 uno de sus juguetes para distraerla mientras le ponía el pañal. Se alejó sacando de su ropero unos cortos pantalones blancos y una blusa sin mangas blanca. La cambi6 y bes6 sus mejillas regordetas.

—¿Saco del joyero? —inquirió Diana mientras Chars le entregaba su hija a Paul—. Has estado sacando mucho dinero de ahí Charles, ¿qué pasará con tu trabajo de investigación?

Los hermanos se miraron y Chars arrugó la nariz girando sus ojos hacia su hija que, hacia esos ruiditos con su boca. Él le tendió el chup6n a Paul para que se lo diera.

—Aurora necesita pañales y leche, luego repondré ese dinero —gimió cansado sabiendo muy bien que no repondría ese dinero. Llevaba cuatro años reuniendo ese dinero para un trabajo de investigación que quería hacer, había soñado con eso y ahora veía su sueño muy lejos. El primer gasto fue cuando Aurora llegó a su vida, ella estaba enferma y la medicina era cara, eso conllevó a gastar una fuerte suma de dinero y luego vinieron las cosas que necesitaba. Ahora también debía darle dinero a su madre para su comida y para las cosas que utilizaba. Su madre no había estado de acuerdo, pero su padre dio a entender eso y era normal. Ahora más que nunca necesitaba encontrar un lugar para vivir con su hija.

—¿A qué fuiste ayer a la universidad, hermano? —preguntó Oliver. Chars hizo una mueca sacando la caja de ropa que le habían regalado. La mayoría de ropa que su hija usaba era enviada por sus tías que ni bien se habían enterado de que tenía una bebé, habían venido a conocerla. La ropa estaba bien cuidada, limpia, y aunque hubiera deseado darle todo lo bueno; su situación económica no era lo mejor.

—He congelado mi beca en la universidad. La retomaré el próximo año —murmuró y los dos hermanos lo miraron fijamente—. Necesito encontrar un trabajo bueno para poder darle lo que necesita, debo conseguir un lugar donde vivir y mis propias cosas. ¿Quién nos dará de comer mientras sigo en la universidad?

—Hermano, si tú hablas con nuestros padres puedes obtener su ayuda. Puedes quedarte y nosotros podemos turnarnos para cuidar de Aurora, también ellos pueden darte para la comida. ¿Por qué te preocupas tanto?

—Mis padres están decepcionados de mí y lo entiendo, ya que les fallé. Yo no puedo estar aquí estudiando y que ellos me sigan manteniendo junto con mi hija. No puedo. Retomaré mis clases cuando pueda sustentar a mi hija.

—Papá se molestará.

—Ellos ya están molestos y decepcionados, esto solo será la uva en el helado —siseó seco tomando el biberón de su hija, salió de la habitación en dirección a la cocina. Calentó agua y dejó el biberón en la mesa, sacó la leche chiquita de la refrigeradora y echó en el biberón todo lo que

tenía, hizo una mueca y dejó caer la lata en la bolsa de la basura. Cuando el agua estuvo lista la echó en el biberón y esperó a que se enfriara un poco más. La probó en su mano y sonrió.

—Los primeros días no sabías ni cómo cambiarla, un par de meses y ya eres un experto —dijo su madre con suavidad viéndolo desde la puerta, asintió tomando el biberón con dirección a la habitación de su hija—. Lo estás haciendo bien, Charles. Tú hija estará orgullosa de todos los sacrificios que hiciste. Si fueras otro, la hubieras dejado con nosotros o incluso la hubieras dejado en el lugar en la que la encontraste.

—Aurora es mi hija. ¿Cómo podría hacerle eso? Su madre la abandonó, yo no haría eso —respondió alejándose de ahí, cuando entró sonrió al verla en brazos de Oliver llorando y su tío desesperadamente tratando de calmarla. Se puso una toalla en su hombro y dejó el biberón en la mesa para después abrir los brazos y su niña se quejó observándolo. La sostuvo con delicadeza, la movió para calmar su llanto y cuando dejó de llorar, rio al ver sus mejillas rojas al igual que sus ojitos.

Tomó el biberón, acercó la tetilla a su boca y su nena se prendió con rapidez. Se sentó en la mecedora junto a la puerta y sostuvo el biberón mientras tomaba su leche. Sus hermanos rieron al verla tan tranquila.

—Aurorita —susurró Paul pasando sus dedos por la frente de la pequeña quitando el cabello que se le había pegado allí. Oliver tomó el móvil nuevamente y capturó aquella escena—. Es sorprendente la manera en cómo la cuidas.

—La primera vez casi se quema con la leche, le puse mal el pañal y se inflamó. La dejé llorar por mucho tiempo y luego casi la dejo caer. No, no fui buen padre, pero ahora trato de hacerlo. Mi pequeña reina merece lo mejor.

—Lo es. Dios, soy tío de una cosita bella.

—Somos tíos, idiota —señaló burlona Diana dejando el paquete de pañales en la cama y algunas leches en la mesa. Se acercó para ver a su sobrina dormir plácidamente en los brazos de su padre, Diana retiró lentamente el biberón y Chars la cargó golpeando su espalda con suavidad para que pudiera sacar los gases, la bebé lo hizo y todos rieron encantados. Se puso de pie dejándola en medio de la cama para después rodearla con almohadas para que no se cayera.

Chars parpadeó varias veces, tratando de acostumbrarse a la luz. Los volvió a cerrar y apretó los labios con molestia al darse cuenta de que eso solo había sido un sueño, un recuerdo de hace años donde su reina pequeña estaba en sus brazos, ella estaba segura junto a él. Su pecho vibró por su llanto, quiso moverse, mas no pudo, así que solo lloró por su hija, lloró porque temía que algo malo le hubiera sucedido.

—¡Charles! —La voz de su madre sonó lejana y el aludido volvió abrir los ojos encontrándose con su familia alrededor de él. Todo con los ojos rojos y cansados. Buscó entre ellos a su hija y no la encontró, su mente recordó el momento donde había visto aquel video, aquel donde su pequeña había sido llevada por un hombre.

—Aurora —balbuceó con la voz ronca, sus hermanos se miraron y Diana sollozó escondiendo su rostro en el cuello de Paul. Charles volvió a cerrar los ojos y apretó los labios para no soltar un quejido lastimero. Su niña, su pequeña valiente.

—Estará bien, cariño. El oficial la encontrará. —Su madre susurró tomando la mano de él, Chars cerró los ojos escuchando ese pitido tan desesperante. Estaba en el hospital.

—¿Qué pasó?

—Te desmayaste, el doctor quiere hacerte unos exámenes más.

—Debo irme de aquí, necesito estar en la comisaría.

—De aquí no te moverás, estás muy débil —siseó Diana dando un paso hacia adelante. Charles siempre le había obedecido por ser la hermana mayor, pero ahora parecía que eso le importaba muy poco.

—Diana —la reprendió su padre y la mayor de los Maldonado calló—. Debes descansar, Chars. Debes hacerlo para cuando vuelva tu hija no te encuentre así.

—Aurora —murmuró con los ojos puestos en sus nudillos vendados—. ¿Él la está buscando?

—Sí, está haciéndolo.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Unas horas —contestó Julie, dirigió su mirada hacia ella y asintió volviendo a cerrar los ojos.

—Es mejor dejarlo descansar —señaló Paul y en silencio Charles le agradeció. Escuchó los pasos de su familia alejarse, aunque siguió sintiendo una mirada puesta en él. Quería quedarse solo, quería llorar y gritar, quería sacar el dolor que oprimía su pecho y le quitaba la respiración. Quería desconectarse y salir por ella, quería salir a buscar a su hija y tenerla en sus brazos y decirle cuánto la amaba.

Aquel dolor era tan fuerte que le arrancaba el aire y lo dejaba caer desde el lugar más alto. Abrió los ojos y Julie se acercó pasando los dedos por sus mejillas húmedas, se inclinó juntando su frente con la suya.

—Quiero a mi niña, quiero tenerla aquí, quiero que esto... sea una maldita pesadilla —tartamudeó alejándose de ella, Julie sollozó besando su frente y luego le quitó los rizos que caían sobre ella—. Debe estar asustada, no sé si ha comido. Oh, mi niña. Aurora debe estar muy asustada, yo moriría si le sucede algo. ¡Yo me muero!

—Aurora estará bien. El oficial Amaro está haciendo todo por Aurora, debes calmarte, cariño —lo reprendió—. Debes permanecer fuerte por ella, por ti y por nuestro hijo.

Se giró con lentitud y le tendió los lentes de pasta gruesa, cuando se los puso vio con claridad y lo agradeció. La mujer pasó los dedos por su frente y él normalizó su respiración.

Después de un rato, de estar ahí llorando y sufriendo, se puso de pie y desconectó todos los clavos, y el ruido de las máquinas fue más fuerte. No le importó, tampoco el hecho de que apenas su cuerpo reaccionara, necesitaba salir y buscar a su hija, él mismo. Se quitó la bata, y tomó la ropa que estaba en el baño, cuando estuvo listo, salió, sin embargo, fue detenido por una mano y maldijo encontrándose con los ojos llorosos de Ivana.

—Debes regresar, Charles. Aurora te necesita sano cuando vuelva. ¿Qué quieres hacer? —Se notaba que no había dormido, sus ojos con grandes bolsas oscuras, al parecer no había dormido mucho.

—¿Qué haces aquí?

—Vine para saber cómo seguías, en la comisaría no hay noticias. —Su voz se quebró y el escritor solitario terminó envolviendo sus brazos alrededor de la mujer que tanto daño le había hecho, la misma mujer que le había traído la alegría más grande: su hija. Él creía que las personas cambiaban, y ahora tenerla ahí en sus brazos otra vez pudo asegurar que ya no la odiaba, que tampoco quería hacerle daño y que Ivana quería una oportunidad con Aurora.

—Nuestra hija estará bien, lo sé, lo sé —murmuró cerrando los ojos con fuerza y escondiendo su rostro en el cabello oscuro de Ivana.

¿La había perdonado?

Sí, después de tanto tiempo, la había perdonado.

No podía odiarla, porque al final de cuentas Ivy le había traído la felicidad más grande, y

pasaría por todo otra vez por el simple hecho de ver la sonrisa de su hija.

Cuando aquellas palabras se pronunciaron en su cabeza sintió un peso menos. Sintió cómo todo se relajaba y tal vez para ser feliz debió empezar por ahí; por perdonar a la mujer que más daño le hizo, perdonar a la mujer que amó y lo rompió. A veces uno necesita perdonar. Surge la duda del por qué el pasado sigue maltratándonos, pero no nos damos cuenta de que para avanzar hay que perdonar, y aunque esas personas sean malas, ¿somos nosotros Dios para juzgar? No. Ivana no fue buena, pero hay que creer en la redención y en que la gente cambia.

Minutos después se sintió cansado y supo que aquellas pastillas que le habían dado le habían provocado sueño. Ivana lo ayudó y él se dejó caer en la camilla con suavidad, miró por la ventana y se percató de que la noche había llegado otra vez. Veinticuatro horas habían pasado desde que tuvo a su hija en sus brazos.

Por favor, que mi hija esté bien. Tráela a mí, sana y salva.

A la mañana siguiente, Charles fue dado de alta. Ni bien marcaron las ocho de la mañana, estaba listo para ser llevado a la comisaria. Con lo que no contaba era con que los reporteros estuvieran afuera esperando respuestas, podía escuchar los gritos de ellos haciendo preguntas y agradeció que sus amigos estuvieran ahí, que los alejaran de él porque el rubio no tenía fuerza para pelear. Cuando llegó le dijeron que Emeran y el equipo estaba afuera, que tenían una pista e irían por ella.

Se sentó y esperó. Horas más tarde, los demás llegaron, aceptó la comida y se mantuvo en silencio suplicando que encontraran respuestas.

Oliver golpeó el hombro de su hermano y besó los rizos dorados, diciéndole en voz baja que su pequeña niña regresaría sana y salva. Mientras se alejaba del sitio en donde estaban, escuchó a uno de los oficiales hablando sobre la red de prostitución, y solo se le hizo un nudo en la garganta. Jadeó y fue al baño, se mojó la cara y terminó recostándose en la pared blanca. Fue imposible no recordar las tantas veces que cuidó de ella, porque Aurora fue su bebida, porque desde que llegó a su casa la protegió, solo quería lo mejor para la niña que robó su corazón.

—¿Por qué papi no quiere que yo tenga novio? —Oliver bajó su mirada hacia su sobrina y soltó la mano de su novia para acercarse a la niña que lo veía con aquellos bonitos ojos, la tomó en sus brazos y estampó sus labios en las mejillas rojizas de ella—. ¡Tío!

—Tío, ¿qué? ¿Eh, reina? —inquirió serio y Aurora llevó sus pequeñas manos con dulces a sus mejillas, él cerró los ojos y sonrió escuchando las carcajadas de su novia y de su hermana Diana. Charles había tenido que trabajar así que la pequeña reina de la casa estaba alterando a todos con sus sonrisas y vocecita hermosa—. ¿Sabe por qué papá y tus tíos no quieren que usted tenga novio?

—No. —La nena sacudió su cabeza y su tío se sentó dejándola en su regazo. Pasó los dedos por su cabello claro y se inclinó besando sus mejillas con suavidad, la nena sonrió removiéndose en sus brazos—. ¡Tío, pica tu barba!

—Porque los novios comen el cerebro de sus novias, ¿no lo sabías? Ellos van, te comen y te alejan de papi y tíos. —Aurora abrió sorprendida sus bonitos ojos y su boca. Oliver tuvo que morder su labio para no reír a carcajadas—. ¿Tú quieres que te coma y te aleje de nosotros?

—¡No! Yo amo mi cerebro, a papi y a tíos —exclamó teniendo problemas para pronunciar “cerebro”. Su tío sonrió gustoso viendo la cara aún horrorizada de su sobrina—. ¿Tú también le comiste el cerebro a tu novia?

—Oh, uhm... —murmuró desviando la mirada hacia su chica y hermana que reían a carcajadas. Ambas levantaron sus manos y se alejaron de ahí dejándolo con Aurora—. Pues algo, nena, algo.

—¿Por qué?

—¿Por qué nos comemos el cerebro? Bueno, uhm.

—Sí, ¿por qué lo hacen?

—¡Porque nosotros lo queremos así y ahora voy a comerte el cerebro, brujita! —dijo Paul saltando hacia ellos, Oliver sonrió mientras su sobrina apretaba su camisa para alejarse de Paul que abría la boca en su dirección—. Ahora voy a comerte el cerebro, brujita, voy a comerte. ¡Jum!

—No, no. ¡Tío, no! Tú no puedes comerme mi cerebro —replicó aferrándose a la camisa de Oliver, este rio envolviendo su mano alrededor de su cuerpo—. Tío, yo no soy tu novia, soy tu sobrina.

—Cierto, cierto. Pero tú tienes tres príncipes, así que te comeré el cerebro. ¡Rawr! —Se acercó empezando a besar su rostro y Aurora reía mientras trataba de alejarlo, Oliver se desternilló sosteniéndola mientras su nena hacía todo para soltarse de sus brazos y alejarse de la boca de Paul. Oliver sonrió mientras ella se carcajeaba, su niñita.

—¿Estás bien? —Oliver abrió los ojos de golpe y se alejó de la pared encontrándose nuevamente en el baño y frente a él estaban Paul, Alex y Artemis. La mayoría de los amigos de Chars estaban ahí y él lo agradecía—. ¿Oliver? ¿Por qué estás llorando? ¿Qué te dijo el oficial?

—Ella... mi nena... puede ser vendida a una red de prostitución —tartamudeó, y Paul negó, Alex se acercó colocando las manos en sus hombros y el mayor de los Maldonado cubrió el rostro con sus manos, llorando al decir aquellas palabras tan feas, tan duras—. Mi reina es una niña, ¿qué clase de seres pueden hacerle eso a niñitas?

—Ellos van a encontrarla. —Artemis habló con voz fría, dándoles apoyo. Su presencia ahí era agradecida ya que aparte de los oficiales, él también había pedido la ayuda de su gente para buscar a Aurora—. Aurora estará aquí y si alguien la toca; cortaremos sus manos.

—Son unos hijos de puta, ¿qué clase de persona le hace eso a niños? —gimoteó Alex enfurecido—. Nuestro país cada día está peor.

—¿Qué pasa con la vida, Alexander? ¿Por qué tanto sufrimiento a Charles y a nosotros? ¡Él no merece todo esto!

—A veces la vida es dura con aquellos que son fuertes, la vida solo les da lecciones para demostrarles que ellos pueden aguantar todo —respondió Alex abrazándolo, Oliver enterró su rostro en el cuello de su amigo, cerrando los ojos y volviendo a los recuerdos de su niñita hermosa.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS: ELLA SOLO QUIERE IR A CASA



A las dos de la mañana, todo se volvió un caos. Por un momento, Charles creyó que Emeran traía a su pequeña, por un instante, su corazón se detuvo creyendo que su niña venía en los brazos de Emeran y luego se dio cuenta de que no era así. Pudo notar las miradas de pena de los oficiales. Media hora después, en las noticias fue enfocado Emeran sosteniendo el cuerpo de una niña mientras gritaba que la salvaran, sin embargo, todos negaron.

La niña había muerto y Charles solo podía fijarse en la chompa que llevaba, porque esa era la chompa de su hija. Rio entre dientes negando repetidas veces, una y otra vez, hasta que Artemis tiró de él para abrazarlo con fuerza. Esta vez ya no hubo lágrimas, no. No había nada, solo quería dejarse ir.

—Debemos ir al hospital, amigo. Debemos ir. —Artemis golpeó sus mejillas y Charles asintió, no habló, no dijo nada. Podía escuchar a lo lejos el llanto de su hermana, los gritos de su madre y cómo sus hermanos discutían. Él solo recostó la cabeza en la luna del carro cerrando los ojos, dejándose envolver por los recuerdos.

—¿Qué es eso? —inquirió su niña señalando un puesto de dulce de mango ciruelo. Charles solo sonrió y se sentó mientras ayudaba a su hija para que se sentara a su lado, la rodeó con su brazo para tenerla cerquita—. ¿Papi?

—Es un dulce del mango ciruelo, ese que te gusta tanto. —La miró con dulzura y pidió dos porciones, la señora sonrió asintiendo mientras Charles mantenía pegado los labios en su frente. Ese domingo se había escapado con su hija apagando el celular, egoísta por querer que las sonrisas solo fueran para él.

La mujer le tendió las dos porciones y él con cuidado tomó un mango pequeño con el dulce, ahora llevando un color rojizo que era casi marrón. Lo llevó a la boca de su hija y ella sonrió abriendo para darle una mordida, Charles sonrió al ver como sus ojos brillaban porque era una dulzura, no podía estar sin consumir dulces.

Se carcajeó cuando pidió otra porción, la acomodó en su regazo y la admiró comer y hablar con la señora, preguntándole la receta porque su padre era el mejor cocinero y que podía preparar todos los platillos del mundo. Aurora sacó la agenda de la mochila de su padre y empezó a apuntar las indicaciones de la mujer, quien le había guiñado un ojo al escritor. Las parejas que se había acercado a comer miraban a su hija con ternura, señalándola y más cuando la niña rodeó el cuello de su padre y besaba sus mejillas diciendo que su príncipe también era chef.

Charles sonreía orgulloso porque ahora se daba cuenta que Dios lo había premiado con el amor más puro, más especial y ese era el que su hija le daba. No una mujer, solo Aurora, sabía que aun cuando pasaran los años; su niña lo amaría y respetaría siempre. Él la cuidaría siempre.

—¿Charles? —Abrió los ojos con cuidado encontrándose con el rostro tenso de Alex quien lo ayudó a bajarse, No pronunció una palabra y se dejó guiar encontrándose con Emeran y todo su equipo.

—Charles —lo saludó Emeran y los ojos sin vida del escritor se fijaron en él. Una mirada larga.

—¿Es Aurora?

—Hicimos un operativo, hemos rescatado a muchas personas y tenemos al culpable del secuestro de tu hija —explicó, Charles asintió mientras pasaba las manos por su pantalón. No podía hablar, no podía gritar, parecía estar congelado, parecía que sus emociones se habían congelado.

—¡Dios mío! ¿Dónde está mi niña? ¿Está aquí? Ciertamente, deben hacerle análisis. Mi pequeña bruja —Oliver se giró emocionado, Charles bajó la mirada porque nadie se había fijado en la chompa que llevaba aquella pequeña, la chompa de su hija. Porque tal vez la pequeña que no abriría los ojos nunca era su Aurora—. Suéltame, Artemis, ¿qué pasa? ¿No lo están escuchando?

—¿Qué sucedió, sargento? —inquirió el pintor con el ceño fruncido.

—Las cosas no salieron bien, el gerente de ese bar tomó a alguien y cuando quisimos hacer un trato terminó... disparándole —respondió, Charles negó soltando una risita que heló la sangre de los presentes—. La niña murió a los minutos, tiene las características de Aurora, tenía su ropa y el mismo color de cabello.

—¡No! ¡Dios, no! —gimió abriendo los ojos de golpe, su pesadilla se hizo real. Su hija había sido la niña, su hija era la pequeña que estaba tendida en aquella fría camilla. ¡No! Dios no podía ser tan injusto.

¡Dios mío! ¿Dime qué he hecho para sufrir tanto? Se preguntó en su mente, mas no tuvo respuesta.

Oliver se dejó caer en el suelo cubriendo el rostro con sus manos. En un momento aquella sala se volvió un caos y varios oficiales salieron de ahí tratando de controlar las lágrimas que se les acumulaban. Ver a un padre caer de rodillas al suelo con los ojos llenos de lágrimas, observar a una madre hacerse un ovillo pidiendo perdón por haberla abandonado, ver a una familia desmoronarse en segundos, los afectó a todos.

—Necesito que entren e identifiquen el cuerpo —señaló y todos giraron hacia él—. Tuvimos un operativo y uno de los secuestradores tomó a la niña como rehén, disparó y ella murió casi al instante. Tiene su ropa y sus características, pero solo un familiar puede identificar si es la menor Aurora Maldonado.

La hermana de Chars negó para después girarse y abrazar con fuerza a uno de los hombres que estaban ahí. Los demás pasaron las manos por su cabello y se volteaban para que no los vieran llorar. Emeran desvió la mirada hasta que la voz casi inaudible de uno de ellos llamó la atención, el oficial dio unos pasos hacia adelante golpeando con suavidad la puerta blanca.

—Aurora es mi sobrina, mi pequeña brujita —comentó Paul pasando el dorso de su mano por sus mejillas, Oliver mantuvo su rostro escondido y nuevamente se hizo un silencio incómodo e hiriente, nadie quiso mirar a Charles—. Yo iré.

—No. —La voz dura de Charles los hizo callar, con cuidado se levantó y limpió las mejillas, no miró a nadie cuando se detuvo frente al oficial—. Soy su padre, nadie la conoce como yo lo hago. Sé dónde están las constelaciones de pecas, dónde tiene la pequeña cicatriz que se hizo a los cinco cuando andaba en bicicleta y algunas pequeñas marcas que le quedaron de la varicela. Solo yo puedo reconocer el cuerpo de mi hija.

—¿Estás seguro? —inquirió Elías Merino y Charles asintió. El oficial se colocó a su lado y ambos ingresaron a la morgue. El doctor a cargo hizo una mueca y el oficial asintió en su dirección. El galeno se acercó con lentitud, haciéndole señales para que el padre de la menor se acercara. El rubio apretó los puños rogándole a Dios porque la niña que estuviera ahí tendida no fuera su hija.

—¿Estás listo?

—Por favor —susurró y el doctor descubrió el cuerpo de la niña, Chars ahogó un gemido llevando las manos a su boca, chilló y posteriormente negó repetidas veces. Emeran apretó los labios sintiéndose tan mal, Chars había confiado en él para encontrar a su hija y lo único que había hecho fue traer el cuerpo inerte de la pequeña—. ¡No!

—Charles...

—¡No es mi niña, no es ella! ¡Dios mío! Se parecen mucho, pero no es ella. Aurora tiene su nariz llena de pecas y en el cuello tiene tres pequeños puntos que le quedaron de la varicela —expresó refregando su rostro. Salió con rapidez de ahí y el oficial bajó su mirada hacia el pequeño cuerpo de la niña. Tan pequeña y tan pronto le habían arrancado las alas para volar. ¿Qué clase de monstruo puede hacer eso? Él mismo se encargaría de que ese hombre pagara todo lo que había hecho.

Todos regresarían a la comisaría más tranquilos, aunque la angustia seguía, Aurora todavía estaba viva, en alguna parte. Charles le había rogado a Emeran para ir con él, para salir a buscar a su niña, sin embargo, el oficial se había negado, diciendo que no podía, que confiara en él y que pronto traería a Aurora a su lado, que tuviera paciencia.

No todos pudieron regresar a la comisaría, ya que a Sorangel se le había bajado la presión y había pedido que sus hijos se quedaran, quienes lo hicieron, al igual que Artemis. Eran las cinco de la tarde, cuando el pintor llegó con comida y refrescos. Se sentaron en el suelo y por primera vez, Charles vio a Artemis comer en platos descartables y beber refresco de maracuyá. Por la ropa intuía que se había ido a cambiar a la casa de Osvaldo.

Paul comenzó a recordar cuando Aurora empezó a caminar, todos empezaron a contar anécdotas y después de un rato Artemis dijo en voz baja, solo para que Charles escuchara:

—Siempre fui un tipo difícil y tú lo sabes, conocerte a ti y a mi sobrina fue un regalo —murmuró bajo con los ojos puestos en la pared blanca—. Hay emociones que me cuestan identificar. Cuando los tengo a ustedes, no necesito hacerlo. Haré todo para que ella vuelva. Confía en mí.

Después de esas palabras, los doctores empezaron a correr hacia la entrada. Ellos se pusieron de pie y el alma le regresó al cuerpo cuando en una camilla venía Aurora inconsciente. Él corrió tanto como pudo para llegar a ella, Emeran hablaba y los doctores gritaban alrededor, a pesar de eso, Charles solo pudo fijar sus ojos en el rostro de su hija, la pequeña entreabrió los suyos.

—Un príncipe no debería llorar —susurró bajito y luego cerró los ojos, Oliver envolvió las manos en el cuerpo de Charles para alejarlo y dejar a los doctores hacer su trabajo, Emeran empezó a decir cómo la había encontrado, que junto a ella había tres niñas, una más pequeña que Aurora y ensangrentada y relató todo lo acontecido. Charles no lo escuchaba, solo estaba ahí, pegado en la puerta esperando que el doctor saliera y diera noticias.

Horas más tarde, el doctor fue a hablar con los familiares y con quien se enfrentó fue con el oficial más duro de aquel puerto pesquero.

—¿Cómo está? —preguntó el sargento Emeran Amaro al galeno que había salido de la habitación donde ahora se encontraba Aurora sedada. Tan pronto la niña llegó, la familia había

corrido hacia la pequeña, había llorado y la había abrazado tanto porque temían que fuera solo un sueño. Desde entonces llevaba dormida y la habían revisado, todos temían que algo malo le hubiera sucedido.

—Tiene algunos golpes, los cuales sanarán en unos días. Tiene un hematoma en su estómago, ya que dice que uno de los hombres la golpeó cuando trató de escapar —explicó el doctor y Charles suspiro aliviado—. No tiene señales de agresión sexual, aunque les recomiendo que busquen ayuda psicológica. Esto ha sido una tortura, es pequeña aún y esto no ha sido fácil.

—Estará bien, tiene a su familia a su lado —dijo Oliver observando a su sobrina dormir a través de la ventana de la habitación. Charles volvió a pedir ver a su hija, no obstante, lo que recibió fue una negativa del doctor, por lo que se acercó con los puños apretados.

—¡Quiero ver a mi hija! —explotó y el doctor miró al oficial quien asintió empujando la puerta. El rubio soltó el aire contenido caminando con rapidez hacia la camilla donde estaba su dulce ángel, se acercó viendo sus ojos y su corazón se hizo chiquito—. Mi pequeña niña hermosa. Por favor, dígame que no es otro de mis sueños o terminaré de volverme loco.

—Ella está aquí, Chars, Aurora está con usted —señaló el oficial Emeran también contemplando a la pequeña niña. Su cabello esparcido en la almohada y la pequeña nariz llena de pecas, era la copia de su padre, era la vida de su padre—. Va a estar bien, amigo.

—Muchas gracias, Emeran. Usted me ha traído de vuelta mi vida y la esperanza. Perder a mi hija ha significado pisar el mismo infierno. Mi niña, ella es mi vida —expuso el rubio con la voz quebrada y terminó por inclinarse y besar los dedos lastimados de su hija—. Mi amor, estás aquí. Mi cielo ya estás a salvo.

—Está bien, ahora solo necesita descansar al igual que usted. Esto solo será un mal recuerdo.

—Está bien. —Chars soltó la mano de su hija y sonrió lleno de lágrimas—. Le debo la vida.

La pesadilla había terminado para el escritor.

Esa noche fue larga, estaban haciendo vigilia y fue peor cuando la niña se levantó en mitad de la noche llorando. Charles permaneció en la habitación cuidando de sus sueños, sin embargo, tuvieron que volver a sedarla. Ella decía que tenía miedo a pesar de que Emeran le repetía que los malos estaban en la cárcel, que no volverían a dañar a algo tan bello. En la mañana, su familia mandó a Charles a que se cambiara y comiera. Al volver se encontró a su pequeña despierta, tan pronto se acercó, su hija se lanzó a sus brazos llorando. El rubio la apretó contra su pecho y le dijo que ya estaba en casa, que nadie le haría daño.

Estuvieron ahí por durante un buen rato que su hija terminó cayendo dormida en sus brazos. Chars quería agradecerle al oficial, a pesar de que sabía que su familia se estaba encargando de esto. En esos momentos no quería soltar a su hija, quería velar por sus sueños y ahuyentar aquellas pesadillas que la hacían llorar. La acomodó en la camilla y se sentó en una silla a su lado. Tomó sus manos entre las suyas y las llevó a su boca dejando un beso que quería alargar para siempre. La puerta sonó y él se encontró con Julie.

—¿Puedo pasar?

—Adelante —contestó y Jul asintió con media sonrisa en los labios. Charles no había podido hablar con ella, ahora mismo tampoco tenía cabeza para hablar referente al niño que venía en camino, ahora su mente estaba en su hija y su estabilidad emocional. Estaba siendo muy injusto con aquella mujer, aunque esperaba que entendiera que hasta hace unas horas su hija había estado lejos, viviendo un infierno.

—¿Cómo está?

—Tiene algunas pesadillas, pero pasará. He sacado una cita con una psicóloga particular ya

que es lo que recomendó el doctor. Necesitamos superar esto, ambos.

—Ivana está afuera —murmuró pasando sus dedos por la frente de Aurora, se alejó con lentitud y Chars frotó el puente de su nariz con exasperación—. ¿Dejarás que ella vea a tu hija?

—Es una decisión de Aurora, si ella quiere verla; lo hará. Yo no voy a obligarla a verla y mucho menos a hablar mal de Ivana para que no desee verla.

—Lo que quieres es tenerla cerca, ¿no? —inquirió y el rubio resopló—. Chars no quiero discutir. No ahora.

—Eres tú la que está tratando de formar un conflicto. Aurora verá a su madre si quiere. Ni yo, y mucho menos tú, podemos impedirlo —siseó molesto y Jul apretó los labios retirándose molesta. El rubio se viró encontrándose con los ojos claros de su hija, su ceño se relajó y sonrió, cuando su reina arrugó su nariz y estiró su mano para tocar la nariz de él—. Despertaste, brujita.

—Estabas discutiendo con Julie. ¿Es por mí?

—No, amor. No digas eso, a Julie solo le afecta la luna —bromeó robándole una sonrisa. Se inclinó besando su nariz y apretó los ojos para que las lágrimas no descendieran, no quería llorar frente a ella—. Tenía tanto miedo, amor. Creí que te perdería, creí que ya no vería esos ojitos tan llenos de vida.

—Yo también tenía miedo, papi. Todo estaba oscuro y ellos gritaban —susurró con la voz quebrada. Chars se sentó en la cama y Aurora se levantó envolviendo los brazos alrededor de su cuello, la sujetó sin hacerle daño y besó sus mejillas más de una vez—. Te extrañaba, papi, mucho.

—Estoy aquí, amor. Estoy aquí, cariño mío —susurró alejándose con lentitud, besó su frente y se quedó por así por varios minutos. Ella envolvió las manitas en su camisa blanca y sollozó, su cuerpo vibró por el llanto y su padre la volvió abrazar—. Todo esto es mi culpa, cariño. Siempre me encargué de que fueras feliz, desde que eras un bebé te estaba cuidado de todos, jamás dejé que algo te lastimara. Te crié como una muñequita de cristal, cuidándote con recelo sin imaginar que algún día esa muñeca podía quebrarse. Al final, sería mi culpa por no haberte enseñado que la vida no es todo color rosa y que hay personas malas que hieren para aparentar ser felices.

—No, papi. Tú siempre me has dicho que el mundo es malo.

—Y ahora pasaste por algo tan horrible y me siento tan mal... Te dejé de ver por unos segundos y luego ya no estabas, mi vida. No te imaginas cuánto me dolió, fue como estar en el infierno —gimió con la voz rota mientras la llenaba de besos. Aurora lloró enterrando el rostro en su pecho, pasando su mejilla por su pecho y oliéndolo. Él se quedó en silencio, sintiendo como pasaba la nariz por su camisa y frotaba su rostro—. ¿Qué haces, amor?

—Guardo tu olor en mi memoria, así cuando huela a menta o manzanilla, pensaré en ti y no tendré miedo —explicó y el escritor sonrió tomando su rostro entre sus manos para besar sus mejillas rojas—. Tú también huele mi ropa para que no me olvides y no tengas miedo.

—Hueles a chocolate, vainilla y coco. ¿Cómo crees que puedo olvidarte? Eres la persona más importante, la mujercita de mi vida y la que me hace feliz. —Aurora rio cuando él empezó hacerle cosquillas en su estómago y Charles esbozó una sonrisa viendo su sol brillar como nunca antes.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES: EL PRÍNCIPE SIGUE LLORANDO



—Te voy a proteger de cualquiera que intente hacerte daño, voy a protegerte e incluso de tus mismas pesadillas, mi vida. —Chars pasó sus dedos por la frente de su hija, quitó el cabello y se inclinó besando su frente, luchando con las lágrimas que amenazaban con salir para que no escaparan. Se alejó lentamente y tomó el peluche con el cual ella había estado durmiendo el último mes, lo colocó a su lado y Aurora se removió y posteriormente lo apretó con fuerza.

El rubio tomó la taza de manzanilla de su mesa de noche y salió de la habitación de su hija, contemplándola dormir plácidamente. Puso la alarma en su celular, la despertaría en una hora para cenar y luego salir un rato. Era lo que ambos necesitaban.

Había pasado más de un mes desde lo sucedido, algo tan amargo que volvió las reuniones en un ambiente frío que no era normal. Navidad era una época esperada por Aurora y sus sobrinos, sin embargo, el día que se reunieron en casa de sus padres, todo parecía pálido y sin vida. Aurora aferrada a su mano con fuerza que ni al baño lo dejaba ir, su familia mirando alrededor con miedo y luego Aurora despertaba llorando. Fue una época amarga, al igual que recibir el año nuevo, a lo cual no acudieron. Sus citas con la psicóloga eran muy frecuentes, ya que las pesadillas eran continuas y ambos habían bajado mucho de peso. Chars apenas descansaba, siempre estaba con una taza de café y si el poco tiempo que dormía, lo hacía con sobresaltos. Dejaba la puerta de su habitación abierta con miedo a que esos hombres volvieran por su hija, a pesar de que estaban al tanto de que el policía los había refundido en la cárcel. Él seguía sintiendo miedo.

Hace unos días, había ido al parque con su hija, Aurora estaba riéndose y unos señores se acercaron muy risueños, diciéndole que su reina era hermosa. Al escuchar eso, Charles quiso lanzarse sobre ellos y golpearlos. Estaba paranoico, estaba aterrado, tenía miedo de perderla otra vez. Ahora ya no la descuidaba ni un segundo, aunque la psicóloga decía que debía dejarla crecer y tropezarse, que volviera a dar sus propios pasos o siempre sería así, una niña con miedo.

Últimamente, las pesadillas eran escasas, todavía el miedo y la preocupación se albergaban el cuerpo de Chars, que temía volver a perderla. Agradecía que fuera verano y pudiera estar en casa todo el día. ¿Y cuándo Aurora retornara a clases, qué sucedería? Eso era algo que lo inquietaba al despertarse cada mañana, con el miedo de que su hija volviera a correr peligro. Ahora que Aurora lentamente volvía a brillar y soltarse del refugio de sus brazos, era él quien tenía miedo. Un descuido casi le valió la vida de su hija, un descuido casi se la lleva de su lado.

Eso se estaba convirtiendo en una tortura y algo tan horrible, sin embargo, él no podía protestar. Se había excusado con Eduardo, y eran Oliver y Paul quienes llevaban a Aurora con el psicólogo durante esos días. No quería hablar con él sobre su niña, no quería hablar sobre Ivana, sobre sus problemas de ira, sobre Julie ni sobre sus propias pesadillas.

Bajó las escaleras en pijama y se sentó frente al televisor. Lo encendió y fue a las noticias de Paita, como todos los días. Bebió del café y se concentró en lo que la reportera decía. Arqueó una ceja cuando ella empezó a hablar mal de Emeran, recordando lo mismo que estaban diciendo desde hace más de un mes: divulgando que él y su operativo habían sido culpables de la muerte de una menor, a pesar de que no hablaban de todo lo que el oficial y su equipo habían hecho para encontrar a su hija.

El rubio sacó el celular y entró a redes sociales, a través de su perfil de escritor, estaba cansado de escuchar a la mujer siempre hablar mal del hombre que le devolvió la vida. Tecleó con rapidez al canal y a la cuenta de la reportera.

@CharlyM ha publicado:

«Es injusto que tanto como el canal y la reportera Valeria Castillo estén atacado al oficial Emeran Amaro y a su equipo. Hace más de un mes viajé al puerto pesquero para pasar un fin de semana agradable, ahí mismo mi pequeña hija fue arrancada de mí. Mi niña fue secuestrada y el oficial hizo todo lo posible por encontrarla. Él y su gente buscaron a mi pequeña para traerla con su familia. Le debo la vida a ese hombre, me prometió que traería a mi hija de vuelta y cumplió su palabra. Dejen de buscar los males de la policía del puerto y busquen todo lo bueno que ha hecho.»

Rápidamente su mensaje fue compartido en más de una ocasión por sus seguidores. El día que Aurora fue llevada de sus brazos se supo que él era el escritor y ya no pudo hacer nada. Le llegaron múltiples invitaciones para tertulias, en galerías o radios, las cuales declinó. Quería mantenerse lejos de los medios, lo que su familia no lo entendía, Ivana sí lo hacía. Ella seguía sus visitas los sábados, llevaba juguetes, libros y revistas, pasando horas con Aurora. Ella no actuaba como su madre, sino como su amiga.

Unas semanas atrás, mientras los tres compartían una taza de café, Aurora fue al baño. En ese momento, Ivana le agradeció por haberle permitido ser parte de la vida de su niña y que no importaba si no la viera como su madre. Ella era feliz al saber que podía estar cerca. Charles se sorprendió y sonrió; las cosas estaban tomando su rumbo y ya la había perdonado.

En sus comentarios, leyó más de uno donde le mandaban fuerza; argentinos, colombianos y de otros países. Lo agradeció. Agradeció que sus lectoras lo apoyaran. Apagó el celular y el televisor, y salió hacia la terraza observando el hermoso atardecer que le regalaba Piura. Sonrió y cerró los ojos dejando que el aire lo despeinara y se llevará las señales de las lágrimas que había derramado.

—¡Mi gringo! —El escritor solitario sonrió cuando vio a Leila detenerse. Ella sonrió abriendo sus brazos y dándose una vuelta, rio entre dientes levantando su taza de café—. ¿Cómo está mi gringo favorito?

—Soy más serrano que gringo —bromeó tomando un rizo de su cabello. La sirena se carcajeó y el escritor se inclinó viendo que no estaba sola, era acompañada de la pequeña Helena, quien se encontraba con las mejillas teñidas de rojo y evitando su mirada. La saludó y la chica le devolvió la sonrisa—. ¿Cómo te trata ese chico tuyo?

—Muy bien, y mi hijo lo aprueba. —Hizo una mueca con los labios—. Es muy bueno conmigo, no creí que me aceptaría con mi pasado.

—Las personas buenas reciben cosas buenas, Leila.

—No, cariño. A veces a las personas malas les dan cosas buenas para que ellos puedan enmendar su camino —señaló la aludida y Chars le hizo una seña para que lo esperara. Dejó la taza en la mesa y salió a su encuentro. La sirena se acercó hacia el escritor solitario, tiró de este y

se fundieron en un abrazo—. Deja de culparte por lo que le sucedió a la bebé. Eres un buen padre, te he visto siempre buscar lo mejor para ella. Cada noche cuando estaba aquí de pie trabajando, tú estabas ahí, hablando, riendo y cocinando para ella. He visto como la reina te mira, con qué orgullo pronuncia la palabra *papá*. No te culpes por nada.

—No puedo evitar sentirme culpable. —Pasó sus dedos por la barba de días, hebras claras mezcladas con grises—. Aurora no hubiera pasado por eso si yo no la hubiera descuidado.

—De los hubiera no vivimos, rubio bello. Mira hacia adelante y deja de sufrir. Arranca esa hoja, que te queda un libro entero por vivir.

—¿Cuándo te volviste tan sabia?

—Desde que tú empezaste a regalarme libros en mis noches de prostituta. Desde que un escritor empezó a leerme poesía y no se fijó en mi desnudez —susurró la sirena y Chars besó sus mejillas. Un claxon sonó y la mujer limpió sus mejillas alegrándose al ver un hombre mayor salir del carro. El galán de Leila le sonrió al rubio y este le devolvió la sonrisa—. Ve y cuida de tu niña y del que viene en camino. Eres un buen padre.

Ella se alejó entre risas y cuando llegó hacia el hombre saltó a sus brazos y ambos rieron.

—Dejará las calles, ya era hora. —El rubio miró a Helena tirar del kimono y cubrir su desnudez. Chars empujó la puerta y se hizo a un lado para que ella ingresara, las mejillas de la muchacha se calentaron y negó, sin embargo, el escritor insistió. A pasos lentos e inseguros ingresó, reparando en lo bonita que era su casa y también lo llena de fotos que estaba. Se sentó en uno de los muebles y tomó el peluche que estaba tirado en el suelo—. Su hija es muy buena, señor Charles. Cuando me ve pasar desde su habitación me saluda y me regala alguna fruta.

—Aurora es buena, Helena. Y por favor, tutéame, tengo treinta y poco, no estoy tan viejo —bromeó sentándose frente a la sirena. La muchacha sonrió, levantando la mirada y encontrándose con aquellos bonitos ojos que tenía el escritor, las pecas en sus hombros y luego los rizos cayendo en su frente. Era una obra de arte, de esas que Leila hablaba.

Desde que lo había visto reír a carcajadas en su habitación, desde que lo había visto llevar una camisa blanca transparente, se había enamorado de él. Siempre que estaba cerca, se quedaba contemplándolo embobada.

—Está bien, Charles.

Por alguna razón, el escritor solitario suspiró debido a la manera en cómo la muchacha susurró su nombre.

—¿Cuántos años tienes, Helena?

—Veinte años.

—Eres muy joven. Leila me comentó que venías de Puno, ¿verdad? —inquirió poniéndose de pie, mientras la instaba a que lo siguiera. Chars le tendió una playera y la muchacha se la puso encima de su corta blusa, cubriendo su desnudez. Le indicó dónde lavarse las manos y luego ambos estaban en la cocina, hablando y cortando verdura.

Helena era tan fresca, tan llena de vida..., y sus alas estaban ahí, escondidas y no cortadas. Cocinaron y cuando Aurora bajó, los tres comieron entre risas. La niña le hizo prometer a Helena que vendría al día siguiente, que ambas leerían libros, que incluso le regalaría uno, Charles no dudó en apoyar la decisión de su hija.

Aurora se quedó en la habitación de su padre viendo televisión mientras el rubio acompañaba a Helena a la salida. Se había ofrecido a acompañarla, lo que la muchacha declinó, refiriendo que vivía atrás, muy cerca de su casa. Cuando se despidieron, ambos se sorprendieron al encontrar a Jul parada cerca de su auto y echándole un vistazo a Helena. Eso le recordó a la sirena que el

escritor era un hombre comprometido y mayor.

Helena se despidió y Charles se apresuró a llegar hasta Jul y ayudarla con las cajas que había traído.

—Es sorprendente la manera en la que estas mujeres pueden envolver a los hombres.

—Es una niña, Jul —siseó seco Charles, así que ella cambió rápidamente de tema.

—Esto está muy de moda, estas tiras de colores y los floreros de botella pintados con tonos pasteles —explicó la enfermera entrando a la casa. El rubio acomodó las cosas junto con los globos, el nombre y el resto de cosas que había estado comprando—. ¿A dónde se lo harás, por cierto?

—En la casa de mis padres, tiene un patio que es amplio para que los niños bailen y se diviertan.

—¿Qué le vas a regalar? —preguntó sentándose en el sillón, él la imitó y alargó la mano, pasando sus dedos por su vientre plano. Jul sonrió cuando Chars se inclinó y dejó un beso ahí para después susurrar un audible «Hola, mi amor. Aquí está papá reportándose para la misión»—. ¿Chars?

—He estado trabajando en algo desde hace un par de años. Lo había dejado de lado, pero lo he terminado hace unos días. Esperemos que le guste, ¿no?

—¿Está durmiendo? —Charles negó cuando la madre de su hijo pasó los dedos por su cabello—. Sigues sin dormir. Debes descansar, tratar de relajarte o enfermarás. Cuida de tu salud por tus hijos y por ti.

—Lo sé, sin embargo, toda esta situación me tiene enfermo. Escucho un ruido y me la paso mirando alrededor, me levanto y corro a su habitación. Si voy a la cocina estoy inquieto, así que comienzo a hablar con ella hasta que llega a mi lado. Siento que me volveré loco.

—Tienes que calmarte. Ellos no volverán, Charles.

—Lo sé. —Le dio la razón y se puso de pie. Ella lo siguió hasta la cocina y sacó algunas cosas de una bolsa y sonrió—. Ya te compré las vitaminas que necesitas, también adquiriré mucha fruta y verdura. Olvídate de comer pollo frito. El bebé necesita alimentarse bien.

—Ya, *papá* —bromeó sentándose en el banco. Él agarró unas frutas y empezó a cortarla para hacerle una ensalada, así que Jul aprovechó para tocar el tema—. ¿Ha venido Ivana otra vez?

—No empecemos con lo mismo, Jul. Por favor, no —rogó dejando de cortar la piña para mirarla, la mujer resopló y desvió la mirada.

—Quiero saber. No sé lo que somos y no puedo evitar sentir celos respecto a ella. Chars, Ivana te hizo daño, no lo olvides y tampoco que, aunque ahora parezca buena madre, ella abandonó a tu hija.

—No necesitas recordármelo. Sé lo que me hizo y yo ya la perdoné. Aurora se siente bien teniéndola a su lado, y todas las personas que le sumen a mi hija, son bienvenidas.

—¿La sigues amando?

—No, ya no la amo. Lo nuestro fue parte del pasado y fue tóxico. Yo me arrastré por ella y eso no es amor. Amor es lo que siento por mis dos hijos —susurró viendo cómo pasaba los dedos por su vientre y sonrió. Aurora aún no sabía de la existencia del bebé, la psicóloga había aconsejado que esperaran hasta que Aurora estuviera bien, por lo que se tomarían un tiempo para decirle. Ellos no sabían cómo la niña podía reaccionar. A pesar de que su nena ya le había dicho a Charles que quería un hermano, ahora su mente estaba tan frágil que no querían correr riesgo—. Tienen una relación de amigos y ambas están bien con eso. No voy a dañar lo que están creando.

—Tú sabrás lo que haces. —Jul pasó sus dedos por el vientre, llamando la atención de Charles

así que cambió de tema—. ¿Has pensado en un nombre?

—Tengo una lista enorme de futuros nombres, ¿dejarás que yo se lo ponga?

—Si es mujer le pondré Emma Eugenia —murmuró, y Charles frunció el ceño para después romper a reír. Todos sabían que Chars odiaba su segundo nombre, que hacía todo por ocultarlo—. Estoy bromeando. Emma Maldonado, es bonito, ¿no?

—Si es hombre puede ser Frederick Maldonado. Tiene estilo, ¿eh? —Jul negó haciendo una mueca y soltó una carcajada.

—¿Papá? —Se volvió descubriendo a su hija de pie con su pijama de *Goku*, Aurora tallaba sus ojos y bostezaba. Él rio y se echó hacia atrás para que su nena se acercara y se sentara en su regazo. Chars besó sus mejillas sonoramente provocando que su hija soltara una carcajada—. Hola Julie, ¿qué haces aquí?

No pasó desapercibido que ahora la niña llamaba por su nombre a la mujer, desde hace un mes dejó de hacerlo y Chars decidió no preguntar.

—Vine a traer algunas cosas para tu cumpleaños, ¿estás emocionada?

—¡Por supuesto que sí! —dijo con los ojos brillosos tomando la manzana que Julie le tendía. Chars se inclinó besando su frente y cerró los ojos escuchándolas hablar plácidamente, la escuchó reír y luego sintió las manitas aferrarse a sus brazos. Abrió los ojos y le sonrió mientras bajaba de su regazo. Posteriormente, se despidió de la amiga de su papá y subió las escaleras.

—Cúidate y cuida del pequeño. —Asintió ella, inclinándose para besar su mejilla, cuando en realidad deseaba besar los labios del hombre que amaba. Charles bajó los dedos y acarició su vientre plano para después acompañarla hasta el carro.



—¿Quieres ver esa? —Chars pasó sus manos por los hombros de su hija mientras ella sostenía la película de los Vengadores. La niña asintió y Chars tomó la película junto con otra que él había escogido. Se dirigió a la caja a pagar, mientras sostenía la mano de su pequeña mirando alrededor. Había mucha gente, niños corriendo por todos lados y parejas sonriendo mientras se tomaban de la mano. No la quiso soltar porque tuvo miedo, mucho miedo. Cuando llegó su turno, Aurora lo abrazó y enterró el rostro en su barriga y el rubio se echó a reír junto con la muchacha que le cobraba.

—¿Su hija? —Asintió tendiéndole su tarjeta—. Es idéntica a usted.

—Sí, solo yo trabajé —bromeó recibiendo su compra y la tarjeta. La guardó y tomó la mano de su hija saliendo de la tienda. Estaban en el supermercado, en la parte de arriba. Ya había ido por un libro para él y le había comprado uno a Aurora, ella quiso *Percy Jackson y el ladrón del rayo* y el rubio se había decidido por *El fantasma de la Opera*.

El escritor sostuvo de la mano de su hija y se acercó hacia donde había un grupo de jóvenes sonriendo. Él puso adelante a su hija y se abrió paso para ver mejor, mientras Aurora tiraba de su pantalón. Había cachorros y gatitos pequeños que una señora estaba regalando en adopción. Muchos de los chicos que también estaban allí, habían tomado uno para adoptarlo. Aurora se inclinó y estiró su mano, pasándola por la cabeza de un gatito pequeño de color anaranjado, este ronroneó y se refregó en la mano de su hija, ella sonreía.

—¿Lo quieres? —Su hija asintió y Charles se inclinó viendo al pequeño gato conquistar el corazón de su hija—. Debes hacerte responsable, Aurora. Debes botar la arena, debes ponerle agua y alimentarlo. Tienes que educarlo para que no suba a la cama ni a los sillones y también a que no rasque los muebles, la mesa, la silla ni las puertas.

—¡Pero, papá! Es muy pequeño y no debe tener tantas responsabilidades.

—Tú tienes diez años y limpias el patio, barres en la tarde y preparas bodeques de frutas —señaló y Aurora arrugó su bonita nariz. Su padre alzó una ceja y asintió en dirección a la mujer que los había traído. Varias personas se habían quedado observando al pequeño gatito anaranjado coquetón—. Nos lo llevamos. ¿Qué nombre le pondrás?

—*Flame* —contestó su hija tomándolo en sus brazos. El gatito pasó su cabeza por el pecho de ella y clavó las uñas en su playera para sostenerse. Su nena soltó una carcajada viendo a su padre firmar los papeles que la mujer que tendía. Cuando terminaron el proceso, ambos andaban con el nuevo integrante de la familia, buscando lo que les haría falta. Aurora le compró collares, una cama, un pote para su agua, comida y la caja para la arena. También le compró una casaca negra, diciendo que sería un gatito con estilo—. *Flame*, tú eres mi bebé y papá *H* será tu abuelo.

—Que nieto tan peludo tengo, eh. ¿A quién habrá salido? —bromeó el rubio mientras pagaba, los que estaban atrás de él rieron a carcajadas ante su comentario. Chars se inclinó cuando su hija le instó para le diera un beso al gato, quien lo miró con aquellos grandes ojos azules, reconociéndolo de inmediato—. Con que no me llenes mi ropa de pelos, es suficiente.

—Dile que es bienvenido en nuestra familia, pa.

—Amor, ellos no entienden.

—Hieres sus sentimientos. —Recibió las cosas y observó al gato que maullaba en brazos de su hija. Se inclinó y besó su cabeza.

—Bienvenido a la familia, *Flame* Maldonado.

—¡Eso! —Su hija lanzó un gritito y Charles sonrió tomando las bolsas. Miró a su pequeña y arregló las cosas en una de sus manos para después tenderle la mano a su hija. Aurora la tomó y ambos salieron del supermercado para subir al carro.

La mantuvo a su lado mientras guardaba las cosas, después le abrió la puerta y la ayudó a subir y a ponerse el cinturón. Rodeó el carro y subió manejando en dirección a su casa, colocó algo de música y miró de reojo a su hija mientras ella acariciaba a *Flame* y le hablaba. Le contaba sobre la familia y el campo, tal vez la psicóloga tenía razón, tal vez Aurora necesitaba un amigo de cuatro patas.

Cuando estacionó el carro afuera de su casa se sorprendió al ver a toda su familia y algunos amigos allí. Rápidamente su hija se bajó y corrió hacia ellos mostrándoles el nuevo miembro de la familia. Le lanzó la llave a Diana para que abriera mientras él, Oliver, Alex y Juan Pablo le ayudaban a bajar las cosas. Cuando entraron, se quitó la camisa y caminó hacia la sala donde estaban todos hablando con Aurora que seguía sosteniendo en sus manos a *Flame*.

—¿Qué estamos celebrando?

—¿No podemos venir a ver a nuestro amigo? —preguntó Lucas. Chars se sorprendió y luego sonrió asintiendo mientras Luke, Alex, Juan Pablo, Artemis y Paul repartían el vino para todos. Su madre llegó con una fuente de bocaditos y a los segundos todos estaban riendo, repartidos entre los sillones y el suelo. Aurora corría con sus primos y *Flame* la seguía a todos lados maullando, tratando de conseguir la atención de la niña.

—¡No! ¿Se acuerdan de la vez que Charles se cayó en el río por estar viendo a la hija del alcalde? —Paul se carcajeó y Chars negó riendo y llevándose la copa a los labios. Su padre sonrió abrazando a su madre—. Habíamos ido por el celular de Oliver y estábamos cambiados para el matrimonio de Diana y el idiota se cayó. Adiós traje, adiós celular.

—Tuve que usar el traje del abuelo, que me quedaba muy grande. —Chars sonrió pasando sus manos por los rizos claros que habían crecido, debía cortarse el cabello, debía hacerlo—. Todos

se burlaron y Aurora me miraba a cada momento, tiraba del pantalón y pensaba que su padre se había vuelto flaquito.

—Sí, bien dicen que el campo te hace feliz —señaló Oliver tomando al gatito que se había subido a su rodilla. Aurora no tardó en acercarse, por lo que él la cargó y la llenó de besos—. ¿Por qué no te vas estos meses al campo, Charles? Eso les ayudaría mucho. El campo calma todo, hermano, se lleva los males.

—Aurora está en la Academia y yo tengo que estar aquí.

—Ahora eso es lo de menos. Lo ideal es que ambos se vayan al menos por unas semanas, la llevas a la chacra y le enseñas a cabalgar. Sería muy bueno para ambos —comentó Luke viendo a Aurora correr de un lado al otro.

Artemis bajó la mirada cuando el gatito pequeño maulló en su dirección, Aurora no dejaba de decir que el bendito animal tenía sus ojos, así que se inclinó viéndolo fijamente. El gato nunca dejó de verlo, al contrario, lamió su bota y el pintor se giró al escuchar a la niña reír.

—Creo que le caes bien —dijo la niña y Artemis frotó sus labios viendo al gato y luego a su sobrina.

—Tal vez tiene una mente extraña como la tuya —le dijo el pintor a la niña, se puso de pie y salió de la casa. A los segundos volvió con un pequeño cuadro forrado, por lo que todos le pusieron atención.

—¿Qué es, tío?

—Ábrelo.

La niña se sentó en el suelo y con cuidado fue quitándole el papel color tierra. Flame a su lado jugaba con los restos, causando las risas en Lucas y Luis, mientras que Rodrigo negaba al ver al pequeño gato. Cuando quitó el papel que cubría el regalo del pintor, se quedó sorprendida, ahogó un gemido y empezó a brincar de un lado a otro, saltó tanto que todos se sorprendieron.

—Amor, ¿qué es? —preguntó su abuela y la niña giró el cuadro. Todos sonrieron cuando vieron a Chars que reía a carcajadas mientras que Aurora cubría sus ojos. Los colores que Artemis utilizó fueron claros, tanto que hizo que todos suspiraran. La pequeña niña pasó los dedos por el rostro de su padre, viendo que de cerca solo eran unas pequeñas manchas, pero de lejos era todo lo que pedía.

Ella y papá.

Charles pasó la noche riendo y hablando con sus amigos, más de una vez buscó a su hija con la mirada, pero no se detenía por mucho tiempo. Volvió a contemplarla cuando la escuchó reír a carcajadas, ya que Oliver y Alex le hacían cosquillas, apreció su rostro enrojecido y sus ojos achinados. Ella se sostenía el estómago tratando de alejar las manos de su tío, aunque eso era inútil, él quería hacerla reír hasta que le suplicara que se detuviera. El escritor ya no tan solitario, sonrió satisfecho.

—Pronto se publicará uno de mis libros y luego se hará una presentación.

—Ya todos saben quién es Charly M, hermano. ¿Qué harás ahora?

—Realizarla en la librería que siempre estuvo ahí para mí. Se lo debo al anciano. Y eso no es todo... —Charles miró a sus amigos, sin embargo, sus ojos se quedaron por más tiempo en Artemis y Alex. Ese mes habían luchado mucho por obtener los permisos y el apoyo para el nuevo proyecto que tenían en mente—. Hemos mantenido esto en secreto porque queríamos que todo saliera bien, y ahora que estamos a nada de empezar, quiero contarles de qué va. Cuando Aurora fue llevada de mis brazos se descubrió a muchas niñas siendo prostitutas, siendo violadas y alejadas de esas criaturas recién nacidas. Cuando fueron rescatadas nos preguntamos: ¿Qué será

de ellas? ¿Dónde vivirán? ¿La gente les dará trabajo después de saber que sucedió con ellas? La mitad de esas niñas lo perdieron todo, y con ello, su familia.

Charles se enfocó en Artemis, quien asintió para luego continuar hablando.

—Antes de que Aurora fuera secuestrada, yo ya sabía lo que sucedía en el puerto y estaba investigando. Busqué a diez hombres de confianza para que visitaran los prostíbulos y logran rescatar a las niñas. Solo logramos hacerlo con cinco niñas y luego de ser recuperadas las instalé en mi casa. He puesto a su disposición habitaciones, ayuda psicológica y estoy pagando cursos para que puedan tener cómo defenderse en un futuro —explicó el pintor, los que estaban ahí sentados se sorprendieron—. Charles y Alex decidieron apoyarme, así que estuve moviéndome y logramos comprar un edificio abandonado que cuenta con siete pisos. Durante este mes lo han reparado, lo han ambientado con las comodidades para estas niñas, mujeres e incluso niños. El inconveniente es que nos estamos quedando sin recursos económicos para cubrir todos los gastos necesarios: hospital, ayuda psicológica, talleres, juicios y comida. Así que hemos pensado en hacer una subasta de libros, cuadros, esculturas, cerámica y filigrana.

—¿Tienen cubiertos a los escultores y al de filigrana?

—Tenemos una cita con Leonidas Castro y Danila Álvarez, los mejores en sus respectivos trabajos —señaló Artemis mostrando las fotos de las esculturas de Danila, el moreno era el mejor de Piura y sus esculturas eran vendidas y también eran exportadas a otros países. Leo tenía un talento especial con la filigrana, el mes anterior estuvo en Catacaos y pudo ver su trabajo. Los turistas amaban las joyas hechas de finos hilos de plata.

—Tienen todo planeado —señaló Oliver tomando el celular de Artemis, admirando las fotos que mostraba el trabajo de los artistas.

—En mente, por lo menos. Ahora pediremos apoyo del estado para poder llevar a cabo esta subasta, esperamos que la ayuda aumente. Piura cuenta con gente que tiene dinero y nosotros iremos tras ellos.

—Entonces tienen mucho por hacer.

Siguieron hablando hasta que Luke se sentó al lado de Chars, tendiéndole una copa de vino.

—¿Ya has hablado con ella del bebé? —inquirió.

—La psicóloga dice que aún no es el momento, cuando llegue se lo diré. Sé que ella se lo tomará bien. Ahora lo mejor es esperar. Quiero mantener su mente ocupada hasta que olvide todo lo malo.

—¿Y tú cuando olvidarás todo eso? —preguntó su madre, él no supo que responder.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO: NO PUEDO SACARTE DE MI CABEZA



De: Alejandra Merino

Para: Charles E. Maldonado

Asunto: Una taza de café para llevar

Hola, Charles. ¿Cómo estás? ¿Cómo está Aurora?

En los últimos meses te he escrito mucho y ninguno de mis correos ha tenido contestación. Hace un mes hablé con Diana y Oliver y gracias a ello pude saber cómo está tu vida. Supe lo de Aurora tarde, quise viajar de inmediato y estar a tu lado, pero tenías el apoyo necesario. Así que a la distancia le oré a Dios para que tu ángel volviera a ti.

Vuelve a ser tú y no dejes que los miedos te hagan pequeño. Ya le has demostrado al mundo que nadie puede derribarte, que nadie puede contigo, que esta vez no sea la excepción.

Con amor.

Ale.

Como un adolescente se quedó en blanco cuando leyó ese correo y los que seguían, había como cincuenta y todos habían sido marcados como spam, cada uno de los que había enviado. Si no hubiera sido era porque había estado checando unos correos, se habría quedado sin saber que Ale le había escrito durante los últimos meses. ¿Cómo es que los correos de ella habían sido marcados como spam? No se detuvo a pensarlo, no cuando la mujer que seguía queriendo le había escrito, se había preocupado y se había mantenido en contacto con su familia.

Se sentó dejando a un lado los afiches sobre la próxima subasta en la UNP. Su corazón latía con desesperación, bebió de su copa de vino y empezó a escribir.

De: Charles E. Maldonado

Para: Alejandra Merino

Asunto: Te mandaré todas las tazas de café que quieras.

¡Hola, Alejandra! ¿Cómo estás? Apenas es que estoy viendo tus correos. Al parecer mi cuenta se volvió loca y marcó todos tus mensajes como spam. Yo estoy bien, Aurora está bien, estamos saliendo de esta. No te preocupes, el mundo no me va a ganar esta vez. Soy un ganador, ¿lo recuerdas?

¿Cómo están las cosas por allá? ¿Todo bien?

Ese fue el primer mensaje. Luego se vio escribiéndole en las noches y riendo a carcajadas por

sus chistes. Nunca se llamaron porque no necesitaban más. Ambos sabían que estaban haciendo mal, aún se amaban, Charles tendría un bebé en unos meses y porque tal vez Ale tendría algún novio allá en España. Nada de eso impedía el cosquilleo que sentía el escritor en su pecho, cada vez que la muchacha le escribía.

Quedaban dos días para el cumpleaños de Aurora, los preparativos para su fiesta estaban casi terminados y también el regalo que él había estado planeando durante los últimos años, todo para su pequeña. El crecimiento del bebé iba muy bien, les habían dicho que sería varón y no pasaba de ese mes para que Charles le diera la noticia a Aurora. Al fin podría decirle que pronto tendría un hermanito al que cuidar, un pequeño que sería la luz de su vida.

Con Jul las cosas seguían igual, ella era la madre de su hijo, mas no su pareja. De igual forma ella seguía creyendo que tenía el derecho de reclamar y de celarlo, si no le decía nada era porque evitaba pelear con ella, sobre todo por su estado.

—Jay, Jay, creo que estoy enamorado —dijo Danila. El moreno se levantó para correr la silla y dejar que la organizadora del evento se sentara. La chica soltó una carcajada y Chars negó saludando a su amiga. A los pocos minutos, Leo, Artemis, Osvaldo y Alex se sumaron a la reunión, pidieron una botella de vino y algo ligero para picar

—Debes decirle eso a todas, conozco a los artistas. —La joven los señaló a todos causando la risa en los hombres. Charles estudió con ella en la secundaria y luego se reencontraron en una galería, intercambiaron números y desde entonces eran amigos—. Buscan una musa en cada puerto.

—Patrañas, mira a Artemis. —Alex señaló al pintor que se había llevado la copa a la boca. El pintor rodó los ojos recostándose en la silla, sin sonreír causando que la muchacha desviara la mirada—. Él no tiene musa.

—El señor Artemis es la excepción, el resto no.

—Yo también soy la excepción, Jay —dijo Francisco llegando tarde. Se disculpó y se quitó la chaqueta negra que acomodó en el respaldo de la silla. El arte que él hacía era hermoso. Hacía recipientes con bellas formas que contaban una historia y también se dedicaba al cuerpo femenino. Charles se había llevado a casa varias de sus obras porque aquel hombre de cabello rapado, ojos claros y muchas perforaciones en el oído: era talentoso, al igual que los demás.

—¿Terminaron de coquetear con la señorita? —Todos bufaron al escuchar la voz gélida de Artemis. Asintieron y Charles ocultó una sonrisa detrás de su copa de vino, ya que el pintor en las últimas reuniones, siempre terminaba llamándoles la atención, a pesar de que todos eran mayores que él—. Dame información, Jay. Todo.

—«La UNP ha prestado el aula de Tangarara ya que es la más grande del recinto de Piura. Han confirmado la asistencia de doscientas personas para ese día, y aunque más personas se mostraron interesadas en asistir, el lugar resultó pequeño» —leyó la joven en su laptop, todos se miraron y asintieron sonriendo—. La seguridad estará presente desde la cinco de la tarde, quienes ayudarán con la ubicación de los asistentes y así no tenemos problemas. Todos han sido inspeccionados por la policía de la provincia y son los mejores para estos eventos, yo siempre trabajo con ellos.

La joven les tendió una copia a todos para que leyeran los buenos comentarios sobre el grupo de seguridad, Artemis leyó cada nombre y asintió.

—¿Baile, comida, maestro de ceremonias?

—El maestro de ceremonias estará desde las tres de la tarde, para poder practicar junto con el DJ que estará con su gente para probar el sonido —explicó la joven sonriendo—. Se dará inicio al evento con un grupo que bailará música negra en representación de la cerámica, la escultura y

la filigrana. En un mes estará todo listo y podrán empezar a hacer realidad el sueño de esas niñas.

La muchacha siguió hablando, todos se recostaron en las sillas, escuchándola atentos. A las dos, pidieron una fuente de jalea y los que eran de Catacaos, como buenos lugareños, pidieron una jarra de chicha de jora. A pesar de que Artemis se negó más de una vez, terminó aceptando. Bebieron hasta tarde y luego se despidieron. Charles antes de ir a su casa fue a la de Jul, que le había pedido que pasara por allí.

—Hey, ¿por qué te has demorado? —Charles besó su mejilla y luego descendió hasta su vientre, acariciando al pequeño niño que crecía ahí.

—Estuve con la organizadora y los muchachos.

—¿Esa mujer que no deja de coquetearles? ¿La ofrecida?

—Jay no es coquetea ni ofrecida, Jul. Basta, es mi amiga y quiero que la respetes. Es una profesional —dejó las compras en la mesa, caminó hacia el sillón y se sentó. Al ver que no venía a su lado, levantó la mirada encontrándola con los brazos cruzados, molesta.

—¡Ah, claro! Cada vez que digo que Angella o Jay son unas ofrecidas rápido te lanzas a defenderlas, o cuando digo que Ivana solo está viendo a tu hija por ti. ¿No te das cuenta?

—Para tu carro, flaca. Para ya, que me bajo. —El escritor se acercó con el ceño fruncido—. Angella ha sido mi amiga desde hace años, muchos años, y quiero que la respetes al igual que a las otras mujeres que están en mi vida, porque son mis amigas. Ivana es la madre de Aurora. Basta ya.

—¿No te das cuenta que quieren alejarte de mí? Pero... claro, tú feliz. Te encanta tener la atención de las mujeres, te encanta que se te ofrezcan —escupió resentida y Charles cerró los ojos por unos segundos—. Eres ciego y un mujeriego.

—¿Alejarme de ti? Escúchate, nosotros ya no estamos juntos —señaló y Jul entreabrió los labios—. Tú me dejaste, me llamaste basura y todo terminó. Estoy aquí por mi hijo, te cuido porque me importas, pero solo como la madre de mi hijo. No soy ciego, tú eres la ciega que no se da cuenta y que está imaginando cosas que no son.

—Charles, creí que estábamos juntos. ¡Llevo a tu hijo en mi barriga! ¿Me dejarás en nada? O sea, tú me preñas y ya, listo.

—No, Jul, no digas eso. Nosotros no estamos juntos y no volveremos. No cuando vives gritando, celando y tratando mal a mis amigos. Yo me estoy haciendo responsable por mi hijo, los estoy cuidando, sin embargo, no voy a casarme contigo por el hecho de que lleves a mi hijo en tu vientre.

—Lárgate de aquí, vete. ¡Que te vayas!

Charles negó y cuando quiso acercarse para dejar un beso en su vientre, ella se alejó molesta. Soltó el aire contenido y salió de la casa. Al subir al carro, escuchó que seguía reclamando a gritos, pero ya no importó. Quería llegar a casa y ver a su hija.

Entró y sonrió al escuchar a Aurora reír a carcajadas con Ivana quien sostenía a Flame. El gato llevaba una camisa de flores que parecía que amaba, porque cada vez que se la quitaban, el pobre animal maullaba. Lucy salió de la cocina, él le canceló el día que cuidó de su hija y la acompañó a tomar taxi. Luego volvió saludando a su princesa y a la madre de ella.

—Ivana dice que Flame fue toda una lady en su vida pasada —contó su hija riendo, Charles negó besando su frente, viendo al gato subir al mueble y acostarse. Ivy se puso de pie calzándose los tacones—. ¿Ya te vas?

—Así es, tengo una cita.

—¿Cita? ¿Cómo es él? —Aurora saltó de los brazos de su padre para acercarse a Ivana,

Charles rio al ver su actitud de cupido—. Seguramente es alto, grande y caballeroso.

—Vaya, has acertado. —Sonrió Ivana a su hija y acarició su frente con ternura. Aurora nunca la vería como una madre, a pesar de eso, al menos si la veía como a una amiga—. Lo conocí en la cafetería. Derramó su café en mi ropa y se disculpó durante una semana completa. Envió flores a mi oficina y el lunes siguiente le acepté un café.

—¡Qué romántico! —exclamó la niña, Charles se mofó al ver su cara risueña.

—Ya luego les cuento, debo ponerme guapa.

—Chao, Ivana. Nos vemos el sábado. —La niña besó las mejillas de su madre y le deseó suerte. Charles acompañó a la madre de su hija hasta su auto, ambos sonrieron.

—Mañana te llamaré para saber qué pasó con tu cita.

—Lo sé, evitaré contarle los detalles calientes —bromeó moviendo las cejas de arriba abajo, Charles negó divertido. Su relación había avanzado mucho, demasiado, Charles lo agradecía. Ahora cuando la miraba ya no había ira, furia o malestar. Al contrario, era alguien con quien podía hablar siempre, y aunque su familia seguía en desacuerdo no iba a hacer nada que Aurora no quisiera—. Charles, tu novia llamó hoy.

—No es mi novia, es la madre de mi hijo.

—Bueno, llamó y contesté porque Lucy preparaba una tarta con Aurora —explicó la mujer cerrando la puerta del carro, se giró y miró al padre de su hija—. Me insultó. Ella cree que todas las mujeres que se acercan a ti quieren alejarte de ella.

—Vengo de allá. Me hizo un espectáculo, la situación es insostenible.

—Soy la menos indicada para darte consejos —señaló y Chars calló esperando a que continuara—. Estás aquí y la vida ha sido jodida contigo, yo fui jodida contigo, y a pesar de eso te has levantado para luchar. ¿Dejarás que alguien más venga a crearte problemas? No permitas que nadie te humille, no más, Charles. Las personas que dañamos a otras somos infelices con nuestra vida y queremos hacer infelices a otros.

—Te quise de regreso muchas veces. —Charles confesó observando la luna para luego fijarse en ella—. Sin embargo, ni en mis mejores sueños me vi aquí hablando de esto contigo, tampoco te vi siendo amiga de nuestra hija y mucho menos te vi tardándote para tu cita.

—¡Oh, Dios mío! Cierto. Me voy, luego te cuento. —La mujer encendió el carro y se despidió alejándose de ahí. Charles se quedó ahí afuera pensando en las palabras que le había dicho la mujer una vez amó, y tenía mucha razón. No permitiría que nadie más lo humillara o que opacara su felicidad.

Entró a la casa y escuchó música en la habitación de su hija, por lo que siguió el sonido y sonrió con lo que se encontró. Había una pequeña mesa con dos platos, contenían pasta con salsa rosada, a su lado dos copas, una de vino y la otra de chicha morada. Quiso reír con más fuerza cuando Aurora salió con un vestido blanco y el cabello recogido, pisándole los talones iba Flame también vestido de blanco. Jadeó lleno de emociones y terminó rodeando el cuerpo de su bebida.

—¿Cuándo hiciste esto?

—Todo fue hoy. Ivana y Lucy me han ayudado —confesó y Charles alejó la silla para que su princesita se sentara. Ella sonrió y se acomodó mientras Flame se sentaba en el pequeño cojín que ella había puesto para el gato, el bendito gato que incluso parecía perro—. ¿Te gusta?

—Me encanta, mi bebida. —Él tomó la copa y la levantó para chocarla con la de su hija—. ¿Por qué brindamos?

—Por el hermanito que me darás, porque eres el mejor padre del mundo y porque pasé el primer año de la secundaria con buenas notas. —Chars se quedó atónito cuando la escuchó decir

eso—. Ayer te escuché, papá. No soy tonta. Jul ha engordado, así que solo uní lazos. Cuéntame, ¿cómo se llamará?

—Yo... —se aclaró la garganta y dejó la copa en la mesa, sujetó las manos de su hija y buscó sus ojos—. Me enteré que Julie estaba embarazada el día que tú desapareciste, mi amor. Después de eso nuestra vida fue un caos. He querido decírtelo, pero la psicóloga dijo que no era lo adecuado y no quería crear un problema más en esta cabecita.

—Pero, ¿por qué? Papá, yo siempre he querido hermanitos, te lo he dicho.

—Lo sé, amor. No quería lastimarte, siempre hemos sido nosotros dos y ahora hay una personita más que entrará a nuestras vidas.

—Lo amaré, papá. He querido tener hermanitos siempre, y aunque Lucas, Luis y Rodrigo casi lo son, no es como tener uno. —Charles empujó la silla hacia atrás y su pequeña se sentó en sus piernas, él besó su frente y se quedaron en silencio abrazándose—. Gracias por amarme, papá.

—Tú llegaste para hacerme un buen hombre, mi reina. Te amo.

—Yo también te amo, papá.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO: CUENTOS PARA AURORA POR CHARLY M.



*La pequeña abejita que ríe a carcajadas,
La pequeña abejita que sonríe mostrando su falta de dientes,
La pequeña abejita que me dice papá.*

«Su madre ha caído en cama y no se ha levantado, está embarazada y las doncellas murmuraban que en mal estado estaba. La princesa Aurora, tan joven como las rosas, y tan madura como el viejo que decía conocer a todos los reyes de ese clan. La princesa llora sintiendo su pecho doler, nadie le quiere decir nada, pero sabe que algo mal andaba.

Todos le ocultan que su padre ha desaparecido, le dicen que volverá, mas Aurora no lo ve en su caballo y cabalgando hacia ella. La princesa está preocupada, por lo que huye de sus doncellas y protectores, corre en busca de su padre. La princesa de diez años, la princesa de espíritu libre y alma de guerrera, ella huye en busca de su padre.

Del rey.

Todos están desesperados, la princesa no aparece, ¿a dónde fue la niña de ojos brillantes?»

Charles cerró el libro y una sonrisa tiró de sus labios. Sacó su pluma negra y finita para empezar a escribir una dedicatoria, lo hizo con tanta lentitud que apenas sintió la presencia de Alex.

—He tenido tantos recuerdos —murmuró dejando caer los lentes de pasta negro en el puente de su nariz. Alex observó el libro y terminó sentándose a su lado, ambos amigos se miraron sonriendo—. Yo alquilaba una habitación pequeñita, teniendo un bebé y muchos gastos, no me alcanzaba para nada más. La habitación tenía el porte del almacén de comida, no había piso ni baño, debía cargar el agua y poner la ropa de mi hija en cajas. Cuando se terminaba el gas era la peor parte, ¿sabes? Debía comprar leña para encenderla en el patio para que Aurora no enfermara, y así poder calentar el agua y cocinar su sopa, una sopa que solo llevaba verduras porque no me alcanzaba para comprar pollo. Compraba una leche grande, pero debía hacer que durara así que la rendía con mucha agua. Cuando se acababa me iba al pueblo, ayudaba a mi abuelo y ordeñaba las vacas para poder tener un bidón de leche para ella.

—Y fuiste muy fuerte, Charles. Aurora debe estar orgullosa de tenerte como padre —señaló. Chars esbozó una sonrisa y sus mejillas se sonrojaron, que se podía apreciar bien por su color de piel. Su amigo palmoteó su hombro, orgulloso del tipo en que se había convertido. El rubio era bueno, solo tenía mala suerte—. Y ese bebé que viene en camino también estará orgulloso de

tenerte.

—Él no pasará carencias, tendrá siempre leche y pañales. No pasará lo que pasó su hermana mayor. —Los ojos del rubio brillaron al hablar de sus hijos—. Son muy importantes para mí. Aurora y él son mi vida.

—¿Qué hay del amor como hombre? ¿El sentirte amado y deseado? —se atrevió a preguntar, él se quedó helado. Chars no se había planteado aquellas interrogantes y eso causó un cosquilleo en todo su cuerpo.

—He hecho las cosas mal en el pasado, tal vez solo deba dedicarme a mis hijos y a mi profesión. Por ahora es suficiente, es lo que me hace feliz —respondió.

—Te he visto hablar con Ale, alegrarte viendo el celular. ¿Volverá? —Chars se encogió de hombros.

—No lo sé.

—La amas —afirmó su mejor amigo, Chars no contestó. Alex se despidió diciéndole que tenía unos asuntos que terminar.

Subió a su habitación despojándose en el camino de la chaqueta y los zapatos, encendió la radio dejando que *Michael Bublé* resonara en la habitación de baño. Se metió bajo la ducha sintiendo sus músculos relajados al instante, cerró los ojos y juntó su frente contra la pared helada.

—Papi —susurró Aurora con su vocecita tan tierna. Chars esbozó una sonrisa al ver a su pequeña de cinco años extender hacia él una corbata de cartón que había hecho en el colegio por el día del padre.

—¿Y eso, cariño? —Se puso a su altura y extendió las manos para que dejara la corbata en sus manos, la tomó y levantó la mirada viendo sus mejillas rojas. Él estiró la mano y tiró de su hija para abrazarla con fuerza—. Está hermosa, cariño, ¿es para mí?

—¡Sí! Yo la hice para que te la pongas cuando vayas a trabajar. —Los hermanos de Chars rieron ante su inocencia. Besó sus mejillas y se puso de pie para sentarse en la silla y la colocó en sus rodillas para verla fijamente—. ¿Te gusta, papi?

—Está hermosa, mi vida. Me la pondré todos los días, los profesores estarán celosos porque yo tengo la mejor corbata del mundo. —Su hija sonrió escondiendo el rostro en su cuello y Diana sacó el celular capturando esa escena. El rubio mordió su labio y luego se inclinó rozando los labios por su frente dejando un beso—. Eres el mejor regalo por el día del padre, amor, no quiero que lo olvides.

Chars sacudió la cabeza al recordar aquella fecha tan esperada por Aurora. Durante un mes entero se dedicaba a buscar el regalo perfecto para él, buscar algo pequeño y precioso para su padre, y cada año el rubio se sorprendía. Recuerda que ese año se puso la corbata de cartón para que Aurora lo viera. Le puso ganchos para que se sostuviera, cuando llegó al aula a enseñar, más de uno se burló y solo dijo: me la regaló mi hija, quiero que vea que amo su regalo y que esta es mejor que mis corbatas que compré. Para el escritor, el mejor regalo siempre fue su sonrisa y su felicidad, y eso no lo cambiaría. Se había reformado por su hija, ella lo había hecho un buen hombre.

Salió de la ducha enredando una toalla alrededor de su cadera y regresó a su habitación sacando unos pantalones de franela. Se condujo a la habitación de Aurora, sonrió viendo algunos libros en la cama y otros en su mesa de noche, sus juguetes estaban regados en el suelo y aunque decía que ya no jugaba; discretamente seguía jugando con sus Barbies. Recogió sus cosas y las guardó en uno de los cajones de sus juguetes. Tomó los libros y los regresó a su lugar, tomándose

el momento para limpiarlos y leer los títulos que había publicado y se los había firmado. Todos los libros tenían la misma dedicatoria.

«Para mi hija, mi mayor tesoro, mi mayor orgullo.»

Tomó una de las fotos que estaba colgada, caminó a la cama y se recostó detallándola. Su hija estaba en primer año de primaria y habían tenido que disfrazarse, Aurora llevaba su traje de guerrera y Chars se había disfrazado de príncipe, así que su pequeña hija lo protegía. Todos los padres vieron la escena enternecidos y no pudo evitar recordar cada momento, cada sonrisa de parte de su hija y suya. Se inclinó besando la foto para después dejarla en su mesa de noche y salir de la habitación. Cerró la puerta y salió de ahí dirigiéndose a la sala.



—¿También vendrá Henry? —Chars alzó una ceja encontrando la sonrisa juguetona en el rostro de Alex, apretó los labios esperando que prosiguiera—. Digo, tu hija crecerá y tendrá novio.

—Mi hija tendrá novio a los cuarenta y será monja —masculló y su amigo soltó una carcajada saliendo de la habitación para seguir trayendo las cajas con los juguetes. Él maldijo meditando las palabras de su amigo. No. Su reina apenas tenía once años. Miró sobre su hombro y su amigo rio a carcajadas.

—¡Lo estás pensando!

—Cállate. ¿Y la sorpresa para el sobrino de Artemis y los tuyos? —Se quejó Chars viendo la sorpresa que se les entregaría a los niños. Sonrió abiertamente cuando apareció Alex sosteniendo una caja con más juguetes, le hizo señas para que la llevara a la habitación donde estaban las cosas para los juegos. Se arremangó la camisa y salió de la casa para ir al patio donde estaban adornando y acomodando las sillas. La piñata era un dragón, uno pequeño que se había tomado mucho tiempo en hacer, pero Aurora tenía una fascinación por estas criaturas mitológicas.

Julie bajó del carro y a su lado venía Mabel sosteniendo una de las tortas. Charles envolvió su mano alrededor del cuerpo de la enfermera y besó su mejilla, luego depositó un beso en su vientre, la madre de su hijo rio mientras se apartaba murmurando que debía terminar de decorar la última torta. Sus primas ya estaban ahí, ayudando en todo lo que se necesitaba, las parejas de sus amigos inflaban globos y su padre estaba trayendo las sillas alquiladas.

El escritor soltó el aire viendo que era más de la una, la fiesta sería a las cuatro de la tarde y aún faltaban muchas cosas que arreglar.

—Chars, ¿trajiste el vestido de Aurora? —negó y su madre le lanzó una rápida mirada, soltó una risita y corrió hacia el carro para sacarlo junto con su ropa. Cerró la puerta, entró a la casa en dirección a la habitación que había sido suya, dejó las cosas de Aurora en la cama y al lado, su traje oscuro y zapatos bien lustrados. Pasó las manos por su cabello y bajó nuevamente las escaleras para terminar de ayudar con lo que faltaba.

Se mantuvo entre la cocina, el cuarto de regalos y el patio, viendo que todo estuviera en orden, ya habían acomodado los regalos y algunos se habían bañado para estar listos antes de las cuatro. Cuando se escuchó un claxon, Charles corrió hacia la puerta viendo a su reina bajar del carro, sonrió abiertamente y abrió los brazos dejando que su reina corriera hacia él. Chars terminó cargándola, con esfuerzo, y besando sus mejillas, la sujetó y ella rio mientras el rubio se encontraba nostálgico. Su hija estaba creciendo tan rápido que le daba miedo, le daba miedo que un día ya no lo necesitara más.

—Feliz cumpleaños, mi vida. Feliz cumpleaños, mi reina —la felicitó en voz baja y su pequeña envolvió con fuerza sus brazos alrededor de su cuello. La familia rio y terminaron

apartándolos para que el resto pudiera felicitarla. Estuvieron así hasta que Diana gritó que ya estaban llegando los invitados. Chars subió corriendo las escaleras con su hija porque solo había dos baños en la casa y faltaban más de cinco por cambiarse, sin contar a los pequeños. Chars se apoderó de uno de los baños y le tendió la toalla y lo necesario a su hija. Regresó a su habitación riendo porque Oliver y Paul se peleaban por quien sería el siguiente en el baño, ya que Diana se había metido con sus hijos primero. Tomó sus cosas y esperó afuera del baño en que estaba su hija. Cuando salió, le dijo que se fuera cambiando y que, al terminar, le ayudaría con sus zapatos.

Se dio un rápido baño y con dificultad se cambió dentro porque ese baño era pequeño. Se puso los pantalones de vestir oscuros, los zapatos lustrados, una camisa blanca y encima un chaleco del mismo color que el pantalón. No se colocó corbata, peinó su cabello rizado hacia atrás y encima se echó una crema para que se mantuvieran en su lugar. Finalmente dejó caer los lentes en el puente de su nariz. Entró a la habitación y fue directamente al ropero, sacando su perfume para rociar en su cuello y muñecas.

—Papá, ¿debo llevar el cabello suelto? —Se giró y abrió la boca al ver a su pequeña mujercita llevando un vestido rosado pálido sencillo y fresco, tenía unas sandalias cerradas con pedrería y en su tobillo una pulsera con dije que estaba seguro de que Paul se la había regalado—. ¿Papá?

—Bebé, estás hermosa —murmuró embobado y las mejillas blancas de su hija adquirieron un color rojizo, uno adorable. Chars mordió su labio y tomó la corona de flores y caminó hasta sentarse en la cama, Aurora se acercó sonriendo.

—Ya no soy un bebé, papá. Ya tengo once años.

—No me lo repitas, tú siempre serás mi bebé —replicó sin dejar de sonreír y con los ojos brillantes. La hizo girar y peinó su cabello con suavidad, luego se sentó en su regazo y colocó la corona de flores en su cabeza.

Su hija se sentó a su lado y el rubio tomó su mano entrelazándola con la suya, observó sus bonitos ojos claros y las largas pestañas que los protegían, detalló las pecas en su nariz y se inclinó dejando un corto beso ahí. ¿Cuándo había crecido tanto?

—Tienes razón, amor. Estás creciendo. —Él pasó los dedos por el rostro de su hija y ella cerró los ojos, tal como lo hacía cuando era una bebé—. En un futuro ya no querrás que esté pegado a ti.

—Yo siempre te querré cerca. —Chars tomó su mano y salieron de la casa, cruzaron el patio y todos empezaron a aplaudir a la agasajada. El rubio pudo ver a sus amigos, a todos, viejos e incluso a los nuevos. Más adelante se encontró a Luke con Maggy, Henry estaba a su lado sonriendo, quien no pasó desapercibido para los ojos de su hija. También estaba Leila, su eterna sirena nocturna. Estaban sus amigos, familia y amigos de su hija.

Todos reían, bailaban y en más de una ocasión Aurora fue el centro de atención para sus tíos que la halaban para bailar, cargarla o bromear. Charles disfrutaba de tener las sonrisas de su hija, sus suspiros y abrazos.

Cuando tocó el momento de los regalos, todos se acercaron a entregarle el suyo. El padre de la cumpleañera se excusó caminando en dirección a su carro, sacó su regalo y lo sostuvo. Al volver, se encontró a Ivana, junto a su acompañante, entregándole un obsequio a Aurora, su hija reía y agradeció que su familia no le dijera malas palabras a la madre de su niña. Al final de cuentas, su hija la había invitado.

—¡Qué abra el regalo de su padre! ¡Qué lo abra! ¡Qué lo abra! —Aurora al escucharlos se echó a reír. Chars se acercó y le tendió la caja, la niña observó la nota pequeña y asintió dejándolo con los otros regalos. El animador le entregó el micrófono a Chars y este rio avergonzado viendo a Angella silbar al igual que al resto de mujeres—. ¡Qué hable! ¡Qué hable!

—Hola, bien, yo soy... el papá de Aurora —tartamudeó causando la risa de más de uno. Aurora envolvió la mano alrededor de su cintura y él se inclinó besando su frente con ternura—. Gracias por estar aquí, por acompañar a mi hija en un momento tan feliz para ella. Gracias. Aurora, espero te guste mi regalo y que nunca olvides que te amo mucho.

Su reina mordió su labio y sonrió tomando su regalo, le quitó el lazo y luego el forro. Abrió la boca sorprendida y sus ojos se llenaron de lágrimas. Más de uno se inclinó hacia adelante al ver a la niña abrazarlo, mientras lloraba. La familia se preocupó y se acercaron confundidos, él besó su frente y volvió a tomar el micrófono.

—Muchos saben que soy escritor, así que hace un tiempo empecé a escribir un proyecto personal, uno para mi hija, mi reina. *Cuentos para Aurora* es la historia que me ha tomado tanto tiempo terminar. Es una historia que valió la pena escribir para ver esa bonita sonrisa de mi hija. Feliz cumpleaños, amor —dejó el micrófono en su lugar y ella se lanzó a sus brazos sosteniendo el libro, Charles la levantó haciendo que su nena enredara las piernas en su cintura, mientras la aferraba a su pecho. Besó sus mejillas y se echó a reír al escuchar el llanto de su hija.

Sin duda había sido buena elección. Valió la pena, todo valió la pena.

Cuánto la amaba, cuánto deseaba hacerla feliz. Después de tantas preocupaciones, llantos y muchos sinsabores, estaba feliz. Tenerla en sus brazos era el mejor lugar, estaba en su casa.

CAPITULO TREINTA Y SEIS: UNA TAZA DE CAFÉ PARA ESTE FRÍO CORAZÓN



Cuentos para Aurora sería presentado en la librería del centro de Piura, Chocolate entre líneas, la cual daría su espacio dentro de una semana para que Charles lo exhibiera. Se daba ese encuentro para que los lectores lo conocieran y escucharan cómo nació la idea. Sin embargo, ese día era la subasta para recaudar fondos para la Asociación Nuevo Comienzo, y así ellos pudieran ayudar a todas esas niñas, habían luchado por esa causa.

Hace un año, Alex había organizado un proyecto de literatura y se encontraba sobre ruedas, había recorrido la costa y la selva, habían incentivado a que se unieran los colegios nacionales y cada mes se hacía un concurso de creación de cuentos y otros géneros. ¿Ahora su país era mejor? Sí, y aunque aún había delincuencia, todavía había mujeres muriendo en manos de sus esposos, una pequeña parte del país estaba siendo feliz. Poco a poco cambiaba, ¿quién dice que la lectura no cambia la sociedad?

Y eso, más que nadie, Charles lo sabía.

El rubio pasó sus manos por el cinturón de sus pantalones azules, lo aseguró y luego se sentó poniéndose los zapatos negros con cuidado, cuando estuvo listo regresó al espejo y se puso el chaleco, sin dejar de ver su reflejo. Parecía que había rejuvenecido, estaba lleno de brillo, uno propio. Por último, se puso el saco y dejó caer los lentes en el puente de su nariz, guardó su celular, las llaves y bajó las escaleras. Una sonrisa le nació al escuchar el grito de su pequeña.

Se encontró con su hija, Aurora llevaba un vestido color vino, el cabello suelto y los ojos brillantes. Se quedó de pie observándola y solo pudo sentir su corazón hacerse pequeño, al verla crecer feliz y ser parte de esa felicidad.

—Papá, debemos irnos. Tío Paul ha estado llamando. —Aurora tomó la chaqueta y Charles la detuvo, la atrajo a su pecho y besó su frente con dulzura.

—Estás hermosa —dijo y su hija se echó a reír desviando la mirada.

—Para ti, siempre me veo hermosa, eh.

—No lo digo porque soy tu padre, realmente eres muy linda.

—Vamos, señor. Se nos hace tarde. —Aurora tiró de su padre y Charles la siguió. Echó llave a la puerta, se dirigió hacia el carro abriendo la puerta del copiloto para que su hija entrara, agradeció y se acomodó mientras su padre rodeaba el auto para subirse.

Encendió la radio dejando que la voz de Marc Anthony inundara el interior del carro, en el camino Aurora había improvisado sosteniendo el celular como si fuera un micrófono, cantando hasta decir basta. El la admiró, la acompañó en los coros y disfrutó de tenerla ahí. Cerquita.

Jul iría por su cuenta. Cuando él le había dicho que podría llevarla, puso una y mil excusas, y

lo agradeció. Últimamente estaba más irritable, no solo con Chars, sino también con Aurora, por lo que la niña había dejado de sentirse cómoda a su alrededor.

Minutos más tarde, estacionó el carro en el aula Tangarara de la UNP. Se sorprendió al ver el estacionamiento lleno y que había mucha gente. Abrió la puerta del carro para ayudar a bajar a su hija de este, entrelazó sus dedos y avanzó. Los de seguridad le pidieron su invitación así que mostró su documento, ante eso lo dejaron entrar rápidamente. Escuchó la exclamación de asombro de su hija, para ser luego acompañada por la suya. El lugar se había transformado de uno pálido, a uno lleno de colores vivos por todos lados, las flores llamaban la atención de todos y las sillas estaban muy bien colocadas en el centro. En la pared estaban colgados los cuadros de Artemis y otros pintores, alrededor había mesas de cristal mostrando las esculturas de Danila, la filigrana de Leo brillando en las esquinas, donde más de uno se detenía para preguntar como el artista lo había hecho, vio a Francisco estar al costado de sus cerámicas, contando las historias de cada uno y luego vio a gente rodeando las primeras ediciones de sus libros y también de escritores peruanos, famosos desde hace unos años, todos donados por el estado que aún conservaban una copia de ellos.

Distinguió a Artemis hablar con el maestro de ceremonias y con Jay, por el rostro de su amigo parecía que todo iba bien. Divisó a su familia sentada en primera fila, así que se encaminó hacia allá con su hija. Sin embargo, al ver a sus amigos sosteniendo una copa de vino, se detuvo junto a ellos. Todos estaban observando los alrededores con orgullo porque todo estaba hermoso y la prensa ya había empezado a llegar.

—Mira qué bien luce. Vaya, ¿te has bañado hoy? —bromeó Alex acercándose para besar las mejillas de Aurora—. ¿Y la loca?

—Alex, ¿no tienes tacto? —inquirió Maggy, esposa de Luke. Se inclinó hacia Chars besando su mejilla con dulzura—. Hola, Chars.

—Hola, Maggy. Muy bien, y no lo reprendas, este tipo es ignorante. —Tanto Juan Pablo como Lucas se carcajearon al escuchar a Charles.

—Y aun así se preguntan porque sigue soltero —se quejó Maggy, haciendo reír a los hombres—. ¿Y Angella? Estar entre tanto hombre me altera. Todos son tan guapos.

—Cuidado, cariño. Tu sexy esposo está a tu lado. —Luke bromeó tomando la cintura de su esposa y se alejó ignorando sus protestas, todos repararon en la pareja y muy en el fondo añoraron tener algo así.

—Ese hombre se sacó la lotería. —Juan Pablo dio un sorbo a su bebida y empezó a caminar hacia los cuadros que estaban expuestos. Aurora se despidió de su padre, yendo con Henry a ver las esculturas, los siguió con la mirada hasta que Joaquín lo encaró.

—Bendito sea. ¿La loca, Chars? —inquirió Angella llegando junto con Leila, Charles silbó besando las mejillas de ambas mujeres, quienes lucían espectaculares. Su sirena llevaba un largo vestido color vino, el cabello recogido y sonriendo feliz, es que, esa noche también se exponía el cuadro que Artemis le había hecho. Leila quería ayudar y Artemis quería pintar.

—Es muy evidente que no toleran a la madre de mi hijo.

—A toda mujer que esté cerca de ti las mira mal. Dime, amigo, ¿cómo quieres que la trate? —Angella se dejó abrazar por Alex mientras Joaquín la veía de reojo. Nuevamente Charles se dio cuenta, ya hablaría con su amigo.

—Son las hormonas, está algo tensa.

—No te equivoques otra vez, galán. —Leila besó sus mejillas y se alejó junto con Angella, volviendo a dejar a los hombres solos.

—Será mejor que vayan andando, estoy sintiendo los cuchillos afilados que lanza Artemis con la mirada. —Todos rieron, tanto Alex como Chars se alejaron con rapidez.

—¿Debo enviarles una invitación? —inquirió Artemis y Alex le dijo que era un exagerado—. ¿Y mini Chars? ¿Aurora?

—Allá, capturando la atención de todos —bromeó saludando a Osvaldo que reía—. ¿Soy el único nervioso? Siento que todo me tiembla.

—No, amigo, no eres el único. He estado caminando toda la noche, nervioso. Esto no solo saldrá aquí en Piura, se verá en todo el país y en canales extranjeros. —Se acercó Leo acomodándose la camisa blanca, llevaba el cabello lacio suelto cayendo en sus hombros. Él era la representación viva del Inca Peruano: alto, delgado, piel tostada, ojos achinados y cabello largo.

—Cálmense o me pondrán nervioso, y yo nunca me pongo nervioso —se quejó Danila lanzando una mirada rápida a Jay, que estaba culminando los últimos detalles—. Bien, ya es hora.

—Buenas noches, señores. ¿Cómo la están pasando? —Los amigos dieron un paso hacia atrás viendo como la gente empezaba a sentarse sosteniendo sus copas de vino—. Hoy será una noche espectacular, ¿no lo creen? Esta será una subasta diferente, y es que sus recaudaciones tienen un propósito que hará que sus corazones se sientan llenos de orgullo. Antes de iniciar, disfrutemos de música negra a cargo del grupo Raiza.

Se empezó a escuchar la música de fondo, lentamente la voz de Eva y a los segundos un grupo de jóvenes de seis subió al estrado, tres mujeres y tres hombres, ellas con falda rojas con bolas blancas y ellos con un pantalón pescador. Charles sonrió al ver como bailaban, como lo hacían disfrutando la música de su país. Es que no había peruano que no supiera alguna danza, desde primaria en los colegios les enseñan a los alumnos un baile cada año y luego les exhortan a que participen en concursos.

Cuando el grupo de jóvenes terminó de bailar, las luces se encendieron y todos aplaudieron felices. Luego se dio paso a que los organizadores hablaran, los principales, mientras que los otros permanecieron ahí, sonriendo.

Chars saludó a su familia que se sentaba en la segunda mesa y en la mesa de al lado, estaban sus amigos, todos los hombres. El rubio nervioso se sentó al lado de Alexander y Osvaldo, los dos compartían chistes mientras Artemis se quejaba y pedía silencio. El escritor se percató donde los reporteros habían sido ubicados, notando que no se perdían de ningún detalle, lo cual sería un puente para que más personas ayudaran.

El maestro de ceremonia invitó a la oradora que hablara sobre el fin de aquella subasta, sobre las obras que se encontraban presentes y los artistas que esa noche los acompañaban. Después de eso, nervios y risitas sueltas, Artemis tomó el micrófono. Los periodistas se volvieron locos tomando fotos, capturando momentos y el pintor molesto rodó los ojos, a lo cual Alexander sonrió divertido. Qué carácter tenía.

—Hace meses estuve en el puerto pesquero, y fui parte de lo cruel que es el ser humano —explicó, su voz ronca y seca resonó en todo el salón, los padres y hermanos del pintor sonrieron compartiendo miradas cómplices—. Pedí ir a uno de esos lugares y lo que encontré ese día me dejó frío, porque en ninguno de los viajes que he hecho, había visto algo así. Niñas pequeñas siendo tocadas por hombres, siendo violadas, siendo ultrajadas y otras llorando porque las inyectaban para que pudieran ser sumisas, para que no atacaran a los clientes.

»Fue una situación desesperante, ver en lo que se convierte nuestro país y preguntarnos, ¿qué está sucediendo? Niñas pequeñas siendo madres, mujeres maltratadas y mendigando comida, y jóvenes que buscan un futuro, en un prostíbulo. Mi padre me dijo que fuera con cuidado y lo hice,

pedí ayuda y lo logré. Semanas más tarde, tenía a unas niñas llorando, temiendo que yo las maltratara y que habían perdido la confianza en el ser humano. Niñas que no llegaban a los quince años. No pude quedarme sin hacer nada, así que las llevé conmigo, les brindé la ayuda que su familia les negó. Mientras más me involucraba en ese mundo, más entraba a un infierno donde criaturas inocentes pagaban por los deseos de ser humanos sucios que, en vez de proteger a nuestros niños, los atacan. Este proyecto nació con el propósito de proteger, de darles una oportunidad y mostrarles que el mundo no es tan cochino. Que existe gente que las cuidaría sin pedir nada a cambio.

Artemis asintió y se alejó, el salón rompió en aplausos y Charles se puso de pie, avergonzado y tomó el micrófono, miró alrededor y sus ojos cayeron en su hija que lo vislumbraba con orgullo.

—Muchos saben que estuve a punto de perder a mi hija mayor, mi niña hermosa —explicó el rubio soltando el aire contenido—. Sentí en carne propia el miedo, el terror y la desesperanza de vivir en un país inseguro. Donde los violadores obtienen unos años en la cárcel, donde las niñas salen embarazadas, y a veces no quieren ser madres o no tienen los recursos para mantenerlos y optan por perderlos. Arriesgan su vida y muchas veces mueren. Muchas de ellas son llevadas a abortar, muchas de ellas mueren y son lanzadas a un barranco como si fueran basura, niñas pequeñas que tenían familia, niñas que eran esperadas en su casa. Estamos trabajando con la policía, porque no queremos ser parte de ese grupo de peruanos que ignoran la realidad y que voltean la cara para no ayudar.

La gente se quedó mirando porque todo el país y fuera de este conocían la historia del escritor, porque conocían cuánto sufrió. La mayoría ni siquiera sabía exactamente qué sucedía en el país y eso todavía daba más pena. Esta vez fue Osvaldo quien se puso de pie y sonrió; sintiendo a sus hermanos, sobrinos, padres, su hijo y la mujer que amaba.

—Por años estuve oculto, muchos saben que al quedar ciego perdí muchas cosas, me perdí a mí mismo. Escuchaba las noticias, escuchaba como mi país se perdía y nadie hacía nada. Yo vivo en el puerto pesquero, vivo ahí y sé cuánto las jóvenes sufren. Tengo una amiga que es profesora, muchas veces ha llegado llorando diciéndome que sus alumnas le piden ayuda, que sus padres las tocan, que sus novios las agreden, que deben vender su cuerpo para poder pagar un plato de comida. Hubo un caso hace poco donde una niña empezó a faltar, ella fue en busca de ella y la niña entre llanto le confesó que su padre era borracho y que había terminado por venderla a un prostíbulo, que su vida era esa, que desde que nació tenía su destino escrito. Una niña que apenas terminaría la secundaria, una niña que en vez de jugar con Barbie se estaba preparando para complacer sexualmente a un hombre.

»Mi primo Artemis me habló del proyecto y dije que sí, que iba apoyarlos porque debemos dejar caer la venda de los ojos. Yo soy ciego, sin embargo, estoy viendo la realidad. Ustedes ven perfectamente, pero cierran los ojos para no ver la verdad. ¿Hasta cuándo?

Nuevamente la sala se llenó de aplausos y Osvaldo sonrió sentándose. Alexander arregló su traje, sus ojos fueron directamente hacia la mujer que estaba ahí, aquella que había robado su atención. Sonrió y miró alrededor, mujeres, niños, hombres y ancianos. Todos reparando en ellos con atención.

—Fui profesor de colegios nacionales. Tenía veintitrés años y el estado me mandó a la selva a enseñar. ¿Saben la situación de ahí? Es peor, es una dura realidad. Cuando llegué había tres niños descalzos y esperando a que yo hablara, que les enseñara algo. La ignorancia allá es mayor, la pobreza y el abuso, también. Fue un año difícil, yo era un joven enseñando, creyendo que todo podría ser mejor, pero no. Leer la realidad es diferente a vivirla, porque te sientes impotente por

no poder hacer nada. ¿Qué puedes hacer en un lugar donde la corrupción existe desde antes que nacieras? El poder y el dinero reinaban por encima de todo.

»Había una niña en el grupo, siempre callada y sujetando su cuaderno contra su pecho. Una vez le dije que la acompañaría a su casa, que me gustaría hablar con sus padres para que postularan a una beca ya que era una niña brillante. Su padre, era un machista que me sacó de su casa diciendo que su hija ya tenía destino, que no me metiera, que era un riquillo que no sabía cómo eran las cosas ahí. Dejó de ir a clases, mi ciclo ahí se terminaba, así que todos los días iba a verla, le llevaba libros y le hablaba de literatura, historia y algo de ciencia, era muy aplicada. Una tarde volví a su casa y fue una escena desesperante, lloraba gritando mi nombre mientras unos hombres se la llevaban, quise detenerlos y recibí la golpiza de mi vida. Le pregunté a gritos al padre a dónde se la llevaban, y me dijo que la había vendido a un prostíbulo. Que le habían dado buen dinero.

Quise llorar de rabia, llamé a mis amigos y familiares, quería que detuvieran lo que estaba ocurriendo, pero no se pudo hacer nada y luego se perdió el rastro. Cuando viajamos al puerto, le hablé del caso al sargento. Días más tarde, recibí una mala noticia, la niña había llegado hacía años al puerto, había sido detenida por prostitución y posteriormente había muerto por sobredosis de droga. Una niña que tenía un futuro brillante y le cortaron las alas porque el padre quería dinero, porque es normal que estos proxenetas vayan por niños, porque es normal abusar de niñas y que nada se pueda hacer. Estoy aquí porque no quiero que otra niña pase por lo mismo, porque hay muchas pequeñas pidiendo a gritos ayuda y los peruanos nos hacemos los ciegos y sordos. Estoy aquí, siendo parte de estos grandes hombres para cambiar la realidad de muchas mujeres.

Cortó, y el público se puso de pie, aplaudiendo y Chars pudo fijarse en las lágrimas de algunos. Osvaldo le dio un abrazo a Chars y Alexander a Artemis, se sonrieron y se abrazaron viendo al público. Después de eso, el pintor volvió a tomar el micrófono y esperó que todos se quedaron en silencio.

—Debo aclarar que tuvimos una ayuda extra, una mujer maravillosa que nos ayudó mucho. Ella luchó porque la incluyéramos en el proyecto. Así que, déjenme presentarles a Alejandra Merino, colega y una gran amiga —exclamó y Charles se puso de pie buscándola con rapidez. Su corazón empezó a latir con fuerza, sus manos sudaban y sentía que en cualquier momento se caería. Ale, su Ale estaba ahí.

No, ya no era su Ale. Pero ella estaba ahí.

Artemis la ayudó a subir al estrado. Se veía más hermosa que la última vez que la vio, más madura y su sonrisa brillaba con tanta intensidad que Charles no podía apartar sus ojos de ella. Su cabello estaba largo, un poco más oscuro, sin embargo, sus ojos verdes seguían brillando con intensidad. Ale giró su rostro y sus miradas se engancharon, una sonrisa tiró de sus labios y suspiró. El rubio sonrió nervioso, quiso acercarse, abrazarla y decirle que le había extrañado, no obstante, sería muy egoísta de su parte hacer eso. Seguramente había regresado al país con su pareja o tal vez ya se había casado. Oh, los tal vez, de esos ya no quería vivir.

Alex golpeó su hombro y el rubio lo enfocó.

—Deja de verla. Todos se están dando cuenta de la cara de idiota que has puesto —murmuró en voz baja—. Pareces una estrella, amigo. Estás brillando, deja de sonreír.

—Está aquí, amigo, y no me dijo nada.

—Porque era una sorpresa, Chars.

Ale empezó hablar, mencionó varios casos y finalmente, sonrió escuchando al público aplaudir. Alexander se puso de pie y Artemis los presentó, sucedió lo mismo con Osvaldo y cuando llegó el

turno del rubio, caminó a paso lento y aspiró en voz baja.

—Alejandra, él es...

—Charles Maldonado —completó ella.

—Alejandra Merino —murmuró con voz ronca, sonriendo, la aludida sonrió con las mejillas rojas y el rubio se lanzó envolviendo los brazos alrededor de su cuerpo, abrazándola con fuerza, y más de uno fijó sus ojos en la pareja. No quería soltarla—. Estás aquí.

—Estoy aquí, mi escritor herido.

Luego de los discursos se dio inicio a la subasta. Se empezó con la filigrana, esa técnica orfebre consistía en fabricar finos hilos de plata y con ellos se confeccionaba una delicada joya. La plata inicialmente se compraba en barras o lingotes que son llevados a un horno para fundirlo, posteriormente pasan a una máquina para su laminado, donde se comienzan a extraer los hilos. Finalmente, se emplea un diamante de tungsteno, pues antiguamente se trabajaba con una hilera, aunque este último era un instrumento más rústico.

Leo explicó que se tardaba de diez a quince días en culminar una joya, y más de uno se quedó sorprendido por el hermoso trabajo que hacía y es que en el Perú no se conocía mucho sobre esa técnica.

Después fueron con Ricardo que mostró la cerámica que contaba historia. Los recipientes eran de diferentes tamaños, sin embargo, lo que más llamó la atención fueron los colores que utilizaba, y como él decía; la historia que narraba. Más de uno se detuvo al ver las pequeñas cerámicas de mujeres de color y desnudas, con los ojos rasgados, de caderas grandes y sonrisa coqueta. Era realmente un trabajo fascinante lo que hacían en Piura.

Danila se había centrado en una escultura en particular, era una mujer real como él la llamaba, de vientre suelto, caderas anchas y muslos gruesos, más de uno admiró cada detalle y lo que el escultor transmitía. Realmente era una mujer hermosa, una mujer que estaba sentada con las manos elevadas y la mirada en el cielo, buscando la fuente de su felicidad.

Artemis había ido en la misma línea del escultor, los tres cuadros dejaron a más de uno sorprendidos, y quedaron más encantados cuando descubrieron que la musa del pintor andaba cerca. Era el desnudo en tres posiciones diferentes, mas no era vulgar, era realmente hermoso. En el primero Leila estaba recostada en la cama con los ojos cerrados y los brazos abiertos, los pechos a la vista de todos y una fina sábana cubriendo su abdomen, su piel brillaba e incluso parecía una fotografía. En el segundo cuadro, ella estaba de espaldas con los dedos metidos en su cabello, su estrecha cintura robando suspiros y su trasero grande dibujado con suavidad, con delicadeza, como si fuera la parte más delicada de su cuerpo. Y el tercer cuadro era Leila riéndose mientras llevaba una camisa blanca transparente, sus ojos brillando mientras estaba de puntillas, su cuerpo se mostraba a medias y Chars deseó tener ese cuadro en su casa. Era hermoso.

Los libros de Charles, las primeras ediciones estaban ahí junto con los de los grandes, entre ellos los de Cesar Vallejo, Alfredo Bryce, Ciro Alegría, Oscar Malca, Julio Ramón, José María Arguedas, Ricardo Palma, entre otros. Todas eran primeras ediciones, el rubio ya le había tirado ojos a unos cuantos, realmente eran grandes obras las que estaban ahí.

Después de que todos pudieran ver lo que sería subastado, la misma empezó. Charles se alejó y la buscó. La encontró con Artemis, el pintor al divisarlo, tomó su copa distanciándose de ellos. Al ver al escritor, una sonrisa se plasmó en el rostro de la chica.

—Estás aquí.

—Lo estoy. —Ella se acercó y Charles admiró su belleza, sonrió como un tonto. No esperó más y la estrechó entre sus brazos—. Me has extrañado mucho.

—No sabes cuánto.

—No lo sé —susurró bajito y se separó. Charles acarició el rostro de la muchacha, sonrió por la suerte que tenía, sin embargo, aquella burbuja la rompió la voz de Jul. Charles apretó los labios cuando Ale miró sobre su hombro y sus ojos cayeron en el vientre de ella.

—Chars, ¿quién es ella? No sabía que estabas casado, Chars.

—Y no lo estoy. —Se alejó y saludó con un beso en la mejilla a Jul, preguntándole cómo estaba ella y el bebé, la mujer no respondió, se encontraba muy seria—. Ale, te presento a Jul, la madre de mi hijo.

—¡Muchas felicidades! —Ale sonrió y saludó a Jul. La madre de su hijo saludó indiferente y luego se quejó con que andaba algo cansada, así que Charles se disculpó con Ale y se marchó con Jul. Nunca dejó de buscar a Ale, aunque estuviera con otra mujer, no pudo evitar seguirla con la mirada, sentir celos cuando los hombres se le acercaban y verla tan llena de luz. Se sintió incluso muy feliz cuando su familia la saludó con entusiasmo y Aurora se pegó a ella.

Jul hizo una escena de celos, la escuchó durante un buen rato, sin pelear. Esa noche no quería discutir, no cuando se había recaudado mucho dinero y habían recibido ayuda de numerosas personas, entre ellos algunos actores famosos. No quería pelear porque esa noche estaba feliz, porque Ale estaba en Piura.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE: EL CAFÉ SE ENFRIÓ



He roto la hoja porque aún me queda un libro entero por vivir.

—Empecé a escribir muy joven. Era algo que hacía como pasatiempo y para ganar algo de dinero. Aunque la verdad es que desde muy chico disfrutaba hacerlo, parecía que todos los problemas y el mundo a mi alrededor, desaparecían. Ponía algo de música y me encerraba en mi habitación creando mis mundos, y en cada uno de ellos era el protagonista —bromeó causando que todos rieran. Se quedó callado cuando vio a su hija llegar con Paul, Aurora traía en sus manos una cajita forrada, sonrió en su dirección y las comisuras de los labios de Chars se elevaron de felicidad. Más de uno volvió a ver la causa de la sonrisa del escritor y por qué se había detenido en su exposición. A los segundos soltó una risita nerviosa y volvió a hablar—. Cuando mi hija llegó empecé a escribir sin detenerme. Descubrí que ella dejaba de llorar cuando yo inventaba una historia donde ella era la protagonista, de ahí nació la primera historia “*Un cuento para pequitas*”. En ella se desarrolla la historia de un padre primerizo, es su primera hija y él buscaba un heredero. La niña logra mostrarle lo fuerte e inteligente que es, le muestra que será una digna guerrera.

»Llevé el manuscrito de mi historia a muchas editoriales, pero fui rechazado muchas veces. Ellos querían una historia llamativa, una de las que estaba de moda y yo tenía una historia de superación y amor. Los primeros meses fueron difíciles, a pesar de eso, nunca me rendí. Posteriormente, fui publicado bajo un seudónimo y esa identidad estaba alejada de todo, que era lo que buscaba. Desde entonces he escrito muchas historias, de fantasía, de romance, de guerra, aunque todas siempre me llevan al lugar al que pertenezco —susurró lo último mirando a su hija sonreírle con amor—. *Cuentos para Aurora* marca un antes y un después, una historia que muestra el amor verdadero de un padre, una historia que le muestra a mi hija que la amaré siempre, que pase lo que pase, estaré para ella.

El padre de la princesa Aurora debe ir a una guerra y la dejó en manos de su familia. A los pocos días de su partida, llegan noticias de que estaba perdido en el bosque, la familia intenta ocultarlo y es Aurora quien se escapa de su clan en busca de su padre. ¿Qué tiene que ver conmigo y mi hija? Antes de que llegara a mi vida, yo me encontraba perdido y ella me rescató, me sacó de la soledad y el gris comenzó a convertirse en amarillo, rojo, azul y verde. Sin darme cuenta, mi vida estaba llena de colores y yo estaba sonriendo, sonriendo para ella.

Calló y todos aplaudieron ante sus palabras. Discretamente tiró de sus lentes y limpió sus mejillas sonriendo, Alex golpeó su espalda y le dio un suave apretón mientras los demás sonreían conmovidos ante sus palabras.

—Es la primera vez que estoy frente a los demás contando cómo nace lo que escribí en un libro. Por años, el libro era publicado y celebraba junto a mi familiar con una copa de vino, porque no necesitaba más. Sin embargo, aquí estoy, conmovido porque hay mucha gente diciéndome que mis libros llenaron su vida, porque volvieron a creer en el amor o porque fueron los héroes de su propia historia.

Ese viernes su libro había sido publicado, ese día había sido la presentación en la librería del centro teniendo muchos ojos puestos en él. Algunos canales televisivos lo grababan y otros todavía tocaban el tema del secuestro de Aurora. Lucas, en más de una ocasión, había dejado claro que estaban ahí por su libro, no para hacer ese tipo de preguntas. Entre todas las cosas, ese día era estupendo, era hermoso porque por primera vez sintió el amor de sus lectores más de cerca, y eso lo hizo feliz.

—Muchas gracias por estar aquí —susurró bajito alejándose del micrófono. Sus amigos se acercaron para saludarlo, su familia gritaba eufórica mientras que Lidia y el dueño de la librería preparaban la fila para que pudiera autografiar los libros.

Cuando divisó a su hija le hizo señas para que se acerca y Aurora llegó hasta él con una sonrisa tímida. El padre aproximó a su hija y la abrazó enterrando el rostro en su cuello.

—Mi amor.

—Felicidades, papá —susurró envolviendo los brazos en su cuello.

Charles se separó de su hija, besó su frente con ternura, acarició su rostro y luego se fue a firmar los libros. La niña sonrió al percatarse de cómo su padre era amado por mucha gente, cómo todos ahí estaban nerviosos porque conocerían a su escritor favorito, porque podrían tomarse una foto y llevarse el recuerdo a casa. Estaba tan orgullosa de su padre, él era un campeón.

Charles no dejaba de firmar, de tomarse fotos y reía encantado. En una esquina tomando café estaba su familia y amigos, todos guardando el momento, con fotos y videos.

—Yo también quiero mi firma. —Levantó la mirada y rio al ver a Ale con tres libros suyos y una sonrisa en los labios. Él se echó hacia atrás sonriendo—. ¿Creíste que no vendría?

—Me dijiste que estarías por dos días en Perú.

—Cancelé el viaje. —La muchacha y los ojos de Charles brillaron. Él se rascó el cuello y la joven se percató, ya que cuando ambos estaban juntos era algo muy normal en el escritor—. ¿Por qué te estás rascando?

—Me pica.

—Déjame ver —pidió y el escritor asintió, Ale se acercó e hizo una mueca al distinguir su cuello rosado con pequeños puntos—. Es la reacción de tu cuerpo ante el estrés, Charles.

—Las cosas no están bien por aquí —alcanzó a susurrar, fijándose de reojo en Julie que reía con Omar, ¿por qué no era esa Julie que se mantenía sonriendo? ¿Esa Julie que no se complicaba tanto la vida?—. Las hormonas de Julie van a matarme.

—Debes calmarte, más ahora que estás cumpliendo todo lo que te has propuesto, galán —inquirió preocupada mientras pasaba los dedos por su cuello afectado.

—No sabía que los amigos se tocaban de esa forma —siseó Julie en voz alta, llamando la atención de algunas personas. Alex frunció el ceño al ver cómo ella había cruzado los brazos y levantado la voz, Artemis por igual, le había dicho más de una vez que la madre del niño lo terminaría exprimiendo. Paul se iba a levantar al igual que Omar, sin embargo, Chars negó colocando a Ale atrás suyo, protegiéndola—. ¿Por qué lo estás tocando?

—Julie, no hay que malinterpretar las cosas, Chars es mi amigo y estaba revisando las ronchas que tiene en su cuello.

—¿Tú amigo? —inquirió burlona, Chars pasó los dedos por su frente poniéndose de pie, cerrando el libro de su amiga y doctora—. Todos aquí saben que ustedes estuvieron juntos, que lo dejaste como todas las mujeres y ahora que lo ves ganador, vuelves.

—No lo dejé, me fui a estudiar y él siempre lo supo —murmuró Ale marchándose del lugar. Chars apretó los labios cuando vislumbró que salía y se sintió avergonzado por la actitud de Jul. Se fijó en que algunos ojos estaban puestos en ellos, así que tomó su saco y decidió partir, siendo seguido por Jul que gritaba y reclamaba.

—Detente ahí, mujer. Hazlo ya. ¡Ella es importante para mí!

—¿Ya te acostaste con ella? ¿Quieres que le advierta que tú no tomas a nadie en serio y que terminarás botándola? —inquirió, Chars soltó una ronca carcajada, desabrochando los botones de su camisa.

—Ale me conoce muy bien, Jul, cosa que tú no haces. No me reclames o volveré a decirte que tú y yo no tenemos nada.

—¡Claro! La mocosa que se fue, la que se encamó con el profesor. —Charles rugió ante las palabras que utilizó para referirse a Ale—. Seguramente ya estuviste con ella, ¿también la dejarás embarazada?

—¿Crees que porque soy hombre ando metiéndome con cualquier mujer? —gritó molesto y la mujer se alejó con los ojos llorosos—. ¡Deja de llorar, maldita sea! ¡Me enferma esto! Me enferma no poder disfrutar de mi hijo como es debido, me enferma tenerte atrás mío cuidando y alejando a toda mujer que se me acerca, me enferma que quieras alejarme de mi hija, Julie. ¿Qué diablos pasa contigo?

—Eh, eh. ¿Qué pasa aquí? ¿Por qué le gritas a mi hermana? —Omar lo empujó y Chars levantó las manos dándole a entender que no pelearía—. ¿No te bastó con dejarla embarazada y no casarte con ella?

—No voy a arruinar su vida, y menos la mía, no puedo casarme con ella porque no la amo. Jul lo sabe —masculló entre dientes, en lo que veía que se alejaban. Refregó su rostro con molestia, levantó la mano haciéndola un puño y lo enterró en la pared con fuerza, descargando todo lo que había guardado por tanto tiempo.



—¿Cómo te sientes? —preguntó Diana vendando sus nudillos, Chars sacudió su cabello mojado y asintió forzando una sonrisa—. No reconozco a esta Jul, ¿sabes?

—Creo que la dañé mucho y ahora se ha vuelto insegura —murmuró con frialdad—. Yo creí poder amarla, ¿crees qué no debí romper mi amistad con ella por un amorío?

—¿La quisiste como mujer?

—Mucho, la deseé. Éramos novios, pero yo nunca le dije que me casaría con ella —dijo en voz baja, buscó sus lentes y se los colocó—. Yo no le dije eso, y tal vez fue mi error. Jul no es el tipo de chica a la que quieres por un tiempo, es el tipo de mujer para toda la vida.

—Y la dejaste embarazada...

—Yo me cuidaba y lo sabes. Siempre te hablé sobre las enfermedades y que aún no era el momento de tener hijos. No sé qué sucedió, tal vez se rompió... un condón, ¿qué sé yo? —tartamudeó, su hermana pasó los dedos por sus mejillas rojas—. Las estoy lastimando y ahora que Ale ha vuelto, yo...

—Es evidente que ambos se aman, que no han dejado de amarse, Jul se siente amenazada. —Diana acarició las mejillas de su hermano—. Ve y aclara todo, hazlo antes de que Patrick nazca.

—Dile a Aurora que esté lista, en unas horas la llevaré a comer algo. —Su hermana asintió mientras él se ponía una playera sin mangas blancas.

Acomodó los pantalones de franela y salió descalzo de su habitación. Bajó las escaleras y sacó del congelador un bote de helado para después dirigirse a la habitación de Jul, golpeó dos veces y luego habló.

—Hola, nena, ¿puedo entrar?

—¿Qué pasó? —Sonrió cuando Charles señaló el bote de helado de vainilla. Ella estaba acostada en la cama con un top blanco dejando al descubierto su panza. El escritor subió a la cama y le dio el helado, en lo que se acomodaba entre sus piernas y su rostro quedaba frente a su vientre, rozó los dedos por su vientre y dejó un beso en su barriga sintiendo las pataditas de inmediato—. Creo que amaré el helado.

—Como su padre y su hermana mayor. —Sonrió ilusionado besando su vientre y luego acercó la oreja—. Hola, mi amor. ¿Cómo estás? Ve más tranquilo, que a tu madre la pones hormonal y ella me vuelve loco.

—Charles...

—Te amo, campeón. Date prisa que tenemos que cuidar de Aurora —bromeó y volvió a dejar un beso, se alejó del vientre y la miró a los ojos—. Debemos hablar, Julie.

—Chars, no quiero discutir.

—Yo tampoco, yo necesito parar este infierno.

—¿Crees qué mi embarazo es un infierno? —Tembló y él apretó los labios—. ¡Basta, Chars!

—Basta tú —murmuró separándose de ella. Pasó las manos por su cabello y se sentó en la silla más cercana—. Me estás cansando, Julie. Me estoy agotando con esta situación. Yo no tuve la oportunidad de ver a mi hija en el vientre de su madre, no sentí sus primeras pataditas y no me reconoció cuando yo besé el vientre de su madre. Yo no pude pasar nada de eso, creí que esta etapa sería hermosa y tranquila, pero todo se está saliendo de control.

—Ve y embarázala a ella entonces.

—¡Es que no se trata de eso, Julie!

—¿Entonces?!

—¡Se trata de ti y de lo insoportable que te has puesto! —estalló, su pecho empezó a subir y a bajar con desesperación—. Me celas, quieres disponer de mi tiempo y me alejas de mi hija. ¡De mi hija Aurora!

—Yo no...

—Me preguntó si tú ya no la querías. Claro que puedo entender porque piensa eso, cada vez que salimos, tú quieres tener mi atención y la quieres alejar, como si no fuera parte de mi vida. ¡Es mi hija, mi mayor tesoro!

—¡Yo llevo a tú hijo en mi vientre!

—¿Y? ¿Qué con eso? ¿Crees que por tenerlo a él alejaré a mi hija? ¿La mandaré con su madre y los tres seremos una familia feliz?

—¡Sí! —exclamó, Charles se quedó perplejo—. Tú solo tienes ojos para Aurora, sé que quieres a Patrick, sin embargo, sé que no lo querrás como quieres a la hija de esa mujer. Ella siempre está ahí hablando de sus cosas y tú te olvidas de que existo.

—¿Te estás escuchando? ¿Qué diablos pasa por tu cabeza, mujer? ¡Patrick y mi hija son todo para mí! —Levantó molesto las manos, sus gritos ya se podían escuchar en toda la casa y la familia prefirió mantener la distancia—. A los hijos se les quiere por igual. Tú debes comprender que hace unos meses Aurora era mi niña, mi todo. Debes comprender el amor que ambos nos

tenemos porque siempre fuimos los dos contra el mundo, Julie. Amo a Patrick y amo a Aurora, no puedes cambiar eso. No puedes fingir una familia feliz donde tú quieres alejar a mi hija.

—Mira en lo que me has convertido, en una mujer insegura y deprimente —sollozó, él apartó la mirada—. Yo quiero mucho a tu hija, Chars. No obstante, es inevitable sentir celos.

—Te hice mucho daño, lo sé, te lastimé, también lo sé. —Se acercó y se sentó frente a la madre de su hijo, pasando sus manos por el vientre abultado de Jul—. Pero basta ya, basta de hacerme infeliz y de amargarte, eres joven para hacerlo. En unos meses una personita estará pidiendo tu atención y te darás cuenta de que nada vale más que esos ojitos brillando al verte.

—¿Y qué pasa con nosotros? ¿No formaremos una familia con nuestro hijo?

—Yo no te amo, Julie, y tú tampoco lo haces, tal vez en el pasado. Ahora me convertí en todo menos en amor para ti —confesó observando los ojos llenos de lágrimas de ella. Se inclinó rozando los dedos por sus mejillas y juntó su frente con la de ella—. Yo estaré para ti como el padre de tu hijo, como un amigo, pero no como una pareja. Debes entender eso.

La mujer asintió, Charles besó su frente y dejó uno en su vientre, se alejó de ahí saliendo de la habitación con rapidez. Subió las escaleras con dirección a su habitación y se cambió tomando algo abrigado para esa noche. Se puso el saco y los guantes de lana negra y bajó hacia la habitación de su hermano Paul, se asomó encontrando a su hija riendo porque su hermano le contaba algunos chistes. Ella se levantó tomando su gorro de lana y su saco color coral, él la ayudó a ponerse el gorro y ambos salieron de la casa de los abuelos de Chars.

—¿A dónde quieres ir?

—Al puente, ahí donde me encontraste. —Chars la miró sorprendido y asintió mientras abría la puerta del carro para que entrara. Lo rodeó y dejó que su hija pusiera música en lo que se dirigía a la dirección señalada—. Te escuché gritar, y a Julie. ¿Por qué discuten?

—Las personas adultas solemos hacerlo, a veces por cosas tontas —contestó lanzándole una rápida mirada—. Eres mi hija, Aurora, y te amo mucho, no quiero que pienses lo contrario.

—Tengo miedo —confesó la niña. Su padre estacionó el auto, y al ayudarla a bajar, la sostuvo en sus brazos, ella se removió y él negó sonriendo hasta que al final la dejó en el suelo. Dejó caer su brazo en los hombros de su hija y la atrajo a su pecho caminando hasta el árbol viejo que estaba cerca.

—¿Por qué tienes miedo?

—No quiero que dejes de amarme, ¿y si termino como la *Cenicienta*? —Rio entre dientes y la cargó sentándola en el muro que había. Se recostó a su lado tomando su mano envuelta en un guante de lana—. No te rías.

—Julie no es tu madrastra y tampoco es mala, solo que ahora no se encuentra bien. Las hormonas la tienen irritada.

—Creí que me quería, pero esa vez me gritó. —Se tensó y la miró. Aurora tenía los ojos puestos en el árbol—. Yo bajé corriendo y casi la empujo, pero fue sin querer. Flame estaba en la calle y el perro del vecino estaba ladrándole. Me dijo que era una desconsiderada, que yo no quería a mi hermanito. Te juro que los quiero, mucho, pero es que Flame estaba afuera y no pensé.

—Cuando ella u otra persona te diga cosas así, dímelas, no te quedes callada. Nadie tiene derecho a gritarte o tratarte mal, ¿cuántas veces te he dicho eso Aurora? —Acomodó su gorro y buscó su mirada—. Nadie tiene derecho a decirte esas cosas. Eres una niña inteligente, amable y cariñosa.

—Debes darte un baño de ruda, papá. Todas las mujeres que conoces terminan siendo las brujas del cuento. —Se echó a reír y ella lo siguió. Después de tantas horas, pudo ver aquel brillo

en su mirada y la sonrisa bonita que tenía—. ¿Entonces no tendremos una familia?

—Nosotros ya somos una familia, amor —contestó pasando los dedos por su cabello rizado claro, tomó uno de los rizos y lo enredó alrededor de su dedo—, pero ahora se hará más grande, cariño.

Se quedó callada y envolvió sus manos en el cuello de él para esconder el rostro en su pecho. Chars pasó los dedos por su espalda, recostó el mentón en su cabeza mientras cerraba los ojos. Estar ahí con frío no era su idea de pasar el tiempo, pero por su hija sería capaz de enfrentar todo.

—¿Aún tienes la canasta en la que Ivana me dejó?

—¿Te dijo eso? —preguntó con suavidad y asintió todavía manteniendo el rostro en su cuello. Solo una vez se habían visto a solas, bajo la supervisión de Paul, ya que él se encontraba en uno de sus viajes—. Sí, está en casa de tus abuelos y también está tu manta y la ropa que traías puesta.

—¿Me amaste desde ese momento, papá?

—¿Cómo no amarte, dulzura? Desde que te escuché llorar, mi cuerpo vibró de emoción. Verte crecer y que te parezcas tanto a mí, fue un orgullo indescriptible.

—Gracias, papá. Con la profesora de Persona y relaciones humanas hemos visto las clases de familia y también niños huérfanos porque sus padres los abandonaron. Gracias por cuidarme y protegerme.

—Lamento haber faltado a las dos reuniones en el colegio, lamento haber llegado tarde. No quiero volver a fallarte, eres muy importante para mí, nena.

—Te disculpo si me regalas un celular. —Chars se alejó viendo la sonrisa en los labios de su hija, él frunció el ceño y negó.

—¿Y tú para qué quieres un celular?

—Para hablar con mis amigas, papí, ¿me regalas un celular?

—No, brujita. Cuando seas responsable, yo mismo te llevaré por uno. Por ahora no, mejor sigue leyendo, que un niño con celular se hace más tonto.

—Pero, papiiii. —Hizo un puchero y él la ayudó a bajar del muro. La dejó en el suelo, empezó a caminar hacia el carro y su hija lo siguió tomando su mano.

—Pero nada, preciosa, no te regalaré ningún celular. Vamos, sube, iremos por un café, luego a casa y a dormir.

Aurora resopló y subió al carro imitándolo a él, colocó algo de música, en lo que se dirigían a la casa de sus abuelos. El viaje fue tranquilo y con su hija dormida recostada en su hombro, su ángel. Sonrió estacionando el auto y la detalló con los brazos cruzados y la nariz pecosa arrugada. Su niña, su princesa hermosa. Había luchado tanto por ella, había hecho de todo por mantenerla feliz sin saber que siempre fue feliz por el simple hecho de amarla y protegerla. ¿Que si estaba arrepentido de haber estado con Ivana? ¿Que si se arrepentía de haberla conocido? ¿O de haberse enamorado? La respuesta era un no, no se lamentaba. Chars no podría hacerlo porque gracias a tanto dolor, fue que llegó Aurora a su vida. Llegó a llenarla de colores y de música, de un momento a otro estaba riendo por todo y obteniendo a cambio una sonrisa con falta de dientes.

Su hija era y sería su mayor orgullo, era el oro que todo pirata quería robar y él tenía su espada alzada para protegerla de todo aquel que a su niña quisiera dañar. Su preciosa que lo amaba tanto o más que él. Si Chars debía pasar por lo mismo otra vez; no lo dudaría.

Bajó y rodeó el carro, desabrochó el cinturón de su reina y la tomó en sus brazos llevándola dentro de la casa. La sostuvo y, entró con cuidado a la casa y atravesó la sala viendo a su familia sentados tomando café, Oliver iba a hablar, pero Chars negó señalando a su hija que dormía en sus brazos.

Lanzó una mirada a Julie que hablaba con su hermano, Omar hizo un asentamiento hacia él y Chars se giró subiendo las escaleras, dirigiéndose a su habitación. Al llegar, abrió la puerta con la cadera y depositó a su hija en la cama. Le quitó las botas y le puso unas medias más gruesas por el frío. Tomó la colcha y se la puso encima mientras se sentaba a su lado y pasaba los dedos por su frente helada, se inclinó y besó su frente con suavidad.

Aurora se removió y estiró sus brazos hacia él. Chars se quitó las botas y se acomodó a su lado envolviéndola en sus brazos. Besó su frente, cerró los ojos cuando la escuchó balbucear.

—Te amo, papá.

—Yo también te amo, mi vida —susurró para después caer en brazos de Morfeo, teniendo a su lado el motor de su vida y en unos meses más tendría a un pequeño que le traería más felicidad. ¿Qué más podía pedir? Él solo necesitaba a sus hijos para ser feliz, lo demás ya no importaba.

EPÍLOGO



Se abotonó la camisa y se miró al espejo, sonrió porque ya no había ojeras, porque ya no había estrés y aquella nube de tristezas se había ido de sus ojos. Sonrió porque en el espejo estaba la fotografía de Patrick, con unas pocas semanas de haber nacido, y a su lado Aurora sosteniéndolo con una sonrisa en la boca. Su pequeño mundo estaba ahí.

Los meses siguientes de embarazo fueron de alguna manera más tranquilos, y aunque Jul constantemente le armaba algún pleito, él aprendió a callar e ignorar sus palabras, porque como decía su hermana; hablaba por la herida. Había estado para ella cada día, iba con su hija a preguntarle por el crecimiento de Patrick, si tenía nauseas o algún malestar. En las últimas semanas, se mudó a su casa y ese fue otro problema. Ivana llegaba los sábados y pasaba varias horas en la casa, reía con Aurora y más de una vez Jul se metió, y eso Chars no podía permitirlo. Nadie podría decirle cómo educar a su hija ni ordenar en su vida.

Jul se enfureció, sin embargo, Chars no la persiguió. Se quedó con su hija viéndola sonreír, ya que a pesar de que no llamara mamá a Ivana, la niña la adoraba como una amiga, era su cómplice al igual que lo era Ale.

Oh, Ale.

Había terminado los exámenes en España y un mes después estaba de vuelta, diciendo que seguiría estudiando en Piura, que estar lejos de su familia le había afectado mucho así que regresó y esta vez era para quedarse. Como un joven enamorado la había buscado, salieron, tomaron café y pasaron horas hablando de la vida, del arte y de ellos. La amaba, pero esta vez debía ir lento, muy lento.

La Asociación Nuevo Comienzo sería inaugurada dentro de dos meses, todo ya estaba casi listo para recibir a todas esas niñas que necesitaban ayuda. Charles estaba tan emocionado, tan feliz de poder ayudar a esas criaturas que lo habían perdido todo. Sin embargo, como decía su madre; en el mundo aún hay gente buena. Era cierto, para todos Artemis parecía no tener corazón y había ayudado a mucha gente, en más de una ocasión. De alguna manera veía a alguien que amaba reflejado en todas esas personas.

Con los meses, se fueron sumando más personas y gracias a ello no solo Lucas se encargaría de los problemas judiciales de las niñas, ahora lo acompañaban cuatro abogados más. El novio de Angella, Deivy se estaba encargando de la remodelación de un nuevo edificio que había sido donado por el alcalde del puerto pesquero, como forma de recompensar todo lo que no hizo. Eduardo había puesto sus servicios para esas niñas y Charles no encontró palabras para agradecerle toda esa ayuda.

¿Qué si cuatro personas pueden cambiar el mundo? Jodidamente sí.

—¿Papá? —Charles sonrió al ver a Aurora ingresar a la habitación, rio cuando ella sostenía a

un calmado Patrick. El pequeño hizo ruiditos y terminó quitándose la gorra azul, dejando ante sus ojos la manta de rizos claros. Chars con cuidado lo tomó en sus brazos dejando un beso en su frente, agradecía que Jul hubiera permitido que ese día Charles pudiera tener a su hijo con él. Había dejado todo listo y cada hora estaba llamando preguntando cómo estaba. A veces, a la mujer se le olvidaba que el rubio ya había sido padre, que sabía cómo sostener la cabecita de un bebé y cómo sacarle los gases.

—Míralo, él no quiere dormir. —Sonrió colocando al pequeño en la cama, Aurora se sentó a su lado pasando sus dedos por el rostro de su hermano y él la miró con aquellos ojos claros, soltó ruidos y ambos riendo.

—Te están esperando y dice tío Juan Pablo que eres peor que una mujer. —Charles rio entre dientes dejando caer los lentes en el puente de su nariz, tomó a su hijo en sus brazos con cuidado, sosteniendo su cuerpo con una sola mano, con la libre entrelazó sus dedos con los de su hija y salieron de la habitación. Bajaron al patio y se echó a reír al ver a su familia y amigos, todos sentados en una mesa larga mientras que su abuelo Carlos sostenía a Flame, el gato estaba encantado de recibir mimos. Era un malcriado.

—Pero miren quién viene ahí, *doña me demoro* arreglando cada rizo —se quejó Juan Pablo y Lucas lo codeó carcajeándose.

—Déjalo, el señor debe impresionar a Ale, ¿no? —inquirió Alex causando que Charles se avergonzara buscando a Ale quien reía con Angella, Leila y Diana.

—Incluso se ha puesto el mejor perfume —molestó Luke, pasando con una fuente de canchita y atrás lo seguían Oliver y Paul.

—Reconozco ese perfume, hace unos días me pidió que lo acompañara a comprar, disque se le había terminado —contó Oliver causando más carcajadas. Charles apretó los labios, sonrojado a más no poder. Es que sus amigos y hermanos a veces se pasaban.

—Vaya, esa camisa es nueva, marca esos huesitos. —Paul lo palmoteó y los padres de Charles negaron. Ellos ya habían adoptado a los amigos de sus hijos como suyos, es que compartían el mismo sentido del humor que su familia.

—Basta ya, señores, Charles explotará en cualquier momento —los regañó Artemis y todos hicieron una mueca sentándose bien, quejándose porque el pintor era un aburrido y no entendía de chistes.

El rubio con cuidado retiró la silla para su hija y rápidamente fue envuelta en los brazos de Alex. Él se sentó y acomodó a Patrick en su regazo, el pequeño miraba todo con curiosidad, era un niño tranquilo que ya tenía el corazón de todos y siempre reía por lo que hermanos decían que el pequeño sería un bromista. Un encanto decía su madre Sorangel.

Charles con cuidado besó la frente de su pequeño y más tarde, el niño estuvo de brazo en brazo. Después de almorzar, acomodaron las sillas haciendo una rueda mientras el licor estaba en el centro. Sus abuelos fueron los primeros en bautizar la pista de baile, recibiendo chiflidos por parte de los más jóvenes. Juan Pablo se quejó con los padres del rubio diciéndoles que debieron haber tenido más hijas y así no estarían a punto de bailar entre hombres.

Artemis y Alex se quedaron junto a Charles chocando sus latas de cerveza, miraron alrededor viendo como todos reían, como Aurora bailaba con Paul.

—¿Pensaste estar en este punto de tu vida? —El rubio miró al pintor que daba un sorbo a la cerveza y luego miraba a sus otros amigos bailar con las pocas mujeres que estaban ahí.

—Ni en mis mejores sueños —confesó el escritor que ya no era solitario.

—Después de haber recorrido el infierno, todos merecemos un pedazo de paraíso —reflexionó Alex—. Y aquí lo tienes, la familia nunca te dio la espalda y mucho menos nosotros.

—Ustedes también son familia, ustedes son mis hermanos —confesó y por primera vez en muchos años, Artemis lanzó una corta sonrisa que parecía más una mueca, por lo que Charles supo que sonrió.

A los minutos, Ale se acercó con Patrick en brazos y los hombres se pusieron de pie alejándose de ahí. Charles admiró esa imagen, la mujer que amaba con su hijo. Ale estaba ahí, compartiendo con su familia y amigos, amando a sus hijos.

—Parece que este niño se ha robado a mi chica.

—¿Tú chica? Hasta donde yo tengo entendido solo soy tu amiga —bromeó y Charles sonrió negando, luego se acomodó en la silla.

—Entonces debemos arreglar eso —dijo bajito, inclinándose hacia ella, junto sus frentes y mantuvo los ojos cerrados—. ¿Quieres ser mi novia, Alejandra? Prometo que esta vez ya no seré un problema. He dejado el infierno atrás y prometo no volver más, le he cedido mi reino a otro.

—Tú ya tenías un reino aquí en la tierra, Chars —contestó la joven con sus ojos fijos en los suyos—. Solo estabas muy ocupado matando al dragón y no te dabas cuenta.

—Ahora lo sé —afirmó viendo a Aurora correr hacia él, la niña se carcajeó y Charles la sentó en su regazo llenándola de besos. Su niñita besó su mejilla mientras jugaba con los dedos de Patrick—. No me has dado una respuesta.

—Voy a pensarlo, Charles —le contestó traviesa, Charles se echó a reír. No pedía más, solo estar con su familia y sus hijos.

AGRADECIMIENTOS



A Dios, porque él más que nadie sabe cuánto he añorado esto, por darme la fuerza para seguir.

Estoy agradecido con mi madre, por guiarme en cada paso y escucharme mientras le hablaba sobre las historias, a ella que soportó mi mal carácter cuando algo no salía como quería, a ella que vendió papas rellenas para poder vestirme.

Estoy en deuda con mis profesores de secundaria y de la universidad de Piura, a ellos que leyeron lo que escribí, a ellos que me dieron una crítica constructiva y que me alentaron a seguir.

A mis mejores amigas, que las conocí en la clase de literatura, a esas dos mujeres que han complementado mi vida como no tienen idea.

A mis primas, a mis tíos, a mis abuelos. Esto es por ustedes, porque sin su amor no sería la persona que soy ahora.

A mi querida editora de portada, Dana Rivera, nos conocimos por casualidad y ahora tenemos una bonita amistad, espero que me sigas acompañando en las próximas aventuras.

A Anabel Pinedo, amiga, compañera y correctora de este libro.

A Carolina Vivas por su paciencia, su entusiasmo y amistad.

A Pilar AC, por ayudarme con los vídeos de publicidad, por plasmar lo que le pedía y por superar mis expectativas.

Y el agradecimiento más importante, a mis lectoras, sin ellas no estaría aquí, sin ellas no estaría publicando este libro, sin ellas no hubiera sacado el valor para lanzarme a esta aventura.

BIOGRAFÍA DEL AUTOR



James A. es un escritor peruano, creció en el puerto pesquero de Paita y estudió Lengua y Literatura en la Universidad Nacional de Piura. Ahora mismo se encuentra en alguna parte del mundo continuando sus estudios y pintando.

Dedicado a la fantasía, pero de vez en cuando cae con el romance, dejándose envolver por el mundo de colores que evita.

Su tiempo libre se lo dedica a una buena botella de vino, a sus libros y a la computadora, pero siempre desea estar en la playa o en campo.

Obras:

- Un deseo por navidad
- La caperuza del lobo
- El equilibrio de la muerte
- Doce para las diez
- Secreto

Redes:

Grupo de Facebook: James L.

Instagram: jamesalopez